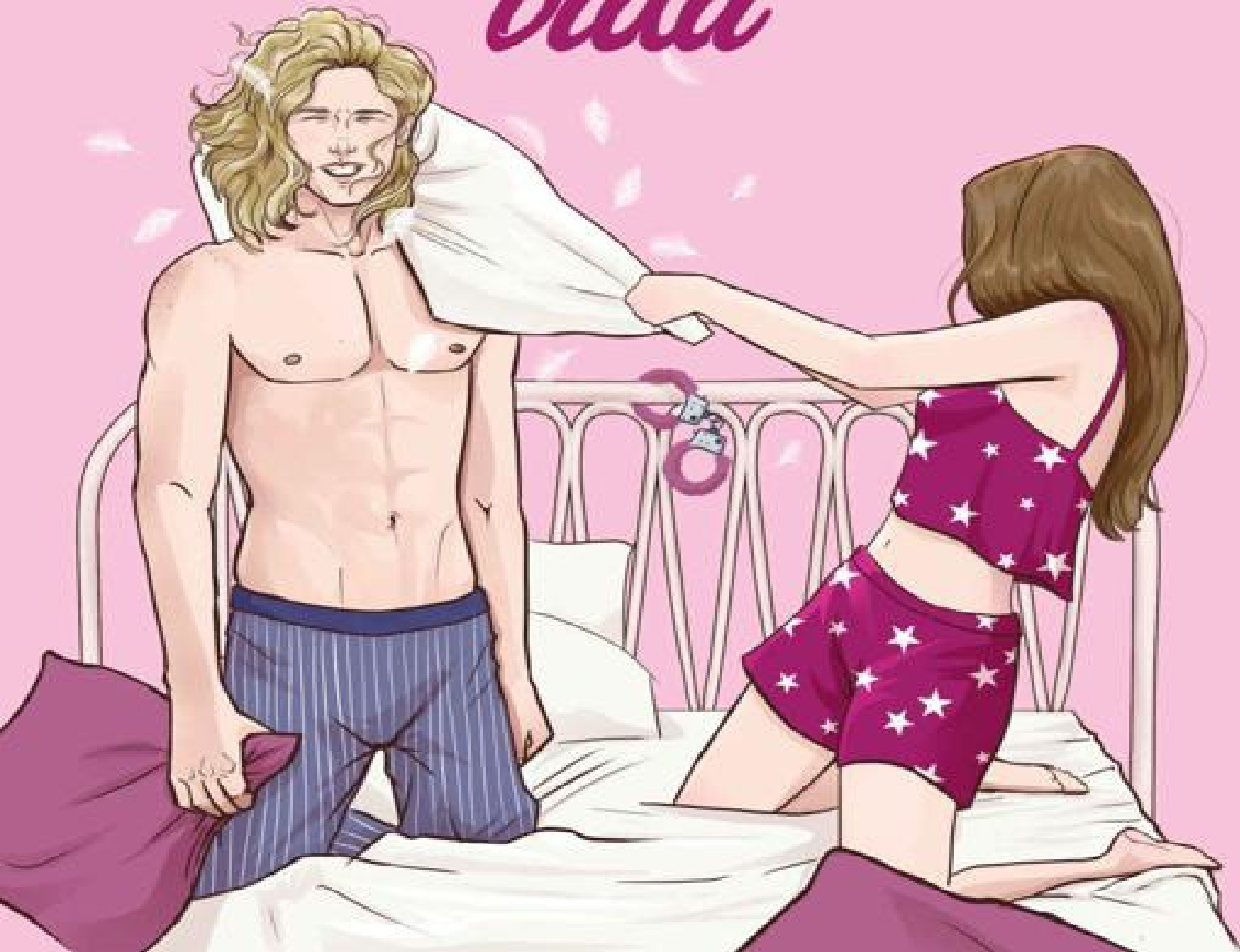
MARISA SEFRA

La crisis de nuestra puta vida



La crisis de nuestra puta vida

Marisa Sefra

Bola Ocho Ediciones



Para todas las víctimas de la rutina

Contents

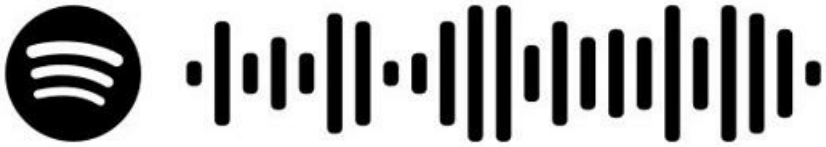
Title Page
Dedication
1. La noche que lo cambió todo
2. ¿Me oyes?
3. Muchas cabezas
4. No puedo dormir
5. Esa segunda noche
6. Demasiado cansada
7. Sonrío como puedo
8. Mi Estrella
9. Una noche tonta
10. Voy a morir
11. Lárgate ya
12. Ponerle un nombre
13. La cuidamos
14. Ni siquiera él es tan gilipollas
15. No me voy a defender
16. También tenemos planes
17. El último
18. Ve a por tu Estrella, chaval
19. Esto no era necesario
20. La quiero de verdad
21. Qué miedo me das
22. Me vais a volver loco
23. Le puede pasar a cualquiera
24. Te voy a echar de menos
25. Están todas locas
26. Eso es mentira
27. Sí a todo
28. Catarsis
29. Otra mentira
30. ¿Qué tal?
31. En ascenso
32. Salta
33. No quiero salir
34. La llamada
35. No es confusión
36. Velada musical
37. Samu toca fondo
38. No está bien
39. Ya está claro

40. Mírame, cabrón
41. El amanecer
42. Despertar
43. Estoy bien
44. Como mi culo
45. Un café
46. El piso nuevo
47. Muerte cerebral
48. Ni me lo planteo
49. Perfectamente puntual
50. Jugar a la familia feliz
51. Vosotros
52. Última oportunidad
53. Nunca va a ser el momento
54. La firma
55. Orgasmos
El epílogo de Samu
El epílogo de Estrella
Crónicas de aquello
Referencias musicales

A lo largo de esta historia, aparecen muchas canciones. De algunas se hace referencia directa y de otras no, pero todas han ayudado en cierto modo a la construcción del relato y a crear las distintas atmósferas que se respiran en él.

No son esenciales para la historia, pero, si quieres, pueden acompañarte en tu lectura.

Todas ellas tienen una referencia para encontrarlas al final del libro. También las hemos incluido en una *playlist* de Spotify a la que puedes acceder escaneando este código desde el buscador de la aplicación o haciendo clic aquí.





1. La noche que lo cambió todo

Mayo, 2002

SAMU

Me vas a dejar que me dirija a ti directamente, ¿verdad? A ti, que estás leyendo esto. Porque, digo yo, que si te voy a contar mis movidas, qué menos que hacerlo en confianza… El caso es que voy a intentar que entiendas esta historia aunque no hayas leído todo lo anterior.

Te voy a decir desde ya lo que NO te vas a encontrar entre estas páginas. No esperes, por ejemplo, una historia de amor de las que se cuecen a fuego lento y terminan con ese primer beso que ansías durante toda la novela. Esta no va de eso. La mía casi casi empieza en ese momento, con ese primer beso que lo cambió todo entre nosotros.

«¿“La mía”? ¿En serio, Samu? ¿Puedes ser un poquito más egocéntrico? “La nuestra”, joder».

Bueno, pues empezaré por contarte lo que pasó aquella noche de mayo de 2002. Marc y yo habíamos salido a cenar los dos solos. Marc, por si no lo conoces, es uno de mis mejores amigos. Siempre fue mi mejor opción para salir a ligar. Los dos somos muy altos (rozando el metro noventa) y teníamos bastante éxito con las tías. Si somos guapos y estamos buenos, se dice y punto, no pasa nada, no es presunción, es un hecho constatado. El caso es que, esa noche en cuestión, nuestros otros dos colegas, Loui y Chus, habían quedado con sus parejas y no vinieron con nosotros. Loui salía por aquel entonces con un actorcillo del que no recuerdo ni el nombre, y Chus con una novia con la que llevaba ya un par de años, aunque tampoco es la que te vas a encontrar en esta historia cuando volvamos al presente. Pero ya está bien de hablar de ellos, volvamos a aquella noche con Marc.

Yo pensaba que quedaríamos él y yo solos, pero no, trajo a la que era su compañera inseparable durante aquellos meses: la agonía. Lo cierto es que daba puto asco estar con él. Greta (otra amiga de la pandilla de la que Marc llevaba enamorado —él pensaba que en secreto, el muy flipado— toda la vida) había hecho bomba de humo más de un año antes y estaba desaparecida, solo sabíamos que estaba en Italia. Marc no lo llevaba nada bien y todos teníamos que fingir que no nos dábamos cuenta porque él fingía que no pasaba nada y, con ese carácter de mierda que tiene, como para decirle algo… En fin, que esa noche, después de cenar, fuimos Marc, su cara de

amargado y yo a un garito al que no habíamos ido nunca.

No recuerdo de qué le estaba hablando en un momento dado cuando me di cuenta de que se había quedado pillado mirando a un punto fijo.

—… Y después de eso, fui a tu casa y me tiré a tu madre —dije para comprobar que, efectivamente, no me estaba haciendo ni puto caso.

Ahora que lo pienso, si en vez de *tu madre* hubiera dicho *tu hermana*, habría sido una premonición, pero no adelantemos acontecimientos.

Seguí la dirección de su mirada, que permanecía fija en una morena de pelo rizado que estaba de espaldas a nosotros.

—No es ella —solté rompiendo mi norma autoimpuesta de no sacar el tema.

Esas tres palabras lo trajeron de vuelta de donde quiera que estuviera su cabeza y me miró antes de pestañear un par de veces.

—¿Eh? ¿Qué?

—Que no es ella —repetí.

—No sé de qué hablas.

—Claro —suspiré. Y ahí terminó esa conversación, como siempre—. Venga, vamos a hacer un reconocimiento de las troncas del lugar.

Empecé a dar una vuelta por el local y él me siguió con el piloto automático.

«Qué ganas de darle una hostia y hacerle espabilar, en serio».

Pero bueno, a lo que iba, que durante el reconocimiento táctico, un grupo de chicas llamó mi atención especialmente porque me sonaban todas las caras. Eran Estrella (la hermana mayor de Marc) y sus amigas. Aquí igual molaría que supieras que nosotros teníamos unos veintidós años en ese momento y ellas rondaban los veintisiete. Voy a insistir en lo de que ligábamos un montón, que éramos muy altos y muy guapos, por si no te has quedado con el dato y no comprendes que unas tías mayores se fijaran en dos niñatos como nosotros; pero la verdad es que, cuando íbamos los dos juntos, era habitual que llamáramos la atención de las chicas. Vaya tela, qué de flipado me ha quedado eso, pero te juro que es cierto.

En fin, que las amigas de Estrella empezaron a chillar como locas cuando nos vieron. Había una en concreto que acosaba a Marc cada vez que lo veía. Nada más encontrárnoslas, supe que esa sería su noche de suerte: ella iba a piñón fijo y a él su agonía le tenía la voluntad anulada. Yo cruzaba los dedos por si había suerte y echar un polvo le cambiaba un poco el humor, pero lo cierto es que tampoco tenía mucha fe en ello.

—Hola, guapísimos. —Estrella se puso de pie nada más vernos—. ¿Os acordáis de las chicas?

Lo curioso de ese momento fue que dijo todo eso aguantándome la mirada. Sí, a mí. Creo que no miró a su hermano en ningún momento. Y él seguramente estaría muy ocupado mirando sus botas (o su pozo de amargura interior, vete a saber) como para darse cuenta de ese detalle. Pero yo sí lo hice, y no rompí el contacto visual con ella en ningún momento. Eso era nuevo, pero si Estrella me miraba así, yo necesitaba saber por qué y hasta cuándo.

Tras las presentaciones de rigor, en las que fingí que me interesaba muchísimo conocerlas a todas, Estrella me hizo un hueco a su lado. Su amiga tardó apenas veinte minutos en meterle a Marc la lengua hasta la garganta. Al momento, él me apartó del grupo para preguntarme si no me importaba que se largara con la chica.

«Lárgate con ella, echa un polvo, sonríele de nuevo a la vida… Y déjame a solas con tu hermana, que quiero saber de qué va esto».

—Claro, tío, sin problema, me lo estoy pasando bien. Vete tranquilo —dije en lugar de lo que estaba pensando en realidad.

Volví a la mesa y las amigas de Estrella aprovecharon ese momento para salir a la pista a bailar. Pero Estrella se quedó.

—¿No bailas con ellas? —pregunté al volver a sentarme a su lado.

—Lo hemos echado a suertes y me ha tocado a mí hacer de canguro —sonrió.

Creo que aún no te he hablado de la sonrisa de Estrella. Es un detalle importante. Tan importante como que es su gesto más natural, es la chica más sonriente que he conocido nunca. Mucho se ha hablado (o lo ha hecho Greta, qué cansina) de lo bonita que es la sonrisa de Marc o de los hoyuelos que le salen al reírse, pero poco se ha hecho de que es igualita a la de Estrella. Y las sonrisas de Estrella no son tan caras como las de su hermano, ella las regala en cuanto tiene ocasión.

Igual este sería un buen momento para decirte que llevaba toda la vida enamorado de ella y que esa noche por fin se cumplieron todos mis sueños, pero lo cierto es que, aunque me dejaría en buen lugar, estaría faltando a la verdad. Tampoco voy a mentir y a fingir que nunca había pensado en ella en ese sentido. La conocía de siempre, es normal que me hubiera puesto cachondo más de una vez fantaseando con Estrella, era la hermana mayor de mi mejor amigo, es como un sueño erótico obligado por el que hay que pasar durante la adolescencia si la chica es más o menos pasable (de hecho, creo que no te dan el carné de adolescente pajillero si no cumples ese requisito). Y Estrella, aunque pequeñita, era (y es) preciosa.

A lo que iba, que de repente y por primera vez en la vida, nos habíamos quedado solos en una situación así. La música[i] estaba lo suficientemente alta como para que tuviéramos que hablarnos al oído a bastante volumen. Supongo que eso te ha pasado alguna vez y sabes que puede ser muy sexi. Y más si la voz de la chica es como la de Estrella… ¿Te he comentado ya lo de su voz? Creo que no, voy a ello.

La voz de Estrella es dulce, como ella en sí misma. Pero es dulce en plan suave, que sientes que te acaricia el oído cuando habla. Vale, eso me ha quedado moñas que te cagas, pero es cierto. Da igual lo que diga o de qué esté hablando, su voz siempre suena cubierta de caramelo. No me machaques por ese comentario, estoy recordando aquella noche con ojos de enamorado, dame un respiro. El caso es que su voz, además de lo bonita que es ya de serie, me llevaba a todas esas veces en su casa en las que, de crío, me había peleado con Marc (y Greta se había puesto de su parte, por supuesto) y Estrella me había defendido a mí para compensar (y por joder a su hermano un poco también, supongo). En fin, que me descentro: la voz de Estrella, que me encantaba, me reconfortaba y me ponía cachondo a partes iguales. Llevábamos un buen rato hablando de trivialidades al oído. No sabía si era su caso, pero yo no paraba de hablar para poder acercarme tanto a ella. Eso lo había utilizado como técnica para ligar en más de una ocasión, pero con ella me sentía raro. Era la hermana mayor de Marc, era imposible que ella estuviera pensando lo mismo que yo, ¿no?

Pocas veces había visto a Estrella fuera de su casa y creo que nunca de fiesta. Estaba guapísima. Llevaba el pelo (de color castaño claro, como el de su hermano) más arreglado de lo normal. Le caía a ambos lados de la cara y le llegaba a media espalda. Mi imagen habitual de ella solía ser en su casa con el pelo revuelto (un moño mal hecho o una trenza despeinada) y con un chándal o un pijama, pero esa noche iba lista para matar. Vestía una falda de color rosa y una especie de camisa-blusa-cosa rara blanca de esas que se ponen las tías. Y maquillaje. No iba excesivamente pintada, pero esos labios llenos de color me estaban llamando a gritos.

Llevábamos tanto rato solos hablándonos al oído, que había pasado de raro a cómodo. Con cualquier otra chica, haría rato que le habría tirado bocado, pero estamos hablando de la hermana mayor de Marc (no tiene otra en realidad), no quería dar nada por hecho y comerme un «¿qué

haces, niño?».

—Estás muy guapa esta noche —dije durante un silencio incómodo, porque se me acababan los temas y, aunque no esperaba que pasara nada entre nosotros, estaba tan a gusto con ella que no quería que propusiera dar la velada por terminada—. No pareces tú.

Sí, soy consciente de cómo sonó ese comentario. Ella sonrió de esa manera tan suya, con la que le desaparecen los ojos y se convierten en dos rendijas, antes de contestarme.

—¿Estoy muy guapa y no parezco yo? —preguntó todavía con esa sonrisa, ESA sonrisa. Y esa voz… No hace falta recordar lo de su voz, ¿no?

—Mierda. —Me reí y me pasé una mano por la cara—. Mala elección de palabras.

—Tranquilo, Samuel, te he entendido. —Mientras decía esto último, posó la mano en mi muslo para tranquilizarme, pero lo cierto es que consiguió más bien lo contrario. Mis piernas son muy largas, tengo muslo más que de sobra, no hacía falta poner la mano tan arriba; pero así había sido, si la subía unos pocos centímetros más, podría contar las monedas de mi bolsillo—. La verdad es que me he arreglado especialmente esta noche. Mira, hasta llevo tacones. —Se giró hacia mí, estiró la pierna y la pasó por encima de las mías para enseñarme los botines blancos que calzaba.

—Nunca he entendido lo de los tacones —comenté cogiéndole el tobillo que me había puesto encima—. ¿Para qué? ¿Qué falta os hacen?

Ella volvió a doblar la rodilla, pero la dejó sobre la mía, con lo que su pantorrilla quedó entre las mías también. Era una posición rara para dos que ni siquiera eran amigos, pero ninguno dijo nada al respecto ni se movió. La mano que yo había tenido en su tobillo, subió hasta su rodilla en ese movimiento y ahí la dejé de modo despreocupado.

—Con tacones nos sentimos más guapas y más sexis —me contestó al oído, como llevábamos haciendo toda la noche, pero esta vez, con ese movimiento, sus piernas se movieron y mi mano se desplazó unos centímetros sobre sus medias, dejó atrás la rodilla y acabó sobre su muslo, más cerca de la cara interna que de la superior. Juro por mi madre que yo no la moví del sitio, mi mano permaneció quieta mientras ella se acercó a hablarme y provocó ese cambio de posición.

—Para eso a ti no te hacen falta. —¿Cumplido de amigo de hermano pequeño o tirada de caña? Ni yo lo tenía claro.

—No te creas, me gustan los chicos muy altos, me ponen mucho; y sin tacones ni se fijan en mí… —De nuevo se me había acercado más para hablarme al oído y mi mano había vuelto a desplazarse hacia arriba en su muslo, pero ella parecía no haberse dado cuenta. Mi entrepierna sí, yo llevaba ya un rato empalmadísimo.

—Eso no me lo creo —sonreí—. Además, en la cama somos todos de la misma altura…

Un grupo de gente llegó en ese momento y se sentó en la parte del sofá que estaba vacía, donde hacía un rato estaban sus amigas.

—¿No les decimos que está ocupado? Cuando vuelvan tus amigas, no van a tener dónde sentarse…

—Se han marchado hace rato —volvió a hablarme al oído y de nuevo el movimiento de sus piernas deslizó mi mano hacia arriba.

—¿Se han marchado sin ti? ¿Y eso? ¿Por mi culpa?

—¿Tú qué crees? —Volvió a moverse y mi mano sobrepasó el extremo de sus medias y tocó piel. Joder, joder, Estrellita.

—Mierda, lo siento, no quería fastidiarte la noche. Me lo tendrías que haber dicho…

—¿En serio, Samuel? ¿Fastidiarme la noche? —Un último movimiento y mis dedos ya estaban a un par de centímetros de sus bragas. Sí, así había ido la cosa—. ¿Cuánto rato más

vamos a seguir fingiendo que es normal que tu mano esté donde está?

Y yo no estaba preparado para esa pregunta, entre otras cosas, porque la hizo con esa voz suya tan dulce que parecía más apropiada para cantar una canción de cuna que para decir una cosa así. Tragué saliva y mi primer impulso fue el de sacar la mano de ahí, por si lo que me había dicho era que pensaba que me estaba pasando de listo, aunque juro que yo no había hecho nada; pero ella fue más rápida y subió su otra pierna sobre las mías, dejando mi mano atrapada.

—Ni se te ocurra sacarla ahora —sonrió y me habló con toda naturalidad—, que ya casi has llegado.

Y en ese movimiento mi mano llegó hasta su ingle y rozó el borde de sus bragas. Resoplé como respuesta y la miré con lo que intuyo que sería la cara rojísima y ojos de loco perturbado. Apreté mi mano sobre su muslo, incapaz de subirla más por propia voluntad, y ella juntó las piernas atrapándola del todo bajo su falda.

—Estrella… —farfullé como pude mientras dirigía la mirada a esos labios de color intenso que pedían a gritos un mordisco.

—Samuel… —murmuró ella en respuesta.

Iba a ocurrir, ese beso que lo cambiaría todo entre nosotros.

Ahora podría decirte que ahí fue cuando me incliné a besarla y nuestros labios se rozaron, pero lo cierto es que no sería del todo fiel a la verdad. Más que inclinarme, me abalancé; y, más que rozar sus labios, los devoré. Si alguien hiciera una especie de enciclopedia con los grandes primeros besos de la historia, nosotros estaríamos sin duda como hito de «el más cerdo». Porque fue todo lengua y dientes, y mucha más lengua que dientes. Fue algo lascivo y sexi. Uno de esos besos que son desagradables de ver para la gente que está alrededor, pero que los implicados lo disfrutan hasta casi casi el orgasmo. Y supongo que fue toda una declaración de intenciones por parte de los dos, porque por primera vez fuimos lo que íbamos a ser a partir de ese momento.

—Vámonos de aquí —jadeó en mi oído y yo me atreví en ese momento a subir los escasos centímetros que separaban mis dedos de su puto paraíso y, desde esa noche, también el mío. Gimió como respuesta y volvió a besarme a lo guarro—. ¿Dónde podemos ir?

—No hay nadie en mi casa —dije en un jadeo ronco mientras dejaba quieta la lengua, pero seguía moviendo la mano sobre ese pedazo de tela que estaba más mojado que el interior de las copas de las que hacía un buen rato que no bebíamos.

—Pues vamos —gimió en mi boca y yo me levanté como pude porque, aunque me moría por llevarla a mi casa, era una tremenda cortada de bola en ese momento en el que solo me apetecía seguir tal como estábamos.

Salimos a la calle y nos recibió el frescor de la madrugada de mayo. Yo lo último que quería era que nos enfriáramos, lógicamente, así que volví a abalanzarme sobre ella y a besarla como habíamos hecho dentro.

—¿Buscamos un taxi o caminamos? —pregunté al separarme un momento de sus labios—. Son unas seis manzanas…

—Caminamos, que llegaremos antes —jadeó ella sobre mi boca y yo, en vez de echar a andar, volví a comerme la suya.

Un pensamiento de lo más inoportuno me asaltó en ese momento.

—Mierda —murmuré—. Tengo que decirte algo.

—¿Ahora? —preguntó ella alzando las cejas.

Asentí, tiré de su mano y la llevé hasta un banco que no quedaba lejos. A mí tampoco era lo que más me apetecía en ese momento, pero sentía que tenía que hacerlo.

—Verás —empecé cuando ya estábamos sentados—. Yo sé que las tías tenéis unos códigos,

entre amigas y familiares, igual que los tenemos los tíos, rollos sagrados y líneas que no se pueden cruzar, con exnovios, exrollos, ya me entiendes…

—Si es porque soy hermana de Marc, me da igual, no es asunto suyo…

—No, lo decía más por Greta, sé que sois muy amigas, casi como hermanas, y creo que es justo que sepas que hace unos años me lie con ella. Fue solo cosa de una noche, pero si quieres parar esto ahora, lo entenderé.

—Ya lo sabía —sonrió como respuesta—. Me lo contó ella. Y me da igual… Y a ella no creo que le importe lo más mínimo lo que tú y yo vamos a hacer esta noche.

Esa certeza con la que lo dijo, ese «lo que tú y yo VAMOS a hacer esta noche», unida a esa voz de ángel, me hicieron volver a lanzarme sobre sus labios como un puto kamikaze. La besé, devoré sus labios mientras aún estábamos sentados en ese banco. Me recreé en ellos antes de desplazar los míos a su mandíbula. Y luego, como un demente pervertido, bajé mi boca por su cuello y su escote, desabroché el primer botón de su camisa y aparté el encaje de su sujetador para meterme una teta en la boca. Sí, como suena, en un banco del parque, ese era mi nivel de enajenación mental. Ella jadeaba muy fuerte y a mí me iba a reventar el pantalón. De repente, fui consciente de lo que estaba haciendo y volví a incorporarme y a colocarle el sujetador y la camisa en el sitio.

—Tía, perdona, te acabo de sacar una teta en medio de la puta calle… —farfullé claramente avergonzado—. Se me ha ido mucho la bola… No sé en qué estaba pensando, yo no soy así…

Ella se puso de pie y tiró de mi mano para que la imitara.

—Vamos a tu casa, Samuel —sonrió—, o acabaremos despelotándonos los dos aquí en medio y nos detendrán por escándalo público.

Emprendimos el camino hacia mi casa. Creo que nunca había tenido tantas ganas de llegar como en aquel momento. Yo le pasaba una mano por encima de los hombros o por la cintura según me daba. De vez en cuando, me paraba para un poco de magreo. No se quejó ni una vez. La notaba tan receptiva que me iba animando más cada vez que nos deteníamos. Para cuando llegamos a un paso subterráneo que quedaba ya muy cerca de mi casa, no me cortaba ni un pelo en meterle mano por debajo de la ropa.

—Estrellita —murmuré casi sin dejar de besarla—, vamos a tener que fingir que no estamos cachondos y que vamos a mi casa a jugar al parchís o no llegamos… Acabaremos haciéndolo en la calle como animales…

—Vale, vale —asintió con esa voz tan dulce y esa sonrisa que le hacía desaparecer los ojos—. Vamos directos.

Le di la mano y tiré de ella mientras comenzaba a andar a grandes zancadas. Ella empezó a reírse, pero al momento protestó.

—Eh, que tienes las piernas mucho más largas que yo, no puedo dar pasos tan grandes… Y además llevo tacones, y falda estrecha, no puedo ir tan deprisa.

Ni me lo pensé, me la cargué al hombro como un saco de patatas o una bombona de butano y prácticamente eché a correr hacia mi casa con las carcajadas de ella subiéndome por la espalda.

—¡Samuel! ¡Que me voy a caer!

—Jamás lo permitiría —aseguré entre risas aumentando la velocidad de mis pasos. Ella tampoco paraba de reírse.

Llegamos a mi portal y saqué las llaves del bolsillo sin dejarla a ella en el suelo. Protestó, pero tal y como se reía, no era demasiado convincente.

Mientras esperábamos el ascensor, no volvió a pedirme que la bajara. En lugar de eso, metió una de sus manos por dentro de mi pantalón y empezó a acariciarme el culo.

—Estrellita… Yo también sé jugar a eso —susurré y mi mano imitó sus movimientos bajo su falda.

Ella se rio y gimió al tiempo.

Tras unos segundos de magreo en el ascensor, salimos al rellano a trompicones porque yo creo que de lo calientes que estábamos no podíamos ni caminar con normalidad. Se me cayeron las llaves al suelo cuando ella metió una mano por dentro de mi pantalón. Se agachó a recogerlas y yo fui detrás para no dejar que se levantara. Sí, ese era el nivel. Finalmente tuve un instante de lucidez suficiente para quitarle las llaves y, aún de rodillas, abrir la puta puerta, que era, al fin y al cabo, lo único que nos separaba de lo que prometía ser una gran noche.

Ella entró gateando y muerta de risa. El movimiento de su culo me llamaba a gritos. Se sentó sobre el parqué de la entrada y empezó a descalzarse.

—Me quito los botines, ¿vale? —dijo todavía riéndose—. Que me rozan.

—Por mí quítatelo todo, que te van a rozar más cosas… —gruñí mientras la alcanzaba, me abrazaba a su espalda y empezaba a lamerle el cuello.

—Samuel —soltó en un jadeo y se recostó en mi pecho.

Yo empecé a sobarle todo el cuerpo como un puto animal cachondísimo y ella solo gemía bajo mis manos. No ayudaban, esos sonidos no ayudaban nada al nivel de calentón que yo tenía ya a esas alturas. Intenté subirle la falda con una sola mano y movimientos torpes, pero no era nada fácil…

Nuestros gruñidos, gemidos y jadeos se mezclaban entre ellos y llenaban el aire de la habitación. Yo no recordaba haber estado nunca en una situación así. Era muy raro, porque nos conocíamos de toda la vida, pero nuestra relación había sido siempre cordial y poco más, nada íntimo, no hasta esa noche en la que estábamos cruzando todas las barreras… De hecho, las habíamos cruzado tan a lo bestia que ya las habíamos perdido de vista.

—¿Hemos venido hasta tu casa para no pasar del recibidor? —preguntó con la respiración entrecortada.

—No, joder, tienes razón.

Saqué fuerzas de algún lugar en mi interior y me puse de pie como pude. La cogí en brazos y comencé a avanzar por el pasillo.

Nada más entrar en mi cuarto, dudé un momento si dejarla en el suelo o lanzarnos sobre la cama, pero concluí que me venía mejor la primera opción si no quería que todo terminara casi antes de empezar y me dejara en muy mal lugar. Nadie quiere, cuando está con una tía mayor, quedar como un niñato sin autocontrol. Así que, eso hice; la dejé en el suelo a los pies de mi cama y me acerqué a poner algo de música[ii]. Luego volví donde la había dejado y me quedé plantado delante de ella.

—Estrellita —murmuré llevando los dedos a los botones de su camisa y respiré hondo—, te voy a desnudar…

—Vale. —Sonrió y yo perdí de vista sus ojos—. ¿Y tú? ¿No te vas a desnudar?

Esa voz, en serio, esa puta voz diciendo esas cosas. Le hice un movimiento rápido con las cejas y ella se rio. A continuación, me deshice de mi camiseta en un solo gesto.

—Es un buen comienzo —susurró con una risita mientras me pasaba las manos por el pecho.

Yo respiré hondo porque juro que ese gesto suyo me quemaba vivo. Desabroché su blusa con la calma del que lo tiene todo controlado, o eso quería que pareciera, porque en realidad estaba más alterado que en mi puta vida. Como en el colegio cuando de repente entraba un profesor y decía: «examen oral sorpresa», pues así de nervioso me sentía, aunque le auguraba un mejor final a la noche que el que solía tener la situación anterior. Me sudaban un poco las manos y el

corazón me latía con fuerza. Estaba desnudando a Estrella, la hermana mayor de mi mejor amigo, es *heavy* si lo piensas. Cinco años, cinco años más que yo tenía, eso, a mis veintidós años, me parecía una puta barbaridad.

Terminé de desabrochar su camisa y la deslicé por sus hombros hasta dejarla caer al suelo. Llevaba un sujetador de encaje al que ya le había echado un vistazo en el parque cuando se me había ido la olla de esa manera tan animal. Pero ahora lo tenía de nuevo delante de mí y en esta ocasión podía prestarle toda mi atención. Y eso hice. Deslicé el dorso de mis dedos por la piel que dejaba a la vista la prenda. Lentamente. Me vendría muy bien decirte que fue un momento romántico y bonito y que por eso me lo tomé con calma, pero lo cierto es que estaba tan cachondo que, si no ralentizaba un poco el ritmo, me iba a correr antes incluso de ponerme el condón.

Llevé las manos al cierre y, pese a estar en la espalda y no verlo, lo desabroché a la primera y se lo quité. Ella no opuso resistencia. En lugar de eso, me sonrió. Esa sonrisa… Joder, esa sonrisa…

Pasé los pulgares por sus pezones y ella cerró los ojos y gimió. En ese momento solo llevaba esa falda rosa que también le estaba sobrando. Mis manos buscaron a tientas la cremallera. No tardé en localizarla y prácticamente se bajó sola. Respiré hondo, me agaché un poco y rodeé a Estrella con mis brazos, justo por debajo del culo, antes de volver a incorporarme con sus tetas a la altura de la cara.

—Encantado, chicas, soy Samu —solté antes de meterme una de ellas en la boca. Estrella se rio y rodeó mi cabeza con sus brazos, a la vez que jadeaba gracias a mis labios.

Sé que hacer un comentario como ese en un momento así puede ser delicado. El humor no siempre es bien recibido según en qué tipo de situaciones, pero yo necesitaba quitarle intensidad al asunto porque de verdad que me sentía muy al límite.

Ella enredó sus dedos entre mis rizos y empezó a guiar mi cabeza por su pecho.

—Samuel —murmuró entre jadeos—, cómo me pones…

Y no te voy a preguntar qué habrías hecho tú en ese momento, pero yo lo único que acerté a hacer fue girar sobre nosotros y dejarme caer de espaldas en la cama con ella sobre mí. Se incorporó para quedarse sentada a horcajadas sobre mis muslos. Deslizó una uña desde mi ombligo hasta el botón de mi pantalón.

—Qué bueno estás, Samuel —dijo con una sonrisa de lo más dulce, que contrastaba del todo con la intención que se le adivinaba a su mano y a sus palabras.

Desabrochó el primer botón y luego, de un tirón, soltó todos los demás. Yo resoplé con alivio, porque hacía rato que la presión de la bragueta era casi dolorosa.

—Las botas —farfullé. Y maldije mentalmente haberme puesto las Converse, las más difíciles de desabrochar que tenía.

Ella se apartó de encima de mí para dejarme acceso a mis pies y la eché de menos al momento.

—¿Tienes condones? —preguntó mientras yo empezaba a desatarme las zapatillas.

—Sí, en la mesilla, último cajón, coge el que quieras…

—¿Cómo que coja el que quie…? ¡Ay, joder, qué arsenal! —se rio—. ¿Por qué tienes tantos y tan variados? ¿Eres un sibarita de los preservativos?

—Qué va. —Me reí, me quité las zapatillas y las dejé caer al suelo—. Soy hijo de madre casi adolescente y padre desconocido. —Me deshice de los calcetines y corrieron la misma suerte—. Simplemente es que mi madre no quiere que le pase eso a ninguna otra chica.

—¿Y por eso te los compra tan variados? ¿Y tantos? ¿Tanto follas, Samuel?

—Claro que no —me reí entre dientes y me acerqué a ella, a acariciarla y besarla para

recuperar la atmósfera que se estaba rompiendo por la conversación sobre preservativos—. Mi madre tiene una farmacia, casi todos los que hay ahí son las muestras gratuitas que le dan las marcas… ¿Podemos dejar ese tema ya? —Le pasé la lengua por el cuello y ella gimió y por fin dio por terminada la charla sobre profilaxis.

La tumbé sobre la cama y terminé de desnudarla. No me costó nada volver al punto de excitación que tenía previamente. Estaba buena. Estaba muy buena y era preciosa. También era Estrella, la situación era un poco rara, pero no lo suficiente como para dejar de ser de las más excitantes de mi vida. Y estoy siendo suave porque no quiero que pienses que soy un exagerado o un intenso, pero me atrevería a decir que fue la más excitante de todas, al menos hasta ese momento, luego vinieron otras (también con ella, no pienses mal) que lo fueron tanto o más. Pero esa noche no recordaba haber estado nunca antes tan cachondo.

Ella se incorporó, me empujó para hacerme caer de espaldas sobre el colchón y terminó de desnudarme a mí. Ya no había vuelta atrás: iba a ocurrir.

Y ocurrió. Ya te digo si ocurrió.

Me puse el condón a toda velocidad y con movimientos de lo más torpes. Que yo no es que me pasara el día follando, pero condones me había puesto unos cuantos. Pese a eso, me sentía un novato total. Como si fuera el primero, como si nunca antes lo hubiera hecho. Creo que estaba más nervioso que mi primera vez, y eso es mucho decir, te lo aseguro.

Finalmente conseguí ponérmelo y me tumbé sobre ella. Sí, con un original misionero, porque si me ponía creativo con alguna posturita más sugerente, corría el riesgo de desencadenar el final de un modo humillantemente precipitado. Su calor me envolvió al momento. Ella cerró los ojos y respiró hondo. Empezó a gemir y en apenas tres embestidas yo ya estaba muy al límite. Pero me contuve todo lo que pude. La sensación era absolutamente indescriptible. A ver, era follar, no me voy a poner místico y a decirte que fue una conexión espiritual o algo así, era lo que era, pero, aunque no me pillaba de nuevas, la sugestión hace mucho más de lo que yo pensaba. Y sugestionado y cachondo estaba un rato. Intenté pensar en otra cosa para ralentizar el momento y fue un grave error. Mi cabeza me decía que era una pésima idea hacer eso con la hermana de mi mejor amigo. Que iba a tener que seguir viéndola en su casa cada dos por tres. Que igual empezaba a sentirme incómodo cuando fuera a ver a Marc. Y no quería que eso pasara por nada del mundo. Me encantaba ir a su casa.

A pesar de mis divagaciones mentales, el ambiente me superaba y el orgasmo amenazaba con arrollarme tras cada embestida. Y no quería, joder, no quería ser un niñato eyaculador precoz. Cerré los ojos para no verla, porque su cara de excitación con los ojos cerrados y la boca entreabierta, la fricción de su cuerpo desnudo perlado de sudor contra el mío…

El orgasmo me sobrevino de golpe, tras un *Samuel* gemido en mi oído con esa voz que era capaz de volarme la puta cabeza. Un cosquilleo se originó en la base de mi espalda y se abrió paso por todo mi cuerpo. Una oleada de espasmos, temblores y ramalazos de éxtasis que me hicieron apretar los dientes con fuerza para no gritar como un poseso, entre otras cosas, porque no eran horas. Pero gruñí y emití sonidos sin sentido durante lo que tardé en recuperar la normalidad. Y tardé, porque duró bastante más de lo que me solía durar a mí un orgasmo estándar.

Tras el último estertor, la abracé, la besé y salí de ella antes de que el asunto empezara a perder intensidad y se quedara el condón dentro. Me tumbé a su lado bocarriba mientras trataba de recuperar el aliento. Me quité el preservativo, lo até y lo tiré al suelo. Luego giré la cabeza para mirarla.

—Tú… ¿has llegado? —me atreví a preguntar.

Y en ese momento, ella…, la muy hija de puta (así, con todas las letras), se empezó a descojonar. Y digo *hija de puta* con todo el amor del mundo, recuerda que ahora es mi mujer… ¿No lo había dicho? Pues te hago ya el *spoiler*: ahora es mi mujer, llevamos catorce años juntos, doce casados, y tenemos cuatro hijos, pero ya llegaremos a eso… Lo importante es que entiendas lo que pasó esa primera noche y lo mal que me lo hizo pasar esos primeros días, o meses. Mal y bien, las dos cosas, la verdad, porque me hacía putaditas y me regalaba orgasmos con la misma facilidad.

A lo que iba, que la muy cabrona se empezó a reír en mi puñetera cara mientras negaba con la cabeza.

—Claro que no, cielo —afirmó.

—Argh, joder. —Me tapé la cara con los brazos por pura vergüenza—. He sido demasiado rápido, ¿verdad? Mierda, es que estaba muy cachondo, me has puesto malísimo… —En un arranque de valor, me destapé la cara y me giré a mirarla—. Vale, lo bueno de que tenga veintidós años es que en nada estoy listo para volver a empezar, no te vas a quedar así… —aseguré en un intento de salvaguardar la poca dignidad que me quedaba.

—Ay, Samuel. —Sonrió—. Si repites la misma situación, obtendrás el mismo resultado.

Tras esa afirmación, debí de quedarme blanco y noté un pellizco en las tripas. No sabía cómo reaccionar a eso.

¿Era malo follando? ¿Tanto? ¿Eso me estaba diciendo? En aquel momento, solo quería hacerme muy pequeño y desaparecer.

—Joder, tía, qué mal.

Rodé sobre mí mismo hasta quedarme bocabajo y me tapé la cabeza con la almohada. Me llegó su carcajada amortiguada y apreté más el cojín para no oírla.

—Samuel, cielo —susurró mientras deslizaba los dedos por mi espalda y hacía que un escalofrío me recorriera entero—, mírame.

—Paso, tía, qué vergüenza —murmuré.

Oí sus carcajadas y a continuación noté lo que me pareció un mordisco en el culo. Me dio un poco de risa a mí también.

—Ay, Samuel, con lo bueno que estás…, no te atrevas a dejarme a medias. A un tío feo se lo consentiría, pero no a ti. Ni de coña.

Me quité el almohadón de encima y levanté un poco la cabeza, aunque girada hacia el lado contrario para que no me viera la cara, me seguía muriendo de vergüenza.

—Explícame eso —pedí al aire.

—Mírame —pidió.

—No, paso —me reí.

Se tumbó encima de mí y, al notar su cuerpo desnudo sobre mi espalda, empecé a ponerme cachondísimo otra vez. Deslizó las yemas de los dedos de arriba abajo por mis costados, hasta llegar a las caderas, y la lengua por mi cuello. Yo estaba ya empalmadísimo otra vez, pero no me atrevía a hacer o decir nada.

—Samuel —susurró con un gemido ronco antes de atrapar el lóbulo de mi oreja con los labios —. Eres el chico más guapo, más atractivo y más sexi que he conocido en la vida real… Hagamos que esta noche sea memorable.

Lloriqueé y apreté la cara contra el colchón.

—Es que lo hago mal —murmuré con un quejido amargo.

—Cielo —se sentó sobre mi culo y me besó la espalda—, nadie ha dicho que lo hagas mal. Solo no has prestado atención a lo que tocaba.

—Creía que te estaba gustando, te lo juro —lloriqueé de nuevo.

—Y me estaba gustando —aseguró—. Samuel, gírate, mírame.

Se incorporó levemente para facilitarme el movimiento. Refunfuñé un poco, pero, finalmente y muerto de vergüenza, lo hice y me quedé bocarriba con ella sentada sobre mí. Qué preciosa era, joder. Y qué buena estaba.

Sonrió, con esa sonrisa tan suya. Soy pesado, lo sé, pero es que su sonrisa me vuelve loco. Y verla desnuda encima de mí era tan excitante como increíble. No obstante, debo decir que no era raro o incómodo. En mi caso concreto, lo sentía de esa manera. Al menos todo lo a gusto que puedes sentirte con alguien que te acaba de sugerir que follas mal.

Tomé una determinación y respiré hondo.

—Venga, voy a despedirme de la poca dignidad que me queda. —Sonreí y la miré fijamente —. Dime qué hago mal.

—A ver, cielo, no es que lo hagas mal. Pero el rollo es, y este es un consejo que te doy para el futuro, cuando estés con otra chica, que todo irá mucho mejor si consigues que ella llegue hasta el final antes de metérsela. Y si luego llega otra vez, genial; que no llega, eso ya va por delante…

—Pero, entonces, me quedaré yo a medias, ¿no?

—Cielo, lo del orgasmo simultáneo solo pasa en las películas y en las novelas. —Se inclinó hacia adelante y apoyó los antebrazos en mi pecho. Yo aproveché para levantar un poco la cabeza y besarla—. En la vida real, a mí me ha pasado solamente un par de veces y cuando he tenido pareja mucho tiempo, cuando ya nos conocemos de sobra. El caso es que cuando el chico termina sí que se acaba la diversión; pero al revés, no. ¿Entiendes?

—Vale, sí, entiendo —asentí—. Dime, por favor, que esto te ha pasado más veces, que no soy el peor polvo que has echado —me reí. Una vez que asumes que la dignidad te ha abandonado, una situación así es de lo más llevadera.

—Lamentablemente, sí —se rio conmigo—. Es muy habitual.

—¿Y siempre das estas clases magistrales? —pregunté mientras subía las manos y empezaba a rozarle los pezones. No podía tenerla desnuda encima de mí y no tocar, era humanamente imposible.

—Qué va, normalmente paso. Lo intento y, si no llego, lo finjo y ya. Así tampoco daño el amor propio del chico. Cuando tenga una novia, ya le dirá qué quiere y cómo…

—Pero mi amor propio no te ha importado dañarlo —sonreí—. Vale, vale, ya veo de qué vas…

—Samuel, cielo —se acercó mucho para susurrar—. Me pones mucho, muchísimo, desde hace tiempo. No quería que esta noche terminara en un polvo mediocre y un orgasmo fingido. Quiero uno de los que te vuelven los ojos del revés, quiero que me hagas perder la cabeza.

Tras decir eso se deslizó hacia abajo sobre mi cuerpo y se metió uno de mis pezones en la boca. Mi polla rozaba su vientre y su sexo mi muslo. Resoplé fuerte y arqueé la espalda para incrementar la fricción y notarla más en todas partes.

—Joder, Estrella —farfullé entre gemidos—. Dime qué quieres que haga porque ahora mismo solo puedo pensar en volver a follarte.

Ella subió a besarme.

—Usa los dedos… y esos labios perfectos que tienes, Samuel. —Los lamió tras nombrarlos y yo volví a arquearme para aumentar el roce—. ¿Sabes dónde está el clítoris?

—Vamos a averiguarlo —propuse antes de hacerla rodar en el colchón para colocarme yo encima.

Me situé entre sus piernas y bajé hasta que mi cabeza quedó a la altura de su centro. Le cogí

las piernas, le hice doblar las rodillas y me quedé observando.

—Joder, tío, no lo mires así. No me siento tan observada ni en el ginecólogo —se rio y estiró los brazos para taparme los ojos con las manos.

Me reí yo también y cubrí sus manos con las mías mientras sostenía sus rodillas justo donde las quería. No se podía mover y noté que se sentía un poco violenta. Lo cierto es que lo entendía, la pose se las traía, pero estaba tan sexi que dolía.

—No te avergüences —murmuré acercando mis labios a su clítoris—. Estás preciosa, y yo necesito ver lo que estoy haciendo. Quiero que te corras poniendo los ojos del revés, como has dicho. —Le besé en lo que yo pensaba que era el punto exacto y ella respiró fuerte—. Pero no quiero que estés incómoda. —Le solté las manos y llevé las mías a su culo. Volví a rozar mis labios con su piel expuesta—. ¿Ahí? —pregunté en un susurro.

—Sí —gimió muy fuerte y llevó sus manos a mi pelo. Enredó los dedos entre mis rizos y empezó a marcarme el ritmo—. Suave, Samuel, suave…

Y yo obedecí. Y me tomé todo el tiempo del mundo para deslizar mi lengua con calma por su puto paraíso. Una vez. Y otra. Y otra. Despacio, muy despacio. Y suave, muy suave. Ella se retorcía bajo mi boca, gimiendo y jadeando. Yo estaba cachondísimo de verla así, pero me esforcé en concentrarme en mi tarea.

—Usa los dedos —farfulló mientras empezaba a moverse un poco más deprisa.

Obedecí y le metí mi dedo corazón, supuse que querría el más grande.

—Dos —gimió.

Interpreté que se seguía refiriendo a los dedos y añadí otro. Entonces ella bajó una mano y retuvo mi muñeca donde estaba, sin dejarme sacarlos.

—Muévelos dentro… más deprisa —murmuró entre jadeos. Y yo obedecí. Y no pude evitar acelerar también los movimientos de mi lengua, porque no soy capaz de llevar dos velocidades diferentes, eso es un hecho.

Pero pareció gustarle, porque empezó a moverse debajo de mí con tanto entusiasmo que casi parecía que era ella la que se estaba follando mi boca y mi mano. Levantó los brazos y se agarró a los barrotes de mi cama mientras aceleraba los movimientos cada vez más. Su respiración era fuerte y rápida. Los jadeos se mezclaban con los gemidos como en una sinfonía porno. Empezaron a temblarle las piernas y las pasó por encima de mis hombros. Se movía cada vez más deprisa y yo aceleré el ritmo para ponerme a su nivel.

—Quiero gritar…, Samuel…, quiero gritar —dijo como pudo entre jadeos cada vez más fuertes.

Separé mis labios apenas un segundo para confirmar:

—Hazlo, joder.

Y volví a lamer, para recuperar el instante perdido. Y para que ella no perdiera el ritmo. Quería que llegara, quería verla correrse. Empezó a jadear cada vez a más volumen. Se impulsaba con las manos en los barrotes para acelerar el movimiento. Y entonces sí, entonces arqueó la espalda, y tensó las piernas… Y yo creí que iba a partirme el cuello, o los dedos. Y juro que en ese momento me dio igual. Ella ya no se movía, y dudé si yo tenía que seguir haciéndolo.

—No pares —adivinó mis pensamientos y yo obedecí.

Y se tensó más. Y yo aceleré más. Y ella gritó más todavía. Sus sonidos fueron subiendo de velocidad y de volumen hasta que soltó un grito final:

—¡Jodeeeeeeeer, Samuel!

«Mmm, vale, está bien que a los vecinos les quede claro a quién le tienen que dedicar el

aplauso».

Se relajó al momento. Y yo paré, no de golpe, porque la inercia que yo había cogido necesitaba una desaceleración progresiva. Pero finalmente me detuve. Ella soltó las manos del cabecero y las llevó a mi pelo. Me indicó con un gesto que subiera y lo hice.

—Ahora sí, ¿no? —sonreí al llegar a su altura y tumbarme junto a ella—. O eso o te tienen que dar un Óscar.

—¿Lo habías hecho antes? —preguntó devolviéndome la sonrisa y respirando todavía con dificultad.

—Un par de veces nada más, pero no acabó igual… De hecho, no había visto nunca nada igual —me reí.

—Ya —soltó una risita, se tumbó sobre mí y escondió la cabeza en mi cuello—, soy muy escandalosa.

—Ha sido lo puto mejor que he visto en la vida —aseguré deslizando las yemas de mis dedos por su espalda.

—Es que me gusta mucho el sexo, Samuel, muchísimo. Lo vivo muy fuerte.

—Me encanta, joder. —La abracé y me froté un poco contra ella, porque yo estaba durísimo todavía.

Se incorporó para besarme, pero la detuve.

—Espera, que tengo toda la cara mojada —me reí—, deja que me limpie o algo.

—Da igual, no te limpies, va a ser un beso muy cerdo —aseguró antes de cumplir su amenaza y darme uno como ese primero que nos habíamos dado en el garito.

Y yo le correspondí con muchísimas ganas, porque ella acababa de correrse, pero yo no. Bueno, sí, pero antes, no contaba, había reiniciado. La apreté contra mí mientras nos besábamos y deslicé mis manos por todo su cuerpo. No se me iba de la cabeza su orgasmo. Qué cosa más bruta.

—Samuel… —gimió separándose un momento de mis labios.

—¿Mñhmñn? —pregunté intentando volver a atrapar su boca.

—¿No vas a follarme?

Y aún hoy yo no sé cómo no me corrí directamente con aquella pregunta.

—Joder, Estrellita —gemí antes de atrapar sus labios con los dientes.

La hice rodar sobre la cama y volví a colocarme sobre ella. Estaba tan mojada que me deslicé dentro casi sin darme cuenta. Y ahora me voy a poner místico y a decirte que nunca lo había sentido así. Que mis sensaciones estaban multiplicadas por mil, y que la conexión que sentí con ella en aquel momento no la había sentido jamás. Que por muchas veces que hubiera follado, nunca había tenido una sensación tan intensa. Y no solo me estoy poniendo místico al contártelo, también me puse en ese plan en el momento.

Empecé a moverme muy despacio, sin prisa, disfrutando cada movimiento.

—Estrella —murmuré en su oído entre jadeos—. ¿Lo notas?

—¿El qué? ¿Tu polla dentro de mí? Claro, joder —gimió.

La apreté fuerte porque ya solo eso que acababa de decir me había puesto más cachondo aún, si es que era posible.

—No, esto… Algo… más fuerte…, más intenso… ¿lo notas? —Empecé a acelerar los movimientos y la respiración.

—¿Qué notas, Samuel?

—A ti… Nunca había… follado así… Nunca lo… había… sentido así —farfullé.

—Espera, espera, para, Samuel, para.

—¿Qué pasa? —Desaceleré la velocidad, fue lo máximo que pude hacer. Juro que quería obedecer y parar, pero no fui capaz.

—El condón, ¿te has puesto condón?

—¡Hostia! —Salí de golpe de dentro de ella y los dos cambiamos los jadeos por un ataque de risa.

Me estiré para llegar hasta el cajón donde los guardaba y cogí el primero que pillé. Me arrodillé en la cama y seguí riéndome.

—Joder, qué gilipollas soy, yo todo místico… —Rasgué el envoltorio—. «¿No lo notas especial? ¿Más intenso?».

Ella se incorporó como yo y me besó muerta de risa.

—Ay, Samuel, creo que esta noche no la voy a olvidar en la vida. —Me quitó el condón de la mano y lo sacó del envoltorio.

—Joder, no sé cómo tomarme eso. —Me reí y cambié la risa por un jadeo cuando ella empezó a ponerme el preservativo—. ¿La noche en la que me lie con un crío que follaba mal y luego se puso místico porque se había olvidado el condón?

—No. —Se sentó sobre mí y acopló su cuerpo al mío en un único movimiento. Los dos cerramos los ojos un momento y respiramos hondo—. La noche de los orgasmos más fuertes y las risas más sinceras —sonrió.

—¿Los orgasmos? —Jadeé—. ¿En plural?

—Aún queda noche, Samuel, tengo fe en ti —susurró empezando a acelerar el ritmo—. Vamos a por los segundos.

Estaba sentada sobre mí y sus brazos me rodeaban el cuello. Yo nunca lo había hecho en esa postura, pero me estaba gustando. Era como muy íntimo, como un abrazo, y me hacía sentir cómodo. Todo con ella me hacía sentir así, la verdad.

En esa posición le resultó muy fácil marcarme el ritmo, y yo me dejé llevar, porque a mí cualquier ritmo me iba bien. De hecho, intentaba pensar en otras cosas para retrasar el momento. Volvió a acelerar la velocidad, como había hecho un rato antes, y yo la seguía con la boca abierta y la respiración agitada. Su cuerpo cubierto de sudor emanaba calor y quemaba en cada punto en el que tocaba el mío.

Se inclinó hacia atrás y apoyó las manos en el colchón mientras seguía acelerando el vaivén. Y esa imagen. Esa imagen. Su cuerpo arqueado hacia atrás, su pecho moviéndose al ritmo de mis embestidas…

—Estrella —farfullé como pude poniendo las manos en sus caderas—, me voy a correr.

—Aguanta, cielo —gimió y se llevó una mano al punto en el que su cuerpo se unía al mío. La movió muy rápido mientras yo aceleraba mis movimientos aferrado a sus caderas—. Samuel…, sí, Samuel… ¡Samueeeeeeel!

Y si no hubiera sido porque, tras ese grito, me imaginé a la totalidad de mis vecinos haciéndome el paseíllo al día siguiente en el portal, creo que esa vez sí nos hubiéramos corrido juntos, porque me puso tan cachondo que casi lo hice yo antes. Tras su grito y mi imaginaria ovación vecinal, tardé apenas tres embestidas en dejarme ir. Me abrazó fuerte y me mordió el hombro mientras recuperábamos la respiración. Yo enterré la cara en su cuello y dejé que su sudor se mezclara con el mío. La abracé fuerte. No quería salir de ella, pero tenía que hacerlo. Lo alargué hasta que fue ella la que se incorporó y se separó de mí. Y fue ella también la que me quitó el condón y lo tiró. Se dejó caer sobre la almohada y yo hice lo mismo a su lado.

—Esta vez mejor, ¿no? —pregunté todavía sin aliento.

—Ha sido genial —susurró mientras se acercaba a besarme.

Fue un beso lánguido, perezoso, sin prisa por que se acabara, sin prisa por nada. Y yo se lo devolví mientras la acariciaba. Y tuve la certeza de que podría pasarme toda la noche haciendo solo eso.

—¿Te importa que me dé una ducha antes de irme? No quiero vestirme estando tan sudada…

—Claro, sin problema… Pero puedes no vestirte, no tienes por qué irte, te puedes quedar. Mi familia no vuelve hasta el martes —aseguré.

—Pero me gustaría llegar a casa antes que Marc, no quiero tener que darle muchas explicaciones… —sonrió—. Ni a mis padres… Si hubiera sabido esto, me habría buscado una coartada y me quedaría a dormir contigo para repetir por la mañana.

Y tras ese comentario, volví a pegarme a ella y a besarla como si así pudiera congelar el momento. No quería que terminara esa noche que le habíamos robado a la vida real y que volviera a ser solo la hermana de Marc. Necesitaba que fuera durante un poco más de tiempo la chica sexi de los polvos sinceros, las risas espontáneas y los orgasmos escandalosos.

A regañadientes me separé de su lado y la acompañé al baño. Me habría encantado ducharme con ella, pero preferí dejarle intimidad. Me di yo una ducha rápida en el baño de mis padres (bueno, mi madre y mi padrastro) y me vestí mientras esperaba a que terminara ella. Entró al momento de nuevo en mi habitación solo cubierta por una toalla enrollada alrededor de su cuerpo.

—Me encanta cómo huele tu gel de baño de La Sirenita. —Sonrió y se llevó un brazo a la nariz—. Eres una caja de sorpresas, Samuel.

—Qué graciosilla eres —me reí y me acerqué a besarla—. Comparto baño con mis hermanas, que tienen nueve años. Mi jabón está en el estante de arriba, pero claro, teniendo en cuenta que tu altura se acerca más a la de ellas, es normal que el mío no lo hayas visto…

—¿Me estás diciendo que te recuerdo a tus hermanas? —Pestañeó un par de veces.

—Ni de puta broma. —Me incliné a besarla—. Aunque parece que quieres copiarles su estilo. —Me reí y le solté el pelo que se había recogido con una pinza de mis hermanas que parecía una concha del mar con purpurina blanca.

—¿No es tuya? Pensaba que te recogías el pelo con eso cuando te duchabas…

Solté una carcajada.

—Pues no te creas, que alguna vez he tenido que recurrir a cosas de estas. A ver, eso es así, los tíos con el pelo largo lo tenemos difícil, no hacen movidas de pelo para nosotros.

—No, la verdad es que no he visto en ninguna tienda una sección de «accesorios de pelo para supermachos» —se rio.

—¿Te burlas? —Sonreí—. No soy como tu hermano, a mí no se me caen las pelotas al suelo por usar estas movidas. Mira. —Me recogí el pelo en un momento y lo enganché con la pinza de la discordia—. ¿Ves?

—Joder, Samuel, hasta con accesorios de niña pequeña estás bueno —murmuró con cara de golfa y yo la levanté a pulso para tener su cara a mi altura y poder besarla cómodamente.

Ella me rodeó la cintura con las piernas, el cuello con los brazos y volvió a soltarme el pelo.

—¿Por qué te has vestido? —preguntó con un ronroneo.

—Porque has dicho que te ibas, para acompañarte; pero me vuelvo a desnudar rápidamente si es lo que quieres…

—¡Serías capaz! —soltó una carcajada.

—De desnudarme, sí, claro. De repetir, habría que comprobarlo, pero es posible que también —sonreí.

—Pues eso lo comprobamos otro día, que ahora tengo que irme, de verdad.

Asentí y la dejé en el suelo. Ella empezó a vestirse y yo me quedé mirándola con sus últimas palabras resonando dentro de mi cabeza: «eso lo comprobamos otro día», «otro día»… ¿Le apetecería volver a quedar conmigo? ¿Querría repetir? Yo tenía clarísimo que sí, y ella había sugerido que también, ¿no?

—Ahora sí, me marcho. —Estaba absorto en mis pensamientos y no me había dado cuenta de que ella había terminado de vestirse—. No hace falta que me acompañes, de verdad, soy mayorcita.

—Eso no es negociable —sonreí y negué con la cabeza—. Jamás he dejado a una chica hacer el camino de la vergüenza sola.

—¿Y si viven muy lejos?

—Las acompaño al taxi. —Me encogí de hombros—. Pero no es tu caso. Podría hacer el camino hasta tu casa con los ojos cerrados. Vamos —añadí guardándome en los bolsillos el móvil y las llaves.

—Estoy segura de que mi hermano no acompaña a las chicas a casa después de echar un polvo —dijo caminando ya por el pasillo conmigo pegado a sus talones.

—Yo también estoy seguro de eso —me reí—, pero, por suerte para ti y para mí, yo no soy tu hermano. —Le di la vuelta y volví a besarla.

Ella me lo devolvió entre risas.

—Creo que él solo haría eso por una chica —murmuró cuando nos separamos.

—Yo también lo creo —asentí en el mismo tono.

—Y no tendría que andar mucho —susurró.

Negué con la cabeza para darle la razón.

—Hasta la habitación de al lado… o hasta Italia.

Dejamos el tema ahí, aunque creo que los dos nos sentimos aliviados de darle voz a ese pensamiento.

Mientras esperábamos el ascensor, se abrió la puerta de mi vecino. Era un tío de treinta y pocos años que vivía solo. No éramos amigos ni nada, pero tenía buen rollo con él.

—Buenos días, Samu… O igual a partir de hoy debería empezar a llamarte *Samuel*… —Sonrió y levantó su taza de café hacia nosotros.

—Buenos días, Alberto, ¿qué haces levantado tan temprano? —Le devolví el saludo con una sonrisa.

—Tenía curiosidad por ver a la soprano que nos ha despertado a todos —dijo sin dejar de sonreír.

Estrella se empezó a descojonar y escondió la cara en mi pecho. La rodeé con un brazo y le besé la cabeza.

—Saluda, Estrella, que tienes fans —me reí yo también.

—Hola, Alberto, soy Estrella.

—Encantado —sonrió él—. La próxima vez, avisa, cabrón, y me pongo tapones o algo…

—No había manera de planear esto —sonreí y en ese momento llegó el ascensor—. Adiós, tío, pasa buen domingo.

Arrastré a Estrella dentro del ascensor y se cerraron las puertas.

—Le gustas —susurró ella cuando ya estábamos solos dentro del habitáculo.

—¿Te sorprende? —pregunté mirándola a través del espejo—. ¿Tú me has visto bien? Estoy buenísimo —añadí haciendo una posecita de culturista e intentando no descojonarme.

—Sí que lo estás —sonrió ella—. Y a tu vecinito le encantas.

—Para su desdicha, no me van los rabos —aseguré antes de acorralarla contra la pared y

volver a besarla. No me cansaba. Ella me devolvió el beso y se rio cuando, apenas un segundo después, el ascensor se detuvo.

En la calle hacía fresco. Estrella se empezó a frotar los brazos y yo le pasé uno de los míos sobre los hombros para ayudarle a entrar en calor. Podíamos haber cogido alguna chaqueta en mi casa, qué gilipollas, no sé cómo no lo pensé. Durante el camino no hablamos demasiado, pero sí nos detuvimos a besarnos varias veces. No podía dejar de hacerlo. Lo sentía como una despedida, como si esa noche hubiera sido un hallazgo de los que solo pasan una vez en la vida. Y se terminaba. Joder, el cielo empezaba a cambiar de color con la luz del amanecer y me indicaba que ya no había nada que hacer, que la velada llegaba a su fin.

—Ha sido una gran noche, Samuel. Me lo he pasado muy bien —sonrió cuando llegamos frente a su portal.

—Polvo de mierda incluido —maticé.

—Bueno, al final ha estado muy muy bien…

—Para mí ha estado muy bien desde el principio —me reí.

—No lo dudo —se rio ella también y se acercó a besarme.

Me incliné para devolverle el beso. Y los dos sabíamos que era el último, que con ese nos despedíamos. Y quizá por eso nos recreamos en él. Devoré su lengua con ganas, lamí y mordí sus labios y ella gimió en mi boca durante todo el tiempo.

—Joder, Estrella —murmuré apretándola más contra mí—. Volvería a empezar otra vez.

—Yo también, Samuel, pero tengo que irme —sonrió y se separó de mí—. Otro día repetimos, si quier…

—Claro que quiero —la interrumpí y ella empezó a reírse.

—Mientras tanto, ya verás qué bien te va a partir de ahora con las demás chicas.

Yo asentí, convencido de sus palabras. En ese momento aún no sabía que ella se acababa de convertir en la última, que ya no habría más chicas para mí… Y ni putas ganas de que las hubiera, así de claro te lo digo. Teniéndola a ella, nunca he necesitado nada más.

Entró en su portal y la perdí de vista. Y yo volví a mi casa sin tocar el suelo, poseído por una euforia que me permitía caminar flotando por el aire, repitiendo en mi cabeza una y otra vez cada momento de esa mágica noche.





2. ¿Me oyes?

2016

SAMU

—¡Tío! ¿Me oyes? —Mi sobrina da una palmada en el aire delante de mi cara y me saca de mi momento nostálgico.

—Perdona, ¿qué?

—¿En qué estabas pensando? —Se sienta en mi mesa y me mira expectante mientras masca chicle.

—En tu tía Estrella —suspiro—. En la primera noche que nosotros… Bueno, no te lo voy a contar, que eres pequeña.

—¡Eh, que ya he cumplido los quince! —protesta Gina, la hija de Marc y Greta.

—Muy pequeña —confirmo.

La tengo echando una mano en mi farmacia porque dijo que quería un trabajito para las tardes después del instituto y, como no está en edad de currar legalmente y el otro negocio familiar es el bar de su tío Bruno… Pues eso, que no me pareció ni medio normal que se pusiera a servir copas. A mí no me supone nada pagarle un sueldo simbólico y lo cierto es que me encanta tenerla por aquí.

—¿Qué hacías tú a los quince? —pregunta con una enorme sonrisa.

—El subnormal con tu padre, básicamente —me río.

—Cuéntame cosas…

—No, no, que te cuente tu padre si quiere, paso de contarte yo algo y que luego él se mosquee…

—Nunca le diré lo que me cuentes.

—Paso, paso —me río.

—Bueno, pues ¿qué estabas pensando de la tía Estrella?

—Eso tampoco te lo voy a contar, forma parte de nuestra intimidad —sonrío.

—Pues qué coñazo, no me cuentas nada…

—Habla bien, que luego tu padre me echará la culpa a mí de que seas una malhablada y no te

dejará venir más.

Ella pone los ojos en blanco y cara de asco como respuesta. Está graciosa de adolescente, se ha hecho mayor sin que nos diéramos cuenta.

—¿Ya has pensado qué quieres estudiar cuando llegues a la universidad? —le pregunto para desviar la conversación hacia temas más seguros.

—Ni idea —niega con la cabeza con cara de indiferencia—. Ni siquiera sé si estudiar letras o ciencias… ¿Por qué estudiaste tú Farmacia? ¿Era lo que querías?

—Qué va —sonrío—. No sé, no me atraía nada en especial. Mi madre tenía una farmacia, que había sido de mi abuelo antes… Era como lo más lógico, lo más fácil.

—Y ganas una pasta, ¿no?

—Supongo que sí —me río—. Es otra forma de verlo.

—¿Me compras un móvil?

Suelto una carcajada.

—Ahí querías llegar, ¿no?

—Tampoco te estoy pidiendo un iPhone, que me gustaría, pero uno normalito ya me vale… Eso para ti no es nada…

—Te compraría el iPhone, no es una cuestión de dinero. Mientras tus padres no quieran que tengas móvil, no puedo. No es mía esa decisión.

—Pffff… Loui me dijo lo mismo. —Está muy graciosa cuando se enfurruña—. Mis padres son un coñazo y solo buscan amargarme la vida. ¡Soy la única de mi clase que no tiene móvil!

Me descojono con el dramatismo que le echa al asunto. ¿Yo era igual? ¿O es más cosa de las chicas? Mis hijos son pequeños aún para esto, menos mal.

—Que hables bieeeeeen —insisto con tono condescendiente y a la vez espero que no note que me da mucha risa esto—. Hacemos una cosa: si tus padres lo autorizan, yo te lo compro. ¿Te parece?

Arruga las cejas y me mira con cara de mosqueo. Me descojono con ella.



3. Muchas cabezas

ESTRELLA

Recibo un correo del colegio de mis hijos y me echo a temblar antes de abrirlo. Me temo lo peor. Mis sospechas se confirman cuando veo que adjunta la temida circular que ya me sé de memoria. «Epidemia de pediculosis» se llama, porque «putos piojos otra vez» sería poco apropiado para una comunicación oficial con las familias, supongo.

Respiro hondo intentando aguantar las ganas de llorar. Igual te parezco exagerada, solo son unos piojos y ahora hay miles de productos para acabar con ellos. Además, mi marido tiene una farmacia, tengo lo que necesite a un telefonazo. Pero no es eso, claro que no es eso. Son las siete de la tarde y llevo un par de horas deseando que el día acabe. Y ahora me encuentro con esto. Con cuatro cabezas que despiojar. Cuatro cabezas de pelo rizado. Cuatro cabezas de pelo rizado de niños de entre seis y cuatro años y medio que lloran por todo. Y la que va a llorar al final voy a ser yo. Porque no sé cuántas veces he pasado ya por esto este curso. Porque no puedo más. Porque solo quiero que acabe el día, que acabe el curso, que se hagan mayores de golpe.

Suena el timbre de casa y me trae de vuelta a la realidad. Al otro lado de la puerta está Carina con su hijo Andrea (ella es italiana y por lo visto allí ese nombre es de chico). Ella y Chus (su chico y uno de los mejores amigos de Samu de toda la vida) viven en nuestro mismo rellano. Es una chica muy menudita y ahora lleva el pelo de color violeta, va por rachas, lo cambia cada cierto tiempo. Su hijo es algo más pequeño que los míos, pero no mucho.

—Supongo que has visto la circular —dice a modo de saludo—. Al lío, que tenemos trabajo.

Podría haberse quedado en su casa y haberse ocupado solo de la cabeza de su hijo (que también es de pelo rizado, por cierto, tampoco es de las fáciles); pero no, ha venido a echarme una mano, porque de toda la gente que me rodea, es la que más pendiente está de mí siempre. Es curioso porque es la persona con menos habilidades sociales que conozco (sé de lo que hablo, soy psicóloga), pero conmigo muestra una empatía fuera de lo común. Algo me dice que le doy lástima por tener cuatro hijos con edades tan similares. Supongo que le doy lástima a más gente, y no me extraña, me la doy a mí misma también.

Empezamos el ritual que ya tenemos controladísimo. Echamos el pringue en todas las cabezas

y las cubrimos el tiempo reglamentario para que los bichos se mueran. Ese rato les dejamos jugar y aprovecho para cambiar las sábanas de todas las camas, por si acaso. Carina me echa una mano porque creo que hoy me ve muy al límite.

Cuando ha pasado el tiempo correspondiente, volvemos a reunir a los niños en el baño de dos en dos para pasarles la lendrera (no hay mejor plan para un jueves por la tarde que despiojar un montón de cabezas, como podrás imaginar). Del último producto que hay que echarles queda muy poco, así que llamo a la farmacia de Samu para decirle que traiga más cuando vuelva a casa. No me sorprende que el teléfono lo coja Rubén, el auxiliar que tiene contratado y que es el que se ocupa de todo. Creo que es el único que trabaja. Ahora que tiene a Gina por allí, estoy segura de que se pasan las tardes de palique los dos. Tras dejarle el recado, vuelvo con Carina y con los nanos, no puedo dejarle a ella sola todo el marrón.

—¿Necesitas ayuda con tu propia cabeza? —pregunta cuando terminamos con los niños.

—No, lo haré después de la cena, ¿y tú?

—No, tranquila. Si me canso, le pido ayuda a Chus, tú ya has hecho bastante.

Asiento agradecida, porque no me importaría hacer eso por ella, pero me alivia no tener que repetir el ritual una vez más. Samu llega justo cuando ella ya está a punto de marcharse. Intercambian un saludo y ella se va.

—¿Qué tal, familia? ¿Cómo ha ido la tarde? —saluda tan feliz con una sonrisa.

—¿A ti qué te parece? —pregunto como respuesta.

—No sé, yo no estaba, ¿cómo ha ido? Te traigo lo que le has pedido a Rubén.

—Pues teniendo en cuenta lo que traes en la bolsa, adivina cómo hemos pasado la tarde…

—Ah, ni idea de lo que traigo en la bolsa. Lo ha preparado Rubén y ni lo he mirado —dice tan tranquilo mientras la deja en la mesa.

—Pues míralo, ¿no? Vamos, si te interesa, aunque sea un poco, lo que ha pasado aquí.

Echa un vistazo a lo que acaba de traer antes de hablar:

—Ah, piojos otra vez. —Su tono condescendiente me crispa los nervios, pero no estoy con ánimo de discutir—. Mira que te mola complicarte la vida, yo les rapaba la cabeza y listo, ya no más piojos.

—¿Esa es tu gran solución?

—Claro. —Se acerca con intención de darme un beso, pero lo detengo antes de que llegue.

—No te me acerques, que aún no me lo he hecho yo y, como los pilles tú, te juro que a ti sí que te rapo.

—A mí te dejo que me hagas lo que quieras —susurra con un movimiento de cejas.

¿En serio? ¿En eso está pensando? ¿Le parece gracioso? ¿O sexi? De verdad que ahora mismo le pasaba la lendrera por otro pelo que también tiene rizado.

—Ve a ver qué hacen tus hijos, que están muy callados.

Pone los ojos en blanco y se marcha hacia la habitación de los niños.

Yo, mientras, voy a la cocina y vuelvo a guardar los ingredientes que había preparado para mi plan inicial de hacer filetes empanados y tortilla de patata y lo sustituyo por unas *pizzas* congeladas porque, tal y como se ha torcido la tarde, no me veo con ánimo de más.

Los llamo para cenar cuando se está terminando de hacer la última.

—Venga, reclutas, vamos a poner la mesa.

No sé a qué están jugando, pero los niños forman una fila y van haciendo lo que él les dice. Parece un encantador de serpientes. En cuanto acaban, se sientan todos a la mesa.

—¿Os habéis lavado las manos?

—Oh, oh, se nos ha olvidado… —Pone unas muecas divertidas y vuelve a hacerles formar en

fila. Los críos se mueren de risa y lo siguen hasta el baño.

Claro, él es el padre divertido y yo la madre gruñona.

Pongo la cena en la mesa y lleno la jarra de agua mientras les espero.

—Ay, *pizzas* congeladas otra vez —dice con cara de asco al volver a aparecer en la cocina.

—Pues no me ha dado la vida para hacer otra cosa. Si tenías una idea mejor, haberlo hecho tú. —Soy consciente del tono en el que lo he dicho, pero es que ya estoy muy al límite.

—Eh, tranquila, que yo acabo de llegar, que llevo todo el día currando —se defiende mientras se sienta a la mesa con los críos.

Bufo como respuesta, porque no me apetece empezar una bronca.

—Voy a hacerme lo del pelo, ya no tengo ni hambre.

—Vale, yo los acuesto, tranquila —anuncia como si fuera el salvador de la humanidad. Como si me estuviera haciendo el favor de mi vida. Como si no fuesen también sus hijos y no tuviera la misma responsabilidad y la misma obligación que yo.

—Bien —sentencio antes de marcharme a encerrarme en el cuarto de baño.

Tras más de media hora encerrada en el aseo repitiendo todo el ritual de potingues que he hecho antes con mis hijos ahora en mi propia cabeza, llega el momento de pasarme la lendrera. Y me vengo abajo. Saco de un cajón la afeitadora eléctrica de su padre y la enchufo. Le pongo el cabezal de rapar cabezas y la enciendo. Me la acerco a la frente, la tentación es grande, pero en el último momento me echo a llorar y la apago. Vuelvo a guardarla y con el berrinche *in crescendo* empiezo a pasarme el peine infernal por mi pelo. Y solo quiero que acabe este día de una vez. Y dormir. Dormir una noche del tirón sería maravilloso. Pero no aspiro a tanto en la vida, con levantarme una sola vez esta noche, ya lo consideraré todo un éxito, soy una mujer de ambiciones pequeñas.



4. No puedo dormir

SAMU

Cuando terminamos de cenar, llevo a los críos al baño a que se cepillen los dientes. Me invento un juego bastante tonto para que se tiren un rato meneando los cepillos dentro de las bocas y, una vez listos, los hago desfilar hacia la habitación. El dormitorio está lleno de juguetes por el suelo. Los esquivo como puedo y voy arropando a los nanos. Duermen en dos literas más pequeñas de lo normal, está un poco petada la habitación, la verdad. Aunque, cuando nació el último, tiramos el tabique que separaba el cuarto de los críos del de invitados, sigue siendo demasiado lo de los cuatro niños juntos. Demasiadas camas, demasiados juguetes… Demasiados hijos, supongo, pero eso ya no tiene remedio.

Estrella llega cuando estoy acostando al último y empieza a coger trastos del suelo y a dejarlos en los baúles donde suelen guardar estos enredos.

—Mejor esquivar que recoger, ¿no? —gruñe. Ya está de mala hostia, joder. Todos los días igual.

—Los estaba acostando. Ahora te ayudo. —Me acerco hasta ella con intención de echar una mano.

—¿Me ayudas? Claro, me ayudas, porque esto no va contigo, no son hijos tuyos también y no es tu obligación…

Bufo sin decir nada más, porque cuando se pone así es insoportable. Terminamos de recoger todo lo del suelo en silencio y les damos las buenas noches a los niños uno por uno antes de salir de la habitación.

—Yo me voy a dormir ya —murmura casi sin vocalizar.

—Sí, yo también —afirmo rápidamente, porque si tardo unos minutos más que ella, la encontraré dormida.

Nos metemos en la cama en silencio y apagamos la luz al momento. Se gira para darme la espalda, así que me abrazo a ella por detrás y meto la nariz en su cuello. Deslizo una mano por debajo de su pijama y le acaricio la cintura.

—Ni de coña —susurra ella directamente.

Hace meses que no lo hacemos, muchos meses, y ni siquiera intenta motivarse, ni se lo plantea. Y yo acumulo un nuevo rechazo cada noche. No le voy ni a preguntar, porque me saldrá de nuevo con la excusa de los niños y el cansancio. Y también son mis hijos, pero no por eso a mí se me van las ganas. No sé para qué me hice la vasectomía, creo que es la menos amortizada de la historia.

Me separo de ella y aguanto unos minutos dando vueltas en la cama, pero no puedo dormir, no paro de comerme el coco con todo y finalmente decido levantarme.

—¿Dónde vas? —pregunta cuando estoy a punto de salir de la habitación.

—No puedo dormir —le explico—. Voy a pasar a ver a Chus.

—Vale.

Carina me abre la puerta y me mira desde abajo, qué canija es.

—¡Chus, es el rubio perdonavidas! —exclama aguantándome la mirada y haciendo referencia a cómo me llamaba cuando nos conocimos.

—¡Dile al bicho que un respeto! —contesto para devolverle la pulla.

Se ríe y se aparta para dejarme entrar.

Chus sale de la habitación de su hijo y se ajusta las gafas en el puente de la nariz.

—¿Le lees tú un cuento? —le pregunta a su chica.

—Claro —responde ella con una sonrisa y entra en el dormitorio del que acaba de salir él. Así de fácil. No recuerdo cuándo fue la última vez que le pedí algo a Estrella y conseguí una sonrisa con la respuesta.

—¿Una birra? —Hace un gesto para que lo siga hasta la cocina, que es una zona de su salón, en su casa está abierta, no es una estancia separada.

Me pasa una cerveza cuando llegamos hasta allí. Nos apoyamos en la encimera y damos un primer trago en silencio.

—¿Por qué vas en pijama? —pregunta.

—No podía dormir. —Me encojo de hombros.

—¿Problemas?

—Creo que Estrella está mosqueada, pero no sé qué he hecho esta vez…

—¿Y si le preguntas? —sugiere tras otro trago.

—Será peor. —Niego con la cabeza y él asiente—. ¿Te puedo hacer una pregunta, nano?

—Claro —asegura.

—¿Vosotros folláis? —cuestiono en un susurro para que no me oiga Carina en la habitación de al lado.

Él se ríe entre dientes, pero contesta.

—Menos que antes de que naciera Andrea, la verdad, pero sí, claro.

—Pues nosotros no, nano. No recuerdo cuándo fue la última vez. Hace meses. Muchos meses.

—Ya. Bueno, no sé, piensa que Carina y yo llevamos juntos… cinco años. Vosotros lleváis muchos más.

—Catorce —matizo.

—Pues eso, catorce años y cuatro hijos, supongo que es normal, será una mala racha.

—Pues joder con la mala racha…

—No sé qué decirte, tío. Intenta ponerte en su lugar. Igual podrías buscar una canguro para una noche y salís por ahí los dos. Así, como idea, para desconectar un poco de los críos…

—Mola el rollo. Mañana se lo digo a Gina a ver.

—Eso, nano, y te la llevas a cenar por ahí, a un sitio bonito, que eso a las tías les mola.

Asiento y le doy otro trago a la cerveza, puede que sea una buena solución.

Vuelvo a casa y me acuesto. Retomo mi fantasía donde la he dejado esa tarde. Sí, fantaseo con mis propios recuerdos, con mi mujer, no pienso en otra. Catorce años después y sigo igual de pillado que el primer día. O que el segundo… Catorce años y aún recuerdo esa segunda noche como si hubiera sido ayer.



5. Esa segunda noche

2002

SAMU

Dormí unas cuantas horas. Que no hubiera nadie en casa me lo facilitó mucho. Me levanté a media tarde y mi primer pensamiento fue para ella, por supuesto. Sonreí al recordar la noche anterior. Sonreí de un modo exagerado.

A eso de las siete y media, decidí que era el momento de llamarla. Después de pasar la noche con una chica, hay que llamarla, eso lo tenía grabado a fuego. Igual se reía de mí por hacerlo, pero prefería eso a que pensara que solo quería echar un polvo y luego pasar de ella. Y más en su caso, que íbamos a seguir viéndonos en su casa. Lo que pasara a partir de entonces, dependía de ella. Yo la llamaba porque era lo correcto, y porque quería volver a verla, las cosas como son. Cogí el teléfono y me di cuenta de que no tenía su número. Iba a tener que llamar a casa de Marc. Y eso hice. Recé mentalmente para que fuera ella la que contestara el teléfono, pero no: fue él.

—¿Sí? —gruñó al otro lado de la línea.

—¿Qué tal, nano? ¿Cómo fue anoche?

—Mgrfñeh. —Fue lo más parecido a un sonido que emitió.

—¿Qué pasa? ¿Fue mal?

—No, no sé, normal… Es solo que he tenido un mal despertar.

Ni un polvo la noche anterior había conseguido desterrar a la agonía de nuestras vidas por un ratito. Con el subidón que tenía yo…

—¿Necesitas hablar? ¿Quieres que vaya? —«Di que sí, que necesito una excusa para pasarme por tu casa y hablar con tu hermana».

—No tengo nada de qué hablar —aseguró.

De verdad, no sabes lo bien que nos habría sentado a todos que hubiera reconocido lo que le estaba jodiendo vivo y que hubiera pedido ayuda.

—Bueno, pues, si quieres, me paso y echamos unas partidas, así desconectas de esa nada que te pasa.

Ni siquiera se rio de la tontería. Solo emitió un gruñido raruno antes de contestar.

—Vale, vente si quieres. Pero no tengo muchas ganas de nada, te lo aviso ya.

—Oh, sorpresa. —Sí, eso lo dije en voz alta.

Chasqueó la lengua.

—No me toques los cojones, Samu. Vente si quieres y echamos unas partidas, pero paso de salir a cenar o a tomar birras o lo que sea. Hoy me quedo en casa.

—Vale, nano, tranquilo, no salimos. —Si tú supieras que yo en realidad solo quiero merodear cerca de tu hermana—. Me doy una ducha y voy.

Cuando llegué eran poco más de las ocho de la tarde de un domingo, en realidad no eran horas de ir de visita a casa de nadie, pero, si esperaba a que empezara la semana, no sabía cuándo podría coincidir con ella. Un domingo a última hora era mucho más probable encontrarla en casa.

Durante el camino hasta allí, había ido pensando en las diferentes situaciones que me podía encontrar y en cómo resolverlas. Podría ser que ella no saliera de su habitación y tuviera que ir a buscarla. Eso iba a ser difícil de justificar, porque Marc tenía la Play en su dormitorio, que tenía baño propio y todo, no era muy creíble ninguna excusa que me llevara a salir de su cuarto. Vale, podría decir que tenía sed, solo esperaba que no se hubiera ocupado él también de que no nos faltaba nada de beber. Menuda película me estaba montando yo solo y esa solo era la primera de mis opciones, aunque era la más chunga, la verdad.

Marc me abrió la puerta en pijama y con el pelo húmedo. Le llegaba por debajo de los hombros (como ahora, como siempre) y estaba dejando un par de manchas en su camiseta.

—Bonito pijama —sonreí.

Él me enseñó el dedo corazón a la altura de mi cara y sonrió también.

—Pasa antes de que me arrepienta y te mande a tu puta casa. —Se apartó a un lado y yo entré.

Lo seguí por el recibidor hasta el pasillo y se detuvo delante de la cocina.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó desde la puerta, bloqueando el acceso e impidiéndome ver si había alguien dentro.

—Ehhh… Mmmm… ehhhh —balbuceé como un anormal. Porque por un lado quería aceptar y hacer tiempo en la cocina por si aparecía ella, pero por otro eso implicaba anular mi coartada de salir a por algo para beber. Incluso era posible que ella estuviera ya ahí.

—Te he hecho una pregunta —gruñó.

—Mmm, no sé, ¿tú vas a tomar algo? ¿Estás solo?

A ver, sutil, lo que se dice sutil, pues no fui mucho, pero ya había lanzado la pregunta, que era lo importante.

—Mis viejos no están, pero tranquilo, que puedes tomarte algo aunque estén.

Mierda, esa respuesta estaba incompleta.

Entró en la cocina sin volverme a preguntar y lo seguí. No había nadie. Joder.

Abrió el frigorífico y yo me senté rápidamente a la mesa, de cara a la puerta de su casa (esa cocina tenía dos puertas, la otra daba a casa de Greta, pero eso es una larga historia que no es relevante para esto) y me encendí un cigarro.

—¿Birra o agua?

—Me da igual, lo que bebas tú.

—¿Tienes hambre?

—Siempre —sonreí. Lo cierto es que no había pensado en ello, pero mi cerebro era más rápido que yo y era del todo incapaz de rechazar cualquier cosa que saliera de la nevera de esa casa, era como tener las sobras de un restaurante de lujo al alcance de la mano. Y yo llevaba todo

el fin de semana alimentándome de lo primero que pillaba, porque me habían dejado solo desde el viernes y, aunque no se me daba mal cocinar, lo cierto es que me había rendido a la pereza.

Trajo una botella de agua fría, dos vasos, dos tenedores y un recipiente con lo que parecía algún tipo de ensaladilla. También trajo una bolsa de patatas fritas. Mi estómago rugió como agradecimiento. Apagué el cigarro enseguida y me lancé a comer. Apenas me había llevado el tenedor a la boca un par de veces y Marc, con su calma habitual, ni siquiera una, cuando oí una puerta que se abría fuera de nuestro campo de visión.

—¡Tete! ¿Dónde estás? —Mi corazón empezó a latir con fuerza ante la inminente aparición de Estrella. Nervios, eran putos nervios de adolescente. No sabía cómo gestionar el encuentro sin quedar como un crío.

—¡Cocina! —gruñó Marc.

El sonido de los pasos arrastrándose por el pasillo se escuchaba cada vez más cerca y su voz aumentaba de volumen también:

—¿Has ido al videoclub a devolver las pelis que te pedí ayer que…? Hola, Samuel, no sabía que estabas aquí. —Se quedó parada un momento y sonrió.

Y yo no estaba preparado para la imagen de ella que se acababa de materializar ante mí. Llevaba una especie de batín o albornoz de color rosa con capucha. Con la capucha puesta. Y la capucha tenía putas orejas de oso de peluche. Todo el batín parecía de peluche, de hecho. Tenía pinta de ser lo más suave del puto mundo y yo me moría por tocarlo todo entero. Y quitárselo. O que se lo dejara puesto y me hiciera una mamada con la capucha esa con orejas.

«Vale, Samu, relaja, intenta no ser más cerdo de lo imprescindible».

Pero ya no se me iba esa imagen de la cabeza. O la imagen de mí empotrándola sobre la encimera de la cocina con el batín ese abierto, pero con la capucha puesta. Sí, joder, la capucha esa por la que le asomaba el pelo húmedo. Las piernas también tenían gotitas de agua, era más que evidente que acababa de salir de la ducha. Fue inevitable imaginarme llevándola allí de nuevo y metiéndome bajo el agua con ella. Y luego metiéndome dentro de ella. Joder, si había follado hacía menos de veinticuatro horas, precisamente con ella, ¿qué era ese *salimiento*? Era demasiado hasta para mí… ¿Llevaría algo más debajo del batín? ¿Era posible estar más empalmado de lo que estaba yo en ese momento? Me atrevía a aventurar un *no* como respuesta a las dos preguntas.

—No, no fui a devolver las pelis —farfulló Marc con la boca llena—. Vaya pintas llevas, qué asco le tengo a esa bata, no sé por qué no la tiras. Estás ridícula.

Me pareció un comentario un poco desagradable por parte de su hermano, pero a ella pareció no molestarle, debía de estar acostumbrada.

—¿Estoy ridícula, Samuel? ¿Tú qué piensas? —se dirigió a mí con una sonrisa y cogió un puñado de patatas de la bolsa que había sobre la mesa.

Negué con la cabeza porque me acababa de meter comida en la boca y porque tampoco me veía muy capaz de articular sonidos coherentes.

—Eso es por educación, y porque sus hermanas son pequeñas, estará acostumbrado a esas movidas, pero a tu edad, Estrella, como que no…

—¿Qué tal anoche con Olga? —lo interrumpió su hermana.

—Mñsefjn —respondió él con su locuacidad habitual.

—¿Vas a llamarla?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no quiero quedar con ella. Lo de anoche estuvo bien, era lo que ella quería. Si

buscaba algo más, se equivocó de persona.

Estrella negó con la cabeza resignada antes de dirigirse a mí.

—Y tú, Samuel, he oído que también te fuiste con una de las chicas… ¿Tampoco la vas a llamar?

Me tomé mi tiempo en tragar lo que tenía en la boca antes de hablar:

—No tengo su número, me olvidé de pedírselo.

—Qué suerte, nano, tienes excusa. A mí me lo dio sin que se lo pidiera…

—Luego te lo doy yo si lo quieres. —Estrella me aguantaba la mirada con una sonrisa.

—Claro que lo quiero —aseguré.

—¿Quién era? —preguntó Marc.

—Si te decimos el nombre, ¿sabrás quién es? —preguntó su hermana.

—Ni de coña —se rio él—. En realidad, me la suda… ¿Estaba buena? ¿Te la tiraste?

—Sí —afirmé intentando sonar desinteresado para que no hiciera más preguntas.

—¿Sí estaba buena o sí te la tiraste? —preguntó Estrella con su cara más gamberra. Se había quedado de pie detrás de su hermano, que estaba sentado frente a mí. Ella acababa de tragarse la última patata y empezó a chuparse los dedos con mucha calma mientras me miraba fijamente.

—Sí a todo —farfullé.

—¿Fue guay, entonces? —preguntó él.

—Sí, fue genial —aseguré.

—De puta madre. —Se puso de pie—. Vamos a mi cuarto.

—Hasta luego, chicos —se despidió Estrella.

Yo seguí a Marc hasta su habitación y nos pusimos a jugar a la Play. Estaba más serio que de costumbre, y eso era mucho decir. Prácticamente no hablaba. Ni siquiera me intentaba picar cuando me ganaba una partida, cosa que le ha encantado hacer siempre. Parecía que, por lo que fuera, tenía un mal día. Y estaba más que comprobado que, aunque lo intentara, no me iba a contar qué coño le pasaba, así que simplemente lo dejé estar y fingí no darme cuenta.

Llevábamos unos veinte minutos jugando cuando Estrella dio un par de golpes en la puerta antes de asomar la cabeza. Todavía llevaba ese batín, pero ya no llevaba la capucha puesta.

—Tete, ¿me ayudas a bajar una cosa de la cocina que está muy alta y no llego?

—Ni de coña. Pilla una banqueta o una escalera —contestó su hermano sin apartar la vista de la pantalla.

—Va, porfa, que no te cuesta nada…

—Paso.

—Yo te ayudo —me ofrecí poniéndome de pie al momento. Era mi oportunidad perfecta para hablar con ella.

—Gracias, Samuel.

—No hace falta que lo hagas —me dijo Marc—, que se apañe.

—No me cuesta nada —aseguré y me acerqué a la puerta.

La seguí por el pasillo mientras oía a su hermano berrear desde su habitación:

—¡No voy a parar la partida, vas a morir!

—¡Cuento con ello, cabrón! —grité de vuelta.

Entramos en la cocina y eché un vistazo a los armarios superiores. No eran demasiado altos, con estirarme un poco podría coger lo que ella necesitara.

—¿Qué es lo que no alcanzas? —le pregunté.

Tiró de las trabillas de mi pantalón hasta pegarme a ella.

—Un orgasmo —susurró con una sonrisa de esas tan suyas.

Yo solté todo el aire de los pulmones en un solo resoplido, la levanté a pulso y empecé a besarla. De un modo muy torpe, también te lo digo, no estaba muy fino yo después de ese comentario. Ella me rodeó la cintura con las piernas y yo me acerqué a la encimera y la senté allí. Me separé un momento de sus labios para coger aire.

—¿No querías nada entonces? —pregunté confuso.

—Oh, sí —sonrió—, claro que quiero algo.

Me reí entre dientes, era absolutamente perfecta.

—¿Y si llega a decirte que sí tu hermano?

Soltó una carcajada.

—Cielo, mi hermano me quiere con locura. No dudo que le daría una paliza a cualquiera que me hiciera daño o incluso lo veo capaz de recibir una bala por mí si se diera el caso, pero levantar el culo para hacerme un favor o rellenarme el vaso de agua en la mesa… No, eso son cosas que no haría ni de coña. Me daría uno de sus riñones, pero jamás una de sus camisetas. Hermanos. —Se encogió de hombros.

—Y yo no sé qué hacemos hablando de él todavía. —Sonreí y le puse la capucha.

—¿Te gusta más mi batín con la capucha puesta, Samuel?

Asentí sin dejar de sonreír.

—¿Te has preguntado si llevaba algo debajo?

Me reí y volví a asentir.

—¿Y bien? —pregunté—. ¿Cuál es la respuesta?

Se mordió el labio, negó con la cabeza y apretó el agarre de sus piernas alrededor de mis caderas. Yo resoplé antes de susurrar:

—No es que no me fíe, pero lo voy a tener que comprobar.

Ella se inclinó un poco hacia atrás apoyando las manos en la encimera.

—Lo entiendo perfectamente —ronroneó—. Compruébalo, por favor.

Miré hacia la puerta de la cocina de reojo durante apenas un segundo, pero se dio cuenta y sonrió.

—No va a venir —susurró.

Me reí entre dientes nervioso perdido durante un momento en el que sopesé todas las opciones posibles. Finalmente venció el calentón y le desaté el cinturón. La gravedad hizo el resto. Y ahí estaba ella tal como me la había imaginado nada más verla, con el batín abierto y la capucha puesta. Y con sus piernas aferradas a mi cintura.

Deslicé mis manos cubriendo cada centímetro de su cuerpo. Su piel se erizaba a mi paso. Era suave y preciosa. Y yo quería más, más de todo.

Ella se incorporó un poco y metió las manos por dentro de mi camiseta. Resoplé como pude todavía con la inquietud de que apareciera su hermano en cualquier momento.

—Vamos a mi casa —murmuré cuando empezó a mordisquearme la mandíbula—, que sigue sin haber nadie.

—No puedo, cielo, hoy no.

Deslizó una de sus manos por dentro de mi pantalón y me rodeó con ella. Y a mí me fallaron hasta las rodillas. En ese momento me habría ido con ella a donde me hubiera pedido. Con la mano que le quedaba libre, cogió una de las mías y la llevó entre sus piernas, pero no retiró la suya, la mantuvo sobre la mía para marcarme el ritmo. Y ahí estaba ella, con el puto batín abierto y la capucha puesta y masturbándonos a los dos a la vez. Era mejor que cualquiera de las cosas que yo me había imaginado previamente. Con Estrella siempre ha sido todo más increíble que en mis fantasías más locas.

De repente, paró en seco y apartó mi mano también. Se ató el batín y bajó de la encimera de un salto mientras susurraba: «mis padres». Yo no había oído nada, pero en ese momento me llegaron voces de otra habitación.

Ella abrió uno de los armarios altos y señaló el último estante de arriba.

—Eso de ahí, ese molde redondo. ¿Lo puedes bajar, Samuel? ¿Llegas? —preguntó tan tranquila en el puto momento en que su madre y la de Greta entraban en la cocina. Yo aún estaba un poco fuera de juego. Seguía empalmado y no me había dado demasiado tiempo a asimilar el parón tan brusco. Me estiré para alcanzar lo que me pedía Estrella y se lo bajé.

—Samuel, cariño, cuánto tiempo sin verte, qué guapo estás —dijo Reyes, mi por aquel entonces futura suegra—. ¿Te quedas a cenar?

Así era en esa casa, siempre me habían hecho sentir como en la mía propia.

—Claro, gracias, Reyes —asentí.

Marc y su padre llegaron cuando estábamos terminando de poner la mesa. Estrella y yo no nos habíamos dirigido la palabra en todo el rato que habíamos estado con su madre y la de Greta. Por eso me sobresalté un poco cuando se dirigió a mí delante de todo el mundo.

—Samuel, ¿es tuyo ese teléfono? —preguntó mientras señalaba un móvil que descansaba sobre la encimera de la cocina. Y sí, era el mío, pero yo no recordaba haberlo sacado de mi bolsillo en ningún momento. Ella lo cogió de donde estaba y se acercó a dármelo. Aprovechó para susurrarme al oído:

—Cuando mi madre te pida que te quedes a dormir, dile que sí.

Nadie más había escuchado eso, pero a mí me había dejado descolocadísimo.

Nos sentamos todos a cenar y me hicieron unas cuantas preguntas sobre mis estudios y mi familia. Lo típico de una conversación agradable y educada.

—¿Dónde dijiste que había ido de viaje tu familia? —preguntó Estrella.

—A París, se han llevado a mis hermanas a Disney —expliqué.

—¿Y te has quedado tú solo? ¿Cuándo vuelven? —quiso saber Reyes.

—El martes.

—Quédate a dormir aquí, cariño. No te vayas a estas horas a tu casa para estar solo —sugirió. Estrella me guiñó un ojo disimuladamente desde el otro lado de la mesa.

—Mamá, joder, que tiene pelos en los huevos, se puede quedar solo en su casa —gruñó Marc.

—Marc, no hables así, y ya sé que se puede quedar solo, pero lleva muchos días, igual hoy le apetece tener compañía. ¿Qué dices, Samuel? ¿Te apetece quedarte a dormir?

—Claro, Reyes, gracias. La verdad es que me estaba dando un poco de pereza pensar en irme a casa después de cenar.

—Pffff… —resopló Marc—, lo que daría por estar yo unos días solo.

—Para lo que te dejas ver, como si lo estuvieras —sentenció su padre. Él puso los ojos en blanco y no contestó. En su lugar, se dirigió a mí.

—¿Dónde vas a dormir? No me hagas sacar la cama de abajo, nano, que estoy reventado.

—Pues en la habitación de Jaime, por ejemplo —dijo Estrella refiriéndose a su hermano mayor, que hacía varios años que se había independizado.

—Claro, Samuel, te quedas en la habitación de Jaime. Marc te deja un pijama y listo —propuso su madre. Yo dije que sí a todo sin tener muy claro cuál era el plan de Estrella.

Cuando me quedé solo en la habitación, empecé a preguntarme qué debía hacer. ¿Esperar a que viniera Estrella? ¿Ir a su habitación? Estaba más nervioso e inseguro que nunca en mi puta vida. Porque claro que quería seguir con lo que habíamos empezado en la cocina, pero también

quería hablar con ella. Igual ella solo quería hablar. Igual quería que habláramos por la mañana y por eso había sugerido que me quedara a dormir. En realidad, no era prudente hacer nada con toda su familia en casa… El sonido de un nuevo mensaje me sacó de mis pensamientos.

ESTRELLA: Ven a mi habitación. No llames, entra directamente. No hagas ruido.

¿Me había quitado el móvil para guardar su contacto y coger mi número? Confieso que eso me impresionó. Y me puso muy cachondo también. Soy un tío fácil, no pretendo engañar a nadie a estas alturas.

Me deslicé fuera del dormitorio con el corazón latiéndome en la garganta. Toda la casa estaba a oscuras y en silencio. Sabía de sobra cuál era su habitación, aunque nunca había cruzado la puerta. Giré la manilla muy despacio para no hacer ruido y entré rápidamente. Una vez dentro, cerré con el mismo cuidado con el que había abierto.

—Echa el pestillo y ven aquí —susurró desde la cama, donde estaba sentada con las piernas cruzadas y todavía con ese batín.

«Echa el pestillo y ven aquí», seis palabras capaces de conseguir una erección instantánea. ¿Qué esperabas? Te acabo de decir que soy un tío fácil. Obedecí como el fiel servidor que soy y luego me acerqué a ella. Palmeó el colchón y me senté a su lado.

—Hola —articulé casi sin emitir sonido. Tenía pánico a que me oyera Marc o uno de sus padres.

Se acercó a mí y me besó. Sus labios atraparon los míos y su lengua salió a mi encuentro. Un beso como los de la noche anterior. Rápido, húmedo, ansioso, desesperado. Yo quería lamer, succionar, morder… Y quería hacerlo todo a la vez, pero eso era dolorosamente imposible.

—¿Tienes condones? —preguntó en un murmullo y separándose lo justito de mi boca.

—Mmm… En el pijama de tu hermano, no —me reí entre dientes casi sin sonido.

—¿Y en la habitación?

—No, no he traído. Yo no venía a esto…

—¿No quieres? —Se separó de mí y me miró raro.

Sonreí.

—Que no viniera para esto no significa que no quiera.

—Buena respuesta. —Me devolvió la sonrisa—. Pues, ya que no tenemos condones, tendremos que ponernos creativos.

—¿Qué propones? —pregunté antes de volver a pasar la lengua por sus labios.

—De momento —dijo mientras metía las manos bajo mi camiseta—, esto fuera.

Me la quité en un único movimiento para facilitarle la tarea. Ella apoyó una mano en mi pecho y empujó para darme a entender que quería que me tumbara. Lo hice porque ¿quién era yo para contradecir sus deseos? Se sentó a horcajadas sobre mí.

—Me pone cachondísima lo rubio que eres —susurró mientras arañaba con esas uñas tan femeninas el escaso vello que se iniciaba bajo mi ombligo y desaparecía tras la cinturilla del pantalón. Rozó el elástico y uno de sus dedos hizo el amago de colarse dentro—. Podríamos cumplir fantasías, ¿qué te parece?

—¿Qué tipo de fantasías? —Sonreí.

—A ver, de momento… —Se levantó y fue hacia el armario—. Voy a necesitar cosas.

Volvió enseguida con un pañuelo grande que tenía pinta de ser muy suave.

—¿Para qué es eso? ¿Quieres vendarme los ojos? —pregunté en el tono silencioso que llevábamos usando todo el rato.

Negó con la cabeza.

—No, eso igual otro día. —Ahí estaba otra vez como el día anterior. «Otro día». De nuevo estaba pensando en volver a verme. Y a mí me parecía una gran idea—. Hoy creo que me conformo con atarte a la cama, ¿te parece? —Sonrió.

—Mmmm, vale, y tengo mucha curiosidad por saber para qué me quieres atado.

—Te voy a atar en falso, mira. —Pasó el pañuelo entre los barrotes del cabecero y luego lo enrolló en mis muñecas—. Cógelo así, la sensación que te da es la de que estás atado, pero en realidad eres tú mismo el que te tienes retenido. Si abres los puños, quedas libre. Te costará un poco desenrollar las muñecas, pero podrías hacerlo tú solo, ¿vale?

—Vale —me reí entre dientes—, pero podías haberlo hecho de verdad, confío en ti.

—Bueno, por si acaso… Ahora, de momento, te voy a desnudar…

Emití un extraño jadeo de anticipación mientras ella llevaba las manos a mi cintura. Me bajó el pantalón y la ropa interior dolorosamente despacio. Yo seguía «atado» y la observaba con atención. No entendía qué quería hacer conmigo, pero todo me parecía bien.

—Qué a tope estás, ¿no? —Sonrió y me observó con calma. Entendí que se refería a mi empalme.

—Desde que me has dicho «echa el pestillo» —susurré. Ella ahogó una risita y se mordió el labio.

Toda su habitación estaba decorada en blanco, negro y rosa. Todo muy dulce, como ella con su batín también rosa con orejitas. Corrijo: como ella hasta el día anterior. Todo había cambiado y Estrella había pasado en un abrir y cerrar de ojos de ser la dulce hermana de Marc a ser el centro de mis fantasías y mis deseos más animales. Y encontrarme desnudo y atado a su cama en esa habitación como de cuento de hadas me resultaba morboso, muy morboso.

Alargó el brazo y alcanzó un peluche de Hello Kitty que había apoyado en la almohada, junto a mi cabeza, y en el que yo ni había reparado. Le abrió un velcro y sacó algo de su interior. Me lo enseñó mientras aguantaba la risa.

—Quiero jugar contigo con esto —susurró.

—¿Qué es eso? ¿Un tampax? —Te juro que es lo que parecía por forma y tamaño.

—Un vibrador —sonrió.

—¿Le acabas de sacar a Hello Kitty un vibrador del culo? —Ahogué una carcajada, no podía hacer ruido—. ¿Qué pretendes hacer con él? Yo tengo algo mejor que eso…

—Te recuerdo que no tenemos condones —susurró.

—Cierto —me reí entre dientes—. Pues me vas a tener que desatar, porque para usar eso voy a necesitar las manos…

—No lo vas a usar tú, lo voy a usar yo —explicó.

—Ah, joder, y yo te miro aquí atado. Eres cruel, Estrellita, ¿me vas a hacer mirar cómo te lo montas tú sola sin dejarme ni tocar? No te digo que no me ponga cachondo la idea, pero voy a sufrir, lo veo venir.

Ella me miró fijamente y su sonrisa se amplió.

—Samuel, no has entendido cómo quiero usarlo… Lo voy a manejar yo, pero no en mí. Este es muy pequeño, yo los uso más grandes. Quiero usarlo en ti.

—Pero no se puede, yo no tengo… —Sí, tardé en pillarlo, no te descojones de mí—. ¡Noooo! —grité en silencio, es raro, pero lo hice una vez que entendí lo que a estas alturas tú ya habrás supuesto—. ¿Cómo? ¿Por el culo? Ni de coña, tía, ¿estás loca?

—Venga, porfaaaaaaa —suplicó ilusionada como una niña con un juguete nuevo que se muere por estrenar.

—No, no, no, ni pensarlo —negué enérgicamente moviendo la cabeza de lado a lado.

—Ya, en realidad lo suponía… Eres muy joven, es normal que te sientas inseguro respecto a tu sexualidad… —Sí, la muy rastrera empezó a usar psicología inversa conmigo—. Entiendo que con una masculinidad frágil dé miedo probar algo así. No pasa nada, olvídalo… Hay quien es reacio a experimentar cosas nuevas. Lo entiendo y lo respeto…

—Eh, que yo ni me siento inseguro con mi sexualidad, ni tengo la masculinidad frágil, ni tengo miedo de probar cosas nuevas. —Sí, ya puedes empezar a descojonarte de cómo me tragué el anzuelo a la primera. Entiéndeme, es psicóloga, es buena con estas cosas. Y yo era un pipiolo de veintidós años, no lo olvidemos.

—Entonces ¿eso es un sí? —Sonrió, se tumbó sobre mí y me pasó la lengua por los labios. Atrapé el suyo entre mis dientes antes de besarla con todas las ganas que tenía encima.

—Haz conmigo lo que quieras —susurré sobre su boca.

—Cómo me pones, Samuel. —Se incorporó y sacó un bote del cajón de la mesilla antes de alejarse de mí y colocarse entre mis piernas. Yo respiré hondo, excitado y acojonado a partes iguales—. Vamos a encontrar tu punto G.

Identifiqué el contenido como algún tipo de lubricante cuando lo derramó sobre dos de sus dedos. El corazón empezó a retumbarme en los oídos. Yo podía vivir muy tranquilo como hasta entonces, sin saber dónde estaba mi punto G, no me parecía algo vital. Pero ya le había dicho que sí y no quería ser el crío que se acojonaba al pensar en lo que iba a pasar. Aunque lo era.

Respiré hondo de nuevo y decidí confiar en ella.

—Relájate un poco, Samuel —susurró mientras llevaba la manita en cuestión a mi zona prohibida—. Ahora mismo podrías partir una nuez con el culo. —Los dos nos reímos de ese comentario y yo me sentí algo más tranquilo, pero no demasiado, la verdad.

Hice un esfuerzo sobrehumano y me concentré en destensar los músculos de la zona. Cerré los ojos por si me resultaba más fácil y lo cierto es que ayudó un poco. No tardé en experimentar una de las sensaciones más extrañas hasta ese momento. Sus dedos deslizándose con suavidad sobre mi piel, tanteando la entrada a mi zona restringida, una nunca antes explorada por nadie… Ni siquiera por mí mismo. El lubricante creaba una fricción que, confieso, resultaba de lo más agradable. Se me escapó un gemido y abrí los ojos. La miré mientras mi respiración se iba acelerando.

—¿Qué tal? ¿Bien?

Asentí y seguí respirando profundamente.

—¿Eres zurda? —pregunté en un susurro.

Ella se tapó la boca con la mano que tenía libre para no hacer ruido al reírse.

—¿De eso estás pendiente en este momento?

—Es que me acabo de dar cuenta… Te manejas muy bien con la izquierda, o eres zurda o quiero saber qué eres capaz de hacer con la derecha…

—Sí, lo soy, pero tú concéntrate en lo importante, que vamos a pasar al siguiente nivel —sonrió y yo volví a tensarme un poco, pero nada que ver con un momento antes, estaba mucho más relajado—. Cierra los ojos y no pienses, solo déjate llevar…

Obedecí y al instante volví a notar más lubricante y un intruso extraño, además de sus dedos, a los que ya me había acostumbrado y que fueron tanteando el camino para abrirle paso a su amigo, al que en principio nadie había invitado a la fiesta. Y entonces ocurrió. Noté cómo se abría paso hacia mi interior. Un soldado realizando una incursión militar en territorio hostil. Un pequeño Magallanes aventurándose en tierra virgen. Era raro. Era la hostia de raro.

—¿Bien? —susurró.

Asentí con la cabeza algo inseguro todavía. Era una sensación nueva, muy diferente a todo. El

pequeño explorador fue ganando terreno poco a poco y yo hice un gran esfuerzo por ponérselo fácil. Entonces, ocurrió. El bicho tocó algo dentro de mí que, en principio, me hizo dar un respingo y, a continuación, vaciar el aire de mis pulmones. Una ola de calor me envolvió y no era capaz de tragar el aire de mi alrededor.

Abrí la boca para decir «hostia», superado como estaba por esa nueva sensación, pero lo que salió de mis labios fue un gemido ininteligible. Ella me miraba fijamente y con la respiración agitada.

—Samuel… —murmuró—, ¿vas bien?

Asentí y, cuando estaba a punto de hablar, ella accionó algo en el aparato y aquello se puso a vibrar. Me agarré con fuerza al pañuelo que sujetaba mis muñecas y creo que los ojos se me volvieron del revés… Oh, joder, ¿qué cojones era eso? Algo me ardía por dentro y me subía hasta la cabeza. No podía abrir los ojos ni cerrar la boca. Toda mi sangre se había bajado a la polla, puede que incluso también la de ella, porque era hasta doloroso.

—Joder, Samuel, cómo estás… —susurró.

—Estrella —conseguí murmurar entre gemidos—. Tócame un poco… o algo…, necesito… correrme… y así… no voy… a poder…

—Claro, cielo —sonrió y se puso la capucha con la mano que tenía libre. Se inclinó hacia mí y yo adiviné su intención.

—No, joder, Estrella —farfullé como pude—. Con la boca no, con la boca n…

Tarde. Me rodeó con sus labios y, al segundo movimiento de su cabeza, me corrí. Mucho y muy fuerte. Creo que hasta convulsioné, nunca me había visto en una situación así, con dos estímulos simultáneos. Parecía que el orgasmo no terminaba nunca y juro que pensé que me iba a dar un chungo, que no iba a ser capaz de soportarlo. Cuando por fin pasó, aún tardé un poco en abrir los ojos. No me di cuenta de cuándo ella me sacó aquello de dentro ni de qué hizo con él. Yo abrí los puños y solté el pañuelo, pero no me vi capaz de más. Al momento fue Estrella la que se incorporó para desenrollarme la tela de las muñecas. En cuanto tuve las manos libres, le cogí la cabeza y la besé. Con ganas. Con labios, lengua y dientes.

—Bien, ¿no? —preguntó con una sonrisa.

La volví a besar como respuesta.

—¿Ha sido tu primera vez, Samuel? ¿Por eso no querías? —susurró al separarse de mí.

—A ver, Estrellita. Vamos a dejar algo claro: me acabas de desvirgar el culo y me he corrido en tu boca. Creo que ya tenemos la confianza suficiente para que me llames *Samu*.

Ella ahogó una carcajada y se tumbó sobre mí. Yo aproveché para acariciarle las piernas por debajo del batín.

—Vale, «Samu», ¿me contestas? ¿Ha sido tu primera mamada?

Oírle decir *mamada* con esa voz, en serio, no te lo puedes imaginar… Le mordí el labio y ella usó la lengua para saludar a los míos. Ronroneé de puto placer.

—¿Te da vergüenza contestarme? —Sonrió.

—No, no, es que me distraes. —Le di otro mordisquito en el labio—. No, no ha sido la primera. —Le pasé los dientes por la mandíbula—. Pero sí la primera decente.

Disimuló una risita antes de hablar.

—Pobre chica, tampoco lo haría tan mal, ¿no?

—Pffff… —resoplé—. Cada tres segundos paraba para decirme: «no te corras sin avisar, ¿eh?». Me cortó todo el rollo.

—¿Y te corriste sin avisar? —Se ríe.

—No me corrí ni avisando. Con esa cortada de bola, imposible. Por eso no quería, porque

sabía que esta vez me iba a correr enseguida y que ni de coña iba a poder avisarte. —La besé—. Lo siento, en serio, no me ha dado tiempo.

—Yo no necesito que me avises. —Sonrió—. A mí me gusta que me sorprendas. —Hizo un movimiento sugerente con las cejas.

—Joder, Estrella, cómo me gustas. —La cogí de la nuca y volví a besarla—. Por cierto, ¿qué has hecho con…? ¿Te lo has tragado?

Aguantó la risa y asintió con la cabeza. La besé y rodé con ella sobre el diminuto colchón para ponerla debajo de mí.

—¿Qué hago ahora contigo? —murmuré—. ¿Qué quieres?

—Usa los dedos, Samu, así puedo lamer tus labios todo el rato.

Resoplé tras su comentario y me dejé caer a su lado para poder mover la mano con comodidad mientras acercaba mi cabeza para besarla. Ella usó su propia mano para guiarme en posición, movimiento y velocidad. Hice todo lo que me indicó y al momento la tenía gimiendo en mi boca al ritmo de mis dedos.

Me pasó la lengua por el cuello y empezó a respirar cada vez más deprisa. Su mano me instaba a acelerar la velocidad de la mía. Y lo hice, hubiera hecho cualquier cosa que me hubiera pedido. Reconocí su cambio de ritmo y de respiración del día anterior.

—Quiero gritar, Samu, quiero gritar —susurró entre jadeos.

Toda mi sangre abandonó mi cuerpo y me envolvió un sudor frío. Joder, no, ahora no, aquí no.

—No, Estrella, por favor…

—Necesito gritar —farfulló.

—Muérdeme —susurré acercándole mi hombro a la boca.

Y lo hizo. Joder si lo hizo. De milagro no fui yo el que chilló, porque hasta sangré un poco. Pero el pánico a que me encontraran en esa situación su hermano o su padre era demasiado grande. Aún hoy, catorce años después de aquello, sigo teniendo en el hombro la marca de aquel primer mordisco.

Tras unos minutos abrazado a ella, mientras se normalizaba su respiración, la abandoné un momento para ir al baño que tenía dentro de su cuarto. Ya de camino a la cama de nuevo, algo en mi visión periférica captó mi atención y me hizo acercarme a su librería. Juro que no me podía creer lo que estaba viendo.

—¿Tienes una foto mía en un marco en tu estantería? —Creo que me salió hasta un gallo, aunque había hablado en la voz más baja que había podido.

Ella empezó a reírse en silencio y se tapó la cabeza con la almohada. Hacía rato que nos habíamos deshecho del batín; y verla desnuda, muerta de risa y escondiendo la cabeza era algo tan bonito que daba miedo.

Fui hasta la cama, aún con la foto en la mano, y me tumbé a su lado.

—¿Me lo explicas? —pregunté en voz baja algo contagiado de su risa.

Le quité el cojín y ella se secó una lágrima. Tenía la cara muy roja y no paraba de reírse. Alcé las cejas para darle a entender que esperaba una respuesta.

Se incorporó y se quedó sentada.

—A ver por dónde empiezo —se rio.

Yo me incorporé un poco y deslicé los dedos desde su cadera hasta su pecho. Te juro que era humanamente imposible tenerla desnuda a mi lado y no tocar.

—Pues, verás, cuando Greta se lio contigo, yo la animé para que te diera una oportunidad. Creo que le dije algo así como que estabas tan bueno como para hacerte una sesión de fotos y empapelar una habitación con ellas.

Se dejó caer sobre el cojín que yo le había quitado y le volvió a dar la risa nerviosa. Una sonrisa subió a mis labios sin permiso. Me dio tanto subidón enterarme de eso que no la pude controlar. Le volví a quitar la almohada para que terminara de explicarse.

—Luego, esa misma Navidad, para hacer la coña, Greta me regaló el marco con tu foto.

—Greta.

—Sí.

—Greta aún estaba aquí.

—Sí.

—Entonces, de eso hace…

Apretó los ojos con fuerza.

—Casi tres años, creo…

No quería reírme, pero la sonrisa que debía de tener en ese momento creo que hablaba por sí sola.

—Y no la has quitado en todo ese tiempo.

—Era la idea, pero el marco es muy pequeño, no podía poner una de mis amigas… Y no tengo novio ni nada. No iba a poner a nadie de mi familia, no me apetecía una foto de mi hermano… Pensé en poner alguna de un cantante, un actor o un modelo, pero lo cierto es que no encontré ninguno que me pareciera más guapo que tú. —Se puso roja de nuevo y escondió otra vez la cabeza en el cojín.

Mi corazón, mi ego y mi entrepierna alzaron el vuelo en ese momento.

Me tumbé a su lado, le quité la almohada y la abracé. Aunque me había dado todo el subidón del mundo su confesión, entendía que estuviera un poco avergonzada.

—Te juro que no soy una loca obsesionada contigo —aseguró intentando no reírse.

—Qué lástima, porque igual yo sí que estoy empezando a obsesionarme contigo. Tendrás que darme una foto tuya para que yo haga lo mismo.

Me besó. Nos besamos y acariciamos hasta que terminamos masturbándonos de nuevo el uno al otro en silencio. Al acabar, me quedé abrazado a ella sin saber muy bien qué hacer.

—¿Quieres que me vaya?

—¿Quieres irte?

—No —confesé.

—Con que te vayas antes de que empiecen a despertarse, suficiente.

Asentí y volví a abrazarla.

Nos pasamos el resto de la noche hablando en susurros mientras no dejábamos de acariciarnos. Nos besamos también bastante, pero, sobre todo, hablamos. Nos hicimos preguntas muy personales y fuimos totalmente sinceros. Para que te hagas una idea del nivel, me llegó a preguntar cómo me hacía sentir no saber quién era mi padre. Curiosamente, era algo que nunca me había preguntado nadie. Pero ella lo hizo, y no por morbo, sino para conocerme más, para entenderme, para ponerse en mi piel.

Ella me habló de sus relaciones pasadas y de muchas otras cosas. Nos confesamos secretos y verdades hasta que empezó a amanecer. Con todo el dolor del mundo, abandoné su habitación en cuanto oímos a lo lejos el primer despertador.

Creo que esa noche empezamos a enamorarnos. Sí, los dos. Sé que, tal como nos has visto en el presente, igual no te lo parece, pero te aseguro que ella también se enamoró de mí, que hubo un tiempo en el que lo estuvo, ambos lo estábamos. Yo sigo igual que entonces, pero a ella no sé muy bien en qué momento la perdí.



6. Demasiado cansada

ESTRELLA

Empieza un nuevo día igual que todos los demás. Me levanto la primera y preparo café. Mientras se hace, reviso las mochilas de los niños para comprobar que no queden restos de los almuerzos del día anterior. Nico y Manu, los dos pequeños, se dejaron medio sándwich. Menos mal que los he descubierto a tiempo, no sería la primera vez que encuentro en alguna de las bolsas restos de comida con vida propia. Preparo las mochilas de los cuatro, aún son pequeños para hacerlo por sí mismos, qué ganas tengo de que llegue ese momento, la verdad. Me suena que uno de ellos tenía que llevar hoy algo, pero no lo recuerdo. Entro en WhattsApp para ver si en alguno de los grupos de padres (que, por supuesto, tengo silenciadísimos) dicen algo al respecto, pero hay cientos de mensajes en todos ellos hablando de los piojos de ayer. Paso los de todos los grupos y escribo una frase en uno de ellos que copio en los otros tres.

ESTRELLA: Buenos días, ¿sabéis si tenían que llevar hoy algo a clase?

Miro la hora para comprobar que ya voy justa de tiempo. Por favor, que no fuera hoy, que ninguno tenga que llevar nada. Bloqueo el teléfono y me pongo a preparar los almuerzos. Samu aparece en la cocina bostezando cuando estoy metiendo las fiambreras en las mochilas.

—Buenos días, mi amor —sonríe y se acerca a mí—. ¿Me das un beso?

Se inclina hacia mí y yo me pongo de puntillas para darle uno rápido con intención de seguir con todo lo que tengo que hacer y que no me va a dar tiempo. Pero me retiene y me da un abrazo. No quiero rechazarlo, pero me estoy poniendo nerviosa porque aún tengo que despertar a los niños y vestirlos.

—Cielo, voy fatal de tiempo —susurro, algo tensa, entre sus brazos.

—¿No tienes un minutito para tu chico?

—No tengo un minutito para nada que no sean mis otros cuatro chicos.

Suspira, pero me suelta y yo voy a toda velocidad a despertar a las fieras.

Los saco de la cama y los llevo hasta la cocina para que desayunen. Oigo a su padre dándose una ducha. Canta a gritos bajo el agua y sus hijos se ríen aún medio dormidos. Los dejo

desayunando y voy a prepararles la ropa que se tienen que poner. Dejo encima de las camas las prendas preparadas y encuentro asomando por debajo de una de ellas una bolsa de deporte. Maldigo mi memoria y voy hasta el horario que tenemos en la puerta de la nevera para comprobar si hoy alguno tiene Educación Física. Guille. Me habría facilitado mucho la vida que dejaran a los gemelos en la misma clase, pero no, política del centro, tienen que separarlos. Bueno, y a los otros dos, que, aunque no sean gemelos, se llevan solo nueve meses y van al mismo curso. Los gemelos nacieron en abril de 2010, Nico en enero de 2011 y Manu en octubre de ese mismo año. Sí, no respetamos la cuarentena ninguna de las dos veces. Ríete de mí si quieres. O llora conmigo, también lo entiendo. El caso es que ahora mismo tengo a dos niños en primero de Primaria y a los otros dos en el último curso de Infantil. Cada uno en una clase. Y yo tengo cuatro horarios diferentes que memorizar.

—Venga, venga, acabad, que no llegamos. —Doy palmitas con las manos para meterles prisa a ver si así espabilan.

—Lo que no entiendo es por qué no desayunan ya vestidos. Ganarías tiempo —sugiere Samu al entrar en la cocina ya duchado, vestido y deslumbrante.

—Porque se manchan y luego hay que cambiarlos.

—Vale, tiene sentido. Ve a vestirte, yo me ocupo de ellos.

—Pero vístelos ya, que no llegamos —advierto.

—Sí, tranquila, todo controlado. Vístete.

Me voy a la habitación y me pongo unas mallas y una sudadera, porque es lo que tengo más a mano y me fío regular de que él vaya a vestir a los cuatro a tiempo.

Cuando llego a la habitación de nuevo, solo hay un niño y medio vestido.

—Guille, la bolsa de deporte, que tienes Educación Física —digo al entrar ya cabreada por que todavía estén así—. ¿No has dicho que los vestías tú, que me fuera tranquila?

—No me has dado tiempo —se defiende mientras termina de vestir al segundo.

—Ya acabo yo, ve a peinar a los que ya están. —Sale de la habitación con ellos—. ¡Y lávales la cara! —Añado en un grito porque no me fío de que se le ocurra si no se lo recuerdo.

Diez minutos después, estamos a punto de salir por la puerta cuando me acuerdo de los mensajes de los chats. Echo un vistazo rápido y hay un montón en todos los grupos, pero en ninguno me han etiquetado. ¿Pero es que la gente no sabe «responder» un mensaje? Me ahorrarían mucho tiempo si solo tuviera que entrar a ver ese. En la clase de Manu son todo *noes*. Maravilloso. En la de Dani alguien ha perdido una chaqueta de chándal y todos van informando de que en las mochilas de sus hijos no está. Hay tantos *noe*s que ya no sé si es solo por la chaqueta o si alguno se refiere a mi pregunta. En la clase de Guille alguno está malito y no irá hoy a clase. Leo varios *noes* entre cientos de *que se mejore*. Pero es en la clase de Nico donde está la bomba. Alguien ha escrito: «un paquete de macarrones, cola blanca y purpurina». Mierda.

—¡Busca cola blanca! —le grito a Samu mientras voy al armario donde guardamos la pasta. Encuentro un paquete de macarrones sin abrir y lo venero como si fuera el Santo Grial.

—¿Para qué? —pregunta él en lugar de buscar lo que le he pedido.

Resoplo por la nula ayuda y voy yo misma al cajón donde guardamos todas esas cosas. Encuentro un bote reseco y medio vacío, pero tendrá que valer. Le meto ambas cosas a Nico en la mochila.

—Dile a la seño que en casa la purpurina está prohibida desde que le reventó un bote a tu hermano en la mochila. Y si tiene algún problema, que me llame.

Nico pone cara de fastidio, pero no se queja.

—¿Qué tenemos para almorzar?

—Sándwich —le informo mientras voy empujándolos a todos fuera de casa.

Samu cierra la puerta y pasa la llave mientras yo llamo al ascensor.

—¡Mamá! —se queja Nico—. Es viernes, es el día de la fruta.

Mierda. A alguna mente pensante del colegio se le ocurrió que los padres no vamos lo bastante agobiados ya y decretó que los viernes tenían que llevar fruta para almorzar. Estamos acabando el curso y el total de viernes que me he acordado de ponerles fruta asciende a la friolera de dos.

—Bueno, pues el próximo viernes, fruta —intento quitarle importancia.

—Siempre dices lo mismo —protesta.

Resoplo.

—Si alguien te dice algo…

—Sí, que te llame —me interrumpe con un gruñido.

Decido dejar ahí la conversación, porque tampoco vamos a solucionar nada, llegamos tarde.

Ya en el ascensor, cojo la goma que llevo en la muñeca y me recojo el pelo para disimular un poco que no me he peinado. Me encuentro con la mirada y la sonrisa de Samu en el espejo.

—Estás guapa —me dice.

Y yo siento ganas de llorar, porque él sí que está guapo. Guapísimo, de hecho. Pero yo…, yo tengo cara de demacrada. Hace unos meses que cumplí los cuarenta, pero aparento muchos más. Siempre he tenido cara de cría, pero he pasado directamente a tener cara de vieja. Y él… Él es como un puñetero dios del Olimpo. Parece que no haya cumplido aún los treinta, aunque tiene ya treinta y seis. En cualquier caso, pese a que nos llevamos poco más de cuatro años, a simple vista parece que sean veinte. Qué injusto, de verdad.

Corremos hasta el colegio y conseguimos llegar por los pelos. Somos los últimos y cierran en cuanto entra el más rezagado de nuestros hijos.

—Justo a tiempo. —Samu se gira hacia mí con su mejor sonrisa—. ¿Me das ahora ese abrazo?

Extiende los brazos y se queda esperando. Me acerco a él y lo hago, porque tampoco lo voy a dejar plantado en esa posición en medio de la calle.

—Esta noche ponte guapa, que te llevo a cenar por ahí —susurra en mi oído y a mí me empiezan a entrar sudores fríos al pensar en tener que arreglarme para salir cuando todo lo que me apetece es poder dormir tranquila.

—¿Y los niños? —pregunto mientras me separo de él.

—Tendremos canguro, tranquila. Se lo voy a decir a Gina. —Me guiña un ojo.

—¿Gina? ¿No es demasiado pequeña para quedarse con los cuatro?

—Tiene quince años y son sus primos, todo irá bien. —Sonríe—. Y tiene a Chus y a Carina en la puerta de enfrente.

Asiento porque no tengo argumentos para rechazar eso. Porque decirle que estoy muy cansada solo derivaría en la misma discusión de siempre. Y estoy demasiado cansada hasta para explicarle lo cansada que estoy.



7. Sonrío como puedo

ESTRELLA

Nos hemos separado en la puerta del colegio. Él se ha ido hacia la farmacia y yo he deshecho el camino hacia casa. Estoy ya en nuestra calle, a punto de llegar y deseando no cruzarme con ningún vecino ni nadie conocido, porque llevo unas pintas que… vaya tela. Con lo que yo era, a veces ni me reconozco en el espejo. Un coche emite un sonidito a mi lado y se le encienden las luces justo cuando alguien me saluda.

—Buenos días, Estrella, ¿qué tal?

Claudia. A ver cómo te explico… Claudia vive en el edificio de enfrente. Es la mejor amiga de Greta, que es la mujer de mi hermano y como una hermana para mí desde que éramos niñas. El caso es que ellas dos forman parte también de la pandilla de Samu, Marc, Chus y Loui desde siempre. Y Claudia es la única del grupo que sigue soltera. Y mi sospecha es que sigue soltera porque está enamorada de mi marido. No me interpretes mal, no soy una celosa desconfiada, pero la chica emite unas señales que no dejan mucho a la imaginación, aunque estoy segura de que él no sabe nada. Antes de estar con Carina, Chus se lio con ella una temporada y me lo confirmó, así que no voy tan desencaminada. El caso es que es una chica deslumbrante y espectacular (a golpe de bisturí, pero lo es, las cosas como son), tiene una empresa propia de interiorismo y mucho éxito en todo lo que se propone. Hoy lleva un vestido ajustado muy bonito que realza cada una de sus curvas, tacones altos y parece recién salida de la peluquería. Y yo… Bueno, me ahorro la comparación.

—Hola, Claudia, ¿qué tal? —Sonrío como puedo.

—¿No tienes calor? —Me da un repaso de arriba abajo arrugando las cejas.

—No, estaba destemplada —miento. Estoy sudando, me estoy asando viva, pero no le voy a decir que me he puesto la sudadera encima del pijama porque no estaba segura de encontrar una camiseta de manga corta limpia, que es lo que debería haberme puesto.

—¿Vas para casa?

Asiento.

—Chica, qué envidia, es como estar de vacaciones permanentes, ¿no? Es lo único que os

envidio de la maternidad… Suerte que a mí nunca se me ha despertado el instinto.

—Sí, claro, mi vida son unas vacaciones permanentes —sonrío. Si me llega a hacer ese comentario una amiga, me habría puesto a llorar; pero Claudia nunca ha sido mi amiga. Normal, seguro que no me soporta por estar casada con el chico que querría para ella. A mí no me cae mal, me da un poco de lástima en ese sentido, pero lo cierto es que, salvo eso, es una mujer de éxito y yo me alegro por ella. En su defensa diré que nunca ha intentado nada con Samu, creo que con desearlo en secreto se conforma. Y no la culpo, ¿quién no se enamoraría de él? Es el más guapo del grupo con diferencia. Bueno, mi hermano también, pero tiene un carácter de mierda y la única que lo aguanta desde siempre es Greta. Pero Samu era encantador. Y lo sigue siendo, aunque me crispe los nervios. Y aunque pretenda que esta noche me arregle y salga de casa.

—Bueno, me voy, que tengo una reunión con un cliente nuevo y no puedo llegar tarde y causar mala impresión. —Sonríe.

—Claro, guapa, que vaya bien. —Le sonrío yo también sin muchas ganas antes de meterme en el portal de mi edificio.

Me miro en el espejo del ascensor y me avergüenzo de haber salido a la calle con estas pintas. El «estás guapa» de Samu resuena en mi cabeza. Y siento ganas de llorar, porque, si esto es estar guapa, es que ya he tocado fondo. Igual solo lo ha dicho para ponerme de buen humor. Igual solo pretendía allanar el terreno para echar un polvo esta noche. Sé que se desespera con eso, sé que hace mucho que no lo hacemos, pero de verdad que por las noches tengo la energía justita para llegar a la cama y no caer desmayada en la alfombra de la habitación de los niños. Y le entiendo, claro que le entiendo. Con lo que nosotros fuimos… Fuimos fuego, como uno de esos incendios imposibles de controlar, éramos todo piel cuando estábamos juntos, no nos cansábamos el uno del otro, todo nos sabía a poco, siempre queríamos más; pero ahora me parece que aquello fue en otra vida.

Entro en casa cuando el reloj marca las diez menos diez, tengo exactamente dos horas y veinte minutos antes de salir corriendo a por los niños otra vez. En ese tiempo tengo que: recoger lo de los desayunos, hacer todas las camas, poner alguna lavadora y hacer la comida. ¿Me dará esta mañana tiempo a ducharme? El pronóstico no parece muy favorable.

Efectivamente, dos horas y veinticinco minutos después estoy saliendo de casa todavía sin duchar y a toda prisa, porque ya llego tarde otra vez. Recojo a los niños y peleo con ellos por el camino porque quieren ir al parque a jugar en lugar de a casa a comer. Recorremos el camino de vuelta entre llantos, berrinches y un montón de «estoy cansado».

Llegamos por fin y se sientan todos a la mesa. Lo hago yo también, porque, aunque no tengo mucha hambre, así aprovecho que voy a tener que estar aquí sentada igual. Peleo con ellos, les voy dando yo la comida a los que se van cansando de comer, y consigo llevarme cuatro macarrones despistados a mi propia boca durante el proceso. Se van a jugar en lo que tardo en recoger la cocina y, cuando quiero darme cuenta, tienen que volver al cole.

Nos cruzamos con Samu en la puerta de casa. Nos da besos a todos y se despide de ellos.

Cuarenta minutos después, estoy de vuelta y me encuentro a Samu dormido en el sofá. Voy hasta la cocina y compruebo que ha dejado su plato en el fregadero. Supongo que meterlo en el lavavajillas era mucho trabajo, supongo que a uno se le pueden caer las pelotas al suelo por semejante esfuerzo. Al menos no lo ha dejado en la mesa. Termino de recoger lo poco que quedaba por la cocina y preparo unos bocadillos para llevarme cuando vaya a recogerlos. Paso por delante de la habitación de los niños sin mirar, porque como vea los juguetes que seguro que han sacado en el poco rato que han estado en casa, no voy a tener ni diez minutos para

tumbarme.

Pero me tumbo. En el extremo contrario al que está él. Ha puesto un documental de animales y cierro los ojos cuando el león de la sabana se prepara para atacar a la gacela. Oigo el murmullo del narrador y me empieza a pesar todo el cuerpo. Mi mente desconecta y noto que me vence el sueño. En quince minutos sonará la alarma de mi móvil para volver a por los niños, pero ahora mismo puedo relajarme, esos minutos son para mí.

Unos brazos rodeándome y un beso en el cuello me despiertan bruscamente, creo que no he llegado a dormirme del todo.

—¡Joder! —Estallo. No suele ocurrir, pero a veces estallo—. ¿Es tanto pedir tener yo también diez minutos para cerrar los ojos? ¿De verdad?

—Perdona, no sabía que estabas dormida… —murmura Samu.

—Pues tumbada y ojos cerrados, ¡suma dos más dos!

Se incorpora y me deja espacio. A buenas horas. Cierro los ojos para ver si logro volver a dormirme, pero el cabreo gana al sueño y ya no lo consigo. Unos minutos después, suena la alarma de mi móvil y me levanto para volver a ir a por los niños. Al final ni siesta ni ducha ni nada. De puta madre. Al menos he encontrado una camiseta limpia y sin manchas y he podido quitarme la sudadera, algo es algo. Samu sí se ha vuelto a dormir en su lado del sofá. Lo dejo así y salgo de nuevo a por los críos.

A la vuelta del cole es casi parada obligada el parque que nos pilla de camino, pero los viernes más todavía. Les doy los bocadillos, los dejo en libertad y me siento en un banco con las cuatro mochilas. Por favor, que no venga ninguna madre con ganas de conversación.

Sí que aparece una y se sienta a mi lado, pero es Carina, la considero amiga, no vecina o madre del colegio.

—Por fin viernes —dice mirando al frente para ver cómo su hijo va detrás de los míos. Está comiendo pipas y me tiende la bolsa para que coja yo también. Lo hago más por inercia que porque realmente me apetezca—. Tienes mala cara.

—¿Alguna vez la tengo buena? —Me río sin ganas.

—Qué cojonazos tiene el rubio, de verdad. Yo solo tengo uno y Chus se ocupa un montón de él, pero, aun así, estoy reventada. No puedo ni imaginarme lo tuyo.

—Ni lo intentes o caerás en una depresión —suspiro y me quedo callada.

Ella no dice nada tampoco durante un rato. Eso me encanta de la italiana, no necesita rellenar los silencios, a veces a ninguna nos apetece hablar y no pasa nada.

—Samu quiere salir esta noche a cenar —le comento y me doy cuenta de que ha sonado como si le dijera que mi marido me ha apuntado a una maratón.

—Os sentará bien —asiente ella.

—No tengo ni ánimo, ni ganas, ni fuerzas…

—Vete a casa —me interrumpe—. Yo me quedo con los niños. Date una ducha, o un baño, descansa, motívate, mímate, ponte *bella*…

—¿Cómo te vas a quedar tú con los cinco? Ni de coña.

Ella da un silbido y un grito:

—¡Rubios, todos aquí!

Mis hijos dejan lo que están haciendo y se plantan delante de nosotras. Su hijo también, no es rubio, pero es muy de imitar a los míos y de obedecer a su madre. Ojalá tuviera yo ese poder de convocatoria.

—Vuestra mamá se va a ir antes a casa y os vais a quedar conmigo. Os quiero todo el rato a la vista y nada de peleas, de llantos o de hacer el mal. ¿Está claro?

—Mami, vamos contigo —dice Manu a punto de llorar.

—No —tercia Carina antes de que yo pueda decir nada—. Mamá necesita estar sola un rato, que tiene muchas cosas que hacer. Vosotros os quedáis conmigo y le prometéis a mamá que os vais a portar fenomenal para que se vaya tranquila, ¿está claro?

Ellos asienten un poco desconcertados.

—No os oigo, quiero que mamá os oiga decirlo.

—Nos vamos a portar bien, mami.

—Sí, mamá, vamos a ser buenos.

—Sí, sí.

—Vete ya —susurra Carina—. Huye, no mires atrás.



8. Mi Estrella

SAMU

Llego a casa con Gina y encuentro a mis hijos recién duchados, en pijama y sentados en el sofá. Mi sobrina se sienta con ellos y empieza a hacerles cosquillas. Al momento llaman al timbre y Estrella me pide a gritos desde el dormitorio que abra, que serán las *pizzas* que ha pedido para los niños y Gina.

Obedezco. Luego dejo las cajas en la mesa que hay frente al sofá y los cinco se lanzan sobre ellas como coyotes sobre su presa.

Voy al dormitorio para ver si a mi chica le queda mucho. Está frente al espejo del baño terminando de maquillarse. Lleva el vestido que más veces se ha puesto desde que nacieron los niños, uno así muy suelto y bastante feo, nada que ver con los que se ponía hace años.

—¿Por qué no te pones otro vestido? Uno que haga mucho que no te pones, para que sea más especial la noche —sugiero.

Se gira a mirarme bastante seria.

—Samu, tengo la energía justita para salir de casa, así que no me lo pongas más difícil. Con este voy cómoda. Paso de intentar embutirme en un vestido que probablemente ahora mismo me quede ridículo. No necesito pasar por eso en este momento.

Decido no decir nada más. Porque no quiero cagarla y que se mosquee. Porque no quiero que se vaya a la mierda la noche antes de empezar. Y porque si ella quiere ponerse ese vestido para ir más cómoda, pues que lo haga, si ella está preciosa hasta con la sudadera pulgosa de llevar a los niños al colegio.

Llegamos al restaurante y, tras darle mi nombre al tipo que nos recibe, nos acompañan a nuestra mesa. Aquí la peña va más arreglada que nosotros, pero no me importa, mientras nos hayan dejado entrar, está bien así. Nos llevan a una terraza interior toda llena de vegetación. Nos acomodan en un extremo, junto a una especie de cascada de flores adornada con guirnaldas de lucecitas, parece como de cuento de hadas.

—Qué bonito el sitio —dice ella cuando nos sentamos uno frente a otro—. ¿Cómo lo has conocido?

Muevo mi silla para ponerla a su lado y no estar enfrente. Ya la siento bastante lejos en casa, y esta noche se supone que es para acercarnos.

—Les pedí consejo a Piero y Loui —le cuento—. Loui sugirió uno más pijo, pero Piero me dijo que este era mágico. Y mi chica se merece toda la magia. —Le cojo la mano que descansa sobre la mesa y me la llevo a los labios para darle un beso suave.

—Es precioso —sonríe. Y a mí se me encoge el corazón al verla sonreír. Porque hacía mucho que no sonreía, o no con la sinceridad con la que acaba de hacerlo.

Yo pido una botella de vino blanco para los dos, porque aunque yo prefiero el tinto o la cerveza, sé que a ella le gusta más el blanco. Y hoy es su noche. Y yo haría cualquier cosa por verla sonreír como lleva haciendo un rato. Nos lo sirven enseguida y vamos bebiendo mientras ella inspecciona la carta. Le dejo que se tome su tiempo para repasarla entera y pedir lo que quiera. Pide varias cosas para compartir porque no quiere probar solo una y yo solo asiento y le dejo hacer. Y yo solo me dedico a escuchar la música[iii] que suena y la miro sonreír cada vez que descubre algo nuevo que le apetece. El camarero toma nota y nos deja solos. Vuelvo a rellenar las copas y brindamos. El ambiente está en penumbra y ella está preciosa. Le paso un brazo sobre los hombros y le beso la mejilla. Ella cierra los ojos un momento sin dejar de sonreír. Sé que no le apetecía mucho salir, pero yo creo que se alegra de haberlo hecho. Cuando los vuelve a abrir, se queda mirando el centro de mesa. Es un cesto pequeño con flores secas y una vela en forma de manzana.

—Espera, espera, un momento… ¿Es este el restaurante donde Piero le dio un mordisco a una vela?

—El mismo. —Sonrío y hago un asentimiento con la cabeza.

Ella suelta una carcajada y ese sonido me vacía los pulmones. Porque si las sonrisas son caras de ver, las risas directamente han desaparecido de mi vida. Y ahí está. Se está riendo. Ella se ríe y yo la miro con cara de tonto, porque de repente y por un momento volvemos a ser nosotros. Los que se reían de todo, los que no podían dejar de tocarse, los que no necesitaban nada más que estar juntos para que el mundo fuera perfecto.

La rodeo con mi otro brazo también y le beso el cuello. Y la huelo. Aspiro su olor porque hace mucho que no me deja acercarme tanto. Y soy adicto a esto. A ella.

—Samu —susurra entre risas mientras pone una mano en mi muslo. Y de repente siento que mi Estrella ha vuelto. Y no puedo ser más feliz. Mis brazos la estrechan un poco más y mi nariz juega contra su cuello.

—Mi Estrella —murmuro—, te he echado de menos… ¿Dónde estabas?

Y no sé cómo ni por qué, me acabo de cargar la magia. Ella se tensa y deja de reírse. Su lenguaje corporal me indica que no quiere que la abrace y me aparto con un suspiro. Mierda, ya la he cagado, por gilipollas, aunque esta vez no sé ni cómo.

—Ocupándome de tus hijos, ahí estaba. Ahí estoy siempre —gruñe.

Y yo siento ganas de gritar de impotencia. Porque por un momento la he visto, la tenía. Sigue ahí, mi Estrella sigue ahí, pero no tengo ni puta idea de cómo conseguir que vuelva.

Traen la comida, pero la noche ya se ha torcido. Aunque sonríe en un par de ocasiones, ya hemos perdido la magia de hace un rato. Me vuelve a decir por enésima vez que los niños crecen muy deprisa y que en nada necesitarán unas camas más grandes. Y que en esa habitación no caben, que vamos a tener que mudarnos. Y me da tremenda pereza solo de pensar en cambiar de casa. Aún pueden aguantar en esas camas un par de años, estoy seguro, son pequeños. No hablamos mucho más aparte de las conversaciones en torno a los críos. Y me rindo y ya no pretendo que la velada tome otro giro.

Se queda dormida en el taxi de vuelta, supongo que el vino también ha ayudado. Se despierta lo justo cuando el coche se detiene y se apoya en mí para subir a casa. No es porque busque contacto o porque vaya borracha, es de lo dormida que está. Esta noche no me voy ni a molestar en intentarlo.



9. Una noche tonta

SAMU

Llevo todo el día pensando en la cena de ayer. Tanto es así que son casi las ocho de la tarde y no me había dado ni cuenta. Hoy Rubén me había pedido el día libre, así que hemos estado Gina y yo solos. Estamos a punto de cerrar la farmacia cuando aparece Marc con Maya, su hija pequeña. Gina resopla al verlo.

—¿Vienes a por mí? Que no soy una cría, papá, que tengo quince años, puedo irme sola a casa.

—Lo sé, pero no te vas a ir sola, te vas a llevar a tu hermana porque yo me voy con el tío Samu a tomar unas cervezas.

—¿Ah, sí? —Me río—. Primera noticia. ¿Qué celebramos?

—Nada. —Se encoge de hombros—. Greta se ha ido por ahí con Claudia; y Piero y Loui se iban de cenita romántica. Y yo paso de quedarme solo con la adolescente esta insoportable —se ríe y le pone una mano en la cabeza a su hija.

Ella la aparta de un manotazo y gruñe.

—¿Y por eso me toca a mí cargar con la mocosa? Qué asco das, papá.

Marc saca un billete de veinte euros y se lo da.

—Pillaos unas hamburguesas de camino a casa, y quédate la vuelta.

Gina coge el billete, da un saltito y se engancha a su cuello.

—Gracias, papi. Eres el mejor.

—¿Ves? —Marc se dirige a mí—. La diferencia entre dar asco o ser el mejor son veinte euros.

Sus hijas se marchan y él me ayuda a apagar luces y terminar de cerrar la farmacia. Tras bajar la persiana, le mando un mensaje rápido a Estrella y ella no tarda en responderme.



Vamos a un bar que no está lejos, a medio camino entre mi farmacia y su casa, la mía está un par de manzanas más allá de la suya, tampoco muy lejos.

Tres rondas de cervezas después, decidimos pedir unas tapas, porque nos está subiendo mucho el alcohol y empezamos a tener hambre. Llevamos un buen rato recordando batallitas de cuando éramos adolescentes. Qué subnormales éramos, cuántas tonterías llegamos a hacer. Pedimos más cerveza y nos volvemos a acordar de más anécdotas humillantes y damos gracias a un poder superior por que en nuestros años más locos no hubiera móviles como los de ahora con los que inmortalizar nuestro poco conocimiento.

Él contesta un mensaje en su teléfono antes de volverlo a guardar.

—Viene Greta —me dice.

—Vale —asiento y le hago un gesto al camarero para que nos traiga otras dos cervezas.

Greta no tarda ni diez minutos en llegar, viene con Claudia y las dos parecen tan contentillas como nosotros. Engullen la poca comida que nos queda y piden más tapas y más cervezas.

Son más de las doce cuando nos indican amablemente que nos marchemos. Vamos medio doblados ya porque con la tontería han caído por lo menos seis o siete rondas. Caminamos hacia

casa muertos de risa y hablando a más volumen de la cuenta. Las chicas delante con su propia conversación y sus risitas. Marc y yo las seguimos unos pasos por detrás.

—¿Crees que se hizo algo en el culo también? Porque tiene un culazo —me susurra Marc al oído señalando a Claudia con la cabeza.

Yo me río demasiado alto, pero no puedo evitarlo.

—Ni idea, nano, pregúntale a ella.

—¡Claudia! Cuando te operaste las peras, ¿también te tuneaste el culo? —le suelta el tío sin cortarse un pelo cuando estamos llegando a su casa y yo creo que me voy a caer al suelo de la risa.

Las dos se giran a mirarnos sin dar crédito.

—Ni caso a mi marido —dice Greta—, que es subnormal.

A Clau le da la risa.

—Contestando a tu pregunta: no, el culo no me lo toqué, es todo de gimnasio.

—Pues apúntate a ese gimnasio, nena —suelta Marc y se lleva una hostia con toda la mano abierta.

No le ha debido de dar muy fuerte, porque él se descojona. Bueno, y los demás también, nos reímos todos.

—Aún dormirás en el sofá, imbécil —dice Greta entre risas.

—¡Que no! ¡Que era coña! ¡Qué culazo tiene mi mujer, joder! —grita y le da una palmada. Se vuelve a llevar un guantazo. Al momento se besan. Estos acaban follando esta noche, como si lo viera. Qué envidia, coño.

Marc y Greta se despiden de nosotros y se meten en su portal y Claudia y yo continuamos el camino hacia nuestra calle, vive justo en el edificio que hay frente al mío.

Damos unos pasos en un silencio solo roto por los restos de la risa que aún nos dura y de repente me doy cuenta de que no sé de qué hablar con ella. La conozco desde hace unos treinta años y puede que sea la primera vez que estamos los dos solos.

—Vaya par —rompe ella el silencio entre risas—, están fatal.

—Sí —confirmo y me río yo también.

Un grupo de unos veinte borrachos cantando a voces dobla la esquina y se acercan hacia nosotros ocupando toda la acera. Tiene pinta de ser una despedida de soltero.

—Joder —murmura Claudia y se sube a un banco que hay a su lado para que no la arrollen.

Los tipos en cuestión reparan en ella y algunos empiezan a soltarle piropos y otros a decirle guarradas. La verdad es que está muy buena, las cosas como son. Intento pensar en si alguna vez hemos sido así de asquerosos nosotros con una tía y me reconforta no encontrar ningún momento ni remotamente parecido. Se la ve incómoda por todo lo que le están diciendo, así que me subo al banco y me pongo delante de ella para que la dejen en paz.

—Vale, chavalotes, a seguir la fiesta en otro sitio, dejad a la chica —les digo mientras rezo en mi interior para que sean pacíficos y no tengan ganas de bronca, porque serían veinte contra uno y no tengo claro que Claudia y yo seamos tan amigos como para morir por ella. Me río de mi estúpida ocurrencia, voy más ciego de lo que pensaba.

—Venga, vamos a por unas putas, así hay para todos —dice uno de ellos y los demás corean con entusiasmo la propuesta.

Al momento han desaparecido y noto a Claudia temblar detrás de mí. Bajo del banco de un salto y ella da un traspiés al intentar hacer lo mismo. La cojo de la cintura para ayudarla a bajar y ella murmura un «gracias» cuando todavía va por el aire, sin dejar de mirarme a los ojos. Apenas la he dejado en el suelo cuando noto sus labios sobre los míos. Y no sé cómo ha pasado, pero mi

cuerpo responde sin permiso y mi boca se abre con un gemido. Y su lengua busca la mía y me despierta sensaciones que estaban más que dormidas, porque no recuerdo la última vez que alguien me besó así. Sube una mano a mi nuca y la enreda en mis rizos mientras la otra se cuela por debajo de mi camiseta. Y yo me empalmo casi al momento, porque hace demasiado tiempo, porque me sabe a primera vez. Una de mis manos abandona su cintura y sube hasta tocarle una teta. Es raro, su cuerpo es muy diferente al de Estrella. Estrella. No, joder, Estrella. No, no, no, esto no puede estar pasando. No está pasando. Joder, no, no está pasando. No, Estrella, joder, mi Estrella.

Me separo de ella bruscamente y se me bajan al momento el empalme, el calentón, la borrachera y las ganas de vivir. Todo.

—¡Joder, no! —grito.

—Samu —susurra—. Lo siento.

—Tía, qué mal, joder. ¡Que estoy casado! ¡Que estoy enamorado de mi mujer!

Ella asiente y se pone a llorar. Mierda, igual he sido muy animal.

—Perdona, no quería gritarte. —Hago el amago de ponerle la mano en el hombro, pero me detengo a tiempo, prefiero no tocarla, que no haya malentendidos—. ¿Cómo se te ha ido tanto la olla, tía?

—Me gustas, Samu. Me gustas de toda la vida, desde que puedo recordar. Me gustas más de lo que me ha gustado nadie nunca, incluso más de lo que me han gustado las parejas que he tenido. Creo que incluso me atrevería a decir que llevo toda la vida enamorada de ti —añade esto último en un susurro.

Yo me siento en el banco del que acabamos de bajarnos porque no creo que mis piernas puedan sostenerme. Intento procesar lo que acaba de decir.

—Estás borracha —murmuro—. Hemos bebido demasiado, mañana te arrepentirás de haber dicho eso. Habla el alcohol, es un caso claro de «exaltación de la amistad» llevado al extremo.

—No —niega con la cabeza—, el alcohol solo me ha dado el valor, pero lo pienso desde hace tiempo.

—No puedes estar enamorada de mí. Será solo atracción sexual o algo. Si jamás hemos hecho nada juntos los dos solos, nunca hemos tenido una conversación en serio.

—Ya, bueno. —Se sienta a mi lado, aunque dejando algo de espacio entre nosotros, cosa que agradezco mentalmente—. El corazón siente lo que siente. Y yo lo siento así.

—No puede pasar, Clau. Yo quiero a Estrella. Mucho. Más que a nada en el puto mundo. Nunca reconoceré haber dicho esto en voz alta, pero la quiero más que a mi madre o a mis hijos. Ella es la única persona de mi familia a la que he elegido. Y la elegiría cada día. La elijo cada día.

Claudia asiente, esboza un amago de sonrisa y sorbe por la nariz.

—Me voy a casa —susurra—. Por favor, no hablemos de esto nunca.

Y sale corriendo antes de que me dé tiempo a decirle ni adiós.



10. Voy a morir

SAMU

Subo a toda velocidad las escaleras de mi edificio. Al llegar a mi piso me detengo. Es tarde, pero necesito hablar con alguien. Llamo con los nudillos a la puerta de Chus y no tarda en abrirme.

Se aparta para dejarme entrar y lo hago. Me dejo caer en una butaca y resoplo derrotado.

—Qué mal, qué mal, qué mal, nano… —murmuro—. Qué jodido estoy, mierda, qué putada, joder…

—¿Qué pasa, tío? Me estás preocupando… —Se sienta frente a mí con el ceño fruncido.

—Voy a morir. Literal. Voy a morir —aseguro.

—¿Qué pasa, nano? ¿Estás enfermo? —pregunta asustado.

—¿Qué? No, no. Voy a morir asesinado. Si no me mata Estrella, lo hará Marc…

—¿Qué ha pasado, tío? Me estás acojonando de verdad.

Me paso las manos por la cara antes de atreverme a verbalizarlo.

—Le he puesto los cuernos a Estrella.

—¡¿Qué?! ¡Pero ¿eres gilipollas?! —pregunta en un grito silencioso, intuyo que para no despertar a Carina y al crío.

—Es evidente que sí, soy gilipollas. —Levanto las manos para confirmar lo que es más que obvio.

—Pero ¿en qué estabas pensando?

—Está claro que no estaba pensando —resoplo—. Yo qué sé, cuando me he querido dar cuenta, había pasado. Sé que suena a excusa, pero te juro que ha sido ella, que yo nunca me lo había planteado.

—Pero ¿quién…? —No espera a que le conteste, él mismo murmura—: Claudia.

Yo solo me tapo la cara y asiento con la cabeza.

—¿Eres subnormal? —pregunta con un gallo.

Gimo aún con la cara tapada.

—¿Cómo le has podido hacer eso a Estrella? ¿Cómo has podido acostarte con otra?

—¿Qué? ¡¿Qué dices, cerdo?! Yo no me he acostado con nadie. ¿Cómo me voy a acostar con ella? ¿Por quién me tomas?

—Pero acabas de decir… —se interrumpe—. Entonces, ¿qué ha pasado?

Se lo cuento y él respira aliviado.

—Joder, tío, qué susto. Eso no son cuernos. —Hace un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Los cojones que no. —Gran argumento el mío, lo sé—. Pregúntale a Estrella a ver qué opina.

—Bueno —sonríe—, si se lo explicas, verás como lo entiende y no piensa que sean cuernos.

—¿Tú no crees que sean cuernos? —pregunto alzando las cejas. Él sonríe y niega con la cabeza—. Vale, no son cuernos. ¿Y si cambias a Claudia por Carina?

Le cambia la cara y se pone muy serio.

—Joder, nano, sí que lo son.

—Pues lo que yo decía —suspiro y me pongo a llorar como un imbécil, porque eso es lo que soy.



11. Lárgate ya

ESTRELLA

Apenas me he vuelto a meter en la cama después de que uno de mis hijos me haya hecho ir a llevarle agua, cuando oigo la puerta de casa. El reloj de mi mesilla marca las dos de la mañana. No quiero mosquearme, pero tampoco voy a fingir que me hace gracia que él esté por ahí mientras yo estoy en casa ocupándome de los críos. No me apetece discutir, creo que voy a hacerme la dormida y ya está. Estoy tan cansada de todo que voy a priorizar mi descanso por encima de mi mosqueo.

Me doy la vuelta sobre el colchón para quedarme de espaldas a la puerta y que no me vea la cara cuando entre. Y también para que no me dé de lleno la luz del baño cuando la encienda.

Pero no ocurre nada de eso. Los minutos pasan y no aparece. Habrá venido sin cenar y estará picando algo en la cocina, supongo. Me incorporo sobre el colchón, agudizo un poco el oído y alcanzo a escuchar unos gemidos raros. ¿Será capaz de haberse puesto una porno y estar haciéndose una paja en el sofá? Mira, que haga lo que quiera, yo paso. Me vuelvo a tumbar e intento no pensar en él porque me hierve la sangre, pero de repente se me ocurre que uno de los niños pueda levantarse y se lo encuentre y no es plan.

Sin ningunas ganas, hago un esfuerzo sobrehumano y salgo de la cama. De verdad que a veces tengo la sensación de tener cinco hijos en lugar de cuatro.

El salón está totalmente a oscuras. El televisor está apagado y Samu está sentado justo enfrente, en el sofá, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos. Sigue emitiendo esos gemidos que he oído antes. ¿Está llorando?

—Cielo, ¿ha pasado algo? —susurro asustada y me siento a su lado.

Le sobresalta mi voz y esconde más la cara.

—Samu, cariño, ¿qué pasa? —pregunto mientras tiro de su brazo para verle la cara.

Me mira con la expresión desencajada por el llanto, nunca lo había visto así y me estoy empezando a asustar.

—Perdóname, Estrella —murmura entre lágrimas.

Se me hiela la sangre de todo el cuerpo, algo me dice que ya sé de qué va esto y siento ganas

de gritar. En lugar de eso, respiro hondo, soy una adulta.

—¿Qué has hecho, Samuel? —Mi voz suena fría, tal como yo me siento ahora mismo.

—No, no me llames *Samuel*. —Me abraza, pero no le devuelvo el gesto—. Te quiero, Estrella, te quiero mucho.

Consigo ponerle una mano en el pecho y lo empujo hasta que le queda más que claro que no me apetece un abrazo.

—Te quiero —susurra mirándome a los ojos.

—¿Qué has hecho, Samuel? —pregunto en voz baja y entre dientes—. ¿Qué has estado haciendo mientras yo estaba aquí ocupándome de tus hijos, como cada día, como cada noche?

Vuelve a taparse la cara con las manos y solloza como respuesta.

—¿No vas a contestar? —insisto—. ¿Qué tengo que perdonarte, Samuel?

—Lo siento, lo siento. —Se deja caer del sofá al suelo y se arrodilla delante de mí. Esconde la cabeza en mi regazo—. Te quier…

No le dejo terminar. Me pongo de pie para no darle la opción de que me toque. Respiro hondo antes de hablar.

—Déjate de gilipolleces y dime qué has hecho.

Se sienta sobre sus talones y se deja caer hacia delante mientras sigue llorando.

—He bebido mucho, no es excusa, pero no pensaba con claridad… No pensaba y punto. No es excusa, yo te quiero, Estrella, de verdad que te quiero…

Me cruzo de brazos, cierro los ojos un momento y respiro hondo antes de preguntar:

—¿Te has liado con otra? ¿Es eso?

Él asiente aún tirado en el suelo.

—Perdóname, cariño, perdóname… De verdad que no sé cómo ha pasado, yo te quiero más que a nad… —Se incorpora lo justo para agarrarse a mi pierna, pero me desprendo de él de una patada al aire.

—Me dices que no vienes a cenar, que vas a salir un rato con mi hermano… Yo en casa, ocupándome de tus hijos, al límite de la locura y el agotamiento y tú por ahí follando con otra… ¿Es eso, Samuel? ¿Es eso lo que tengo que perdonarte?

Estoy tan cabreada que creo que ahora mismo podría arrancarle los rizos con mis propias manos.

—¡¿Qué?! No, no, no, ni de coña… No he follado con nadie, te lo juro. —Se abraza a mi cintura todavía arrodillado en el suelo—. Ha sido un beso, solo uno, de verdad. Sabes que no te he mentido nunca, mi amor… No debí hacerlo, solo quiero volver atrás en el tiempo… Estrella, mi Estrella, perdóname…

Me relajo un poco. Un beso duele, mucho, pero no es algo irreparable. De todo lo que podría haber pasado, es lo menos grave. Aunque ahora mismo lo cambia todo.

—¿Qué ha pasado? Cuéntamelo.

—Ha venido tu hermano a por mí a la farmacia para ir a tomar unas birras. Después se han acercado Greta y Claudia hasta donde estábamos. —Cierro los ojos. Finalmente ha ocurrido, no puedo decir que no llevara años viéndolo venir—. Y al despedirnos, pues Claudia y yo nos hemos venido juntos, lógico, si es que vive ahí enfrente… No sé cómo ha pasado, estábamos casi llegando cuando se ha subido a un banco, parecía que se iba a caer, me he acercado para ayudarla a bajar y de repente me había metido la lengua en la boca. Te juro que ha sido ella, cariño, te lo juro.

—¿Qué has hecho tú?

—He flaqueado durante un momento, se lo he devuelto, te prometo que han sido unos

segundos, ha sido una respuesta fisiológica del cuerpo, hace mucho tiempo que nadie me besa con ganas, que no me siento deseado…

—No te atrevas a intentar echarme la culpa —farfullo entre dientes y lo señalo con un dedo.

—No, no, no lo pretendo, de verdad, mi amor…

—¿Qué has hecho luego?

—Nada, bueno, le he tocado una teta, pero ha sido más curiosidad que otra cosa, nunca en la vida he tenido la oportunidad de tocar una teta falsa y tenía curiosidad, lo sabes, pero ha sido solo el momento que ha durado el beso. Me he separado de ella enseguida y le he dicho que eso no podía ser. Que no podía pasar nada con ella. Que estoy casado y que estoy enamorado de ti. Porque lo estoy, Estrella, sigo enamorado de ti. Te quiero con toda mi alma.

—Haz la maleta, Samuel. Vete de casa —susurro. En otras circunstancias, si no estuviera tan cansada y tan rota por dentro de todo lo que llevo acumulado, hasta me habría reído de que le hubiera tocado una teta. Mi cabeza sabe que ha sido algo inofensivo, que era más curiosidad que otra cosa. Pero todo ha cambiado en los últimos meses, en los últimos años. Y no estamos bien. Yo no estoy bien. Esto solo ha sido el detonante. Yo también lo quiero con toda mi alma, pero acaba de partir la mía en mil pedazos. Y no puedo más. Es demasiado para mí.

Sigue abrazado a mi cintura. No intento separarlo de mí, pero tampoco lo toco.

—No, por favor, Estrella, lo podemos arreglar. Sé que podemos, esto no puede acabar con nosotros.

—Vete de casa, Samuel. No quiero verte.

—No, mi amor, eso no…

—Que te largues. —Cojo sus brazos para soltarlos de mi cintura y al notar mi tono de mosqueo los aparta y los deja caer sobre sus piernas mientras agacha la cabeza—. Estoy muy cansada, no quiero discutir. Coge lo que necesites para pasar la noche fuera y lárgate. Puedes venir mañana a por más cosas.

Se levanta en silencio y va hacia la habitación. Yo me tumbo de lado en el sofá y cierro los ojos. No quiero llorar, no mientras él siga aquí. Lo oigo trastear en el dormitorio y se me encoge el corazón. ¿Cómo hemos llegado a esto? ¿Cómo se ha torcido tanto lo que éramos, lo que íbamos a ser, todo lo que teníamos por delante?

Tras un rato que se me hace eterno, lo oigo salir de la habitación y apagar la luz. Miro hacia el pasillo y él deja una bolsa en el suelo y se mete en la habitación de los niños. Me levanto y voy hacia allí, solo me falta que los despierte y ya lo mato.

Se arrodilla y va de una cama a otra acariciándoles el pelo, murmurando cosas que no llego a oír y dándoles un beso a cada uno. Está llorando. Me parte el alma, pero tengo que ser fuerte. Necesito que se largue ya o le volveré a dejar meterse en mi cama. Y no puede ser. Ya no. He llegado a mi límite. Llevo demasiado tiempo soportando una vida que no es la que quería, confiando en que en algún momento las cosas podrían volver a ser como antes, pero ya no lo creo. No sé dónde está mi felicidad, pero desde luego no es aquí.

—Samuel, vete ya —murmuro.

Se levanta y viene hasta mí.

—Tienes razón, necesitan camas más grandes, necesitamos un piso más grande. Una nueva vida…

Resoplo como respuesta.

—Estrella —susurra mientras apoya su frente en la mía.

—No digas nada más, Samuel. Y vete ya. —Doy un paso atrás para separarme de él, para dejarle paso y que pueda salir de la habitación. Y también para evitar darle un abrazo y

asegurarle que todo irá bien, que lo podemos arreglar.

Agacha la cabeza y comienza a caminar por el pasillo. Recoge la bolsa que ha dejado en el suelo y va hacia la entrada. Lo sigo en silencio, con los brazos cruzados para tenerlos controlados y que no intenten retenerlo.

Abre la puerta de la calle, pero se gira a mirarme antes de cruzar el umbral.

—¿Dónde está nuestro final feliz, Estrella? ¿Qué nos ha pasado?

—Es irónico que seas tú el que lo pregunte… Lárgate ya, Samuel.

—Estrella… —murmura y su voz amenaza con volver a quebrarse.

Lo miro a los ojos y niego con la cabeza.

—Adiós, Samuel.

—Mañana te llamo —asegura antes de cerrar la puerta y marcharse.

Cojo la llave que descansa siempre sobre el mueble de la entrada, doy una vuelta a la cerradura y la dejo puesta por dentro.

Me siento en el sofá y veo algo medio escondido entre dos cojines. Su móvil.

—Pues no sé cómo me vas a llamar, imbécil —murmuro antes de cerrar los ojos y ponerme a llorar por fin.

Me levanto a duras penas y me arrastro hasta la cama. Me quedo despierta y llorando, recordando esos días mágicos que ahora parece que fueron en otra vida, que le pasaron a otra chica. Los recuerdo como una película romántica que me es del todo ajena.



12. Ponerle un nombre

2002

ESTRELLA

El viernes después de aquel primer fin de semana con Samu, había quedado con mis amigas en casa de una de ellas. Íbamos a acudir todas después de comer para planear la noche, teníamos toda la intención de salir de fiesta. No había vuelto a saber de él desde que se marchó de mi casa el lunes por la mañana. Estuve tentada de llamarlo o escribirle en más de una ocasión, pero finalmente no lo hice. Estaba llegando a mi coche, con una bandeja de pastelitos en una mano y una bolsa llena de ropa colgando del hombro contrario cuando sonó mi móvil. Dejé la bandeja sobre el techo del vehículo y la bolsa en el suelo, pero el teléfono se calló tras ese primer timbrazo. Lo saqué del bolso y sonreí al ver el nombre de Samu en la pantalla junto al icono de la llamada perdida. Se la devolví al momento, me había dado la excusa.

Tardó varios tonos en cogerlo. Creí que se iba a cortar cuando por fin contestó.

—¿Estrella? ¿Qué tal?

—Hola, Samu. ¿Me has hecho un llama-cuelga?

—Mmm… Nno, bueno, técnicamente sí, no sé…

Me reí. Se lo había visto hacer a mi hermano y a Greta. En vez de llamar a la gente o mandar mensajes, se hacían una llamada perdida y era su forma de decirse que se habían acordado de la otra persona. Yo no lo terminaba de pillar, supongo que era una de esas cosas en las que se notaba la diferencia de edad.

—No te descojones de mí. —Se rio él también—. Es que tengo un examen en un par de horas y estoy nervioso. Me he acordado de ti y se me ha ocurrido hacerte una perdida, pero luego he pensado que eso es muy de críos, que mejor te llamaba, y en el último momento me ha dado palo por si te molestaba y he colgado. Conclusión: que te he hecho un llama-cuelga involuntario.

—No me molestas, Samu —sonreí—. Me puedes llamar cuando quieras.

—Guay —soltó con un resoplido.

—Así que, ¿tienes un examen ahora? —pregunté mientras abría el coche y metía dentro la bolsa.

—Sí, y estoy de los putos nervios. Es una asignatura que arrastro desde primero, es la quinta vez que me presento a este examen.

—¿Muy difícil?

—O eso o soy lerdo —se rio.

—O no has estudiado las veces anteriores.

—Vale, pillado —soltó una carcajada.

—¿Y no estás en la biblioteca estudiando?

—No, me gusta estudiar hablando en voz alta, estoy fuera.

—¿Fuera?

—Sí, en los jardines que hay cerca de la biblio, así respiro aire puro y puedo contarme estas movidas a mí mismo.

—Eso está bien —me reí al imaginarlo y dejé los pasteles sobre la bandeja del maletero.

Durante un momento nos quedamos los dos en silencio sin saber muy bien qué decir.

—Bueno, suerte en el examen —lo rompí yo finalmente en vista de que él no parecía que fuera a decir nada más.

—Gracias, Estrella.

—Un beso.

—Otro para ti. Adiós.

—Adiós.

Y colgamos. Cerré el maletero de un portazo y me subí al coche.

«Imbécil, Estrella, eres imbécil. Te ha hecho la tontería esa que hacen los de su edad para decirse que se echan de menos y luego le ha dado palo pedirte quedar. Tendrías que haberlo dicho tú, que pareces tonta». Fui insultándome durante un rato. En cada semáforo me miraba a los ojos en el retrovisor y me lo confirmaba. Encendí la radio para ver si escuchar un poco de música[iv] me hacía pensar en otra cosa, pero no funcionó.

La casa de mi amiga Cris, donde habíamos quedado, estaba en una urbanización a las afueras y había que pasar junto al campus universitario de ciencias para llegar a ella. Sin meditarlo ni un poco, en la rotonda anterior a la de su casa, cogí la salida que marcaba «Universidades» y conduje hasta el aparcamiento más cercano a la biblioteca. Lo vi antes de bajar del coche. De entre todos los estudiantes que estaban tirados por el césped, destacaba el rubio de metro noventa y pinta de modelo que caminaba de un lado a otro hablando consigo mismo y con unos papeles en la mano que consultaba de vez en cuando. Llevaba el pelo recogido, nunca lo había visto así y estaba espectacular.

Bajé del coche sin pensármelo demasiado y me quedé mirándolo un momento sin llegar a acercarme. Igual hice un charco de baba en el suelo, es muy posible, pero es que lo tendrías que haber visto. Una de las veces que levantó la vista de los apuntes, me vio. Su mirada se quedó clavada a la mía y, tras un momento de clara confusión, sonrió y se acercó trotando hasta mí.

—Ey, Estrella, ¿qué haces aquí? —Se inclinó y me dio dos besos. Sí, dos—. Qué casualidad…

Yo me quedé congelada un momento y lamenté haber tomado esa decisión.

—Joder, ¿tienes novia? —murmuré entre dientes—. No lo sabía, no me mola eso… Me lo tendrías que haber dicho.

—¿Qué? ¡No! No tengo novia.

—Ah, vale. —Me llevé una mano al pecho—. Te gusta alguna chica de por aquí, ¿no? Vale, eso me parece estupendo, puedo ayudarte a darle celos si quieres.

—¿A quién? ¿De qué hablas? —Arrugó las cejas y sonrió.

—De la chica que te gusta.

—No me gusta ninguna chica de por aquí. ¿Por qué piensas eso?

—Porque me has dado dos besos.

—¿Y qué querías que hiciera? —Se rio.

—No sé, después de los sitios por donde me has pasado la lengua, dos besos me han resultado como raros.

—Joder, Estrella —farfulló y luego se inclinó hasta que su cabeza quedó a la altura de la mía —. No me ha parecido correcto acercarme y morrearte directamente, pero no puedo tener más ganas.

—Pues no te quedes con ganas de nada. —Me puse de puntillas para pasarle los brazos alrededor del cuello y lo besé.

Nuestras lenguas se enredaron y él tiró los papeles al suelo para abrazarme.

—Los apuntes —me reí en su boca—, que aún suspenderás otra vez.

—Mierda, no quiero suspender, que esta vez he estudiado —sonrió—, pero prefiero besarte.

Y volvió a hacerlo. Le seguí el rollo un momento, pero enseguida me separé de él y me agaché a recoger las hojas que había dejado caer. Él lo hizo también.

—Venga, que tienes que dar el último repaso. —Le entregué los folios que había alcanzado yo.

—El repaso te lo quiero dar a ti. —Se me tiró encima y nos quedamos los dos tumbados sobre el césped con su cuerpo sobre el mío.

Nos besamos y manoseamos un rato hasta que la cosa se nos empezó a ir de las manos.

—Bueno. —Se separó un momento—. No me has dicho qué haces por aquí, qué casualidad.

—No ha sido casualidad, Samu —sonreí—. Me has dicho dónde estabas. Iba a casa de mi amiga Cris, que vive en aquellos edificios de allí. —Los señalé—. Y en la rotonda me ha dado el puntazo y he decidido pasar a desearte suerte.

—Me encanta ese puntazo. —Sonrió con toda la cara—. Sí que me has dado suerte.

—Si todavía no has hecho el examen.

—Pero lo que más me apetecía era verte, y eso se acaba de cumplir.

Era tan mono. Tan grande y tan pequeño a la vez.

—Tengo una hora y media —dijo mirando su reloj. A continuación, sacó un juego de llaves de su mochila—. Y soy el responsable este cuatrimestre del laboratorio B. Durante los exámenes están cerrados… Si quieres, te lo puedo enseñar…

—Claro —sonreí—. ¿Quieres que te ayude a relajarte en el laboratorio para entrar tranquilo y sin nervios al examen? ¿Es eso?

—Eso me tranquilizaría más que repasar todos los apuntes —aseguró.

—Vamos —me reí—. Enséñame el laboratorio.

Cuarenta minutos después, estábamos de vuelta en el césped, mucho más felices y relajados ambos, las cosas como son.

—Te puedes ir cuando quieras, me sabe mal que estés aquí de canguro… —murmuró entre dientes.

—Trae. —Le cogí los apuntes—. Te voy a preguntar, a ver si te lo sabes.

—Venga —se rio—. Pero nos tumbamos juntitos en la hierba.

—No, que nos conocemos y empezaremos a meternos mano. Mejor sentados y con aire entre nosotros.

—Vaaaaaaale —refunfuñó.

Así lo hicimos, nos sentamos a lo indio uno frente a otro y le fui haciendo preguntas de sus apuntes. No entendía ni lo que le estaba preguntando, pero era sobre parásitos y a mí me

empezaba a picar ya todo el cuerpo. No lo acertó todo, no se lo sabía para un sobresaliente, pero le veía altas probabilidades de aprobar.

—¿Te puedo preguntar yo a ti ahora? —Sonrió.

—¿De esto? De esto no sé nada. —Me reí.

—No, de esto no.

—Pregunta. —Me puse derecha y me aparté el pelo de la cara.

—¿Qué estamos haciendo, Estrella? ¿Qué es esto?

—Estamos estudiando para tu examen.

—No te hagas la tonta, sabes perfectamente de qué te estoy hablando… —Torció la boca en una mueca preciosa que me quería comer entera.

—¿Necesitas ponerle un nombre?

—En realidad, no. Lo que necesito es seguir viéndote.

—Deseo concedido —sonreí—. Creo que lo que nos pasa es que tenemos más química que el laboratorio ese al que acabas de llevarme. —Aguantó la risa con mi tontería—. Vamos a disfrutar de esto durante el tiempo que dure. Creo que contárselo a mi hermano o a mi familia de momento sería un error, lo haría todo demasiado raro. No creo que nos haga falta complicarnos o ponerle nombre. Y si quieres pasarlo bien por ahí con otras chicas, me parece bien también. No quiero dejar de verte, Samu, pero no quiero ponerle una etiqueta a esto todavía.

Asintió con la cabeza y sonrió.

—¿Trato hecho? —Le tendí la mano.

Él la cogió y tiró de ella para hacerme caer sobre su cuerpo y empezar a besarme. Igual fue una maniobra de distracción para que dejara de preguntarle, porque empezamos a meternos mano otra vez y nos olvidamos de su examen durante un rato.



13. La cuidamos

ESTRELLA

—¿Por qué no se mueve? ¿Está *morida*? —oigo preguntar a Manu. Creo que soy la única que les distingue las voces sin verlos.

—No, qué tonto eres, está durmiendo —contesta uno de los gemelos. Juraría que Guille, pero con ellos siempre dudo.

—No soy tonto —se defiende el pequeño—, pero no se mueve, y mamá enseguida se *depieta*.

Me dejo vencer por la tentación de alargar este momento de paz durante los pocos segundos que queden.

—¿Y papá? —pregunta ahora Nico en lo que pretende ser un susurro, pero que suena a un volumen normal—. ¿Por qué no está papá?

—Se fue por la noche —dice creo que Dani.

—Si no estaba por la noche. Cuando nos fuimos a dormir, no estaba.

—Pero vino luego, listo, supertarde, por lo menos a las once de la madrugada. —Quiero reírme, pero a la vez no me veo con fuerzas ni de abrir los ojos—. Yo me desperté, porque soy más mayor. —Esa afirmación y el tono de orgullo es de Dani, confirmado—. Y me dijo que se tenía que ir unos días, que cuidemos a mamá.

—Ah, vale, *pos* la cuidamos. —Mi Manu.

Y ahí acaba la paz y los cuatro suben a la cama y se lanzan sobre mí.

—¡Mami, mami! ¿Has dormido bien?

—Buenos días, mamaíta.

—¿Te hacemos el *desdeyuno*?

—¿Estás cansada, mami? ¿Te damos un masaje?

Abro los ojos por fin y les sonrío, porque, aunque me agotan, también me hacen inmensamente feliz. Mis cuatro bichos con aspecto de angelitos. Qué lindos son y qué corazón tan grande tienen.

—Me pido un queso —dice Dani mientras me coge un pie.

—Yo el otro —su gemelo lo imita.

Entre los dos empiezan lo que pretende ser un masaje de pies. Son todo amor, pero entre sus habilidades no se encuentra la de dar masajes relajantes. Al menos no por el momento. Nico sube hasta mi almohada y se sienta sobre mi pelo. Del tirón siento un dolor agudo y cierro los ojos con fuerza. El daño físico me remite al emocional de anoche y el llanto amenaza con volver. Hago un esfuerzo por sonreír. No quiero que los niños me vean mal, y menos que Nico piense que lloro por el tirón de pelo que me acaba de dar, aunque me haya dejado amargadita.

Libera por fin mi melena y empieza a pasar sus manitas por ella. Mete los dedos entre los mechones y me acaricia el pelo y la cabeza. Intenta imitar a su padre, estoy segura, aunque con movimientos mucho más torpes, lógicamente. En cualquier caso, aunque no puedo evitar pensar en los nudos que me estará haciendo y en lo que me va a costar luego desenredarlos, me calienta el corazón el cariño que me transmiten sus gestos.

—No me habéis dejado nada —se queja Manu—. Pues yo, besos.

Se tumba delante de mí, se cuelga de mi cuello y empieza a darme miles de besos en la cara. Es muy cariñoso, pero estoy deseando que aprenda a besar sin soltar baba. No estoy en la situación más cómoda del mundo, cada uno pone todo su empeño en lo que está haciendo, pero no es agradable. Igual está feo que una madre diga esas cosas de sus hijos cuando están tan entregados en hacerla sentir bien, pero lo cierto es que no voy a decir que son unos portentos de los masajes cuando claramente no es lo suyo. De todas formas, los gestos de los cuatro me llenan de amor, que es lo que de verdad necesito en este momento.

—Os quiero mucho, chicos. —Me tiembla un poco la voz por la emoción que me genera su actitud.

El pequeño deja de darme besos y se pone de pie en la cama.

—Me pido hacerte el *desdeyuno*.

—Ni pensarlo. —Dani lo coge de un pie y tira de él hasta hacerlo caer, con tal mala suerte que cae sobre Guille. Al oír el *clonc* de las dos cabezas chocando, cierro los ojos y me preparo para el drama, que no se hace de rogar ni un segundo. Los llantos de los dos se funden al instante. Cojo a uno con cada brazo y les beso las cabezas alternativamente.

—Lloricas —farfulla Dani.

Y ese comentario es la chispa que prende la mecha y los hace separarse de mí para ir a pegarse con su hermano. Sin haberme dado tiempo a reaccionar, me veo inmersa en una vorágine de manotazos, patadas voladoras y tirones de rizos. Y llantos, más llantos. Y gritos, muchos gritos.

Nico, el más pacífico de los cuatro, intenta poner algo de orden con nulo éxito.

—No peleéis, que mamá está *tiste*. ¡No peleéis!

—Vale, chicos, ya, parad —intento que vuelva la paz—. No me hagáis enfadar.

Trato de separarlos, pero están demasiado obcecados en el odio ciego que se tienen ahora mismo. Me agota esta situación día tras día.

Suena el timbre de la puerta y los cuatro detienen su coreografía.

—¿Quién llama? —pregunta Guille.

Me encojo de hombros. El reloj de la mesilla me informa de que son las nueve de la mañana, no hace ni cinco horas que se fue su padre, no creo que se haya atrevido a volver tan pronto. Si te descuidas, está aprovechando para dormir a pierna suelta.

Los cuatro bajan de la cama y salen corriendo a toda velocidad hacia la entrada. Yo los sigo con el ánimo dinamitado ya nada más despertar.

—¡¿Quién es?! ¿¿Quién es?! —chillan como locos.

—¡Policía de niños gamberros! —oigo el grito de Carina con voz engolada al otro lado de la puerta—. Me envían a detener a cuatro rubios que estaban peleando y armando jaleo demasiado

temprano. ¡Abran la puerta!

Mis hijos se giran a mirarme con las caritas blancas y los ojos muy abiertos, creo que incluso oigo latir sus corazones.

—¡No es aquí, *san equivocao*! —berrea Dani.

—¡Perdón! —grita Manu a punto de llorar—. ¡Ha sido sin querer!

—Tonto, que nos pillan —lo riñe Guille.

—¡Yo no estaba en la pelea! —se defiende Nico.

—¡No *ez* la *polizzía*! —se ríe Andrea al otro lado de la puerta—. ¡*Ez* mi mamá!

Ese comentario los relaja lo justo, porque a Carina la aman y la temen a partes iguales. Yo abro la puerta para encontrarme con ella y con su hijo e invitarlos a entrar. La madre lleva en las manos una jarra enorme de lo que parece zumo de naranja y el niño carga con una bolsa de la panadería que hay en esta misma calle.

—El que quiera zumo y cruasanes, que ponga la mesa —les dice la italiana a mis hijos a modo de saludo.

Los cuatro dan un grito y salen corriendo hacia la cocina. Andrea se contagia rápidamente de su euforia y los sigue.

—¿Cómo estás? —susurra Carina mientras nos llegan los gritos amortiguados desde la cocina —. Si necesitas hablar…

—¿Está en tu casa? —pregunto en el mismo volumen.

Ella niega con la cabeza antes de hablar.

—Chus habló un momento con él antes de que se fuera. Lo oyó… —duda un momento antes de seguir hablando—: llorar en el rellano. Eran más de las cuatro. Le ofreció que se quedara en casa, pero Samu no quiso, dijo que necesitabas espacio y quería dártelo. No sabe a dónde fue, no se lo dijo.

—Habrá ido a casa de su madre, supongo. Luego le llamaré allí. Se dejó el móvil.

Ella asiente con un movimiento y vamos hacia la cocina, porque las fieras se están empezando a impacientar.

Mis chicos han puesto la mesa con su vajilla y su cubertería de plástico multicolor, han repartido los cruasanes y esperan impacientes a que Carina les llene los vasos de zumo. Ella lo hace mientras yo preparo café.

—¿Quieres tener a los niños por aquí para no darle vueltas a la cabeza o prefieres que me los lleve para estar tranquila? —me pregunta la italiana en un susurro cuando todos los niños están ya servidos y comprobando el nivel de zumo en sus vasos para ver si alguno tiene más que el resto.

—Me vendría bien algo de paz, no te voy a mentir… Pero no voy a consentir que te lleves a los cuatro, dan mucho trabajo.

—Ah, no te preocupes. Vamos a pasar el día a casa de los padres de Loui, a la piscina. Vienen también Piero, Loui y Chus. Y nos llevamos a Maya. Podemos con todos —sonríe.

—Vale, en ese caso, no voy a discutir. La verdad es que creo que me sentaría bien un día de descanso…

—A ver, pequeños delincuentes —Carina se dirige a los niños—. Os venís conmigo a la piscina. Es una orden. Tenéis que vestiros rápidamente y coger los bañadores para después.

—Mami, ¿me ayudas? —pide Guille.

—Y a mí —se unen Nico y Manu.

—Ni hablar —interrumpe Carina—, que sois muy mayores. Os vais a vestir solos y vais a meter un bañador en una bolsa que os voy a dar. Un bañador para cada uno, que os estoy viendo

venir.

—Yo no sé —protesta Manu—. Mami, ayuda…

—Os vais a vestir solos a toda velocidad —afirma Carina—, porque el último en vestirse…

Hace una pausa dramática y mis hijos la miran muy tensos esperando impacientes el final de la frase.

—El último en vestirse… ¡tiene el culo peludo! —sentencia por fin y los cuatro gritan desesperados y salen corriendo camino de su habitación. Andrea se les une preso del pánico también, y eso que él ya está vestido, no va en pijama como los míos.

—¿Dónde va el tuyo? —me río.

—Es muy sugestionable —sonríe ella antes de darle un sorbo a su café.

—¿Cómo te funcionan esas cosas? ¿Qué amenaza es esa? ¿El culo peludo?

—No sé. —Se encoge de hombros—. Parece que ningún niño quiere tener el culo peludo, ¿no? Mientras funcione…

Dejo la taza en la encimera y voy hasta la habitación de mis hijos, desde donde llegan gritos de todo tipo. Los gemelos están poniéndose ya las zapatillas. Nico lleva la camiseta con las costuras por fuera y Manu ha metido las dos piernas por la misma pernera del pantalón (supongo que por las prisas para no ser el último) y se va a ir al suelo de boca en cualquier momento.

—Ven, cielo, te ayudo —le digo al acercarme a él.

—Deprisa, mami, que no quiero ser el último.

—No va a pasar nada si eres el último. Por esta vez, nadie va a tener el culo peludo —aseguro mirando a Carina, que confirma con un asentimiento de cabeza. Luego ella coge una bolsa de deporte del armario de los niños y les pide que dejen ahí los bañadores. Me los llevo al baño a peinarlos y lavarles la cara y unos diez minutos después salen todos por la puerta.

El silencio me envuelve en cuanto cierro tras ellos y me quedo sola.



14. Ni siquiera él es tan gilipollas

ESTRELLA

Aprovecho mi inusual soledad para darme un baño relajante. Todo lo relajante que se puede dadas las circunstancias. Lloro durante un rato, porque esta situación me duele, porque lo de anoche fue lo más difícil que he hecho nunca, pero creo que es lo que tenía que hacer.

La maternidad, la edad, la vida… Todo me ha pasado por encima sin que me diera cuenta. He perdido mucho en el camino. He perdido a Samu y me he perdido a mí. Lo echo de menos, pero ya lo estaba echando de menos mientras aún estaba aquí. Porque estaba, pero no estaba. No estábamos. No éramos.

Tras salir de la bañera, ya más relajada, me seco con calma y me aplico todas las cremas que, en circunstancias normales, no me da tiempo a ponerme. Me cuido con el mimo y la dedicación que ya nunca tengo para mí misma, y casi rompo a llorar otra vez, porque no sé en qué momento algo como esto se ha convertido en algo extraordinario. No sé cuándo empecé a sentirme culpable por dedicarme tiempo a mí. En parte es por los niños, lo sé, pero no quiero culparlos a ellos, solo hacen lo que tienen que hacer, es su trabajo.

Me pongo unas mallas y una camiseta, no tengo intención de ir a ningún sitio. Me armo de valor y llamo a casa de la madre de Samu. Hablar con él no es la mejor de las ideas, pero quiero decirle que está aquí su teléfono y necesito saber qué plan tiene, si va a pasarse por aquí a recoger más cosas.

Mi suegra contesta al tercer tono.

—Hola, Almudena, soy Estrella. ¿Está tu hijo por ahí?

—No, ¿va a venir? No me ha dicho nada. ¿Viene con los niños?

—Nnno, no, los niños se han ido a la piscina… ¿No ha pasado Samu ahí la noche?

—¿Aquí? No, ¿por qué? ¿Ha ocurrido algo, cariño?

—Tuvimos una discusión fuerte y le pedí que se marchara de casa. —Suspiro—. Di por hecho que habría ido a la tuya. No pasa nada, habrá ido a la de mi hermano o a la de Loui.

—Pero ¿tan grave como para que se fuera de casa? ¿Qué pasó?

—Cosas nuestras, Almudena, no te preocupes, de verdad. Fue todo muy pacífico.

—Vale, cariño, te creo. Lo arreglaréis. ¿Quieres que hable yo con él? Ahora lo llamo al móvil y le pregunto dónde está.

—Se lo dejó aquí, por eso te he llamado a ti. No pasa nada, no te preocupes, no andará lejos.

—Vale, cariño, avísame con lo que sea.

—Claro, Almudena. Un abrazo.

Habrá ido a casa de Loui, supongo. Se me haría muy raro que hubiese ido a casa de mi hermano, pero nunca se sabe… El timbre de la puerta me da un susto de muerte. Voy hasta allí sin demasiadas ganas de visita. No creo que sea Carina con los niños, es demasiado pronto y tampoco oigo gritos al otro lado.

Abro con la curiosidad justita para descubrir al otro lado a Marc y a Greta, que me miran con cara de condescendencia.

—Vale, ya os habéis enterado. Se os ha metido en casa, ¿no? ¿O está en casa de Loui y Piero?

—No, no, nos lo han contado Carina y Chus cuando han venido para irse con ellos a la piscina. Por nuestra casa no ha pasado, y por la de Loui tampoco —asegura mi hermano.

—Estará en casa de su madre —sugiere Greta.

—No, acabo de llamar, allí no está. Se ha dejado el móvil, no lo puedo llamar. Pues no sé dónde coño habrá ido —suelto el pensamiento en voz alta conforme acude a mi mente.

Greta se remueve incómoda.

—¿Dónde coño está? No hay más opciones —dice mi hermano.

—Ya —confirmo—. Ni idea.

—Bueno, hay una…, chunga, pero una.

Marc y yo nos giramos hacia ella sin entender a qué se refiere. Ella mueve la cabeza de un modo casi imperceptible hacia la ventana y nosotros la imitamos.

—¡¿Qué?! No, imposible… ¿En casa de Clau? Ni de coña, no si quiere conservar los piños —asegura mi hermano.

—No habrá sido capaz —resoplo. Si se ha ido a casa de Claudia, desde luego que eso lo cambia todo. Eso sería toda una declaración de intenciones.

—No quiero ser malpensada, pero es lo único que se me ocurre. Si no, ¿dónde está? —interroga Greta.

—No puede ser, no puede ser —farfullo y me siento en el brazo del primer sillón que veo.

—¿La llamo? —pregunta Greta—. Sin decirle nada, solo para tantear…

—No, no, no la llames. Si está allí, ya nos enteraremos.

—Se habrá ido a un hotel —intercede mi hermano—. Ni siquiera él es tan gilipollas.

El sonido de un nuevo correo en mi móvil nos hace callar un momento, pero ni lo miro.

—Es él. —Marc me pasa mi teléfono, en el que se ve la notificación de un correo entrante nuevo y el remitente. Lo abro rápidamente.

De: Samuel Andújar
Para: Estrella Sapena
Asunto: no quiero molestar

Mensaje: Perdona, Estrella, no quiero molestarte. Te entendí ayer, cuando me pediste espacio, o tiempo, o lo que sea que necesites. He perdido el teléfono y no sé si me lo dejé en casa. No recuerdo haberlo sacado allí, no recuerdo cuándo fue la última vez que lo vi. Si lo has encontrado por ahí me pasaré a por él y, si no quieres verme, déjaselo a Chus. Me mantendré todo lo alejado de ti que necesites, pero eso no quiere decir que no te esté echando ya de menos (a ti y a los nanos) y que esto no me esté matando por dentro. No quería que sonara a chantaje emocional,

solo lo he dicho como lo siento. Hasta que recupere mi teléfono, estaré pegado al ordenador. Si necesitas decirme lo que sea, hazlo por aquí.

Te quiero, no lo dudes nunca. No he dejado de quererte y no creo que sea capaz de hacerlo.

Respiro hondo cuando termino de leerlo.

—¿Dice dónde está? —pregunta Greta.

—No.

—Pues, yo no quiero decir nada, pero en un hotel no tiene ordenador en la habitación al que estar pegado todo el tiempo…

Marc resopla antes de hablar:

—Pues en casa de Claudia no está, ¡porque te juro que le arranco la puta cabeza!

—Vale, es tan sencillo como preguntarle —intento tranquilizarlos.

De: Estrella Sapena
Para: Samuel Andújar
Asunto: Re:no quiero molestar

Mensaje: Sí, tu teléfono está aquí. ¿Dónde estás? ¿Dónde has pasado la noche?

Su respuesta llega apenas veinte segundos después.

De: Samuel Andújar
Para: Estrella Sapena
Asunto: Re:Re:no quiero molestar

Mensaje: En la farmacia, ¿dónde voy a estar? No quiero amargar a nadie con mis mierdas. Luego me paso a por el móvil.

Respiro hondo con un gran alivio y sintiéndome la más tonta del mundo por no haber pensado en la farmacia.

—Vale, me he pasado de desconfiada —se disculpa Greta.

—Dame su móvil, voy a llevárselo —me pide Marc y me tiende la mano—. ¿Hay que llevarle algo más?

—Llévale algo de comida.

Mi hermano asiente y se mete en la cocina. Sale al poco rato con una bolsa grande.

—Tete —lo llamo cuando ya tiene la mano en el picaporte de la puerta de la calle. Él se gira a mirarme—. No seas duro con él, que también lo está pasando mal. No estés tú más enfadado que yo. No seas mi hermano, sé su amigo, que te necesita.

Marc solo asiente con la cabeza antes de marcharse.



15. No me voy a defender

SAMU

Se me cae este cuartucho encima, la verdad. Jamás pensé que me vería en esta situación. No estoy de humor para salir a la calle, solo quiero regodearme en mi mierda. No me apetece ver a nadie. Lo tengo clarísimo cuando oigo golpes en la puerta interior de la farmacia. Por un lado, deseo que sea Estrella, quiero verla, necesito tocarla y saber que seguimos siendo los de siempre. Pero por otro, una visita tan pronto podría no traer nada bueno. ¿Por qué me ha preguntado dónde estoy? ¿Para venir? Siento una mano invisible retorcerme el estómago por dentro mientras me acerco a la puerta. Un escalofrío me recorre la espalda durante los escasos segundos de incertidumbre hasta que veo a su hermano al otro lado del umbral y se me cae el alma a los pies.

Respiro hondo antes de hablar:

—¿Has venido a partirme la cara? Pasa. —Me aparto y obedece. Cierro la puerta tras él—. Supongo que me lo merezco. No me voy a defender.

Me mira serio, pero no hace ni el amago de golpearme. Se acerca a mí y me pasa un brazo por los hombros. Pienso que va a inmovilizarme por el cuello para darme de hostias, pero, en lugar de eso, me da un abrazo.

—¿Cómo estás, nano? —murmura—. Cuéntame tu versión, que no me fío ya de ninguna de ellas.

—Vamos a mis aposentos —le indico con un gesto de la mano el camino hasta el cuartito que tengo aquí, donde llevo encerrado desde anoche, o esta mañana… Bueno, lo que sea.

Se deja caer en la cama (igual ese término es demasiado generoso) y da una palmada a su lado en el colchón para que me siente junto a él. Abre la bolsa que ha traído.

—¿Café o cerveza? —pregunta.

—No he desayunado, aunque tampoco he dormido… Café, nano, no sé cómo me sentaría una birra ahora mismo…

Asiente y saca un termo. Sirve dos cafés en dos vasos de plástico de los de mis hijos, que también ha sacado de la bolsa, y me pasa uno.

—¿Has visto a los niños? ¿Cómo están? ¿Se han enterado de algo?

—Han pasado un momento por casa, iban a casa de los viejos de Loui. Estaban emocionados por ir a la piscina, yo creo que no se han enterado de nada…

Asiento con la cabeza, mejor así.

—Bueno, cuéntame qué ha pasado, anoche todo iba bien… Dime cómo se ha torcido tanto todo en tan poco tiempo… ¿Qué pasó con Claudia?

Respiro hondo y le cuento todo desde que Claudia y yo nos separamos de ellos hasta que salí de casa ya con la maleta. Él escucha en silencio y asiente de vez en cuando.

—No te la tiraste —afirma, no es una pregunta.

—No, claro que no. Me conoces de sobra, sabes que sería incapaz de hacerle eso a Estrella.

—Lo sé —vuelve a asentir—. Entonces, a ver si lo pillo, te ha echado de casa porque a la zumbada de Claudia se le ocurrió meterte la lengua en la boca sin que tú hicieras nada… ¿Es eso?

Asiento y cierro los ojos. Qué cansado estoy de todo.

—Están locas, nano. No sé qué más quieren de nosotros… —asegura. Nunca pensé que fuera a empatizar tanto conmigo en una situación así—. ¿No tienes a veces la sensación de que se te está escapando la vida y no puedes hacer nada para evitarlo?

—¿Vida? ¿Qué es eso? —Me río—. Tengo cuatro hijos, yo ya no tengo vida.

—Pues espérate que lleguen a la adolescencia, que vas a flipar… Bueno, o no, que los tuyos son chicos, seguro que son más fáciles. A las tías no hay quien las entienda. Gina está insoportable, nano.

—La veo todos los días —me río—. Gina es de puta madre.

—Será contigo, porque, lo que es en casa, te juro que a veces la estamparía contra la pared… Las animaladas que nos dice a su madre y a mí, cómo se cree que lo sabe todo, que todo lo que tiene son derechos y ninguna obligación… Y no voy a hablar de su habitación, que da puto asco, nano, parece un vertedero…

Me río entre dientes y me sirvo un poco más de café.

—¿Te puedo confesar un pensamiento de lo más chungo sin que salga de aquí? —pregunta cerrando los ojos y apoyando la cabeza en la pared.

—Claro —aseguro.

—Es algo que he pensado alguna vez, pero nunca lo he reconocido en voz alta…

—Dime.

—A veces… A veces me pregunto cómo sería mi vida si Greta nunca hubiera vuelto de Italia. Ya está, ya lo he dicho.

Me río.

—Entiendo que lo hayas pensado. Pero ya te digo yo que sería peor, y la mía también.

—¿La tuya? —Abre los ojos y me mira con las cejas arrugadas—. ¿En qué te afectaría a ti que Greta no hubiera vuelto?

—Pues, nano, te habrías casado con Marta (y tendrías más hijos que yo, por cierto) y habríamos dejado de ser amigos o yo estaría en la cárcel por haberte dejado viudo…

Suelta una carcajada.

—No me habría casado con Marta —asegura.

—Los cojones que no. Claro que te habrías casado con ella, te tenía cogido por las pelotas…

—Nunca lo sabremos. —Vuelve a cerrar los ojos.

—Yo lo sé —me río.

—¿Estás seguro de que quieres arreglar las cosas con Estrella? —Abre los ojos y me mira serio—. Igual es tu oportunidad de empezar de nuevo. De ser padre un finde sí y otro no… Tener

tiempo para tus movidas… ¿Te acuerdas de lo que era eso? Igual lo tienes a huevo para reiniciar, no sé, piénsalo bien… Que es mi hermana, y la quiero, pero me pongo en tu lugar y no sé cómo lo llevaría yo…

—Lo he pensado, claro que lo he pensado… Y estoy agotado, nano. Me paso los días del curro a casa y cuando llego todo son marrones. Estrella desesperada porque no puede más con los críos, siempre con algún reproche para mí porque me ocupo poco de ellos, los niños insoportables esperando a que llegue yo y les haga todo el caso del mundo, ella medio mosqueada siempre… No ha sido solo lo de Claudia de anoche, Estrella se ha ido alejando de mí desde hace tiempo. Te va a encantar esto: soy incapaz de recordar la última vez que follamos. Hace tanto que no te sé decir…

Se ríe entre dientes.

—Gilipollas, ya tengo asumido que te tiras a mi hermana.

—A buenas horas, justo lo asumes cuando ya no me la tiro…

Los dos empezamos a reírnos cada vez más fuerte.

—Yo qué sé, nano. —Se me empiezan a pasar las ganas de reírme—. Pese a todo eso…, quiero estar con ellos, y con ella. Prefiero seguir así, agobiado y sin tiempo para mí, a cambio de esos pequeños momentos que hacen que todo valga la pena.

—¿Qué momentos? ¿Cuando se duermen?

Soltamos otra carcajada los dos.

—Qué cabrón. Yo qué sé… Es mi familia, tío. Los quiero. Me agobian, pero los quiero más que a nada… Y lo de tu hermana, quiero pensar que es una fase, que volveremos a tener vida sexual en algún momento… Si es que superamos esto, yo qué sé, estaba agobiadísimo por la vida que llevaba y en unas pocas horas todo se ha dado la vuelta y estoy agobiadísimo por la posibilidad de perder esa vida. ¿Tú crees que serías más feliz si Greta nunca hubiera vuelto de Italia?

—Claro que no, ni de coña —sonríe—, pero soñar es gratis. Y echarles la culpa de todo a ellas es lo más fácil.

—Hemos visto demasiado porno, tío, teníamos la vida en pareja idealizada.

Los dos soltamos una carcajada un poco amarga, al menos así me sabe la mía.

—Entonces, ¿mis hijos están en la piscina de los padres de Loui?

Asiente.

—¿Quieres ir a verlos?

—Sí, tío, por increíble que parezca, ya los echo de menos.



16. También tenemos planes

SAMU

Llegamos a casa de los padres de Loui y, antes de alcanzar a ver la zona de la piscina, ya oímos el jaleo que arman mis hijos. Hemos pasado por casa de Marc a por bañadores y me ha prestado también unas gafas de sol, he preferido no mirarme al espejo, debo de tener ahora mismo un careto de puta madre. Tantos años sin llorar y lo he soltado todo en una noche.

Piero y Chus están dentro del agua con todos los nanos. Carina está tomando el sol, pero está claro que se ha bañado también. Loui está fuera del agua haciendo fotos a los que están dentro, cómo no.

En cuanto uno de mis hijos me ve, da un grito y se le unen todos los demás. Intentan nadar hasta las escalerillas con sus manguitos, pero al momento están todos más preocupados en entorpecer el paso a sus hermanos para llegar los primeros. Tiene que ser agotador para ellos esa pelea constante. O igual no, igual solo lo es para mí.

Para evitar un drama en la salida de la piscina, decido quitarme la camiseta y las chanclas y lanzarme del tirón al agua.

—No te has duchado, cerdo —se queja Loui.

—Dame un respiro, nano. Intentaba evitar un baño de sangre en las escaleras —me defiendo.

Él se ríe y vuelve a prestar atención a su cámara. Mis hijos han desviado su ruta inicial y ya están a punto de alcanzarme.

—¡Papi, papi! ¡Mira lo que hago!

—¿Me tiras?

—¡No, a mí primero!

—¡No, yo *primer*!

—¡¡Yo!!

—¡¡Yo!!

Me río y los voy cogiendo uno a uno y lanzándolos lejos. No hay peligro, gracias a los manguitos se sumergen poco y salen a la superficie enseguida. Marc, con su calma habitual, tarda tres rondas de hijos voladores en quitarse la camiseta y las chanclas, pasar por la ducha y

meterse en el agua para echarme una mano con sus sobrinos. Su hija pequeña viene corriendo a saludarnos. No se parece a su hermana ni a su madre. Todos dicen que es igual que su padre, pero yo creo que es igualita que Estrella. Hasta hace muchos de sus gestos. Se encarama a mi cuello y me da un beso en la mejilla.

—Hola, tío Samu —sonríe y sus ojos desaparecen en dos rendijas, exactamente como le pasa a Estrella.

Y yo no puedo evitar pensar que igual ya nunca vuelvo a verla sonreír. O no por mí. Igual ya no es «mi» Estrella nunca más. Y empieza a faltarme el aire. Y me mareo. Y todo da vueltas cuando entre Marc y Piero me sacan de la piscina y me tumban en el césped. Y los oigo retener a mis hijos para que no vengan a lanzarse sobre mí. Cierro los ojos y solo quiero volver atrás en el tiempo. Dos días, dos meses, dos años, dos décadas…. Lo que sea, pero volver a empezar.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta el italiano pasándome una mano por el pelo. Asiento sin abrir los ojos, estoy muy cansado—. Vale, pues intenta dormir un poco, creo que tienes cansancio acumulado.

Obedezco y me concentro en sentir solo el peso de mi cuerpo sobre el césped.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, los niños están en una parte del jardín bastante alejada jugando a la pelota y los demás detienen su conversación para prestarme atención.

—¿Cómo estás, nano? —pregunta Chus.

—Bien —aseguro mientras me paso una mano por la cara—. Creo que necesitaba sobar un poco. Ha sido una noche muy chunga.

Todos asienten, pero ninguno dice nada. Empiezan a hablar de Juego de Tronos, entiendo que para distraer la atención con otro tema, y yo lo agradezco, me viene bien pensar en otra cosa. Pero no lo consigo y mi cabeza vuelve una y otra vez a lo de anoche. A Estrella. Me preguntan cosas de vez en cuando para ver si consiguen arrastrarme a su conversación, pero, aunque lo intento, es misión imposible.

En un momento dado, a Carina le suena el móvil y contesta la llamada.

—Hola, Greta.

Todos nos giramos hacia ella.

—¡*Cazzo*, sí! ¿La semana que viene? ¡Me apunto! Un momento. —Se gira hacia su chico—. Chus, me voy la semana que viene con las chicas a la cabaña. Te ocupas tú de Andrea, o se lo llevamos a tu madre…

—¡¿Qué?! —grita Marc—. Pon el manos libres.

—Tu marido me pide que ponga el altavoz.

Lo hace y sostiene el móvil delante de ella.

—¿De qué va eso, nena? —pregunta Marc con tono de mal rollo.

—Nos vamos las chicas a la cabaña la semana que viene. Estrella necesita un respiro. Y yo también, ¡qué coño! Y Carina. Nos vamos, apañaos sin nosotras…

—¿Y nosotros no necesitamos un respiro o qué?

—No me hagas reír…

—¿Qué?

—Bueno, pues dejad a los nanos con las abuelas y haced algo vosotros también… ¿O esperáis que os lo solucionemos nosotras?

—Pues si os vais a la cabaña vosotras, ya me contarás —gruñe Marc—. Más casas no tenemos.

—Pues con nosotras no venís…

—Ni lo pretendemos —bufa él.

—Nosotros también tenemos planes, nos vamos a la otra casa —interrumpe Piero.
—¿Qué otra casa? —preguntamos todos a la vez.
Piero sonríe y suelta su gran idea:
—Nosotros nos vamos a la de Sicilia.



17. El último

SAMU

Llego a mi edificio a media tarde. Voy con Chus, Carina y todos los nanos. Le he dicho a Estrella que, si no quería verme, le dejara mi móvil a Chus, pero, tal como han sucedido las cosas, no ha tenido esa opción. Ellos se meten en su piso, entiendo que para dejarnos intimidad y yo respiro hondo antes de llamar al timbre de mi propia casa.

—¿Por qué llamas? —pregunta uno de los gemelos. Me avergüenza reconocer que a veces no los distingo.

—¿No tienes llaves? —añade Nico.

—Me las he dejado —improviso.

Estrella nos abre y les dedica una sonrisa triste a los niños. A mí ni me mira. Se mete con ellos dentro de casa y deja la puerta abierta. Lo interpreto como una invitación muda y entro también.

Greta sale del baño en ese momento y da un grito en dirección al pasillo:

—¡Estrella, me marcho! ¡Me paso mañana!

—¡Vale, hasta mañana, guapa! —llega el grito de mi chica en respuesta.

Greta se acerca a mí, que estoy junto a la puerta todavía, con gesto de decepción y negando con la cabeza.

—Qué huevazos tienes, rubio —murmura entre dientes—. Si naces más gilipollas, no naces.

Yo aprieto los dientes de puta frustración.

—Yo no hice nada —farfullo.

—Pues tenías que haber hecho… ¡Una puta cobra tenías que haber hecho! —Me grita sin levantar la voz—. Me voy a hablar con la otra imbécil, porque ya os vale a los dos.

No le digo nada más y ella se marcha.

En un extremo del salón veo una maleta, una bolsa de mano y mi móvil. Vale, pillo el mensaje. Me acerco hasta la habitación de los nanos, donde Estrella se ha sentado con ellos en el suelo y escucha atenta todo lo que le están contando del día en la piscina.

—Estrella, ¿podemos hablar? —pregunto desde la puerta.

Ella pone los ojos en blanco y se levanta con cara de agobiada. Mis hijos se quejan por perder

la atención de su madre, pero ella los calma rápidamente.

—Jugad a algo, ahora vengo y me terminái s de contar. Pero no saquéis muchos enredos, que luego hay que recogerlos.

Llega hasta la puerta y me hace un gesto para que salgamos. Aún no me ha mirado ni una vez desde que he llegado. Su hermano podría haberme partido la cara y ella no se habría dado ni cuenta. Voy hasta el dormitorio y me sigue. He barajado la idea de ir a la cocina, pero me ha parecido que nuestra habitación era más apropiada para una conversación así.

Cuando llegamos, me giro a mirarla, pero ella tiene la vista fija en el suelo y no me dirige ni un triste vistazo.

—Dime, Samuel, ¿qué quieres? —suspira mirando sus pies.

—No lo sé —confieso, porque en realidad no sé ni qué decirle.

«Hostia, Samu, qué subnormal eres».

Pero ese estúpido comentario la hace reaccionar y levanta la cara por primera vez y me mira directamente.

—Y ¿para qué me has hecho venir aquí? Me vuelvo con los niños.

Sin pensarlo demasiado, la cojo del brazo y tiro de ella hacia mí. Tengo mucha más fuerza que ella, podría obligarla a venir hasta mí si quisiera, pero lo cierto es que no hace falta, no opone resistencia. No sé si porque no le importa que la atraiga hacia mí o porque la pillo por sorpresa. Pero el caso es que la estrecho entre mis brazos y ella se deja. Y le beso la cabeza y también se deja. Le acaricio la espalda y ella lleva sus manos a mi cintura. Y la euforia me recorre entero. Mi boca busca la suya y la encuentro. Y la beso sin pensármelo demasiado y, por primera vez en meses, me lo devuelve. Nuestras bocas se abren y nuestras lenguas se encuentran, y esto puede que hiciera años que no pasaba, porque los tristes polvos que hemos echado las últimas veces han sido sin besos, o al menos sin besos como este. Me muerde el labio y a mí me va a reventar el corazón. Respiro hondo sin separarme de su boca y la estrecho más entre mis brazos, tanto que la levanto un poco del suelo. Ella gime y me deja hacer. Y me besa, me muerde y me lame la boca como hacía muchos años que no ocurría. Y llora, de felicidad, tiene que ser de puta felicidad como la que me recorre a mí entero.

—Estrella —resoplo en su boca al borde del colapso—. Dime que tú también quieres hacerlo. Lo necesitamos, cariño, necesitamos esto.

—Sí —susurra ella como puta música celestial para mis oídos y yo empiezo a besarle el cuello sumergido en este olor que me vuelve loco—. Cuando los niños se duerman… Lo necesitamos, necesitamos una despedida. Lo hacemos por última vez y luego te marchas.

«¿Eh? ¿Cómo? ¿Qué?».

—¿Cómo «por última vez»? —Dejo de besarla y me incorporo para mirarla a la cara.

—Samuel. —Se limpia una lágrima de la mejilla—. Tienes razón, no podemos separarnos sin recordar cuándo fue la última vez que lo hicimos. Nos merecemos el último.

—No, Estrella, no, no… El último no, nos merecemos el primero. —Cojo su cara entre mis manos—. Nos merecemos volver a empezar.

—El último, Samuel.

—No me llames *Samuel* —murmuro y doy un paso atrás para alejarme de ella—. No puedo hacerlo. No puedo hacer el amor contigo sabiendo que es la última vez que vamos a hacerlo, que cuando terminemos habrá acabado todo entre nosotros. Porque no pararía nunca.

—Pues entonces vete ya. —Se limpia las lágrimas de las mejillas y da ella también un paso hacia atrás—. Nos quedamos con los recuerdos de todos estos años y nos decimos adiós.

—No quiero decirte adiós, Estrella, no puedo hacerlo.

—Es una forma de hablar. Tenemos cuatro hijos, hasta que no sean adultos no podremos decirnos adiós del todo.

—No te quiero decir adiós nunca. Déjame que me quede, quiero quedarme, quiero estar con vosotros.

—Te vas a Sicilia, ¿no?

—Puedo no ir. Me quedo, me quedo contigo. Prefiero mil veces quedarme contigo. Hago lo que me pidas. —Me arrodillo delante de ella en un gesto dramático—. Seré tu esclavo, haré todo lo que tú quieras.

—Nos vendrá bien alejarnos, necesito no verte una temporada. Vete a Sicilia. No me llames, no me escribas, dame tiempo… ¿Podrás respetar eso?

—No te volveré a decir ni una palabra hasta que tú me lo pidas. Pero lo estaré deseando todo el rato, no lo dudes.

—Vete ya, Samuel.

Asiento y salgo de la habitación. Me despido de los niños y ella me acompaña a la puerta. Quiero mantener la dignidad antes de salir de casa, pero fracaso miserablemente y me abrazo a ella.

—Podemos comprar una casa más grande, la farmacia da dinero de sobra. Con una habitación para cada niño, o podemos mandarlos a un internado, o todo: casa nueva e internado. Podemos hacer todo lo que quieras, solo dime qué quieres, Estrella.

—No tiene gracia lo del internado. Y lo que quiero es que te marches y que me des tiempo, y espacio, y silencio… —refunfuña apartándome de ella.

Asiento y hago el gesto de cerrarme la boca con una cremallera. La miro un momento y me inclino hacia ella con toda la intención de besarla. Me quedo a pocos centímetros de su boca y no se aparta. Levanto el dedo índice como pidiendo permiso y juraría que alcanzo a ver un atisbo de sonrisa. Siempre le han hecho gracia mis gilipolleces, no se habría casado conmigo de no ser así. Me lo juego todo a una carta, me marco el farol de mi puta vida y me atrevo a juntar mis labios con los suyos. Y me deja. No es un beso como el de hace un rato, pero me lo devuelve durante un par de segundos. Me separo de ella. Se me hincha el pecho y abro la boca para decirle cuánto la quiero, pero no llego a hacerlo, porque me acuerdo de que ya me he cerrado la boca con la cremallera imaginaria y que se lo he prometido. Ni una palabra, solo cojo las maletas que me ha dejado preparadas, le lanzo un beso por el aire y me marcho.

Y me acuerdo de cuánto me quería, tanto como yo a ella. Ocurrió y fue real. Ya se enamoró de mí una vez, puedo volver a conseguirlo, tiene que haber una manera.



18. Ve a por tu Estrella, chaval

2002

SAMU

—¡Estoy en casa! ¡Estrella! ¡Mamá! ¡¿Hay alguien?! —oí los inconfundibles berridos de Marc a través de la puerta cerrada. Mierda, mierda, mierda.

—Hostia, tu hermano —le susurré a Estrella. Ella empezó a reírse, imagino que al ver mi cara de pánico—. ¿Dónde me escondo?

Encogió los hombros como respuesta muerta de risa. Llegaron hasta mis oídos los pasos de mi amigo avanzando por el pasillo. Caminaba despacio, como siempre, pero aun así no lo suficiente como para que me diera tiempo a vestirme. En cualquier caso, aunque yo fuese el puto Flash y lo hiciera en dos segundos, nada justificaría que me encontrara en la habitación de su hermana mayor. No creí que me fuera a dar tiempo ni a llegar al baño, así que simplemente me dejé caer de la cama y rodé hasta esconderme debajo. Estrella soltó una carcajada que tuvo que oír Marc desde el pasillo por fuerza.

«Diciembre. Y yo en bolas tumbado sobre el suelo de mármol. De puta madre. Hola, pulmonía».

Estrella se removía sobre la cama, supuse que poniéndose algo de ropa. Esperé a que dejara caer la mía al suelo para cogerla, esconderla conmigo y empezar a vestirme, pero no ocurrió y la puerta de la habitación se abrió. Me deslicé todo lo que pude contra la pared y encogí las piernas, como se agachara por lo que fuera estaría más jodido de lo que ya estaba con el culo como un puto cubito de hielo.

—¿Qué haces en la cama? ¿Estás mala? —le preguntó Marc a su hermana.

—Mmm… no, solo estaba perreando un poco.

—Está esto muy cargado, abre un poco, ¿no? —Lejos de ser una sugerencia, vi sus botas dirigirse a la ventana y noté que la abría.

«Gracias, Marc, eso es justo lo que necesitan mis pelotas, un poco de aire fresco».

—Creí que irías al bar de Bruno —oí decir a Estrella.

—No, Chus y Loui me han llamado para decirme que habían quedado ya, es la putada de tener

a los colegas emparejados…

—¿Y Samu? Él no tiene pareja, ¿no? ¿Por qué no lo llamas? Igual le apetece salir… —sugirió ella con tono inocente.

«Cabrona».

Empujé mi puño hacia arriba, justo donde se hundía el colchón, y ella soltó una risita.

—Sí, voy a llamarlo, ¿de qué te ríes?

—Nada, me he acordado de una cosa que ha pasado hoy en el curro. Una tontería.

—Cuéntamelo, me vendrá bien reírme…

—No lo entenderías, es de esas cosas que las tienes que haber vivido para que te hagan gracia.

«Joder, qué rápida buscando excusas y soltando trolas. ¿Me hará lo mismo a mí?».

—Bueno, voy a llamarlo…

«Mierda, ¿dónde está mi puto móvil? Por favor, que esté en silencio, que esté en silencio…».

—Pero no lo llames aquí, llámalo desde tu habitación, que no me interesan vuestras conversaciones de niñatos. —Vi los pies de Estrella bajar de la cama. Al momento empujó a Marc hacia el pasillo.

—Vale, joder. Bueno, si Samu no puede quedar, ¿hacemos algo? ¿Vemos una peli?

—No sé, igual he quedado, ya lo vemos… Lárgate que quiero ducharme y vestirme.

—Vale, vale, joder, cómo estás hoy…

La puerta se cerró y los pies de Estrella se acercaron al borde del colchón. Al momento se tumbó en el suelo bocabajo, perpendicular a la cama y con la cabeza hacia mí. Extendió el brazo y me pasó mi móvil.

—Te va a llamar.

—Qué cabrona eres —quería mosquearme con ella, pero a la vez quería besarla… y también quería follármela, no voy a ser hipócrita, su hermano nos había interrumpido en el mejor momento—. ¿Por qué no me has pasado mi ropa?

—¿Tú sabes el morbo que me daba pensar que tenía a un tío en bolas debajo de la cama? —sonrió e hizo un movimiento sugerente con las cejas.

—«Un tío» —repetí con un tono que igual sonaba algo molesto, pero me había salido solo. Me arrepentí al momento, aunque llevábamos meses así, nunca habíamos hablado de exclusividad o de que eso en algún momento fuera a ser algo más de lo que era.

—Sí, un rubio de metro noventa que parece una escultura griega que ha cobrado vida —sonrió.

—¿Eso soy para ti? —Mierda, ¿Lo había dicho en voz alta? Joder, qué cagada.

Ella me miró muy seria y respiró hondo. Eran demasiadas emociones que gestionar y la llamada que nos interrumpió en ese instante las anuló todas. Por suerte, el teléfono estaba en silencio.

—Lo he silenciado yo, de nada —susurró.

—También le has dado tú la idea —murmuré haciéndome el mosqueado para desviar la atención de mi comentario anterior. Se estiró para llegar hasta mí, me besó invadiendo toda mi boca y a mí se me olvidó al momento cualquier cosa que hubiese pasado antes. Solo podía pensar en quitarle ese batín que se había puesto.

—Contesta —ronroneó en mis labios—. Luego seguimos.

—¿Qué pasa, tío? —susurré al teléfono. Su hermana se acercó a mí y, a continuación, se deslizó hacia abajo y lamió uno de mis pezones, que estaba tan duro como para poder partirle la lengua por la mitad. Ni siquiera había cerrado la ventana, joder.

—¿Qué plan tienes esta noche? ¿Hacemos algo? Los dos babosos han quedado con sus

respectivos…

—No sé, ahora me pillas mal —murmuré mientras Estrella pasaba de mi pezón y subía a lamerme el cuello y la oreja—. Te llamo luego, ¿vale? —Intenté ahogar un gemido, pero fracasé con todas las letras.

—¿Qué haces, nano? Suenas raro.

—Luego te llamo, en serio, ahora no puedo hablar. —Colgué el teléfono antes de que pensara que me estaba pajeando mientras hablaba con él. Luego besé a su hermana con tanta desesperación como si ese fuese el último beso que íbamos a darnos. Algo me decía que, después del comentario de niñato que había soltado hacía un momento, había altísimas probabilidades de que lo fuera.

Me devolvió el beso durante un momento, pero se separó enseguida.

—Voy a distraerlo —susurró—. Lárgate y espérame en la calle. Bajo en cuanto pueda. Tenemos que hablar.

Asentí como un anormal, sin poder decir ni una palabra mientras ella salía de debajo de la cama y me dejaba más helado de lo que ya estaba.

«"Tenemos que hablar". ¿Cuándo esas tres palabras han encerrado algo bueno?»

Me vestí a máxima velocidad y abandoné con todo el sigilo del mundo esa casa que conocía casi tan bien como la mía.

En cuanto puse un pie en la calle, me invadió una sensación de nostalgia, provocada supongo por las luces navideñas que me rodeaban. ¿Nostalgia de qué? Nunca me había hecho sentir así la Navidad… ¿Qué coño me estaba pasando? Algo me decía que esto con lo que llevábamos jugando siete meses acababa de reventarme en la cara, a pocos días de Navidad, y que, a partir de entonces, estas fechas iban a tener un significado amargo para mí. ¿Por qué eso me producía angustia? ¿No estaba claro desde el principio? No, no lo estaba, nunca habíamos hablado de eso… El sexo era demasiado bueno como para hablar de nada más.

Miré mi reflejo en un escaparate y las palabras de Estrella resonaron en mi cabeza. «Una escultura griega que ha cobrado vida». Con eso me había dicho que estaba muy bueno, ¿no? ¿Por qué me había ofendido tanto? Una punzada de rabia me atravesó y saqué mi gorro de uno de los bolsillos del abrigo para esconder los putos rizos. Aún asomaban por debajo, seguía llevando el pelo casi hasta los hombros. Igual debería raparme la cabeza, así lo mismo encontraba una chica que se fijara en mí por algo más que por mi aspecto…

«Espera, Samu, ¿estás gilipollas? ¿Desde cuándo es eso lo que quieres? Además, como si te valiese cualquiera, flipado, que eres un flipado».

No sabía lo que podía tardar y pasaba de quedarme en la calle y que se me volvieran a congelar las pelotas. Me decanté por un *pub* irlandés que encontré en mi deambular por su barrio, uno al que no había entrado nunca. Podría haber ido a La Cueva, el garito al que iba siempre con mis colegas, no estaba lejos, pero allí todo el mundo nos conocía y no podía dejarme ver con ella.

Le mandé un mensaje rápido con el nombre del bar y empujé la puerta de entrada con un suspiro. La decoración navideña y los villancicos[v] en inglés me recibieron como con una bofetada.

«En serio, ¿qué pasa contigo, nano?».

Me acomodé en una de las banquetas de la barra y pedí una cerveza. A un par de taburetes de distancia, un tipo de lo más extraño le contaba una historia al camarero. Resoplé por lo bajo cuando me fijé en que llevaba gafas de sol aun estando dentro del local, y eso que, pese a ser poco más de las siete de la tarde, en la calle también era noche cerrada… ¿Cuántas horas llevaría

aquí dentro para no habérselas quitado? ¿Cuántas birras llevaría encima para no haberse dado cuenta? Igual lo sabía perfectamente y solo era un notas, era la opción que me parecía más probable, la verdad, sobre todo después de comprobar que estaba bebiendo su cerveza a través de una pajita. Joder, qué tío más raro.

—¿Qué pasa, chaval? —me preguntó el camarero mientras dejaba frente a mí la jarra que le había pedido—. ¿A qué se debe ese nubarrón negro que llevas sobre la cabeza?

Me encogí de hombros y di un primer trago.

—¿Una chica? —insistió.

Asentí con un gesto mientras tragaba y dejé la jarra de vuelta sobre la barra.

—Creo que la he cagado —farfullé sin saber muy bien ni por qué le había contestado, pero, aun así, seguí—: Puede que la haya perdido.

—Te entiendo, chaval. —El tío raro de las gafas de sol y la pajita se estiró en su banqueta para darme una palmada en la espalda—. Yo perdí a mi Kali, algo hizo PUM y la perdí para siempre…

Eso justo me había pasado a mí, algo había hecho PUM. Yo. Yo era el gilipollas que había hecho PUM y lo había hecho saltar todo por los aires.

«"¿Eso soy para ti?", vaya tela, ¿es posible ser más patético y más infantil? Casi puedo oírle decir: "No, para mí eres un crío flipado que se ha venido muy arriba por unos cuantos meses de sexo del bueno y lo ha jodido todo". No, ella es demasiado dulce como para soltarme algo así, pero seguro que lo ha pensado…».

Me quité el gorro y lo volví a guardar en el bolsillo antes de quitarme el abrigo, todo me agobiaba. Me pasé una mano por el pelo y resoplé.

—Tranquilo, chico, que aún no está todo perdido, ¿no? —dijo el *barman*.

Bufé como respuesta. Noté entonces un toquecito en mi hombro, al lado contrario de donde estaba sentado el tipo raro. Me giré y una chica muy guapa me sonreía.

—Hola, rubio, ¿estás solo? ¿Me invitas a una copa?

—No, lo siento, estoy esperando a alguien.

—Qué lástima, ¿te doy mi teléfono por si cambias de idea?

Negué con la cabeza cuando una aplastante realidad cayó de lleno sobre mí. No quería ese teléfono. Tampoco el de ninguna otra chica. No quería estar en la cama de nadie que no fuera Estrella. De hecho, prefería comer castañas acurrucado junto a ella en unos fríos escalones de la calle, como habíamos hecho la semana anterior, antes que estar en la cama con otra.

«Nano, qué jodido estás».

La chica se encogió de hombros y se marchó de mi lado. Yo volví a girarme hacia mis dos «nuevos amigos».

—Chaval, estás pilladísimo —se rio el camarero.

—Sí, ¿verdad? Estoy bien jodido —resoplé.

En ese momento, la campanilla que anunciaba que se había abierto la puerta de la calle sonó y los tres nos giramos hacia allí. Era ella. La bufanda le cubría hasta la nariz y llevaba el gorro calado hasta las orejas, pero, sin lugar a dudas, era ella. Mi corazón empezó a rebotar entonces entre mi estómago y mi garganta. De puta madre. Tragué saliva como pude y la miré desde donde estaba. Sus ojos desaparecieron al localizarme. Al menos estaba sonriendo, eso era buena señal, ¿no? Bueno, eso no era nada raro, ella era la chica más dulce del mundo, de sonrisa perpetua y preciosa…

«Colega, vas cuesta abajo y sin frenos… La hostia va a ser fina».

—¿Es ella? —preguntó el tipo raro—. ¿Esa es tu Kali?

—No, es mi Estrella. —Y ni siquiera era «mi» Estrella. Su hermano estaba más cerca de ser «mi» Marc que ella «mi» Estrella.

—Pues ve a por tu Estrella, chaval, que casi es Navidad. —El *barman* se estiró sobre la barra para empujarme un poco la espalda.

Ella se desenrolló la bufanda lentamente y me hizo un gesto con la cabeza hacia un reservado al fondo del local. Asentí y cogí mi cerveza.

—Trae otra para ella, por favor —le pedí al camarero y él asintió.

Fui el primero en llegar a la mesa. Era uno de esos reservados para cuatro personas con asientos acolchados a ambos lados. Me senté en uno de ellos, junto al cristal de la ventana y al momento llegó Estrella. Terminó de quitarse la bufanda, el gorro y el abrigo y lo dejó todo en el asiento frente al mío. Soltó ahí también su bolso y vino a sentarse a mi lado. El camarero dejó una cerveza frente a nosotros y me dedicó un guiño que fingí no ver.

Estrella se acercó a mí hasta que su cuerpo quedó pegado al mío. Cogí una de sus piernas y la puse sobre la mía, con mi mano en su rodilla, era lo que solía hacer ella cuando nos sentábamos así y me encantaba. Y no quería que cambiara nada, joder, quería que todo siguiera exactamente igual.

—Hola —susurró con una sonrisa preciosa.

Incapaz de hablar, la besé, sí, cual cavernícola que no es capaz de articular palabra. Pero no un beso de «hola», no, un beso de «se acaba el mundo y quiero que me pille besándote». Me lo devolvió. Oh, sí, me lo devolvió con la misma intensidad, pero al rato intentó apartarse. Fingí no darme cuenta y seguí besándola, hasta que hizo un gesto más exagerado para separarse de mí. Tuve que parar, lo de violar bocas no es mi rollo, si no quería, yo tenía que asumirlo.

—Samuel… —susurró de un modo apenas audible junto a mis labios.

—No, no, nada de Samuel. —Pegué mi frente a la suya, le pasé una mano por la nuca y cerré los ojos—. No me llames Samuel, por favor, no. —Negué con la cabeza con nuestras frentes todavía unidas.

Se separó un poco de mí y empezó a reírse.

—¿Qué dices? —arrugó la nariz como cada vez que se reía mirándome como si estuviera loco —. ¿Qué pasa si te llamo Samuel? Es tu nombre…

—No, no, tú no… Un Samuel nunca ha traído nada bueno. Detrás de cada Samuel ha venido siempre una bronca de mi madre, un castigo de un profesor o algún marrón de cualquier tipo. Nada de Samuel, por favor. —Volví a pegar mi frente a la suya y a cerrar los ojos.

—Samu, cielo… —volvió a susurrar.

«Samu, cielo ¿qué? "¿Samu, cielo, quiero hacer el amor contigo todas las noches porque eres el hombre de mi vida" o "Samu, cielo, vete a jugar con tus amiguitos porque eres un crío y esto se acaba aquí?"».

—¿Qqqué? —conseguí preguntar, aunque sonó como si tuviera un sapo en la garganta.

—Eso que has dicho antes en mi casa…

—Olvídalo, por favor, como si no hubiera dicho nada, ha sido por los nervios del momento… —Seguía sin atreverme a abrir los ojos, los notaba cargados, mierda, ponerme a llorar no era una opción.

«Sí que lo es, nano, estás a puntito».

—Venga, no hagas el ganso… Tenemos una conversación pendiente desde hace tiempo, pero no he querido pensar en ello hasta hoy, cuando te he oído decir eso… Llevamos siete meses así, este tema iba a surgir en algún momento. Y me temo que el momento es ahora.

Me separé de ella por fin y apoyé la espalda en el respaldo del asiento mientras me tapaba la

cara con las manos.

—¿No tienes nada que decir?

Negué con la cabeza sin quitarme las manos de la cara.

«Dí que sí, muy maduro, “Samuel”. Si le quedaba alguna duda, después de esto se lo estás dejando clarito».

Bajé las manos por fin y la miré a los ojos. Me devolvió la mirada antes de hablar.

—El lunes es mi cumpleaños —susurró y bajó la vista—. Cumplo veintisiete. Me acerco peligrosamente a los treinta y tú estás más cerca de los veinte…

—No, no, yo en menos de un mes cumplo veintitrés, estaré más cerca de los veinticinco que de los veinte.

«Con todos ustedes, Samuel Andújar recibiendo el premio al argumento más lamentable del año».

Ella sonrió con condescendencia, que ya era más de lo que merecía la gilipollez que acababa de decir yo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —murmuró. Yo asentí con la cabeza mientras intentaba tragarme el nudo que se había formado en mi garganta—. ¿Qué han sido estos siete meses para ti?

«Los mejores de mi vida, la puta maravilla, tocar el jodido cielo… No le digas eso que la acojonas, nano».

Puse una mano en su rodilla y con la otra cogí la suya, que descansaba en el asiento y la apreté fuerte. Respiré hondo, pero no me salió ni una palabra.

—¿No dices nada? —Negué con la cabeza incapaz de hablar.

«Damas y caballeros, esta noche Samuel Andújar interpretará el papel de subnormal profundo».

—Te haré otra pregunta más fácil. —Bueno, al menos era consciente de mi capacidad neuronal y me iba a hacer una pregunta de mi nivel—. ¿Con cuántas chicas has estado en estos siete meses? —lo preguntó casi en un susurro.

—Ninguna. —Agaché la cabeza. Le había guardado una fidelidad que no me había pedido. Ahora me daba cuenta de que me había tomado esto como una relación desde el principio, aunque no lo fuera. No había visto las señales, o no había querido verlas, y ahora estaba pillado hasta las trancas.

—¿Por qué?

—No sé, no me hacía falta, no me apetecía… —Me encogí de hombros—. Yo qué sé, Estrella. Me nació así y ya está…

—Cada vez nos vemos más a menudo. Lo normal habría sido lo contrario… Y antes solo nos veíamos para echar un polvo, ahora cada vez hacemos más cosas… Hay muchos días en los que solo nos vemos un ratito para dar un paseo, tomar un café o intercambiar unos besos.

—Lo sé —regurgité, porque eso que salió de mi garganta no se puede asociar a ningún verbo relacionado con el habla.

—¿Y eso no te dice nada? —Asentí—. ¿Qué te dice?

Respiré hondo y miré el techo buscando la manera más digna de salir de esa situación. Lo mejor para mi autoestima habría sido esperar a que hablara ella y darle la razón en todo, decirle que pensaba lo mismo.

Me acordé en ese preciso momento de su hermano. Llevaba un tiempo jodido, había dejado escapar a la chica de sus sueños por no haber tenido las pelotas de decirle lo que sentía por ella. Decidí que eso no me iba a pasar a mí. Si tenía que acabar todo, que acabara, pero no sería por

cobardía. Estaba decidido, iba a lanzarme a la piscina, aunque no estaba ni medio claro que tuviera agua.

«Venga, "Samuel", échale un par de huevos».

—Pues… A ver… Me dice… Joder, qué difícil ponerlo en palabras. —Miré al techo y ella sonrió—. Me dice que he caído con todo el equipo, como un gilipollas, que nunca hablamos de convertir esto en algo más, pero bajé la guardia y ahora estoy pillado hasta los huesos, que cuando no estoy contigo solo pienso en ti y que cuando estamos juntos no quiero estar en ningún otro sitio. Y sé que soy un crío y que piensas que los años que nos llevamos son un inconveniente, pero a mí me da lo mismo. Me da exactamente igual cómo quieras llamar a esto o lo que quieras hacer conmigo, yo me adapto a todo, pero no quiero dejar de verte… Estrella, por favor, no me alejes de ti, no termines con esto, sea lo que sea… —lo solté todo de carrerilla, sin pararme a pensar ni a respirar, mientras ella me miraba aguantando la risa.

«De puta madre, yo con el corazón abierto en canal y ella descojonada perdida».

—Samu, cielo… Lo que es esto… es una relación. Somos una pareja desde hace tiempo. Nunca hablamos de que fuéramos a serlo, pero tampoco dijimos lo contrario. Nos hemos dejado llevar, las cosas han seguido su curso… y me temo que nos hemos enamorado.

«¿Hemos? ¿Alguien más ha oído ese plural? ¿Es o no es el plural más bonito del mundo? ¿Lo ha dicho? ¿De verdad lo ha dicho?».

—¿He… hemos? —farfullé como un anormal. Guay, así le daba más pistas por si no le había quedado claro todavía mi cociente intelectual.

—Hemos —asintió.

—Entonces… ¿Eres mi novia? —pregunté como si acabara de perder diez años de madurez de golpe.

—Lo soy —confirmó muerta de risa—. Ahora falta que se lo digamos a todo el mundo… Quiero pasar las Navidades contigo, Samu, no quiero que estemos separados los días importantes. Quiero estar contigo todo el tiempo. —Me puso las manos a ambos lados de la cara.

Y yo la besé con la euforia corriéndome por las venas, con el subidón de la mejor noticia del mundo, con las ganas quemándome las puntas de los dedos…

—¿Tienes que volver a casa esta noche o puedes buscar una excusa y dormir fuera? —pregunté al separarme de ella, un par de centímetros, no mucho más, no me veía capaz de dejar más aire que ese entre nosotros.

—Supongo que puedo inventarme algo… ¿Por qué?

—Porque necesito pasar esta noche contigo… Además, no sé si después de que se entere tu hermano conservaré mis pelotas, quiero despedirme de ellas por todo lo alto.

—No te preocupes por Marc —se rio.

—No me preocupo por él, me preocupo por mí —me reí yo también. Volví a besarla y me separé de ella lo justo para murmurar—: Te quiero, Estrella.

—Te quiero, Samuel.

«Oh, sí, ese *Samuel* sí».



19. Esto no era necesario

ESTRELLA

No hace ni una hora que se ha ido Samu cuando llaman a la puerta de casa. Al abrir me encuentro con Greta, pero no viene sola, trae a Claudia con ella. Esto no me lo esperaba y no me apetece nada ahora mismo.

—Greta, esto no es necesario —digo en lugar de saludar.

Ella empuja a la otra dentro de mi casa y entra detrás.

—Habla —le pide y se cruza de brazos.

—Estrella, verás, yo… Lo que te ha contado Samu…

—No tienes que hacer esto —la interrumpo—. Es algo entre mi marido y yo. Tú y yo ni siquiera hemos sido nunca amigas.

—¡Pero sí que es amiga mía! ¡Y no podemos hacernos esto entre mujeres! —grita Greta y yo la cojo del brazo y la sacudo un poco.

—Están mis hijos en casa. Y no quiero que se enteren de esto.

—Greta tiene razón —murmura Claudia—. Sé que estuvo mal, aunque no seamos amigas.

—Solo tengo una pregunta —le digo—: ¿por qué ahora? Quiero decir, llevas enamorada de él toda la vida, ¿no?

—Sí —susurra—, ¿cómo lo sabes?

—Eso no importa. El caso es que tuviste tiempo de sobra antes de que empezase conmigo. ¿Por qué ahora? ¡¿Por qué has tenido que esperar a verlo casado y con cuatro hijos?!

—Nunca quise que pasara, de verdad. Me resigné a vivir con un amor platónico. Pero ayer, por primera vez, nos quedamos solos, habíamos bebido, se acercó a cogerme porque yo me iba a caer, estábamos muy cerca, olía muy bien…

—Samu siempre huele muy bien —la interrumpo—, eso no es excusa.

—Lo hice sin pensar. Pero no pasó nada más: le besé, me rechazó, me gritó y me fui a mi casa.

—Bueno, te devolvió el beso, aunque fuera un momento —matizo.

—¿Sí? No sé. —Se encoge de hombros—. Si él lo dice… Yo solo recuerdo el rechazo. ¿Puedo irme ya? —le pregunta a Greta—. Esto es humillante.

—No cometas el crimen si no estás dispuesta a cumplir la condena —gruñe Greta—. Te podrás ir cuando Estrella lo diga.

—Te puedes ir —me adelanto—. Gracias por contarme tu versión, pero no hacía falta, esto es algo entre Samu y yo.

—Por si te quedaba alguna duda de si no te estaba contando toda la verdad…

—Conozco de sobra a mi marido. —Cojo aire—. Sé perfectamente cuándo miente, ha pasado pocas veces, pero le pillo enseguida. Es la persona más noble que conozco, esto le tiene que estar matando por dentro.

—Yo no he vuelto a verlo ni a hablar con él…

—Ya lo sé. Márchate, Claudia.

Y se va de mi casa, pero Greta se queda.

—¿Cuándo te ha mentido Samu? ¿Cómo le has pillado? —me pregunta en cuanto la otra se ha ido—. No le pega nada, Samu es muy de ir de frente.

—En gilipolleces, cuando ha intentado guardar un secreto de alguno de sus amigos o darme una sorpresa o comprarme un regalo sin que me entere. Le pillo siempre, es muy patán. —Sonrío con cierta nostalgia—. Miente fatal. Y cuando me oculta algo, aunque sea la cosa más tonta, se pone muy nervioso. Una vez volvió del parque con los niños y Dani llevaba una brecha en la frente. Me dijo que se había caído contra un bordillo. Estaba muy nervioso, como si estuviera mintiendo, pero pensé que era preocupación por el crío —me río al recordarlo—. Cuando dije de llevarlo al hospital para ponerle la antitetánica, porque claro, si se da contra un bordillo, hay que ponérsela; Samu se derrumbó y confesó que habían estado jugando a Tarzán y se le había caído una rama en la cabeza.

Me da un ataque de risa de acordarme de aquel momento y de la cara que tenía Samu. Y la risa da paso al llanto. Y me rompo más de lo que me gustaría estando los niños en casa y despiertos. Greta me abraza y me pasa una mano por la espalda. Le queda raro, nunca ha sido una persona cariñosa, pero le agradezco el intento y, como yo sí lo soy, me vale igual.

—Mami, ¿estás llorando? —pregunta Nico con un hilillo de voz desde la puerta que da al pasillo. Me escondo más en Greta para intentar que se me pase y que no me vean así.

—Ha sido mi culpa —oigo decir a Greta—. La he pisado sin querer. ¿Me perdonas, Estrella?

Yo asiento con la cabeza y mis niños me rodean y me abrazan todos a la vez.

—No llores, mami, ha sido sin querer. ¿La has perdonado? Hay que perdonar. Cuando alguien te hace daño sin querer, hay que perdonar.

—Hay que perdonar —sollozo y me trago mi propia sentencia.



20. La quiero de verdad

SAMU

Entro en casa de mi madre con mis propias llaves. Siempre lo he hecho así, aunque haga ya doce años que no vivo aquí. Ella sale de la cocina secándose las manos con un trapo en cuanto oye la puerta de entrada.

—Samu, cariño, me tenías preocupada. —Mira la maleta que he dejado a mi lado—. ¿Qué ha pasado?

Creo que ve en mi cara que me voy a volver a derrumbar y viene corriendo a abrazarme. Y al verme entre los brazos de mi madre (o ella entre los míos, soy bastante más grande) me rompo del todo y vuelvo a llorar como si de nuevo tuviera diez años.

—Te lo prometí, mamá. —Lloro—. Te prometí que nunca le haría daño a una chica, pero lo he hecho, y justo a Estrella. Yo la quiero, mamá, la quiero de verdad.

—Ya lo sé, cariño, claro que la quieres. —Se separa un poco de mí y me acaricia la cara—. Vete a tu habitación, dame un minuto, ahora voy yo y me lo cuentas todo.

Obedezco y voy a mi antiguo dormitorio. Todo está igual, no ha tocado nada. Me trae recuerdos de muchas cosas que pasaron entre estas cuatro paredes. Pero no de los cientos de veces que estuvieron aquí mis amigos, no. Hoy solo me acuerdo de esa primera noche con Estrella. Todo me lleva a ella. Es imposible que todo se acabe así, después de tanto tiempo, por algo que duró apenas tres segundos.

Abandono la maleta junto al armario y me dejo caer en la cama. Cierro los ojos y vuelvo a estar en aquella primera noche, con Estrella riéndose de mí. Y sonrío con tristeza, porque han pasado demasiadas cosas desde aquel día. Porque hace catorce años y a mí me parece que fue ayer mismo.

Mi madre no tarda en llegar y se sienta sobre la almohada de la cama, con las piernas cruzadas, como ha hecho tantas veces. Yo apoyo la cabeza en su regazo y ella me acaricia el pelo.

—Cuéntame qué ha pasado, cariño —susurra.

Y lo hago, se lo cuento todo. Avergonzado, la verdad, porque le he fallado, porque ese no era

el trato, porque me hizo prometerlo cientos de veces. Y lloro de nuevo como un crío pequeño. Tengo treinta y seis años, joder, no debería reaccionar así. Mi madre nunca me dijo esa mierda de «los chicos no lloran», en mi casa siempre me sentí libre para expresar cómo me sentía, pero supongo que es algo que se aprende al relacionarte con otros niños de tu edad. En el colegio, si llorabas, eras una niña. Y eso, por lo visto, era un insulto. Y aun ahora, ya de adulto, cuando me veo sobrepasado por una situación, lloro. No en público, no delante de desconocidos, pero sí en casa y sí delante de mis amigos, a veces, según el motivo y el momento. Ya lo saben, yo soy así. No me guardo nada, yo lo suelto como lo siento. Y ahora me siento peor que en mi puta vida.

Con la cabeza apoyada en las piernas de mi madre, me enrosco sobre mí mismo y me hago pequeño, muy pequeño. Veo las fotos que descansan en la mesilla, las que miraba cada noche antes de dormir cuando aún vivía aquí. Yo con unos veintitrés años y Estrella con veintisiete. Una foto de las primeras Navidades que pasamos juntos, cuando se lo contamos por fin a todo el mundo. Otra del verano siguiente, en la playa, la única vez que intentamos hacer surf. Cómo nos reímos ese día.

Mi madre guarda silencio y me acaricia la cabeza. Lo agradezco, es lo que necesito ahora mismo y ella lo sabe. Me conoce mejor que nadie, es mi madre.

—Seguro que encuentras la manera de arreglarlo, cariño. Sois una familia, tenéis cuatro hijos, y os queréis, no hay más que estar con vosotros cinco minutos para ver cuánto os queréis.

No digo nada, solo sorbo mocos e intento calmarme.

—¿Sabes de qué me estaba acordando? —susurra—. De la primera vez que me hablaste de ella. Aquí mismo, en tu habitación, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo —suspiro y sonrío—. Era un crío.

—Eras un proyecto de hombre —sonríe ella—. Aunque sigues siendo mi niño.



21. Qué miedo me das

2002

SAMU

Llegué a casa totalmente desatado, con el subidón de mi puta vida. Algo así no lo podía conseguir ni la mejor droga del mundo. Puse una canción[vi] en el equipo de música a todo volumen y di un grito descontrolado. No tardó en aparecer mi madre en la habitación con cara de susto.

—¡Samu, hijo, ¿qué pasa?! —gritó por encima de la música para hacerse oír.

La abracé y la levanté del suelo para dar un par de vueltas sobre mí mismo. Mi madre es una mujer alta, pero yo lo soy más. Ella empezó a reírse mientras iba por el aire.

—¡Y desde hoy, algo ha empezado! —canté a gritos a la vez que el vocalista.

—Pero ¿qué pasa, cariño? —preguntó entre risas mientras la dejaba de vuelta en el suelo.

—Mami, ha ocurrido: creo que estoy enamorado —sonreí.

—¿Crees? —sonrió ella también.

—Nah, ¿qué voy a creer? No he estado más seguro de nada en mi vida.

—Qué exagerado eres —se rio.

—¿Por qué? ¿Por decir que ¡estoy enamorado!? —grité mientras me dejaba caer de espaldas en la cama.

—Ay, cariño, qué miedo me das —volvió a reírse y vino a sentarse en el colchón.

Se apoyó contra el cabecero y cruzó las piernas. Yo me apoyé en ellas y dejé que me acariciara la cabeza.

—¿Por qué te doy miedo?

—Porque te veo muy ilusionado… No quiero que sufras.

—¿Por qué iba a sufrir? —Me incorporé eufórico—. Me quiere, mamá, me lo ha dicho. Me ha dicho: «te quiero, Samuel», así, tal cual, con todas sus letras, una detrás de otra.

Ella se rio y me besó la cabeza.

—¿Cómo no te va a querer? ¿Quién podría no quererte? —Me pasó las manos por el pelo—. ¿Me la vas a presentar?

—Sí, quiero que venga en Navidad, pero yo creo que ya la conoces… No sé, no estoy seguro, es la hermana de Marc. Mañana se lo tengo que contar a él, a ver cómo va la cosa. —Me rasqué la cabeza algo nervioso.

—Pues seguro que bien, ¿quién mejor para cuidar de su hermana que tú? Creo que sí que me acuerdo de ella, pero era mayor que vosotros, ¿no? Abogada, ¿verdad? La que os llevó lo de la pelea aquella de hace un par de años…

—¿Qué? ¡No! Esa era Emma, la hermana de Greta, no compares… Tienen la misma edad, pero Emma es una estirada, jamás me lo habría planteado con ella. Estrella es psicóloga. Es «ella», mamá, lo es. Ya no hay más chicas para mí. Me la pido para siempre.

—Ay, Samu, cariño —se rio y volvió a besarme la cabeza—. Qué miedo me das, con lo joven que eres…

—Qué más da la edad, lo importante es que ¡estoy enamorado! —pegué uno de los berridos más fuertes de mi vida y al momento aparecieron mis hermanas en la puerta de mi habitación. En ese momento tenían nueve años.

—¿Qué pasa, tete? —Se reían—. ¿Por qué gritas?

—¡Porque la vida es maravillosa! —chillé y abrí los brazos hacia ellas—. ¡Venid aquí!

Corrieron hasta mi cama muertas de risa y yo las cogí a cada una con un brazo.

—Samu tiene novia —se burló Lorena.

—¿Es guapa? —preguntó Laia.

—Más que ninguna, es la chica más guapa del mundo.

—¿No éramos nosotras las más guapas del mundo? —Lorena se cruzó de brazos.

—Sois guapas de manera diferente.

—¿Te vas a casar con ella?

—A lo mejor. Eso no se sabe todavía; pero, si algún día me caso, será con ella. Eso seguro.



22. Me vais a volver loco

SAMU

Me despierto en la habitación de casa de mi madre y lo primero que hago es mirar mi móvil para ver si tengo un mensaje o una llamada de Estrella.

Pero no.

Abro el WhattsApp y me siento tentado de darle los buenos días. De decirle cuánto la quiero. De preguntarle si me echa de menos. Pero no hago nada de eso, porque se lo prometí. En su lugar, decido darme una ducha y arrastrarme hasta la cocina a por café.

Mis hermanas están desayunando. Siguen viviendo aquí, lógico; tienen veintitrés años y no está el tema como para abandonar el nido familiar de manera prematura.

—Buenos días —gruño sin muchas ganas al entrar.

—Hola, tete, ¿cómo estás? Mamá nos lo ha contado. Ya te vale, qué cabrón —dice Laia.

—Yo creo que no es para tanto —me defiende Lorena—, que Estrella es un poco exagerada. ¿Te ha echado de tu propia casa? Qué zorra.

—Eh, vale, ni yo soy un cabrón, ni ella es una zorra.

—¿Os vais a divorciar o estáis en un descanso, como Ross y Rachel? No la cagues más, ¿eh?

—¿Y los niños? ¿Se los queda ella?

—Eso, los niños, ¿qué?

—¿Tú la quieres? ¿Quieres volver con ella?

—¿Y la otra? ¿Qué dice? ¿Has hablado con la otra?

—¿De verdad solo fue un beso?

—¿Estrella se lo cree?

—¿Se conocen?

—¡Joder! —estallo—. ¡Callaos ya, que me vais a volver loco!

—¿Qué pasa aquí? —Simón aparece en la cocina en ese momento. Es el marido de mi madre y el padre de mis hermanas. Me adoptó cuando nacieron ellas, pero, aunque lo siento como un padre, siempre lo he llamado por su nombre y no me nace llamarlo de otra manera—. ¿Cómo estás, hijo? —Me pone una mano en la espalda.

—Agobiado, ¿cómo voy a estar? —Resoplo.

—Ya, y supongo que estas dos no están ayudando nada, ¿no?

Mis hermanas agachan la cabeza avergonzadas y yo sonrío, porque siguen siendo mis niñas. Y las quiero tanto como me desesperan.

El día en la farmacia pasa lento, muy lento. Gina llega por la tarde, como siempre, y viene directa a hablar conmigo.

—¿Qué ha *pasao*? Estás *mu* tonto, tío.

Respiro hondo, parece que no hay manera de no tocar el tema.

—¿En serio voy a tener que darle explicaciones también a mi sobrina? —bufo.

—Flipo contigo. Eres un huevón.

—¿Perdona? —No doy crédito con esta niña.

—Pues, tío, que no te plantas. La has cagado, vale; pero de eso a pirarte de tu casa… ¡Hombre! Ahí la tía se ha pasado tres pueblos… Que también es tu casa, plántate. —Da una palmada en la mesa.

—No sabes de lo que hablas, Gina, eres muy joven aún.

—Y a mí me toca irme con ellas a la cabaña. Yo preferiría irme con vosotros a Sicilia, la verdad… Pero bueno, que no te has plantado y has dicho «hasta aquí». ¿No ves que los demás te dicen lo que tienes que hacer? Como si tú no tuvieras tu propio criterio…

—No hables de lo que no sabes, Gina. Una relación es algo complicado, tienes que estar dentro para saber de qué va la cosa.

—Bueno, desde dentro no sé, pero desde fuera ya te digo que eres un huevón, con Estrella, con mis padres y con todos. Tío, plántate, ya está bien de ser un *pringao*. Que de tan bueno pareces tonto.





23. Le puede pasar a cualquiera

ESTRELLA

Dejo a los niños en casa de mi madre y bajo a la de mi hermano. Nuestra madre y la de Greta comparten piso en este mismo edificio y son las que se van a quedar con mis niños y con Maya mientras estemos todos fuera. No se me va el sentimiento de estar abandonando a mis hijos para pasármelo bien. Sé que solo son unos días y que necesito desconectar de ellos, que me sentará bien, pero el instinto está ahí y mi conciencia también, para decirme que qué mierda de madre soy que no se acuerda ni de ponerles fruta los viernes y ahora encima se va por ahí sin ellos. En fin, que mañana nos vamos muy temprano y hemos decidido dejar hoy ya a los críos con las abuelas y pasar todos la noche en casa de ellos para salir desde allí. El avión de los chicos sale mañana también. Se supone que así nos despedimos. Greta me ha asegurado que yo dormiré en su casa y Samu en la de Loui y Piero. Los dos pisos están comunicados por la cocina, es una larga historia que no viene al caso ahora mismo. Lo importante de eso es que vamos a estar bajo el mismo techo. Y yo solo espero que respete lo de darme espacio, porque no quiero tenerlo delante. No quiero ni verlo. Ni que me hable. No soporto su presencia. Y esta noche me va a tocar cenar en la misma mesa que él y dormir a pocos metros de distancia. De puta madre.

Oigo gritos en casa de mi hermano antes de que me abran la puerta.

—¿Qué son esos berridos? —le pregunto a Greta en cuanto la veo al otro lado del umbral.

—Tu marido, que le ha comprado un móvil a mi hija —bufa.

—¿Y eso? —pregunto bastante flipada. El tema de que Gina no tenga móvil lleva siendo un drama por parte de mi sobrina desde hace meses.

—Pues esta niña, que es la hostia —gruñe mi hermano—, que lo habrá visto con la moral baja y como es más lista que la madre que la parió, no sé cómo lo ha convencido para que le compre un teléfono.

—¡Pero que le ha comprado el último iPhone! —exclama Greta muy alterada y Gina intenta no sonreír—. ¡Que yo no tengo un teléfono tan caro, que yo tengo uno normalito!

—Bueno, pero porque no quieres, que tú para el tema de la pasta eres un poco uñas, nena, de toda la vida —se ríe Marc y Greta le da una colleja.

—Eres muy tacaña, mamá —se queja Gina.

—Bueno, aquí lo importante es que no tenías permiso para tener móvil, y tu tío no debería habértelo comprado sin preguntarnos.

—Paso de esta mierda —farfulla Gina y se va por el pasillo hacia su habitación.

—¡Esta conversación no ha terminado! —grita mi hermano.

—Qué plasta eres, papá. Menos mal que mañana te pierdo de vista una semana.

—La mato. Un día de estos, la mato —Marc se pasa las manos por la cara—. Y a tu marido, también.

—¿Habéis hablado con él? ¿Le habéis dicho que no estabais de acuerdo con que Gina tuviera teléfono todavía?

—¡Lo sabía de sobra!

—Pero desde que ha llegado Gina con el móvil, ¿habéis hablado con él? ¿Se lo habéis explicado?

—Pues claro, si han venido juntos… Está por ahí dentro. —Señala hacia la cocina.

—¿Y qué ha contestado cuando le has dicho que no era una buena idea?

—Creo que sus palabras exactas han sido: «Marc, no me toques los cojones».

Intento no sonreír, aunque lo cierto es que me ha hecho gracia la respuesta. Voy a la que fue mi habitación hace años, cuando esta era la casa de mis padres y yo aún vivía aquí, y que ahora usan de habitación de invitados, y dejo ahí la maleta.

Entro a la cocina y saludo a los presentes. Piero, Loui, Chus y Carina se están ocupando de la comida y la mesa. Greta entra en ese momento.

—Tengo que decirte algo —le digo algo acojonada mientras la agarro del brazo.

—¿Qué pasa?

—He invitado a tu hermana a venir a la cabaña con nosotras. Vendrá luego, después de cenar, así salimos todas desde aquí.

—¿A Emma? —pregunta con un lloriqueo de niña pequeña.

—Venga, que se acaba de divorciar, le vendrá bien salir de casa.

—Está bien —bufa Greta—, pero ya verás qué cortada de rollo. —Pone los ojos en blanco y se acerca a echar una mano a los que están cocinando. Más que a los que cocinan, la mano se la echa a la comida y se lleva una palmada de Piero.

Les ayudo con lo que queda y terminamos de poner la mesa bastante rápido. Paso todo el tiempo en tensión esperando ver aparecer a Samu en la cocina en cualquier momento. Pero no ocurre, ya se está escaqueando. Lo cierto es que me parece incomodísimo tener que cenar los dos en la misma mesa con todos nuestros amigos, pero es lo que hay.

Nos sentamos por fin y veo que ya estamos todos, no queda ningún cubierto libre. Hasta Gina nos ha honrado con su presencia, pero no hay ni rastro del que todavía es mi marido. Empiezan a pasarse platos y a servirse comida totalmente ajenos a que él no esté sentado con nosotros y no tenga sitio para hacerlo. Tampoco está Claudia, pero claro, con ella no contaba. Lógicamente no se viene a la cabaña con nosotras, y tampoco creo que a ella le apetezca (ni a mí) estar en esta cena. Cruza por mi mente un pensamiento fugaz por el que no está aquí ninguno de los dos, pero lo destierro rápidamente porque me parece del todo inverosímil.

—¿Y Samu? —pregunto por fin en vista de que nadie dice nada al respecto.

Se hace un silencio algo tenso y ninguno parece tener intención de contestarme.

—Ha dicho que no tenía mucha hambre, que luego picaría algo —me explica finalmente Chus —. Que no quería fastidiarte la cena, que quiere darte el espacio que le has pedido.

—Ve a decirle que venga, que podemos cenar en la misma mesa como adultos.

Chus se va a buscarlo y yo respiro aliviada. Porque se me había caído el alma a los pies, porque llevo todo el día esperando este momento para verlo. Porque quiero comprobar que está bien y porque simplemente me apetece verlo. Sé que llevo un rato diciendo lo contrario, pero solo intentaba convencerme a mí misma. Es evidente que no ha funcionado. Me siento como en el colegio cuando me pasaba horas esperando para ver un momentito al chico que me gustaba y finalmente no ocurría. Qué absurdo a mi edad, de verdad. Esto lo negaré delante de él y de cualquiera, que quede claro.

Tarda un rato en volver Chus, pero viene con él. Parece que ha tardado en convencerle. Le hacen enseguida un hueco en la mesa bastante alejado de mí. Él me mira desde la puerta y repite el gesto de cerrarse la boca con una cremallera que hizo la última vez que nos vimos. Y lo agradezco, porque me cuesta mucho oírle decirme esas cosas y mantenerme firme en mi decisión. Y si no habla con nadie más, casi que mejor. Tiene una voz muy sexi y me pone muchísimo. Y me trae un montón de recuerdos, eso también. Y tengo que ser muy fuerte. Que sé que la que ha enfriado nuestra vida sexual he sido yo, pero no es lo mismo tenerlo ahí y no hacerlo porque prefieres emplear ese rato en descansar, que la incertidumbre de si se ha terminado para siempre, de si nunca me va a volver a tocar como lo hacía, de si la última vez que lo hicimos —fuera cuando fuese— fue de verdad la última vez para siempre.

Durante la cena intento no mirarlo, pero me traiciono a mí misma más veces de las que me apetece reconocer. Creo que él también intenta no mirarme, pero sus ojos se cruzan con los míos en varias ocasiones. Es la primera vez que cenamos con nuestros amigos y no estamos sentados juntos. Creo que está intentando mantener un perfil bajo, porque no está hablando con nadie, no se ha metido en ninguna conversación. No sé si es por mí o si ha tenido bronca gorda con mi hermano y con Greta por el tema del móvil de Gina y por eso está tan callado. Bueno, tan callado no, totalmente callado, no ha dicho ni una palabra desde que ha llegado.

Alguien le pregunta algo y él hace un gesto con la cabeza.

—¿Qué pasa, nano? ¿Por qué no hablas? —pregunta Marc—. ¿Es una señal de respeto por la cagada del móvil, es que no merecemos ni que nos dirijas la palabra o es algún tipo de penitencia que te ha puesto mi hermana?

Él se encoge de hombros y no le contesta. Marc se gira hacia mí.

—¿En serio? ¿Es verdad que no habla por algo? ¿Es cosa tuya?

—No es asunto nuestro —lo interrumpe Greta y luego se dirige a mí—: yo te apoyo, ojalá pudiese dejar yo a este calladito de vez en cuando.

Agacho un poco la cabeza algo avergonzada, porque una cosa es decidir eso entre él y yo y otra muy diferente que se enteren todos nuestros amigos y se pongan a hablar de eso. No sé si pensarán que soy una ridícula o que esto es infantil, pero necesito tener algo controlado, y si él me habla y me dice cosas como las que me ha dicho los últimos días, no sé cuánto tiempo voy a poder tenerme a mí misma bajo control.

Y necesito hacerlo. Lo necesito para poder pensar con claridad y todo lo fríamente que pueda. Porque de esto depende cómo será mi vida a partir de ahora. Si quiero volver a la vida que llevaba o si aspiro a algo más, algo mejor o simplemente alguna otra cosa.

Nadie dice nada durante un rato y no puedo evitar preguntarme si estarán pensando que esto es absurdo. Él me mira desde el otro extremo de la mesa y me guiña un ojo. Y si no estuviera sentada, me habrían fallado las rodillas. Porque tiene ese poder. Porque es asquerosamente perfecto. Adorablemente perfecto.

La cena transcurre mucho más silenciosa de lo que cabría esperar dados los que somos. Me

sorprende lo importante que es Samu, lo ruidoso que es de normal, no parece que esté callado solo uno de nosotros. O puede que esta situación sea más rara de lo habitual y por eso el ambiente está enrarecido también. Cuando ya hemos terminado y estoy hablando con Carina de algo relacionado con los niños, para no variar, llega Emma y se sienta a la mesa con todos. Emma es la hermana de Greta. Tiene mi edad y, aunque siempre nos hemos llevado bien e incluso en el colegio compartíamos grupo de amigas, lo cierto es que me llevo mucho mejor con Greta. Emma es mucho más seria y formal. Es abogada, y de las buenas. Ahora acaba de divorciarse y está en un plan anti-hombres que resulta gracioso. Su marido era un poco cretino, la verdad. Bueno, era más soso que cretino, esto último lo hemos ido descubriendo a lo largo de los años. Su boda con ese imbécil fue mi primera cita con Samu. No nos lo tomamos como tal, simplemente me hizo el favor de venir conmigo porque yo no tenía con quién ir, pero desde esa noche, yo empecé a sentir que podía pasar algo entre nosotros. Ahí aún me pareció algo improbable y un poco descabellado, pero la idea comenzó a rondarme.

Emma saluda a los presentes y pasea la mirada por la mesa hasta que repara en Samu.

—¿Qué hace este aquí? —Lo señala.

—Relaja, Emma —interviene Greta—, que es parte del grupo. Además, es cosa de ellos, no es asunto nuestro.

—Claro que es asunto nuestro —asegura Emma—, mío al menos. Estrella, te llevaré los papeles del divorcio, pero es conveniente que te mantengas alejada del infiel.

—¡Joder, el infiel! —la corta Marc—. No te pases, que no es para tanto, le puede pasar a cualquiera…

—¿Le puede pasar a cualquiera? —interrumpe Greta. Los demás observan en silencio, como Samu—. ¿Te podría pasar a ti?

Marc pone los ojos en blanco y chasquea la lengua.

—A mí, no.

—Una cobra. Joder, Samu, una puta cobra y no estaríamos así —insiste Greta con una palmada en la mesa—. ¿Tan difícil es hacer una cobra?

—Mira quién habla —le suelta Marc—. ¿Le hiciste tú una cobra a él la noche de la absenta?

—Argh, joder con la noche de la absenta. —Greta se tira del pelo—. Hace diecisiete años, tío, supéralo ya. Eso fue literalmente el siglo pasado.

—Bueno, ya está bien vosotros dos —interrumpe Emma—. Parad ya o tendré que llevar vuestro divorcio también. Y tú —se gira hacia Samu y lo señala con una cucharilla—: más te vale firmar algo amistoso, porque si te pones a malas, te sacaremos hasta el alma.

Samu se queda blanco y me mira. Conozco esa expresión, está a punto de llorar. Y no me extraña, Emma se acaba de pasar siete pueblos. Ni él ni yo hemos hablado de divorcio. Ni siquiera lo he hablado con Emma. Ni me lo había planteado todavía, de hecho. Me aguanta la mirada un momento y luego suelta los cubiertos sobre el plato, se levanta de la mesa y sale de la cocina, sin decir ni una palabra, por supuesto.

—Lo hemos acojonado —me susurra Emma.

—Eso ha estado fuera de lugar —contesto mosqueada.

—¿En serio? ¿Divorcio? —interviene Marc—. ¿Divorcio? ¿Por un beso? ¿Es algo irreparable? Se os está yendo la olla, tías… De verdad que flipo…

—Creo que deberíamos dejar este tema aquí y que lo hablen ellos dos a solas —interrumpe Piero a todo el que tiene la boca abierta para hablar—, cuando consideren. Ya está bien los demás de sacar el tema o de obligarles a hablar de esto delante de nosotros.

Todos asienten y no dicen nada más. Y yo quiero ir a hablar con Samu, pero creo que lo mejor

será hacerlo cuando los demás estén acostados, porque paso de que sigan cotilleando sobre nosotros.

—Dais asco todos. —Gina se pone de pie—. El tío Samu lo está pasando fatal y parece que no os dais cuenta. Vais cada uno a lo vuestro.

Sale por la puerta por la que acaba de salir su tío y nos deja a todos con la palabra en la boca.



24. Te voy a echar de menos

ESTRELLA

Cuando ya se han calmado los nervios y estamos todos acostados, decido salir a buscar a Samu y hablar con él. Barajo la idea de dejarlo estar y aprovechar esta noche sin niños para intentar dormir del tirón, pero sé que él lo está pasando mal y tengo varias noches sin niños por delante. También está el detalle de que voy a estar varios días sin verlo y lo voy a echar de menos. Mucho, lo sé. Así que me levanto de la cama y voy hasta la cocina, que es lo que comunica con el piso donde está él. Me habría encantado encontrármelo de casualidad yendo los dos a beber agua, como suele pasar en las películas, que siempre se dan ese tipo de casualidades. Ya puestos a pedir, me habría encantado encontrármelo con la nevera abierta y sin camiseta mirando en el interior, solo iluminado por la luz del frigorífico. Joder, menuda imagen, a ver ahora quién se pone seria con esto en la cabeza. Por supuesto, nada de eso ocurre y no tengo más remedio que pasar a casa de Loui y Piero a buscarlo. Por lo que han hablado en la cena (los demás, claro, él ni media palabra), le tocaba dormir en el sofá, en la habitación de invitados están Chus y Carina. Lógico, al fin y al cabo, es la casa de su hermano. Y son una pareja, no se van a quedar ellos dos en el sofá.

Abro la puerta del salón y la imagen me lo confirma. El sofá está abierto, convertido en cama y con sus sábanas y todo, pero él no está. Ni siquiera está intentando dormir. La puerta del balcón está abierta y lo veo de pie, apoyado en la barandilla. Se gira al notar que alguien entra y creo que se sorprende al verme. Ha llorado, se lo noto. Me encanta eso de él, que sea capaz de llorar y de expresar cómo se siente en cada momento (para eso mi hermano, por ejemplo, es muy inútil), aunque a veces me parta el alma verlo sufrir.

Voy hasta su lado y me apoyo en la misma postura que él. Va sin camiseta y no puedo evitar pensar en lo injusto que es que siga estando tan bueno, que su cuerpo sea igual que cuando empezamos a salir a pesar de haber tenido los mismos hijos que yo. Puta naturaleza, qué asco das.

Él sigue mirando al frente, como si yo no hubiera llegado. Da una calada al cigarro que se está fumando antes de lanzar la colilla a la calle.

—Has vuelto a fumar —murmuro.

Él se encoge de hombros como respuesta.

—Necesito que sepas —susurro— que no he hablado en ningún momento de divorcio, ni con Emma ni con nadie. Es algo que no me he planteado todavía, no sé qué va a pasar. Lo que te dije es cierto, necesito coger distancia, pensar, plantearme muchas cosas. Ni estoy segura de querer divorciarme ni estoy segura de no querer hacerlo.

Él asiente muy serio, pero no dice nada, como yo le pedí en su momento. Me besa la cabeza y respira hondo.

—Estoy enfadada, muy enfadada. Y cansada, muy cansada.

Él asiente y coge su móvil, que tiene los auriculares conectados y me los pone. Busca una canción[vii], le da al *play* y empieza a sonar en mis oídos. Me paro a escuchar la letra y esta vez soy yo la que tiene ganas de llorar.

Hace días que te observo
Y he contado con los dedos
Cuántas veces te has reído
Una mano me ha valido
Hace días que me fijo
No sé qué guardas ahí dentro
A juzgar por lo que veo
Nada bueno, nada bueno
De qué tienes miedo
A reír y a llorar luego
A romper el hielo
Que recubre tu silencio
Suéltate ya y cuéntame
Que aquí estamos para eso
Pa' lo bueno y pa' lo malo
Llora ahora y ríe luego
Si salgo corriendo
Tú me agarras por el cuello
Y si no te escucho
¡Grita!
Te tiendo la mano
Tú agarra todo el brazo
Y si quieres más pues
¡Grita!

Y me emociona este gesto. Me emociona mucho que haya escuchado esto pensando en mí. Me emociona que parezca que por fin lo ha entendido, más o menos. Y que haya encontrado la manera de decirme algo sin hablar, como yo le pedí. Y quiero gritar. Quiero gritar y pedirle que volvamos a ser los de antes. Que no dejemos que la vida adulta nos supere. Que no se aleje de mí. Pero entonces me acuerdo de los últimos meses, de los últimos años, y todo se desdibuja. Y no quiero pensar en lo peor. No quiero pensar en él besando a otra, porque entonces me vengo abajo y solo quiero desaparecer. Y me duele. Me duele tanto que no sé si lo voy a poder soportar. Pero a la vez lo conozco tantísimo que estoy casi convencida de que a él le duele más que a mí.

Le devuelvo los auriculares cuando acaba la canción y él los deja caer sobre una de las sillas

que hay en el balcón, junto con su móvil. Me atrae hacia él y me abraza. Con una mano me acaricia la espalda y con la otra enreda los dedos en mi pelo. Me besa la cabeza. Y sé que ese no es el beso que me quiere dar. Lo siento, siento lo que quiere. Porque lo conozco demasiado, igual que él a mí. Y aunque ya lo echaba de menos estos últimos meses viviendo con él, han sido estos últimos días cuando de verdad he notado su ausencia. Porque era yo la que no quería sexo cuando lo tenía todas las noches al alcance de mi mano y estaba demasiado cansada siquiera para planteármelo. Pero ahora, desde que ya no duerme a mi lado, desde que todo el mundo se ha volcado conmigo y me están echando una mano con los críos, desde que ya no me siento tan sola y a la vez me siento más sola que nunca, lo echo de menos. Echo de menos sus caricias, sus besos… A él.

Tengo que alejarme de su lado, pero me cuesta la misma vida. Y mañana nos vamos de viaje y estaremos cada uno en un país diferente. Eso no ha pasado nunca. Desde que estamos juntos, nunca hemos estado una semana sin vernos. «Desde que estamos juntos»…, pero ¿lo estamos? Ni yo lo sé.

—Te voy a echar de menos —susurro—, pero eso no cambia nada.

Me aprieta más fuerte y solloza. Pero soy todo lo fuerte que puedo y me libero de sus brazos.

—Buenas noches, Samuel. Si nos vamos antes de que te levantes, que tengáis buen viaje.

Me separo de él y vuelvo a mi habitación porque, si me quedo, no sé cómo puede acabar esto.



25. Están todas locas

SAMU

Decido deliberadamente no levantarme hasta que estoy seguro de que las chicas se han marchado. No me apetece despedirme de ella, y menos delante de todos. Tuvimos nuestro momento anoche para decirnos adiós y ya está. Sé que la voy a echar de menos, pero tengo que hacer un esfuerzo para desconectar y pasármelo lo mejor que pueda en Sicilia.

Subo al piso donde viven mi suegra y la madre de Greta a despedirme de mis hijos. El avión sale en unas cuatro horas, me da tiempo. Reyes me abre la puerta y me pone cara de circunstancia.

—Samuel, cariño —me pasa una mano por la nuca y me da un abrazo—, ¿qué os ha pasado? Mi hija no ha querido contarme nada. ¿Tú cómo estás?

—Bien, estoy bien —miento con una sonrisa de lo más falsa—. Tonterías nuestras, no te preocupes.

Le agradezco mentalmente a Estrella que no se lo haya contado a su madre, eso me dejaría en muy mal lugar. En el que merezco, probablemente, pero eso no quiere decir que no sea malo.

—Entonces, ¿es una tontería? ¿No tengo que preocuparme? ¿Lo vais a arreglar?

—Claro. —Vuelvo a sonreír con una actuación digna de un Goya, ¿dónde están los miembros de la Academia cuando se les necesita?

—Están todas locas, mamá. —Marc aparece detrás de mí, supongo que viene a despedirse de su madre, de su hija y de su suegra—. Todas, como cabras. Da igual que sea mi hermana, no hay quien las entienda.

—Bueno, no será para tanto —sonríe su madre—, que seguro que vosotros también tenéis lo vuestro.

De repente me agobio otra vez al pensar que de verdad lo nuestro no tenga arreglo. Con todo lo que ello implica. Porque a esta mujer la quiero como a una segunda madre y no puedo imaginarla fuera de mi vida. Son demasiadas cosas, cada día encuentro un motivo nuevo para aferrarme a esto, para intentar que todo vuelva a ser lo que era.

Pasamos un ratito con ella y con los críos y nos despedimos de todos cuando recibimos la

llamada de Loui metiéndonos prisa para no perder el vuelo.

Los nervios eran infundados, llegamos al aeropuerto con tiempo de sobra. Ya en el avión, Piero y Loui se sientan juntos. Puedo comprobar, una vez más y de primera mano, que el miedo de Piero a los aviones es absolutamente real. Lo está pasando fatal. Su marido le dice cosas en voz baja e intenta tranquilizarlo, es evidente que han hecho esto muchas veces.

Estoy a punto de apagar el teléfono, tal como está pidiendo la auxiliar de vuelo, cuando recibo un mensaje en el móvil.

—Las chicas ya han llegado a la cabaña —informo a los presentes.

—Joder, Greta no me ha dicho nada… Hasta cuando estáis como estáis te informa antes a ti mi hermana que a mí mi mujer —gruñe Marc.

—No me lo ha dicho Estrella —suspiro—. Ha sido Gina.

—Otra qué tal, mi hija te lo dice a ti antes que a mí.

—Igual es porque yo la escucho…

—O porque le has comprado el puto teléfono —gruñe.

Me río entre dientes y no digo nada más. Qué mosqueo lleva con eso, ha valido la pena cada euro.

Lo primero que hace Marc es conectar su móvil al coche de alquiler que ha pillado Piero en el aeropuerto y poner música. Loui conduce, al fin y al cabo, es el que mejor conoce el camino, después de su marido, pero es que el italiano está todavía con el susto en el cuerpo y no lo vemos muy en condiciones de ponerse al volante. Yo saco la cabeza por la ventanilla respirando el aire puro siciliano y cierro los ojos. Intento no pensar en nada, solo disfrutar del momento. Del interior llega la voz de Marc cantando con entusiasmo.

—*Qué inoportuno fue decirte «me tengo que largar», pero qué bien estoy ahora, no quiero volver a hablar...* Esta canción[viii] va a ser el himno del viaje. Ya era hora, joder, una escapada sin tías, qué falta nos hacía —lo oigo decir y me río.

Loui pega un volantazo y detiene el coche con brusquedad en el arcén de la carretera secundaria por la que circulamos.

—¡Mira, Marc, pareces gilipollas, así de claro te lo digo!

Marc, Chus y yo nos incorporamos en el asiento de atrás y nos ponemos firmes, porque si Loui levanta la voz y dice una palabrota, hasta el Elvis que cuelga del retrovisor se cuadra.

—¿Qué pasa, nano? ¿Qué he hecho? —se defiende mi todavía cuñado.

—Llevas meses imbécil perdido. No sé qué esperas de la vida, pero mucha gente se cambiaría por ti. Eres un privilegiado, lo que te pasa es que tienes una crisis de los cuarenta prematura y muy mal llevada… ¡Muy muy mal llevada! Tienes suerte de que Greta te aguante… ¡Tienes suerte de que todos te aguantemos! Haznos un favor y háztelo a ti mismo y cambia el rollo, porque, si no, nos vas a joder el viaje, y, a los que vivimos contigo, la vida entera.

—No te pases, nano… ¡La vida entera! Exagerado… —Marc intenta aguantar la risa.

—No, de exagerado nada. Te lo digo en serio. ¡Estás en un plan que no hay quien te soporte!

—Ya me ha caído a mí el chapapote —murmura a un volumen que solo oímos Chus y yo y nos empieza a dar un descojone involuntario.

—¿Vas a dejar de hacer el gilipollas?

Marc asiente aguantando la risa y Chus y yo ya no podemos soportarlo más y nos partimos el culo abiertamente. Contagiamos a Piero enseguida y Loui no tarda mucho en unirse.

—Es que vosotros no vivís con él, pero lleva meses insoportable… —se justifica Loui antes de poner de nuevo el coche en marcha y reanudar el camino hacia la casa.

A los del asiento de atrás nos cuesta mantenernos serios el resto del trayecto.



26. Eso es mentira

ESTRELLA

Carina y su ukelele ocupan el otro extremo del sofá en el que estoy sentada; Greta y Emma, las butacas que hay enfrente. Gina está en el suelo, sobre la alfombra, con la espalda apoyada en la butaca de su madre, trasteando en su móvil nuevo y con los auriculares puestos. Todo un clásico adolescente, vaya. Las cuatro bebemos vino. Gina, un refresco.

—¿Salimos? —pregunta Emma.

—Vale, ¿qué hay por aquí? —cuestiona la italiana.

—La nada —se ríe Greta.

—Yo paso, estoy mayor para salir —informo.

—Uy, sí —ironiza Greta.

—Tampoco tengo nada que ponerme —insisto.

—Yo te dejo algo —dicen todas casi a la vez.

—No me cabe vuestra ropa. Estoy gorda —aclaro.

—Venga ya —se descojona Greta—. Ni de coña.

—*Estoy gordo*[ix] —empieza a cantar Carina cargada de intención— *lo sabes muy bien, estoy gordo y no sé qué pudo ser… Debe ser algo raro en mi metabolismo, si como lo mismo que tú… Estoy gordo, lo sabes muy bien, estoy gordo y no sé qué pudo ser… Ahora ya solo visto de negro y holgado, estoy acabado, lo sé… Estoy gordo y no lo puedo entender, oh oh, estoy gordo y no lo puedo entender…*

A todas nos da la risa, incluso Gina se ha quitado los cascos para escucharla y reírse con nosotras. Carina se viene arriba y canta la canción entera con la parte del «estoy calvo» y «estoy viejo» incluidas.

—Calva no estoy —me defiendo entre risas—, de momento… Es lo que me falta ya… Pero igualmente esa canción me representa.

—Hoy en «señoras dramáticas» tenemos a mi tía Estrella dándolo todo —exagera Gina.

—La verdad es que no me apetece nada salir —confieso.

—Entonces, ¿qué te apetece? —interviene Emma—. ¿Quedarte aquí y lamentarte por tu

matrimonio fracasado? Se veía venir, te lo dije en su día: «quien con niños se acuesta, meado se levanta»… Es un crío, lo ha sido siempre… Demasiado habéis durado, la verdad.

Chasqueo la lengua como respuesta, porque nunca he querido ni plantearme que tuviera razón. Pero ¿la tiene? Sigo pensando que no, que todos estos años han valido la pena. He sido feliz. Fui muy feliz hasta que dejé de serlo.

—¡Oye, tía, no digas eso del tío Samu! —se queja mi sobrina—. Es un tío de puta madre. Y no lo compares con tu ex ni de coña… Ojalá yo encontrara un chico que me mirara como Samu mira a Estrella. Eso es amor de verdad.

—¡Eh! —protesta Greta—. ¿Y como tu padre me mira a mí no? Lo nuestro también es amor de verdad. A nuestra manera, pero del bueno.

—¡Mamá, por favor! Vosotros sois mis padres, dais asco y vergüenza ajena.

—¿Os acordáis de aquella niña dulce y cariñosa que tenía yo? —pregunta Greta—. Sí, esa de la que todo el mundo decía: «oh, Gina es un amor, qué encanto de niña…». Pues avisadme si la veis, que hace un par de años que no la encuentro.

Todas empezamos a reírnos.

—Me he hecho mayor, mamá, asúmelo.

—Una cosa es hacerse mayor —dice Greta poniendo los ojos en blanco—, y otra estar tontísima…

—Ya que no vamos a salir —suelta Emma—, vamos a abrir nuestras almas. Empiezo preguntando yo.

—Pregunte, letrada —interrumpe Greta.

—Si pudierais volver unos años atrás, ¿os volveríais a casar con ellos?

Todas me miran a mí la primera y yo asiento sin pensarlo.

—Sí, claro que sí —aseguro—. Todavía es más lo bueno que lo malo. Y tengo recuerdos que no cambiaría por nada del mundo.

—Yo también —confirma Greta—, pero por él… No sé qué haría sin mí…

—Uf, yo sí sé qué haría él sin ti y no quiero volver a soportarlo… —me río.

—Yo no estoy casada. —Carina levanta la mano—. Pero, si se trata de elegir, sí, volvería a elegirlo a él. No me he reído tanto con nadie más, y, bueno, más cosas que no voy a decir, que hay menores delante.

—Eh, yo quiero saber —protesta la menor de edad—. ¿Es algo sexual? ¿Por eso no puedes decirlo delante de mí? Tendré que aprender, si no ¿cómo queréis que sea responsable?

—Ahí lleva razón —asiente Emma—, cuanta más información tenga, mejor.

—Shhhh —sisea Greta—. Ni de coña.

—Gina, pregunta lo que quieras saber —propone Emma.

—Vale, tengo una pregunta: ¿a qué edad fue vuestra «primera vez»?

—¡A los veinticinco! —suelta Greta rápidamente y a todas nos da la risa.

—¡Mamá, por favor, tenéis que responder en serio!

—¡¿Qué?! ¡Es verdad!

—¡Pero si tú y yo nos llevamos veintiuno!

Greta se pone roja antes de soltar una carcajada.

—Culpa del vino, no he calculado bien. Pues a ver… veintiuno menos nueve meses.

—Sí, claro, y yo voy y me lo creo —se queja Gina poniéndole cara de asco.

—Yo, catorce —interrumpe Carina levantando una mano—, pero soy justo el ejemplo que no debes seguir. Hice muchas tonterías…

—Tonterías hicimos todas —interviene Greta.

—Cierto —me río.

—Yo no —asegura Emma mientras se sirve más vino—. Igual debí haberlas hecho, pero lo cierto es que a los veinte ya tenía el sentido de la responsabilidad que tengo ahora.

—Y a los quince —se ríe Greta—. Naciste vieja, hermanita.

—Supongo que eso es algo que me perdí —suspira Emma—, pero ya no se puede remediar. A veces lo pienso, que igual hubiera estado bien desmelenarme un poco.

—Nunca es tarde —sugiero antes de darle un trago a mi copa.

—Pffff, no me veo haciendo tonterías a los cuarenta, la verdad.

—Te ayudaremos —asegura su hermana dando una palmada en el brazo de su butaca—. No te vas de este viaje sin hacer alguna estupidez. Todas haremos alguna, de hecho.

—No, no, de eso nada—me niego.

—No sé si estoy preparada para ver a mi madre haciendo una estupidez…

—Tu madre hace muchas, te acostumbrarás rápido —me río y Greta me tira un cojín que intercepto de un manotazo y hago caer al suelo.

—Yo tengo una pregunta —dice la italiana—. A las casadas, y a la divorciada si quiere también, ¿cómo fue vuestra pedida de mano?

—Pues a mí me lo pidió esta, en realidad —dice Greta dándole una patadita a su hija—. En el registro, cuando estábamos arreglando los papeles, Marc se la subió encima y la petarda me dijo: «Mami, ¿te quieres casar con nosotros?».

—Qué vergüenza. Dejad de contar esa historia, por favor —se queja su hija moviendo la cabeza.

—Lo mío no tuvo nada que ver —sigue Emma—, fue como una transacción. Era el paso lógico para consolidar la relación y para invertir en una vivienda los dos juntos.

—Para, qué romántico —se ríe Greta—, me estoy poniendo cachonda.

Todas nos reímos y Emma se pone un poco roja.

—Cada uno es como es, supongo. —Emma se encoge de hombros.

—¿Y tú? —me pregunta Carina—. Si no quieres recordarlo ahora mismo, lo entiendo.

—No, no pasa nada —suspiro y me preparo para contar la historia que he contado cientos de veces—. Caminábamos por el paseo de la playa. Había un mercadillo de estos ambulantes. Yo me puse a mirar vestidos, collares…, lo típico, vaya. Estaba a punto de independizarme y él me quería hacer un regalo para la casa nueva. Al final, compró un anillo en uno de los puestos y me dijo algo así como: «¿y si te casas conmigo y el regalo para tu casa nueva soy yo?». Y hasta hoy.

—Es bonito —dice Carina.

—¡Es mentira! —grita Greta incorporándose en la butaca.

A mí se me sube toda la sangre de las mejillas y abro mucho los ojos.

—¿Perdona?

—Eso no se parece en nada a lo que nos contó Samu en su despedida de soltero. Dijo que ibais caminando por el centro y visteis a una pareja de novios haciéndose fotos y que te dijo «tú estarías más guapa, esos son muy feos» y que contestaste «pienso igual» o algo así, y que de ahí derivó en «me quiero casar contigo». No recuerdo los detalles, pero no se parecía en nada a lo que has contado tú. ¿Por qué? ¿Por qué no cuadran las historias? ¿Cuál es la cierta? No puede ser que él no se acordara porque hacía solo unos meses, y tú no te puedes haber olvidado aunque haga años. ¿Qué pasa? ¿Por qué hay dos historias diferentes?

—Nunca lo sabrás —me río y le doy un trago a mi copa.

Cojo mi móvil con intención de mandarle un mensaje a Samu y decirle que Greta nos ha pillado, pero me freno porque por un momento había olvidado cómo están las cosas entre

nosotros. Si le he pedido que no me llame ni me escriba, no puedo hacerlo yo. No puedo ser yo la que le confunda cuando no sé ni lo que siento.

Nunca contemplé la posibilidad de que, cuando llegara este momento, no pudiera compartirlo con él.



27. Sí a todo

2004

ESTRELLA

Aparqué cuando llegamos al destino que habíamos encontrado en internet y los dos bajamos del coche. Estábamos en medio de ninguna parte, en un polígono industrial al que no habíamos ido nunca. Contemplamos durante un momento la fachada de la enorme nave pintada de negro que había frente a nosotros y nos dio la risa tonta.

—«Perversiones Arteaga» —leyó Samu el enorme cartel de letras rosa fucsia que coronaba la entrada y me pasó un brazo por encima de los hombros—. ¿Vamos a entrar o qué?

—Sí, ¿no? —me reí algo nerviosa—. Me da un poco de cosilla, no sé qué tipo de gente viene a estos sitios…

—Pues nosotros —se rio él también y me besó—. No hemos recorrido veinte kilómetros en busca del *sex-shop* más grande de la provincia para quedarnos en la puerta, ¿no?

—No, no, entramos —aseguré—. Vamos.

Atravesar esa puerta con el brazo de Samu rodeándome me dio una cierta seguridad. Llevábamos dos años juntos y se había convertido en mi ancla, en mi puerto seguro, en la constante de mi vida que más me reconfortaba. Él había cumplido los veinticuatro hacía unos meses y yo iba camino de los veintinueve. Nos habíamos vuelto inseparables, pasábamos todo nuestro tiempo libre juntos. Yo había decidido independizarme por fin y acababa de encontrar un piso que me encantaba y me podía permitir. Samu dijo que quería hacerme un regalo para la casa nueva, algo que fuera solo para los dos, algo que se pudiera comprar en el *sex-shop* más grande de la zona, aunque no teníamos ni idea de qué. Habíamos decidido venir personalmente por si ver todas las opciones posibles nos inspiraban en nuestra compra.

El suelo de la nave era de hormigón, no se habían molestado ni en cubrirlo. Nos encontrábamos en un espacio enorme y diáfano en el que había varias secciones diferenciadas por carteles del mismo rosa fucsia que el de la entrada, aunque estos de un hortera neón luminoso. «Disfraces», «Juguetes», «BDSM»…

—Lo quiero probar todo contigo —me susurró Samu al oído y yo me apreté un poco contra él

para demostrarle que me parecía una gran idea.

En ese momento, se nos acercó una chica que, por su indumentaria, debía de trabajar ahí. Llevaba unas botas de charol, de tacón y plataforma enormes, por encima de la rodilla, un *culotte* de cuero y un corpiño tan apretado que estoy segura de que si estornudaba fuerte, las tetas le chocarían con la barbilla. Todo de color negro, a juego con su sombra de ojos y su pelo, que llevaba recogido en una larga coleta en lo alto de la cabeza.

—Hola, parejita, ¿parejita? ¿Primera vez aquí?

—Sí, sí —afirmó Samu—, parejita, y sí, primera vez.

—Qué monos. —Hizo una mueca con esos labios rojos que constituían la única mota de color en toda ella—. Tan jovencitos… ¿Qué vais buscando?

La verdad es que por aquel entonces los dos aparentábamos menos edad de la que teníamos, podríamos haber pasado ambos por veintidós años tranquilamente. En el caso de él, la diferencia no era tanta.

—Nada en concreto —respondió Samu—, le quiero hacer un regalo, pero no sabemos qué.

—Muy bien, ¿qué tipo de regalo? ¿Algo tipo lencería sexi o más como un potro de tortura BDSM?

A los dos nos entró la risa tonta otra vez.

—¿Algo intermedio qué tal? —Me reí.

—¿Cuál es el motivo del regalo? Si se puede saber…

—Se independiza, le quiero regalar algo para su casa nueva.

—Vale —asintió—, ¿algo solo para ella, para cuando te eche de menos, o para disfrutar los dos juntos?

—No lo había pensado. —Mi chico se rascó la nuca—. ¿Prefieres algo solo para ti ahora que vas a vivir sola sin padres ni hermano o mejor algo para cuando vaya a verte? —Se inclinó a besarme—. No me molestaría, de verdad, responde con sinceridad.

—Para los dos —respondí sin dudar—, sola me apaño muy bien con lo que tengo.

—Ay, chica, no me extraña. —La dependienta me guiñó un ojo—. Yo también lo preferiría para usar acompañada. Con esta compañía…

Me pasaba entonces y no ha dejado de ocurrir, las mujeres no suelen cortarse un pelo en dejarme claro que les parece que mi chico está muy bueno. Menos mal, si no fuera por ellas, no me habría dado cuenta.

—Entonces, ¿qué? —le preguntó Samu a la dependienta—. ¿Se te ocurre algo o damos una vuelta a ver si nos inspiramos?

—Mmm, no sé, se me ocurre… ¿un columpio?

En ese momento, Samu rejuveneció unos diez años de golpe y tragó aire con la boca abierta emitiendo un gritito agudo cargado de emoción. A la chica y a mí nos dio la risa.

—Parece que está decidido —me reí.

—Al fondo los tenéis. Id echando un vistazo y ahora voy yo. Soy Tiffany, si necesitáis lo que sea, preguntad por mí.

Enfilamos la dirección que nos había indicado la dependienta mientras mirábamos todo lo que íbamos encontrando a nuestro paso.

—Me juego lo que quieras a que Tiffany se llama Ramona o Hermenegilda —susurró Samu y yo me reí—. Por cierto, habrá que marcar alguna línea roja, ¿no? —añadió cuando pasábamos por delante una sección con equis gigantes de madera en las que encadenar a la peña—. Entiéndeme, que si empezamos con columpios a los veintitantos, nos veo a los cincuenta montando una mazmorra en el sótano para huir de la monotonía —se rio.

Y a mí esas palabras hicieron que me recorriera un escalofrío de vértigo. Pero vértigo del bueno. Era la naturalidad con la que lo había dicho, con la que lo decía todo. Así era él, lo soltaba todo tal como lo sentía.

—¿A los cincuenta? —pregunté.

—¿No? ¿Piensas que antes? —Se rascó la barbilla mientras seguía caminando—. Sí, puede que antes…

—¿Nos ves juntos a los cincuenta?

—Claro —respondió sin pensar y al momento se detuvo en seco y se giró a mirarme—. ¿Tú no?

Respiré hondo y asentí con la cabeza.

—Joder, qué susto —sonrió y se llevó una mano al pecho—. Pues nada, seguiremos viniendo cuando seamos dos ancianos a los que nadie se quiera imaginar follando —añadió mientras me pasaba un brazo sobre los hombros y empezábamos a caminar de nuevo—. Yo iré dopadísimo de viagra todo el día, de algo me tendrá que servir tener una farmacia… Vale, parece que es aquí.

Nos detuvimos a observar lo que parecían los columpios sin saber muy bien en qué cosas teníamos que fijarnos. Había unos cuantos colgando del techo, pero no entendíamos muy bien el funcionamiento, eran como correas dejadas caer sin sentido.

—¿Tienes idea de cómo va esto? —le pregunté tirando de una de las cintas.

—Pues mira que he visto porno de todo tipo, pero esto lo he visto solo un par de veces y no sabría decirte cómo funciona…

Empezamos a trastear con las correas y no tardó en llegar la amiga Tiffany al rescate.

—¿Os aclaráis?

—No demasiado —contestó Samu rascándose la nuca.

—A ver, yo os recomiendo este, que es el que más opciones tiene. Puede subirse solo ella y tú lo controlas todo o, en un momento dado, os podéis subir los dos y compartís el control, aunque para eso os hará falta un poco de práctica.

—Ah, tranquila por eso —sonrió Samu—, vamos a practicar mucho mucho muchíííísimo.

La chica me guiñó un ojo y a mí me dio la risa.

—Venga, súbete y os enseño un poco cómo va.

No sin cierta inseguridad, me senté sobre la correa que me indicó y me ayudó a colocar piernas y brazos en el sitio.

—Mira, este modelo tiene la opción de inmovilizarle las manos —le dijo a mi chico—, para que no se le resbalen en un momento de… «éxtasis». Aunque también puede agarrarse ella misma, claro.

—A ver. —Samu me enganchó una muñeca donde había dicho la chica y luego la otra—. Oh, esto me gusta… —Sonrió.

Yo estaba inmovilizada con los brazos hacia arriba y me gustaba la sensación, no voy a mentir.

—Mira, ahora, si tiras de estas correas de aquí… —Le señaló a qué se refería, pero fue él el que hizo los honores—, ella se mueve como tú quieras, como una… «marioneta».

Él obedeció y empezó a mover cosas. Con cada movimiento me abría o cerraba las piernas, me inclinaba hacia atrás o me levantaba o bajaba entera.

—Oh, joder, sí, Estrella, me mola mucho esto —aseguró con voz de cachondo perdido y la chica y yo nos reímos.

—Os dejo un rato para que lo decidáis, estaré aquí mismo —dijo mientras se separaba de nosotros y se metía tras un mostrador que no quedaba nada lejos. Si hablábamos a volumen

normal, podría oírnos seguro.

Samu siguió jugando un rato con las correas con la misma ilusión que un chiquillo con un juguete nuevo.

—Las noches que me quede en tu casa —sonrió y me besó—, no vamos a dormir nada, lo sabes, ¿verdad?

—Quédate todas —propuse tras meditarlo… ¿medio segundo?

—Ojalá —se rio—. Imposible, ya sabes cómo se pondría mi madre: «Samuel Andújar, esto no es un hotel, no puedes entrar y salir cuando te venga en gana» —añadió imitando la voz de mi suegra.

—No —sonreí y negué con la cabeza—. Vente a vivir conmigo. Con todas tus cosas, con mudanza, cambiando tu dirección, que no sea mi casa, que sea nuestra… ¿Quieres?

—Joder, Estrella, no lo había pensado, pero ¡sí! ¡Claro que sí!

Me abrazó y me besó totalmente poseído.

—Espera, espera, mejor, vamos a hacerlo bien, no te muevas —dijo tras separarse de mis labios y supongo que sin caer en la cuenta de que no hubiera podido moverme aunque no me lo hubiera pedido—. ¡Tiffany! ¿Tenéis anillos?

—Claro —la chica levantó la vista desde el mostrador y sacó una caja de un armario que había tras ella—, ¿pene o testículos?

—¿Qué? —preguntó Samu con cara de confusión. Menos mal, yo iba tan perdida como él.

—¿Anillo para el pene o para los testículos? —insistió ella.

—No, no, anillo normal, de la mano, de dedo —aclaró él.

—Tenemos lo que tenemos, chato. Aquí nadie viene a hacer lo que estás a punto de hacer tú.

Y yo estaba demasiado perdida, atada a ese columpio, como para que se me ocurriera lo que estaba pasando por la cabeza de Samu. Él se acercó hasta el mostrador y empezó a hablar con la chica. Al momento estaba de vuelta a mi lado con un aro de goma de color rosa. Me soltó las muñecas y yo me agarré a las correas para no caerme de espaldas. Me cogió una de las manos, me lo puso en el dedo y se inclinó hacia mí para hablarme en un susurro.

—A falta de un anillo mejor, dadas las circunstancias, ¿quieres casarte conmigo?

No pude evitar una carcajada. Y lo besé. Lo besé con todo el amor del mundo, porque, aunque no podía ni hablar de la risa, quería que le quedara claro que yo con él era un «sí a todo».

—En realidad —aclaró con una sonrisa—, ese anillo no es para el dedo, pero no es plan de ponérmelo aquí donde hay que ponerlo… Si lo piensas, mejor este anillo que uno de los típicos, porque no es que tú me entregues tu mano, es que yo te entrego mi polla.

Solté una carcajada más grande que la anterior.

—Creo que toda chica sueña con oír la palabra *polla* en su petición de matrimonio.

—Mierda, ¿muy mal? —Se pasó una mano por la cara—. ¿Por eso no has contestado todavía?

—Yo contigo soy un «sí a todo». Siempre.

—Joder, Estrella, cuánto te quiero. —Sonrió y me besó como si no estuviera la chica carraspeando a un par de metros de nosotros.

Me quedé mirando el anillo un momento y comprobé que tenía una parte rígida más grande.

—¿Qué es esto?

Él lo apretó y mi dedo se puso a vibrar.

—¿Cuántas chicas tienen un anillo de compromiso vibrador? —preguntó con un movimiento de cejas.

—Puede que yo sea la primera —me reí.

—Porque eres la más especial. —Me volvió a besar.

—¿Y por qué es rosa?

—Porque es nuestro color —respondió como si fuera lo más obvio.

—¿Tenemos un color? —Pestañeé sorprendida un par de veces.

—Claro, el que nos tocó en la boda de Emma. Aún no estábamos juntos, pero técnicamente fue nuestra primera cita —dijo cargado de razón y no pude evitar besarle yo esta vez. A su manera, siempre ha sido un romántico.

Cargó la caja del columpio en el maletero de mi coche y se sentó en el hueco que quedaba junto a ella. Tiró de mí para que hiciera lo mismo encima de él.

—Así que… estamos prometidos —susurró junto a mi cuello.

—Eso parece, sí —sonreí y me giré a mirarlo—. Lo que no sé es qué le voy a contar a la gente cuando me pregunten cómo fue la petición.

—Ya, joder, qué cutre soy —se rio y se llevó una mano a la cara—. Vamos a inventarnos algo y contamos eso, lo que tú quieras, ¿cómo te habría gustado que fuera?

—Mejor, más divertido —propuse—, invéntate tú una historia y yo otra. No me la cuentes, yo a ti tampoco, y cuando alguien nos pregunte, cada uno contará su versión. A ver cuánto tiempo pasa antes de que alguien nos pille.

—Me encanta —soltó una carcajada y luego me besó—. ¿Y si nos preguntan y estamos juntos?

—Cambiamos de tema descaradamente o uno busca una excusa para salir de la habitación y el otro cuenta su historia. ¿Te parece?

—Trato hecho. —Me abrazó fuerte y enterró la nariz en mi cuello—. Lo importante es que me voy a casar contigo, el resto me da igual.

Y menos mal que le daba igual, porque lo que fue la boda en sí, no resultó para nada lo que una pareja espera de su gran día. No voy a contarte lo que pasó, no fue importante para nuestra relación, lo fue más para la de mi hermano y Greta, por eso ya lo contaron ellos. Solo te diré que nos casamos lesionados y que no fuimos los protagonistas de nuestra propia fiesta. Pero ni siquiera importó. Éramos tan felices que todo lo demás era irrelevante.

Aquel local, por cierto, además de testigo de la pedida de mano más espontánea e inapropiada de la historia, se convirtió también en un lugar de peregrinación al que volvíamos cada vez que teníamos que hacernos un regalo. Desde ese primer día, en cada aniversario o cumpleaños, regresábamos juntos para comprarnos alguna cosa al margen del regalo normal con el que sorprendíamos al otro y que sí podíamos enseñar a la gente.

No sé en qué momento dejamos de ir, pero el caso es que eso es algo que también hace años que se terminó. Como todo.

No puedo creer cómo dejamos que la vida nos arrollara de esa manera.



28. Catarsis

SAMU

Me encanta la casa de Piero y Loui en Sicilia. Es pequeñita, pero tiene un encanto especial. Llegamos ayer y el italiano ha propuesto hoy ir de excursión, dice que nos quiere llevar a un sitio único. Estamos desayunando en las tumbonas del jardín trasero, cuando aparece un *hippie* y salta la valla.

—*Ciao, amici* —saluda a los presentes.

Creo que lo conozco de otras veces que hemos venido, puede que sea el que se lio con Greta cuando ella vivía aquí. Espero que Marc no se ponga en plan… Bueno, en plan Marc.

Loui se acerca a él y se ponen a hablar en italiano. Juraría que hablan de cosas de la casa. Hasta donde sé, Loui lo tiene contratado para que se ocupe de ella durante el año. Piero se acerca a saludarlo también, pero con un tono mucho menos formal. El recién llegado le pregunta algo a Piero de lo que solo entendemos *Greta*. Marc se levanta de golpe y se acerca a él. Le pasa un brazo sobre los hombros, rodeándole el cuello, y acerca su cabeza a la del hippie antes de hablar.

—Franchesquito, Franchesquito, ya sabes que es *la mia dona* —dice en una mezcla de español, italiano y valenciano mientras le enseña la alianza que lleva tatuada—. No me toques los *collonini*, haz el favor. No quisiera tener que hacerte daño.

Chus y yo estallamos en una carcajada ante la amenaza mafiosa nada convincente de nuestro colega. Creo que él está convencido de que ha sido muy intimidante, porque viene a sentarse de nuevo a mi lado esbozando una enorme sonrisa.

—Bueno, ¿qué? ¿Ya tienes claro lo que habría pasado si Greta nunca hubiese vuelto de Italia? —Me río.

—Calla, joder —sisea—. Sí, sí, aquello fue un pensamiento fugaz, pero no digas nada. Si yo tengo más que claro lo que habría pasado… Las cosas están bien como están. —Debo de poner cara de amargado, porque al momento hace una mueca de dolor y sigue hablando—: y a mi hermana se le irá la tontería esta que le ha dado y volveréis a estar como siempre, tú tranquilo.

Me da una palmada en la espalda y yo sonrío para hacerle ver que le creo, aunque lo cierto es que no lo hago en absoluto.

Piero nos ha hecho ponernos los bañadores y zapatillas de deporte, curiosa combinación. Caminamos durante un rato por un camino muy cercano a la costa hasta que llegamos a una montaña. Nos hace subir por una pendiente más escarpada de lo que le gusta a un farmacéutico cuya única actividad física hasta hace unos años era un sexo salvaje y descontrolado, pero desde entonces se reduce a levantamiento continuo de hijos.

Llegamos arriba por fin, tras lo que me parece una puta eternidad avanzando cuesta arriba entre piedras inestables, y nos encontramos en una cueva abierta en la roca de la montaña, de cara al mar. Lo cierto es que la vista es impresionante.

El italiano empieza a desnudarse ante la mirada de todos. Nadie se impresiona, puede que haya visto a Piero más veces en bolas que a mí mismo (lógicamente, con ese comentario me he venido muy arriba, pero se entiende la idea), y seguro que a los demás les pasa lo mismo. Sobre todo a Marc, que vive con él.

—A ver, este es mi lugar de catarsis —explica—, creo que es algo que nos vendría bien a todos, pero especialmente a vosotros dos. —Nos señala a Marc y a mí.

No me atrevo a llevarle la contraria, porque lleva toda la razón. Otra cosa es que me apetezca hacer algo al respecto. Y de Marc ya mejor ni hablamos.

El italiano se acerca en pelotas al borde del precipicio (igual suena exagerado, pero no sé de qué otro modo llamarlo), levanta los brazos y grita algo en italiano. A todos nos da la risa.

—Venga, siguiente —nos insta Piero.

—¿Gritar en bolas? —pregunta Marc—. Yo lo hago si lo hace Loui —propone entre risas sabiendo de sobra que nuestro amigo es incapaz de hacer algo así.

—Yo ya lo hice —asegura Loui.

—No es verdad —se descojona Marc.

—Sí que lo es —confirma Piero—. Él lo hizo en su momento y le sentó fenomenal, ¿a que sí?

Loui sonríe y asiente. Todos nos descojonamos sin dar crédito, porque de verdad que nos cuesta imaginarnos a Loui haciendo algo así.

—Venga, vamos allá, ¿qué hay que hacer? —pregunto mientras me quito la camiseta—. ¿Despelotarse y pegar un grito?

—Es algo más profundo que eso —asegura el italiano—. Se trata de liberar tu cuerpo, por eso lo de desnudarse, y de liberar tu mente, por lo que debes gritar aquello que te preocupa o te atormenta de alguna manera.

—Vale, lo pillo.

Termino de desnudarme entre las risas de los dos cabrones que siguen vestidos. Loui también lleva la ropa puesta, pero solo sonríe, supongo que para no descojonarse abiertamente de las idas de olla de su marido. Me acerco al borde de las rocas y respiro hondo.

—Suéltalo, Samu —susurra Piero—. Suelta lo que te pesa dentro.

Hago una respiración profunda, cierro los ojos y levanto los brazos.

—¡No quiero perder a mi familia! —grito con todas mis fuerzas—. ¡No quiero perder a Estrella!

Y ya está, me invade una tranquilidad que hacía días que no sentía. Que la preocupación sigue ahí, tampoco voy a mentir, pero haberlo gritado de esta manera me ha ayudado a colocarlo en otro lugar, es como si ya no me estuviera quemando las entrañas.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta el italiano poniéndome una mano en el hombro.

—Creo que mejor, nano, gracias.

—¿Alguno más? —pregunta Piero girándose hacia los presentes.

—Yo ya lo hice. —Loui niega con la cabeza.

—Yo soy feliz, gracias, no lo necesito —asegura Chus.

—Venga, Marc, es tu turno.

—Va, a tomar por culo —se ríe el aludido y empieza a desnudarse.

Piero y yo nos apartamos para dejarle sitio cuando termina y él imita lo que hemos hecho nosotros hace unos minutos.

Levanta los brazos y suelta un berrido con todo su vozarrón.

—¡No quiero hacerme viejo! —grita a pleno pulmón y los demás nos reímos entre dientes.

—Estaba claro —murmura Piero poniéndole una mano en el hombro, como ha hecho hace unos minutos conmigo—, pero ten en cuenta que la alternativa es mucho peor…

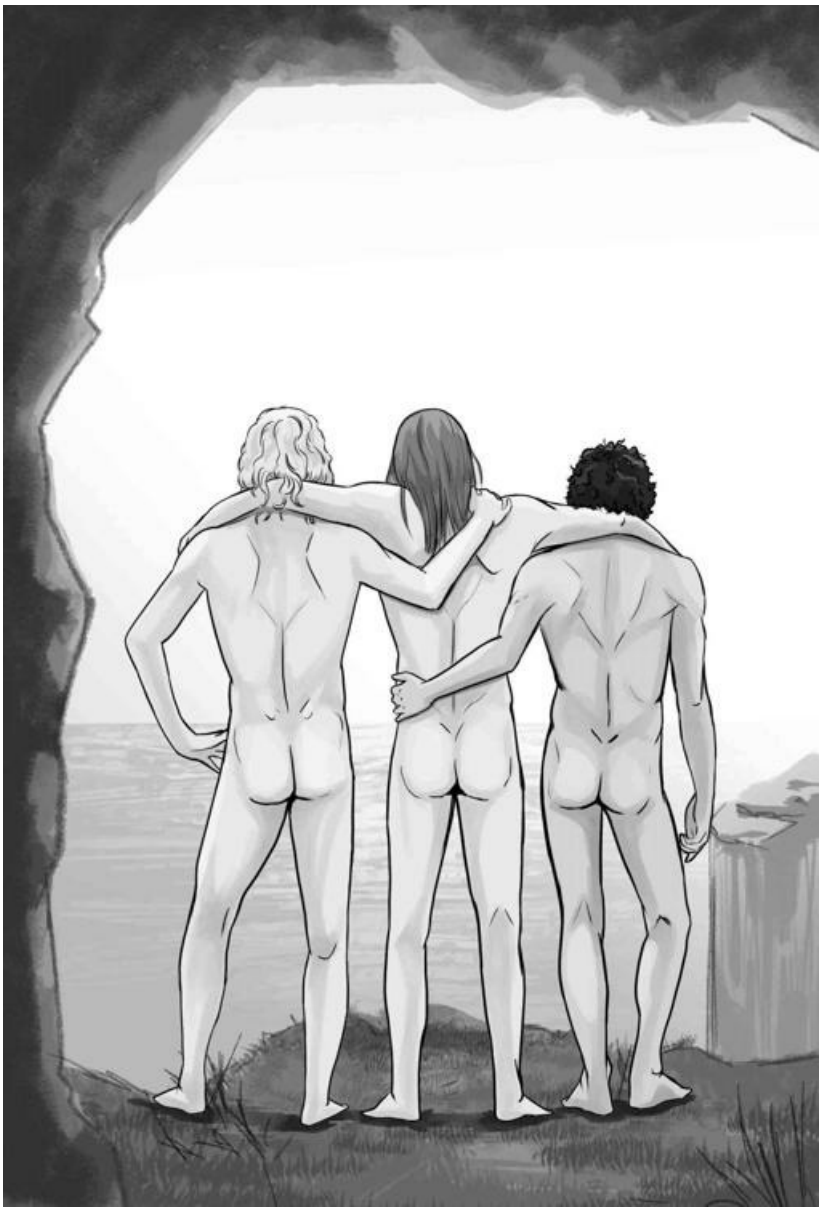
Todos nos descojonamos y yo me acerco a ellos. Marc nos pasa un brazo sobre los hombros al italiano y a mí. Oímos entonces el sonido de la cámara de fotos de un móvil y los tres nos giramos para comprobar que tanto Loui como Chus han inmortalizado el momento.

—¿Te vas a pajear con una foto de mi culo? —le pregunta Marc a Loui con una sonrisa—. ¿Ves? Tenía yo razón, te pongo cachondísimo. —Le guiña un ojo y le lanza un beso.

—Te voy a eliminar de la foto con Photoshop, por flipado, para que veas lo poco que me importas —se ríe Loui.

Marc chasquea la lengua.

—No te lo crees ni tú —asegura Marc y Loui pone los ojos en blanco claramente hastiado de esa coña que lleva siendo recurrente desde hace años.





29. Otra mentira

ESTRELLA

Estoy sentada en el sofá-balancín que hay en el porche, sumida en mis pensamientos e intentando decidir qué quiero hacer con mi vida, cuando llega Greta y se sienta a mi lado.

—¿Cómo lo llevas? —pregunta dirigiendo su mirada a la misma nada que yo.

—No lo sé —suspiro.

—Te entiendo. —Se gira a mirarme—. Solo quiero que sepas que os quiero muchísimo a los dos, y que me encanta veros juntos, pero eso no te debe condicionar a nada. Solo tú sabes cómo te sientes y cómo está lo vuestro. Decidas lo que decidas, estoy de tu parte. Él seguirá siendo mi amigo y lo voy a querer igual, pero, sea cual sea tu decisión, estoy contigo a muerte. No te dejes influir por la presión, ni en un sentido ni en otro. Averigua qué es lo que quieres y cómo te sientes… Y a tope con lo que decidas.

Le devuelvo la mirada y le doy un abrazo, porque necesitaba que alguien me dijera eso, justo eso.

—Gracias —murmuro.

No tardan en salir Carina y Emma con vasos de mojito para todas, menos para Gina, claro. Mi sobrina está arriba en la caseta del árbol, sentada en el «balcón» y con las piernas colgando hacia fuera. Estuvo destrozada durante años, pero, cuando Gina era pequeña, entre Samu y mi hermano la arreglaron y aún sigue bastante bien, pese a las maldades que hacen mis hijos y su hija pequeña en ella cada vez que vienen.

Cojo el vaso que me tiende Emma y alzo las cejas.

—¿Mojitos? ¿Así empieza la tarde?

—Bueno, falta poco para las ocho, podemos considerarlo casi casi noche —sonríe la italiana.

—Falta casi una hora para las ocho —puntualizo.

—¡*Cazzo*, bebe y calla!

Obedezco y le doy un trago al mojito. Emma extiende unas toallas sobre el césped y nos sentamos todas, cada una con su bebida. La italiana saca el equipo de música de la sala y lo pone en marcha. Una primera canción[x] nos ameniza la velada.

Dos mojitos más tarde, estamos riéndonos a carcajadas no tengo muy claro de qué, cuando a Carina le llega un mensaje. Suelta una risa aún mayor y nos hace un gesto con la mano para que nos acerquemos a ver su móvil. Todas obedecemos y nos quedamos flipadas por la imagen que nos devuelve la pantalla. Es una foto de su hermano, el mío y mi marido, los tres desnudos (de espaldas, menos mal) y al aire libre. No entiendo nada.

—Pero ¿a qué viene eso? ¿Qué significa esa foto?

—Ni idea —se ríe Carina—. Me la ha mandado Chus.

—No, no, no, mierda, joder —se queja Greta—, ¿por qué han hecho eso?

Se tumba bocabajo en la toalla y esconde la cabeza entre los brazos.

—¿Qué pasa? Que hagan lo que quieran, no es para tanto… —No entiendo por qué le parece mal, a mí me parece gracioso y no me sorprende demasiado.

—Es que, después de la noche de la absenta, le dije a Marc que Samu la tenía muy pequeña, y ahora va a saber que era mentira.

Yo suelto una carcajada enorme.

—¿Por qué le dijiste esa trola?

—Porque estaba indignada, porque Samu había dicho que yo tenía pocas tetas, y Marc estaba muy cabreado, no sé, me salió solo.

—Bueno, lo mismo mi hermano no se acuerda de eso.

—Oh, sí que se acuerda, ya te digo yo que se acuerda.

—¡Mamá! —grita Gina saltando desde arriba de la cabaña en un movimiento que a cualquiera de las que estamos abajo nos habría costado más de una fractura—. ¿Es eso lo que pasó la famosa noche de la absenta que nunca me queréis contar? ¿Que te liaste con el tío Samu?

—Mierda, mierda, ¿quién ha traído a esta niña metomentodo? —se queja su madre—. Está en todas partes…

—¡¿Y tú lo sabías?! —me pregunta mi sobrina en un grito indignado.

—Tranquila, cielo —respondo—, eso fue antes de que empezara ella con tu padre y Samu conmigo. Eran libres de hacer lo que quisieran. Y creo que ninguno de los dos piensa que aquello fuese una buena idea… Pero de los errores se aprende.

—Flipo —bufa Gina—. ¿Por qué nadie me lo había contado?

—Porque no es asunto tuyo —gruñe su madre—. Eres pequeña para entenderlo.

—No, no lo soy.

—Mira cómo te has puesto…

—Por la sorpresa, nada más…

—Lo que me extraña —dice Greta volviendo a mirar la foto— es que no esté Chus ahí también. De Loui no me sorprende, porque él es como es, pero Chus, con lo que le mola apuntarse a un bombardeo…

—Ah, no —Carina niega con la cabeza—. A mi chico no le gusta nada andar desnudo. Bueno, conmigo sí, claro, ya está acostumbrado; pero tiene mucho complejo. Él sí que tiene una anaconda enorme, y le ponen incómodo los comentarios sobre eso, así que intenta evitarlos y que nadie lo sepa. Pero anaconda de verdad, de condones XL, ¿eh?

A todas nos da un ataque de risa, menos a Gina, que se pone rojísima.

—¡Demasiada información! ¡No necesitaba saber eso! —Se indigna y las adultas seguimos riéndonos.

—Bueno, ya está claro cómo bajarle los humos a esta niña cuando nos vuelva a vacilar —suelta Emma—, no hay más que hablar de penes.

—Pollas —corrijo yo entre risas.

—Rabos —puntualiza su madre.

—Anacondas —remata la italiana.

Y a las cuatro nos da un ataque de risa de los de «menos mal que estamos en el suelo». Mi sobrina nos mira flipadísima, supongo que le damos vergüenza ajena. En este caso no me extraña, la verdad, aunque intuyo también que se la daríamos igual haciendo o diciendo cualquier otra cosa. Qué mala es la adolescencia.



30. ¿Qué tal?

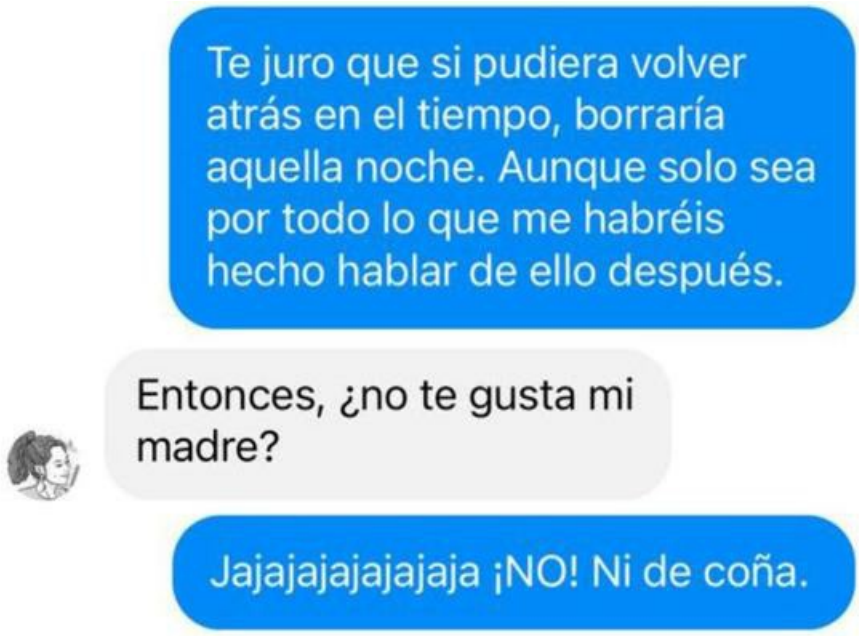
SAMU

Hoy hemos venido a la playa. Lo cierto es que los gritos de hace unos días me sentaron de puta madre y, aunque no lo reconozca, creo que a Marc también. Él tiene tendencia a tomárselo todo a broma, para no admitir que hay cosas que le agobian o que le preocupan de verdad. Piero quería que fuéramos a la playa nudista, pero al final hemos venido a una normal, qué manía tiene el italiano de ir siempre en bolas. Que no es que a mí me importe, ya ves tú, pero tampoco tengo necesidad de estar todo el día viéndoles el rabo a mis colegas.

Noto cómo se me va secando la piel bajo el sol y no creo que tarde mucho en volver a meterme al agua. Aunque me encante esta sensación, llega un momento que se hace insoportable. Cojo mi teléfono para preguntar cómo van las chicas, no he sabido nada desde hace varios días.



Yo suelto una carcajada.

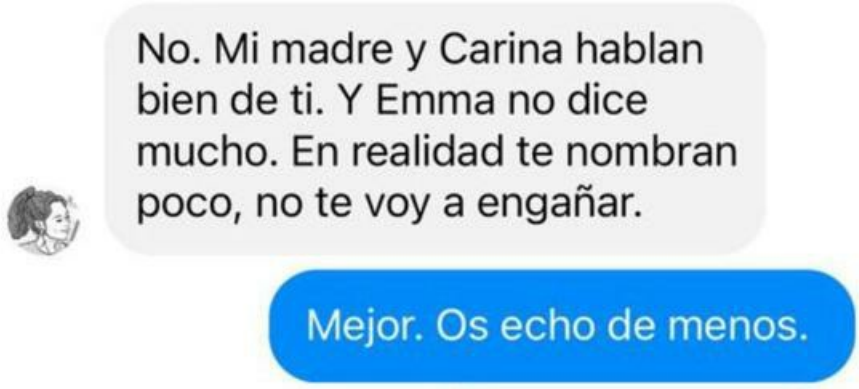


Me parto con esta niña. Qué falta me hacía reírme así.

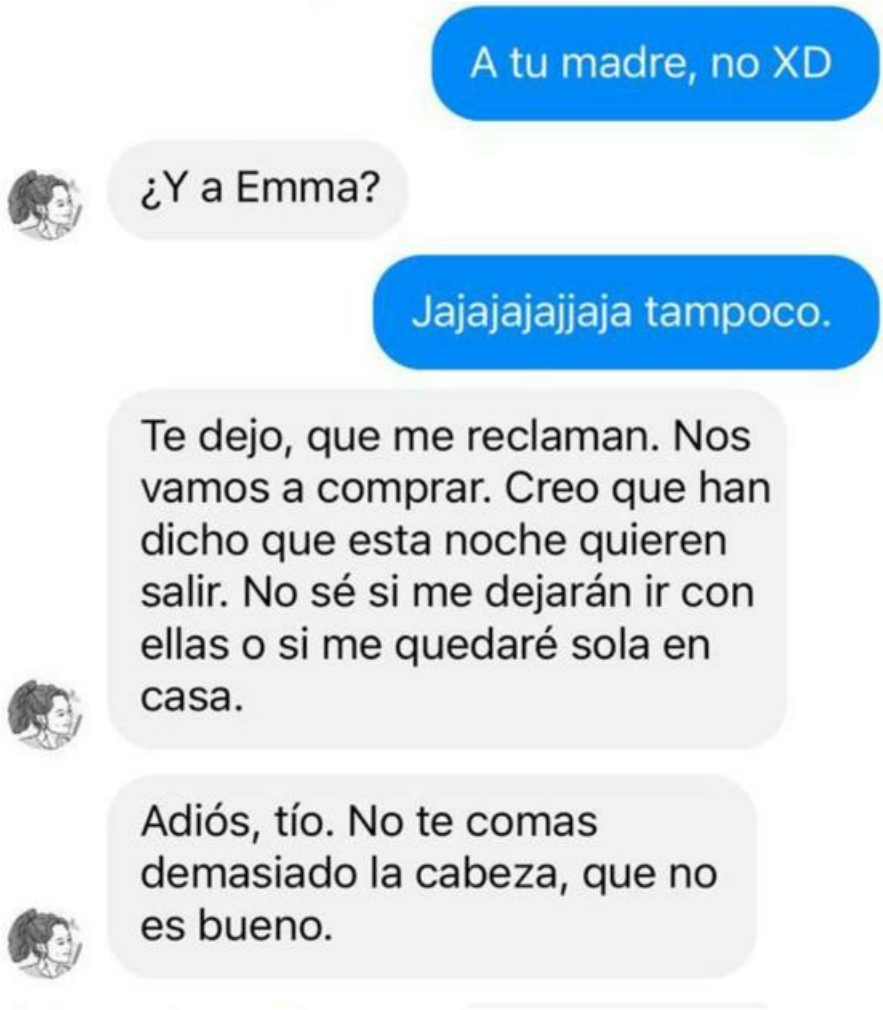


Sonrío de imaginarla riéndose, hace mucho que no ocurre. Me duele un poco que no sea

gracias a mí, pero está bien que lo haga.



Me corrijo rápidamente para que no empiece con lo de antes.



Respiro hondo ante la idea de que vayan a salir de fiesta y a emborracharse, que tampoco sé si es la idea.

Vuelvo a guardar el teléfono en la bolsa cuando Piero se incorpora en su toalla y hace su gran

proposición:

—¿Os apetece ir a soltar algo de adrenalina?



31. En ascenso

SAMU

De nuevo el amigo Piero nos hace subir por una pendiente empinada, pero hoy no llevamos zapatillas de montaña. Esto no entraba en nuestros planes y vamos todos en chanclas. Lo cierto es que no es tanta caminata y el camino es más accesible que el de ayer, pero Chus se va quejando.

—Nano, qué coñazo. Yo soy una rata de biblioteca, tanto aire libre y tanta cuesta me viene regular. A mí dame un libro de aventuras, lo de vivirlas os lo dejo a vosotros.

El italiano se ríe entre dientes y retrocede para ponerse tras él. Coloca las manos en la espalda del quejica y continúa caminando, empujando a Chus en el proceso.

—Hostia, tío, funciona, cómo mola subir así.

—Ascensores Mancini a su servicio. ¿Desea algo más el caballero? ¿También va a querer que le dé la manita al saltar?

—¡¿Saltar?! ¿Cómo que saltar? ¿Qué se supone que vamos a saltar? —grita Chus a la vez que intenta girarse para verle la cara a Piero, intuyo que para averiguar si está de coña. Desde fuera no lo parece, la verdad, y, después de lo del otro día, no dudo de que nos vaya a hacer saltar alguna cosa.

—¿Qué fue de aquellas salidas en las que toda la diversión eran porros y cervezas? —pregunta Chus en un lamento—. ¿Cuándo nos hemos vuelto tan sanos?

—Sanos no, ancianos —intervengo yo—. Sobre todo Marc, lo hacemos por él, no tiene ni edad ni cuerpo para aquellos trotes.

—Calla, hijoputa. —El aludido se descojona y me da una colleja—. Os recuerdo que soy el más joven de todos.

—Pfff —bufa Loui—. Toda la vida lloriqueando por ser el pequeño y ahora vacilando de serlo, cuando además eres el que peor lleva lo de cumplir años…

—Va, ¡si estoy hecho un chaval! —grita Marc—. Venga, abuelacos, con más energía, que os pesa el culo.

Da unos saltitos acompañados de unas palmadas y echa a correr montaña arriba. Sí, sé lo que

estarás pensando: una ladera montañosa, con vegetación de todo tipo y piedras y rocas que se desprenden del camino con facilidad. Y él en chanclas. No hace falta que te explique la hostia que se mete, ¿no? Te cuento un poco por si no lo visualizas: una piedra se suelta del suelo cuando él la pisa y, lógicamente, pierde estabilidad. Al intentar clavar el otro pie, la suela de la chancla se dobla por la mitad y, antes de que podamos darnos cuenta, tiene el culo y la espalda en el suelo y las piernas en el aire. Como somos unos cabrones desalmados, Chus, Loui y yo nos empezamos a descojonar, pero Piero y su instinto de médico salen corriendo para ver si está bien.

Lo está. Pero su chancla, no. No ha sobrevivido a la caída y se ha roto por donde se engancha la pieza que va entre los dedos a la suela. ¿Has intentado caminar alguna vez con una chancla rota? Entonces entenderás el nuevo ataque de risa que nos da a los tres cuando Marc intenta seguir el ascenso en esas condiciones.

—Mamones, no os descojonéis —dice intentando sonar serio, pero deshuevándose también.

Casi no puedo ni andar de la risa y solo pienso en lo que se va a reír Estrella cuando le cuente lo que le ha pasado a su hermano. Y caigo en la cuenta de que no voy a contárselo, porque, aunque en algún momento volveré a hablar con ella, no será para esto. Y se me corta la risa de golpe y un nudo me agarrota el estómago. Necesito pensar en otra cosa.

—Tío, quítate las chanclas y sube descalzo —sugiero—. Recupera tu dignidad.

—Sí, claro, ni de puta broma subo descalzo por aquí —asegura mientras sigue arrastrando un pie montaña arriba del modo más patético que te puedas imaginar.

Voy hasta él, me quito las mías y se las acerco con una patadita.

—Nenaza —le susurro con una sonrisa justo antes de seguir descalzo mi ascenso. Soy el único que podría hacerlo, los demás tienen los pies bastante más pequeños que nosotros.

Se pone mis chanclas y coge las suyas en la mano tras la mirada que le lanza Piero cuando ve su intención de dejar aquí abandonadas las rotas.

—Que quede claro que yo no te las he pedido. No te debo nada —me suelta.

Giro sobre mis talones para mirarlo, porque le he sacado bastante ventaja en lo que ha tardado en cambiarse de calzado.

—De nada, colega. Yo también te quiero. —Le lanzo un beso.

—¿Otro como Loui? —se ríe—. ¿También estás enamorado de mí? Le voy a decir a mi herman…

Corta la frase a la mitad, no sé qué coña iría a hacer, pero se da cuenta de que no es apropiada. Me debe de mutar la cara porque cambia su gesto y viene corriendo hacia mí. Sí, corriendo. Sí, otra vez. Y sí, se vuelve a caer. Esta vez hacia delante; y las chanclas que rompe son las mías. En esta ocasión, hasta Piero se descojona. Yo también, pero me acerco a él despacio y me agacho para estar a su altura.

—Nano, que si eres subnormal y no sabes andar —susurro mientras le pongo una mano en el hombro—, nos lo dices y no pasa nada. Te queremos igual.

—Cabrón —se ríe con las rodillas clavadas al suelo—. Ayúdame a levantarme.

Tiro de él para que se ponga en pie.

—Venga, a caminar descalcito. —Le doy una palmada en la espalda.

—Si de verdad me quieres, llévame a caballito.

Entorno los ojos, arrugo la nariz y me río antes de hablar:

—Está claro que no te quiero tanto.





32. Salta

SAMU

Terminamos nuestro ascenso y nos encontramos en una explanada muy grande que parece ser lo alto de un acantilado. Me asomo con cuidado y veo el agua a bastante distancia bajo nosotros. Así a ojo no parece mucha altura, pero ver las olas rompiendo contra la pared de piedra impresiona un poco, no te voy a engañar.

—¿Ya tenéis claro qué vamos a saltar? —sonríe el italiano—. To-dos, y en esto voy a ser inflexible.

—¡¿Estás loco?! —grita Chus.

—Estamos mayores para esto —se queja Loui.

—¿A qué altura estamos? —pregunto.

—Unos seis metros, no es tanto —asegura Piero.

—Desde esa altura, si caes mal, ¡te matas! —Loui está a punto de entrar en pánico.

—Pues será cuestión de caer bien —sonríe su marido—. Venga, que nos va a sentar genial a todos. ¡Vamos a soltar un poco de adrenalina!

Nos explica por dónde debemos saltar y cómo tenemos que volver a subir después. Hay una escalera que asciende desde el agua por un lateral. Definitivamente, habría sido mucho más sencillo para Marc subir por ahí. Me vuelvo a reír al recordar el incidente de hace un momento.

—Venga, os voy a enseñar cómo hay que hacerlo —nos informa Piero mientras se quita la camiseta. Luego se sitúa para coger carrerilla.

—¿Aquí no te despelotas del todo? —pregunta Chus con una sonrisa.

—Me encantaría probar lo que se siente en bolas durante la caída, tiene que ser una pasada —contesta el italiano—, pero la idea de mis huevos chocando directamente contra el agua desde esta altura me frena bastante, no te voy a engañar…

Todos emitimos al unísono un gemido de dolor ante la idea.

Piero se aleja todo lo que puede para coger carrerilla. Respira hondo y sale corriendo a toda velocidad. Cuando llega al borde del precipicio, se impulsa con fuerza y aún da un par de pasos más en el aire antes de iniciar el descenso en caída libre. Cuando por fin se sumerge, me da toda

la envidia, necesito sentir eso.

—Vamos, ¿quién se apunta? —pregunto mientras me quito la camiseta.

—Venga, ¿quién dijo miedo? —se apunta Chus y hace lo mismo.

—Loui, corazón, ¿te da miedo? Si te doy la manita durante la caída, ¿te apuntas? —suelta Marc y Loui resopla.

—De verdad, Marc, que cada día estás más tonto. —Se quita la camiseta—. Voy a saltar igual, pero, si tengo que darle la mano a alguien, será a Piero. ¿O eres tú el que tiene miedo?

—¿Yo? Tssss…

Piero llega de vuelta hasta a nosotros.

—Parece que no voy a tener que amenazar a nadie, ¿no? —Da una palmada en el aire—. ¿Listos?

Nos repite rápidamente las instrucciones que nos ha dado antes y yo, aunque escucho con atención, lo doy por sabido antes de que termine. Solo quiero saltar.

Me sitúo para coger carrerilla. La piedra caliente arde bajo mis pies descalzos y echo a correr con todas mis ganas. Con las ganas, el miedo, la tensión y la ira que siento a lo largo del día. Cada día. Corro como si mi vida dependiera de ello. Corro como si mi vida, la que se ha ido a la mierda, estuviera bajo ese barranco.

En cuanto mis pies dejan de tocar suelo firme, mi corazón se acelera y el tiempo se ralentiza un poco, aunque no tardo en caer. El frío del agua me envuelve y el dolor que me ahoga desde hace semanas es sustituido por la euforia más absoluta. Salgo a la superficie justo cuando Marc cae a escasos metros de mí. En cuanto saca la cabeza del agua, grita un «yihaaaaa» que hace que me dé la risa. Nada hasta mí y me abraza con más fuerza de lo que lo ha hecho nunca. Y grita otra vez. Mucho, muy fuerte.

—¡Nano, qué subidón!

Me río como respuesta. Igual yo no estoy tan a tope, pero le devuelvo el abrazo, porque me sienta mejor que el salto. Porque son el tipo de gestos que necesito ahora mismo.

—¡Otra vez! —berrea y tira de mí.

Y lo sigo, porque yo con este tío voy donde haga falta.

Llegamos hasta la escalera y es entonces cuando salta primero Chus y después Loui con Piero.

Marc y yo volvemos a tirarnos. Y otra vez. Y otra. Y llega un momento que pierdo la cuenta. Y Piero nos enseña cómo se tira él dando volteretas en el aire, pero nosotros no somos tan sofisticados. Lo importante en nuestro caso (en el mío al menos) es mantener el nivel de adrenalina necesario para que este subidón me acompañe toda la tarde y no vuelvan una y otra vez las trampas de pensamiento (esto lo sé de vivir tantos años con una psicóloga) y las sensaciones de mierda.

Parece que saltar al vacío de manera literal es el único modo de dejar de sentir que lo estoy haciendo de manera metafórica todo el tiempo.



33. No quiero salir

ESTRELLA

—Yo me quedo en casa con Gina, salid vosotras —me ofrezco de un modo mucho más egoísta que desinteresado.

—Ni de broma —se queja Emma—. Las solteras salimos y nos desmelenamos.

—Yo no estoy soltera —puntualizo.

—De momento.

—Bueno, lo que sea, no sé cómo van a salir las cosas, pero soltera no estoy —insisto.

—Da igual, tú te vienes.

—Yo me quedo con Gina —se ofrece Carina.

—No, me quedo yo, que soy su madre —zanja Greta.

—Argh, que tengo quince años, que me puedo quedar sola, no necesito que se quede mi mamá conmigo…

—No es porque no te puedas quedar sola, cielo —explico—, es porque está feo que nos vayamos de fiesta y tú no puedas venir y te dejemos aquí sola.

—¿Sabes qué te digo? —tercia Greta— Que para algo soy su madre. La maquillamos para que parezca un poco mayor y se viene con nosotras. Si total, al *pub* se puede entrar a los dieciséis, no le falta ni un año.

—A ver, que me apetece saber lo que es salir por la noche y saber lo que es, pero lo de ir con una pandilla de viejas… —Tuerce el gesto al decirlo para dejar claro que lo dice de broma, pero todas nos hacemos las ofendidas para seguirle la corriente.

—Decidido —concluye Greta—, la adolescente que todo lo sabe y esta pandilla de viejas se van de marcha. ¡Todas a ponerse divinas!

Ya en mi habitación, vacío medio armario sobre la cama sin saber ni qué ponerme. Cuando lo he sugerido antes, todas me han ofrecido que mirara en sus armarios, pero estoy vieja para ponerme nada de lo de ellas. Y gorda, nada me cabría tampoco. O flaca, la verdad es que ya ni lo sé. Desde que nacieron los niños, engordo y adelgazo sin sentido según el nivel de estrés. Hace

siglos que no me peso y más o menos el mismo tiempo que no me miro al espejo ni en ropa interior. No quiero ni verme, la verdad.

Aparece Emma en mi habitación disfrazada de Greta y me da un ataque de risa. Lleva un vestido negro de su hermana (normal, no sé si Greta tiene ropa de algún otro color), su chupa y el tipo de maquillaje que suele llevar ella. Ha cambiado sus habituales perlas por unos aros en las orejas. Solo la diferencian los zapatos, porque Emma no sale de casa sin tacones, y el pelo, que siempre lo lleva impecablemente planchado y no con los rizos salvajes de su hermana.

—¿Qué tal, Greta? ¿Has visto a Emma por ahí? —pregunto entre risas.

—Estoy ridícula, ¿verdad? Se lo he dicho, pero ha insistido en que para desmelenarme tenía que salir de mi zona de confort con la ropa también.

—No es mala idea —sonrío—. Estás guapa. ¿Cuál es tu plan para desmelenarte?

—Ligarme a un tío bueno, por supuesto. Y tú, a otro.

—No, no, yo paso —me defiendo mientras sigo buscando qué ponerme.

—Venga, un tío de esos que parece que no existen en la vida real, ¿no quieres saber lo que se siente?

—¿Y crees que vas a encontrar en el *pub* del pueblo a un tío así? —Me río—. Además, que yo estoy casada todavía con uno así. Yo ya sé lo que se siente.

—Vale, eso es cierto —tercia Emma—. Pero yo no, Carlos era normalito, necesito un tío de los de las películas, quiero nuevas sensaciones.

—¿Carlos normalito? —La ironía de Greta corta el aire desde la puerta y llega hasta nosotras —. ¡Qué va!

—Bueno, no me parecía lo más importante que el chico esté buenísimo para construir una relación, la verdad —se defiende Emma.

—Ah, pues lo es —asegura Greta—. Ayuda mucho cuando son gilipollas, porque todos en algún momento lo son, que al menos lo salve el estar bueno…

—Ahí lleva razón la enana —le confirmo a Emma haciendo referencia a cómo llamábamos a Greta cuando era pequeña.

—Bueno, menos rollos, señoritas, si vamos a salir, que sea ya o me da el bajón —interrumpe la italiana apareciendo en ese momento con Gina. Van todas vestidas y listas para salir, menos yo.

—Qué guapa estás, Gina. Qué guapas estáis todas… —murmuro—. Yo creo que no voy a salir. —Se me quiebra un poco la voz, más de lo que me gustaría—. No estoy de humor, y no sé ni qué ponerme.

—No, no, déjate de mierdas —protesta Greta yendo hacia la cama, donde está desparramada casi la totalidad de mi ropa—. Esto mismo. —Coge una prenda sin apenas mirarla y me la lanza. Yo siento ganas de llorar.

—*Cazzo*, Greta —gruñe Carina—. Hasta yo sé que esas no son maneras. Que si no sabe qué ponerse, habrá que ayudarle a elegir lo que le siente mejor…

—Vale, perdón. —Greta pone los ojos en blanco.

Yo me siento en la cama y se me escapa una lágrima.

—No, joder, no vamos a volver a empezar —se desespera Emma.

—¡Dejadla todas en paz! —protesta Gina y se sienta a mi lado en la cama—. Tía, pasa de ellas. Si no quieres salir, no salimos. Yo me quedo y que se vayan estas pesadas. Si quieres llorar, pues lloras. Y si quieres ir en chándal a beber chupitos, pues también, porque solo tienes que hacer lo que te dé la gana y no tienes que darle explicaciones a nadie. ¿O no? —Levanta la cabeza y las demás asienten.

—Sí, tranquila, no es obligado, haz lo que quieras —empieza Greta—. Si no quieres salir, no salgas. Y si quieres que nos quedemos todas, pues también, no pasa nada.

—*Cazzo*, claro. Lo que tú quieras.

—No sé ni lo que quiero.

Mi sobrina me pasa una mano por el pelo y se pone a cantar[xi].

—*Estrella se pinta de blanco el pelo / Y dice que se siente vieja…*

—Qué bajón me da esa canción —sollozo un poco y sonrío a la vez—. Parece que hable de mí. En algún lugar hay otra Estrella superada por su propia vida. Como yo.

—*Cazzo*, pues eso tiene que acabar —protesta la italiana antes de seguir con la canción—. *Y la estrella se apagó / ¡Vuelve a iluminarte, Estrella!* —Grita la última frase y da un tirón para que me ponga de pie. Lo hago.

Entre ella, Gina y Greta tiran de mí y empiezan a dar saltos a mi alrededor cantando el estribillo. Mientras, Emma va revisando la ropa que hay sobre mi cama y eligiendo con detenimiento lo que me voy a poner.

—*Escondida en un cajón ¡Estrella! / O dentro de una botella ¡Estrella! / Siempre la misma canción / Llorando sin ton ni son / ¡Vuelve a iluminarte! / ¡Vuelve a iluminarte, Estrella! / ¡Vuelve a iluminarte, Estrella!*

Y yo las entiendo, si decirlo es muy fácil…

Una hora después, entramos al único *pub* del pueblo. Todo el mundo se nos queda mirando, como en las películas cuando aparece un grupo de forasteras, pues lo mismo. Supongo que el pelo violeta de Carina y la adolescente larguirucha ya llaman la atención lo suficiente por sí mismas como para que tengamos que añadirle el hecho de ser las extrañas. Mira que hace años que nuestros padres compraron la cabaña, pero el caso es que nunca nos hemos relacionado demasiado con la gente de aquí. Supongo que, al estar nuestra casa en medio del monte, no ha sido ni práctico ni necesario. Igual cuando éramos pequeños sí, pero lo cierto es que estuvimos muchos años prácticamente sin venir.

Encontramos una mesa libre al fondo y nos sentamos las cinco. Pedimos cerveza para las adultas (no queremos ser, además de las forasteras, las raritas que piden algo extraño) y un refresco para Gina. Emma se acomoda en el respaldo de su silla y echa un vistazo al local.

—Venga, ¿qué os parecen? ¿Qué decís? ¿Aquellos que hay junto a la máquina de tabaco?

Me giro a echar un vistazo y vuelvo a mirar a Emma espantada.

—Son muy viejos —siseo.

—Cari, deben de tener nuestra edad, un par de años más como muchísimo —sentencia Emma.

—Es que si tu punto de referencia es Samu, pasan estas cosas —se descojona Greta.

—¿Y a que también te parecen enanos? —Se ríe Carina.

—Pues un poco —sonrío.

Todas sueltan una carcajada menos Gina.

—Tía, no —dice la pequeña con cara de susto—. No irás a ligar, ¿no? Aún estás casada con el tío Samu. Y aún no habéis roto del todo, ¿no? Aún lo podéis arreglar, él quiere arreglarlo… Te quiere mucho, no te líes con otro.

Su madre pone una mano sobre la de ella y le besa la cabeza. Mi sobrina no dice nada más, pero me mira con ojillos suplicantes.

—No voy a liarme con nadie, tranquila —le aseguro.

Ella respira ligeramente aliviada, pero no estoy segura de haberla convencido del todo. Un chico muy jovencito se acerca a nuestra mesa y le pregunta a Gina si quiere bailar con él. Todas aguantamos la risa como unas campeonas, menos Greta, que, metida de lleno en su papel de

madre cabrona, suelta un «uuuuuuuuuh» que tiñe de rojo las caras de los dos adolescentes (bueno, la del chaval un poco más, que ya la traía así). Luego le da un empujoncito a su hija para que vaya con él, con la prohibición de salir del local o desaparecer de su vista.

A partir de la tercera cerveza, la noche empieza a volverse algo confusa. Carina y Gina se marchan. Emma nos arrastra a hablar con un grupo de chicos. Tres, como nosotras. Greta dice que mejor seguirles el rollo para ayudar a Emma en su propósito. Ella elige a su víctima (en el caso de Emma me parece un término oportuno, la verdad) y Greta y yo nos quedamos hablando con los otros dos, hasta que ellos se van a bailar y me quedo con un tío mono, pero demasiado viejo, demasiado bajito y nada gracioso.

Me está contando una historia aburridísima no sé ni de qué, solo presto atención a sus manos. A esas manos enanas que sostienen su cerveza. ¿Dónde va con unas manos tan pequeñas? ¿No se le caen las cosas? Pienso en las enormes manos de Samu y en cómo sabe usarlas. Y en cuánto hace que no le dejo ni que me toque. Y ahora me gustaría que lo hiciera. Ojalá estuviera aquí. El alcohol ayuda al cosquilleo que siento por todo el cuerpo. Igual solo necesitaba alejarme un poco de él y de los niños para coger perspectiva. O para relajarme. O para echarle de menos. O igual simplemente es que me he relajado de verdad por primera vez en los últimos cuatro o cinco años y ahora estoy cachonda perdida oyendo hablar a un tío que no me interesa lo más mínimo.

—Tengo cuatro hijos —interrumpo para que se impresione y se calle. Y, ya de paso, si sale huyendo, mejor que mejor.

—Mmm, oh, vaya… No sé qué decir… —balbucea.

—No tienes que decir nada. —Me encojo de hombros y doy otro trago a mi cerveza. Ya no sé ni cuántas llevo—. No son tuyos. —Me río. Tiene que pensar que soy subnormal.

O no, porque, en lugar de eso, se acerca más a mí con su cara mediocre y sus manos enanas y susurra.

—Pero no están por aquí, ¿no?

—Chu-pi-tos-chu-pi-tos… —Aparece Greta cantando y se pone a mi lado junto a la barra para pedir bebidas para todos.

A la primera ronda le sigue otra. Y otra más.



34. La llamada

SAMU

La brisa nocturna parece estar dando un respiro del sofocante calor que ha hecho durante el día y en las tumbonas de este jardín se está como en el puñetero paraíso. Solo necesitaría a Estrella aquí conmigo para que todo fuese perfecto. Sí, no se me va de la cabeza ni un momento, creí que había quedado claro lo pillado que estoy. Soy cansino y soy consciente de serlo, ningún problema con eso.

Marc y Piero están de pie, cantando y bailando la canción[xii] que suena por el equipo de música. Lo dan todo y los demás no podemos más que admirar el espectáculo entre risas. Se cansan pronto y vuelven a sentarse con nosotros.

Chus ha dicho algo que les ha hecho soltar una carcajada y me lo he perdido, mierda. Marc se ríe tanto que temo que se vaya a caer de su tumbona. Piero ha sacado la guitarra, está cantando una canción[xiii], pero parece que no da una. Loui está rojo de tanto reírse, pero creo que él no va tan ciego como Marc, parece que su risa es por ver así a Piero.

—Quiero proponer un brindis —Loui levanta su vaso y con la otra mano se limpia una lagrimilla que se le escapa todavía por las carcajadas de hace unos segundos—. Por nosotros, ¿quién nos iba a decir que seguiríamos juntos tantos años después? Y, lo que era más improbable: que seríais unos respetables padres de familia.

—Lo de «respetables» lo podríamos discutir —interrumpe el italiano y a todos nos da la risa.

—En ese caso —intervengo—, el brindis debería ir más por mí, que soy el que ha tenido más hijos. Cuatro, nada más y nada menos, señores. Aún me da vértigo.

—No, nano —me corta Chus—. Tú no has tenido cuatro hijos.

—¿Cómo que no? —Lo miro flipando, no voy tan ciego como para olvidarme de cuántos hijos tengo. No entiendo a qué se refiere. Los demás parecen tan perdidos como yo.

—Pues eso, que tú no has tenido cuatro hijos, has tenido el mismo hijo cuatro veces. —Casi se le corta la voz del ataque de risa que le da y los demás nos unimos enseguida.

—Qué cabrón —me río—. Pues son muy diferentes.

—Son fotocopias, nano, asúmelo —suelta Marc.

No tienen ni puta idea. Vale que los cuatro tienen mi pelo y mi color de ojos, pero los gemelos tienen las cejas y la forma de los ojos como Estrella. Y Nico tiene su sonrisa, hoyuelos incluidos. Y Manu es el que más se parece a ella en general, tiene casi su misma cara, aunque sea con mis colores. Y de la personalidad mejor ni hablamos, porque ahí no tienen nada que ver unos con otros. Joder, solo hace unos días que no los veo, pero los echo muchísimo de menos.

—Aprovecha que te has librado de ellos unos días, tío, que tiene que ser agotador tener cuatro —dice Chus.

—Y más los tuyos, que son el mal. Mira que los quiero, pero son puro nervio mis sobrinos —se ríe Marc.

—Bueno, eso se lo ha buscado él solito con los nombres, ¿no? —Se descojona Chus—. Era la idea, supongo…

—¿Qué idea? ¿Qué nombres? No te sigo. —Niego con la cabeza porque no sé de qué me habla.

—Joder, si piensas en protagonistas gamberros de literatura infantil… No sé, yo pienso en *Daniel el Travieso*, *Guillermo el Travieso*, *El pequeño Nicolás* y *Manolito Gafotas*. Los tienes a los cuatro.

—¿Sí? ¿Eso son nombres de libros? —Flipo—. Primera noticia.

—Pues pensaba que lo habías hecho adrede —se ríe Chus.

—Manu no lleva gafas —me defiendo con ese único argumento y todos se descojonan. Yo me uno a las risas enseguida.

Uno de los teléfonos se ilumina en ese momento sobre la mesa donde los hemos dejado todos juntos.

—No, nada de móviles —se queja Piero.

—No te jode, porque tú tienes aquí a Loui —protesta Chus—. Si me llama tu hermana, hablo con ella, nano, que con vosotros estoy todo el día…

Piero pone los ojos en blanco, pero no dice nada, lo tiene que entender.

Contra todo pronóstico, es Marc el que se incorpora y va hasta los teléfonos.

—Es el tuyo —dice antes de lanzármelo por el aire—. La jefa.

Lo pillo al vuelo y veo la foto de Estrella que ilumina mi móvil cuando me llama y justo encima su nombre. Es ella, me está llamando. Por un momento me invade la euforia, hasta que Loui rompe mi burbuja:

—A ver si ha pasado algo, es muy tarde.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo y un mal presentimiento me invade. Nunca en mi vida he deseado tanto estar equivocado.

—¿Estrella? ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo? ¿Están bien los niños? —pregunto aterrorizado al descolgar mientras me alejo un poco de mis amigos para oírla mejor.

—Argh, joder, Samuel, qué cachonda me pone oír tu voz. Cómo la echaba de menos…

Una sonrisa acude a mis labios sin permiso y se me relajan todos los músculos que no sabía que tenía en tensión. Mis amigos me miran expectantes y me hacen gestos para que les diga qué pasa. Niego con la cabeza por respuesta y centro toda mi atención en ella.

—Estrella, ¿estás borracha? —susurro.

Me doy la vuelta y me dirijo al interior de la casa a buena velocidad, los cabrones se parten de risa, pero paso de ellos.

—Sí, estoy un poco «contentilla»… —se ríe—. Y te echo de menos, ojalá estuvieras aquí, Samuel… Dime cosas al oído, que hacía mucho que no escuchaba tu voz.

Me encierro en mi habitación y echo el pestillo para hablar con ella tranquilo. Quiere hablar

conmigo. Está borracha, pero quiere hablar conmigo. Está borracha y no está por ahí ligando con otro, está al teléfono echándome de menos.

—Joder, Estrella, ojalá pudiera coger un puto avión y plantarme ahí ahora mismo. —Me dejo caer contra la pared, apoyo la cabeza y cierro los ojos.

—No, que estoy muy enfadada contigo. —Se vuelve a reír—. Bueno, esta noche un poco menos… Pero sigo enfadada.

—Claro —susurro en el tono de voz que sé que más le gusta.

—Oh, eres malvado, Samuel. —Su voz dulce suena melosa y sexi, es lo más jodidamente erótico del puto mundo y yo ya estoy empalmadísimo.

Me desabrocho el pantalón con la mano en la que no tengo el teléfono y la meto dentro buscando un poco de alivio. La oigo respirar fuerte.

—¿Qué estás haciendo, Estrella? ¿Dónde estás?

—Me he encerrado en mi habitación. ¿Te vas a quedar aquí conmigo, Samuel? ¿Vamos a hacer esto juntos?

—Me quedo contigo donde me pidas… Y hacemos lo que tú quieras. ¿Qué quieres hacer, Estrella? —Mi voz es apenas un susurro, tengo miedo de decir algo que pueda romper este momento.

—Quiero hacer el amor contigo esta noche.

—Estrella —gimo—, ¿qué quieres que haga?

—Quiero que te desnudes, Samuel.

—¿Para qué? —Sonrío—. Ya tengo la mano en la mejor parte.

Ella se ríe entre gemidos. Ojalá pudiera verla.

—¿Quieres que hagamos una videollamada? —Me atrevo a preguntar.

—No, que no sabemos qué podría romper este momento —susurra con la voz entrecortada—. Desnúdate, Samuel.

—Es que mi habitación da al jardín donde están estos —susurro—. Y, si bajo la persiana, van a venir a joder.

—Hazlo por mí, Samu.

Y con ese *Samu* me acaba de ganar por completo… O me acabo de perder a mí mismo, porque no hay nada que no haría por ella. Bajar la persiana y escuchar risas al otro lado es todo uno, era inevitable. Empiezan a dar gritos y sé perfectamente que se acercan a decir cosas, pero opto por ignorarlos, ahora mismo solo estamos ella y yo. Pero están, los muy cabrones están. Sé que esto es un karma que tenía pendiente por joderles la reconciliación a Marc y Greta durante mi despedida de soltero, pero no es el momento, esta venganza kármica me viene fatal ahora mismo. Silencio la llamada durante un segundo y les grito:

—¡Dejadme en paz, cabrones, que esto es importante!

Ellos se ríen más fuerte, pero parece que obedecen. Le quito el silencio al micrófono del móvil y vuelvo con ella.

—¿Estás ahí? —Me pregunta en un murmullo.

—Estoy. —Respiro hondo—. Estoy contigo.

—¿Y qué haces?

—Voy a quitarme la camiseta.

—Ay, sí, y quítame la mía también.

—Joder, Estrella, ojalá pudiera. ¿Cuál llevas?

—¿Qué más da? Imagínate que llevo la ropa de aquella primera noche. ¿Te acuerdas de cómo iba vestida esa noche, Samu?

—Claro que me acuerdo. Llevabas una blusa blanca y la falda rosa que me gusta tanto —sonrío—. Pero quiero a la Estrella de ahora, no pienses ni por un momento que me pone más cachondo la de hace años —explico con la respiración algo entrecortada por culpa de los movimientos de mi mano. Sí, así está el tema.

—Es que hasta en un momento como este me dices cosas bonitas, Samu, no es justo… —gime.

—Vale, ¿me callo?

—No, no te calles —jadea.

—¿No nos íbamos a desnudar?

—¿Quieres?

—Quiero lo que tú me pidas. —Me quedo un momento en silencio—. Estrella, ¿metiste algo del cajón de abajo en la maleta?

—No —miente con una sonrisa, lo sé aunque no la vea.

—¿Qué cogiste? —Sonrío yo también—. ¿Qué te has llevado, Estrella? ¿Qué tienes en la maleta?

—A Sam —susurra. Y yo suelto una risa eufórica que me calienta el pecho. Sam es uno de nuestros consoladores, tenemos un montón, la verdad; pero a este le hemos puesto nombre porque es especial. Es de mi «tamaño», bueno, no me voy a poner fino a estas alturas, es el más similar a mi polla, ya te lo habrás imaginado. Y además es rosa, que es nuestro color. ¿Qué quieres que te diga? Cada pareja tiene sus movidas, y para nosotros esto es romántico. Y a mí que se haya llevado justo a Sam me da esperanza, porque ahora está borracha y desatada, pero no lo estaba cuando hizo la maleta.

—Cógelo, Estrellita, vamos a jugar con Sam.

Ella se ríe y la oigo bajar de la cama.

—Lo tengo —susurra—. ¿Ya te has desnudado, Samu?

—No, voy. Hazlo tú también.

Lanzo el teléfono sobre el colchón y me quito la ropa rápidamente. Me tumbo en la cama y cojo el móvil de nuevo.

—¿Ya estás desnudo, cielo?

Y volverle a oír usar ese apelativo cariñoso que usaba conmigo a diario antes de que todo se fuera a la mierda me pone más cachondo todavía. Y no quiero pensar en lo que va a pasar cuando terminemos esta llamada, necesito enfocarme en esto sin mirar más allá.

—Sí, Estrella —respiro hondo—. Haz conmigo lo que quieras.

—Ay, sí, tienes voz de desnudo.

Intento contener una carcajada.

—¿Tengo voz de desnudo?

—Claro, ¿crees que no identifico cuándo mi marido está desnudo aunque sea por teléfono? —ronronea.

Madre mía, qué mierda lleva. No quiero hacer o decir nada que pueda romper este momento, es lo mejor que me ha pasado en meses. En muchos meses.

Noto cómo me sube un *te quiero* por la garganta, pero lo mastico con fuerza y me lo vuelvo a tragar, porque, aunque me muero por decírselo, no es lo que busca ella esta noche.

—Háblame, Estrella, dime cosas —suplico, porque esto lo he hecho muchas veces yo solo, pero ahora está conmigo, aunque sea al teléfono.

—¿Qué quieres que te diga, Samu? ¿Que ojalá fueran tus manos las que me están tocando ahora mismo? ¿Que mi cuerpo te echa de menos? ¿Que me encantaría que estuvieras aquí,

conmigo, desnudo, entre mis piernas?

—Joder, Estrella —farfullo—. Mierda, qué poco va a durar esto…

Ella se ríe de mi último comentario.

—No pasa nada, cielo. Córrete cuando lo sientas… Yo te siento aquí, Samu, siento que estoy follando contigo.

Gruño como respuesta, porque no quiero pensar en nada que decir, porque solo quiero compartir imaginación con ella y sentir también que estamos juntos.

—Samu, cielo, me voy a correr —me avisa.

—Sí, joder, Estrella, hazlo… Ojalá fuera mi boca la que lo provocara —gimo muy al límite yo también.

Y la escucho con atención. Escucho su respiración cada vez más acelerada y los jadeos que tan bien conozco y que tanto echo de menos. Y noto cómo intenta ahogar un grito. Lo consigue a medias. Me encanta cuando grita libre durante el orgasmo, aunque casi nunca puede, lógico.

Estoy a punto. Muevo mi mano con más fuerza para que no acudan a mi cabeza pensamientos bajoneros ahora mismo.

«Samu, sexo, solo sexo. No pienses en nada más, nano, no es el momento».

Y me corro por fin ahogando un grito e intentando hacer el menor ruido posible. Mi respiración entrecortada se mezcla con la suya y solo puedo pensar en Estrella y en cómo me gustaría que estuviera a mi lado ahora mismo y poder agarrarme a ella. Porque sin ella me caigo, me rompo, me hundo, me ahogo…

Cierro los ojos y me concentro en mi dificultad para respirar y en la suya.

Sigo escuchando sus jadeos cuando me levanto de la cama y paso al baño a lavarme un poco, porque el pringue ha sido tremendo. La pongo en manos libres y sus gemidos llenan la habitación. Termino rápidamente con lo que estoy haciendo y vuelvo a ponerme el teléfono en la oreja.

—Estrella, ¿has vuelto a empezar? —pregunto en un susurro y la oigo reírse—. ¿Sin mí? —Sonrío yo también.

—Me apetecía y tú ya habías acabado —admite con un gemido. No ha parado ni para hablar, es como si pudiera verla—. Y ya sabes que el segundo me viene muy fácil.

—Hazlo, Estrella, córrete otra vez —susurro con lo que ella llama (o llamaba, supongo) mi voz sexi.

—¡Oh, joder, Samuel! —No ha hecho falta más. Me río entre dientes mientras la oigo recuperar el aliento.

Vuelvo a tumbarme en la cama y simplemente la escucho respirar. Debo de tener cara de tonto ahora mismo, pero me da igual.

—Qué bien voy a dormir esta noche —asegura cuando vuelve a respirar con normalidad.

—No cuelgues, Estrella, por favor. Todavía no.

—¿Qué más quieres, Samu?

—Quédate conmigo. Háblame. Te echo tanto de menos…

—¿Qué quieres de mí? —Suspira.

—Todo. A ti. Lo que teníamos. Quiero nuestra vida de vuelta —me atrevo a susurrar—. Lo necesito. Os necesito… Te necesito.

—Yo no quiero volver a esa vida de mierda —suelta con un lamento.

Está claro que el alcohol le ha soltado la lengua, y a mí un sudor frío me recorre todo el cuerpo y se me acelera el corazón.

—¿Vida de mierda? —Se me atasca hasta la voz al repetirlo—. ¿Eso sientes?

Chasquea la lengua antes de hablar.

—No te hagas el sorprendido.

—¿En qué lugar me deja eso? —susurro.

—Pues en el que tú te has colocado, Samu, ¿qué quieres que te diga? De todas formas, creo que es mejor que no lo hablemos esta noche, no estoy muy centrada. —Se ríe, pero yo tengo ganas de llorar.

—¿Y los nanos?

—¿Qué pasa con los niños? —pregunta con desgana.

—¿Tienen culpa también de esa vida de mierda?

—Tenemos más hijos de los que podemos gestionar, Samu, eso no es una sorpresa. Los quiero con locura, pero me están quitando la vida.

«¿En serio? ¿En serio piensa eso?».

—Yo te quiero, Estrella —farfullo como puedo.

—Y yo a ti también —dice con desgana antes de volver a chasquear la lengua—. Pero no soy feliz desde hace mucho.

—¿Y qué puedo hacer? Dime qué quieres que haga. ¿Cómo lo podemos arreglar? Me niego a creer que esto no tenga solución.

—Dame tiempo, Samu, necesito más tiempo. Necesito aclarar las ideas y pensarlo todo tranquilamente. Lo que tengo claro es que no quiero volver a lo que teníamos. Ni de coña.

—Bien —respondo intentando que mi voz suene firme, pero notando cómo algo se me rompe por dentro—. Llámame cuando lo tengas claro, o cuando quieras hablar conmigo.

—Vale, Samu, buenas noches.

Y me cuelga. Y yo me quedo mirando al techo como un gilipollas, porque no era así como quería que terminara esta conversación. Porque no quería que terminara y punto.



35. No es confusión

ESTRELLA

Me despierto con una resaca terrible y el recuerdo difuso de lo que pasó anoche.

Mierda.

Cojo mi móvil y compruebo que sí, que le hice una llamada a Samu de unos cuarenta minutos.

Mierda otra vez.

Recuerdo vagamente la conversación. De lo que sí me acuerdo es de cómo me hizo sentir. Lo echo de menos. Lo echo tanto de menos que es casi insoportable, pero las cosas están como están.

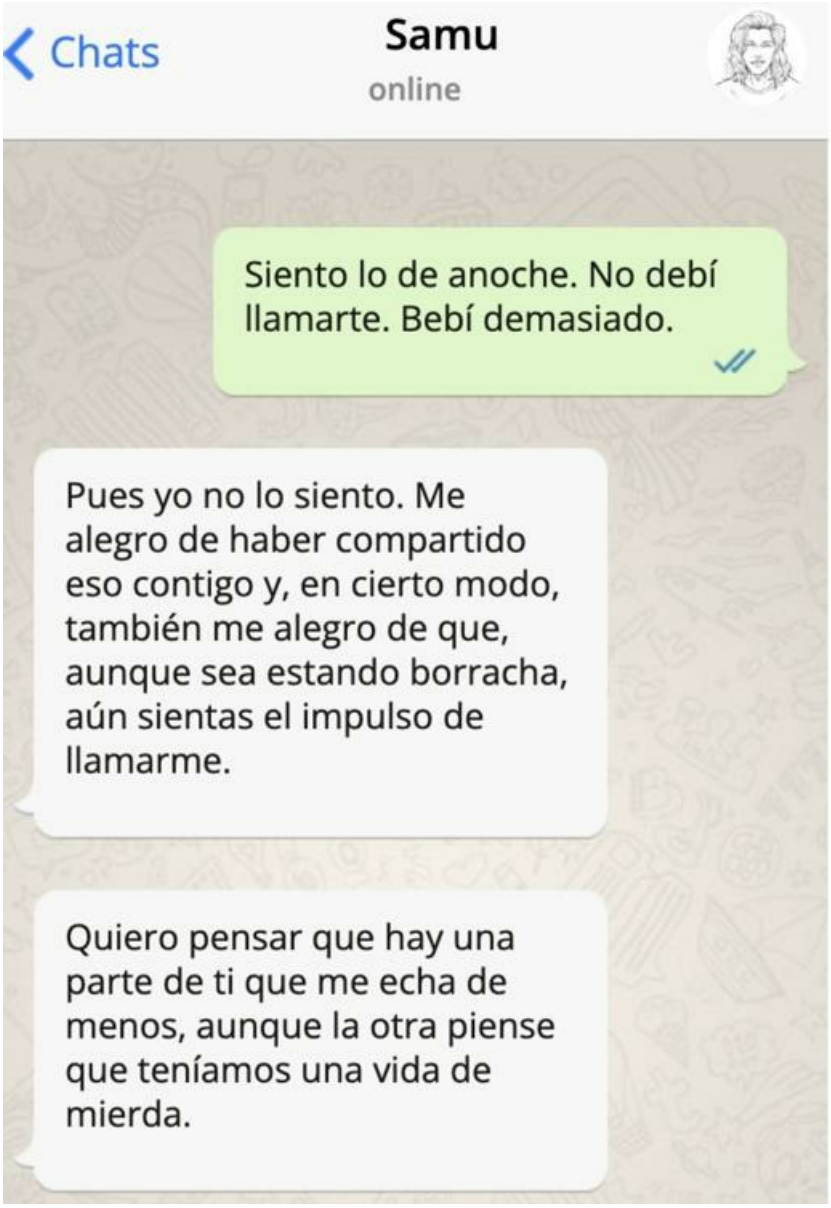
Me agobio solo de pensar en volver a casa.

Lo último que quiero es confundirle, no debí llamarlo.

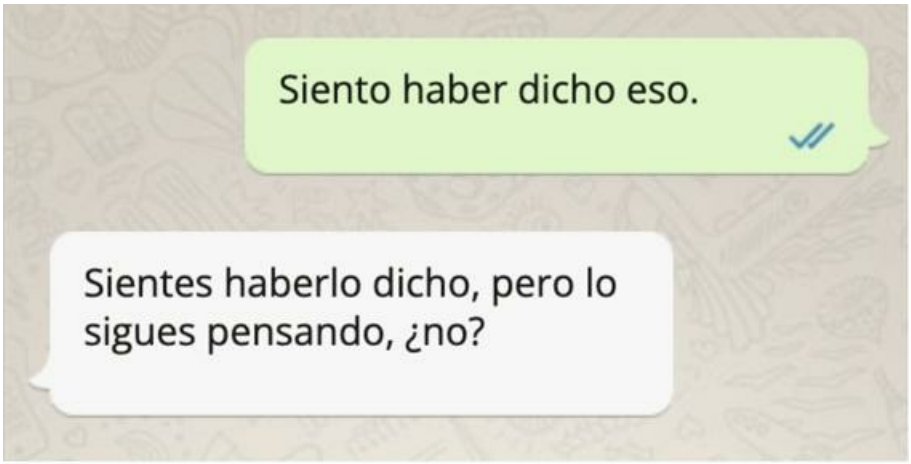
Debí haber sido más fría.

Mierda, mierda, mierda.

No quiero dejar esto así. Le escribo rápidamente un mensaje y no tarda en llegar su respuesta.


Chats
Samu
online
Siento lo de anoche. No debí llamarte. Bebí demasiado.
Pues yo no lo siento. Me alegro de haber compartido eso contigo y, en cierto modo, también me alegro de que, aunque sea estando borracha, aún sientas el impulso de llamarme.
Quiero pensar que hay una parte de ti que me echa de menos, aunque la otra piense que teníamos una vida de mierda.

Toma dardo envenenado. Me lo merezco un poco, la verdad, no debí decirle eso.



Respiro hondo y no sé ni qué contestar.



Y se desconecta. Está molesto. Y lo entiendo. Pero yo no sé qué hacer.

Me pongo ropa cómoda y salgo de la habitación, hoy no me sacan de casa ni de coña. Me dejo caer en el sofá y me tapo la cara con un cojín.

Me quito la almohada de la cara cuando noto que alguien me empuja.

Gina se ha sentado a mi lado y ha apoyado la cabeza en mi costado. Le paso un brazo sobre los hombros y la atraigo hacia mí. Solía hacer mucho esto cuando era pequeña, pero cada vez es menos frecuente. Me gusta aprovechar estos momentos cuando ocurren. Ella sonríe y ronronea cuando le acaricio el pelo.

—Mi niña —susurro—, qué mayor te estás haciendo.

Ella sigue ronroneando. Lleva el teléfono en la mano. El teléfono de la discordia. No puedo evitar preguntarme cómo consiguió que Samu se saltara la prohibición de Marc y Greta. Tampoco me sorprende nada, es una niña muy inteligente. Pero inteligente en serio, tiene una

sobredotación intelectual importante y detectada desde pequeña. Y ahora, conforme van pasando los años, lo va usando más y más en su beneficio.

Me llega un mensaje a mi móvil.



Bloqueo el teléfono y suspiro.

—¿No le vas a decir que tú también le quieres? —pregunta la pequeña cotilla que tengo enroscada a mi cuerpo.

—No quiero confundirle —susurro—. Y tú no deberías espiar conversaciones ajenas.

—¿Confundirle? —Mi sobrina se incorpora con cara de indignada—. ¡¿Es que no le quieres?! Porque si le quieres, no es confusión.

—Claro que le quiero, pero no es tan sencillo, Gina. —Me pellizco el puente de la nariz, porque me duele la cabeza y no estoy con ánimo de darle explicaciones.

—Tía, perdónale ya. Te quiere tanto…

—A veces eso no es suficiente, cielo. —Suspiro.

—Entonces ¿qué? ¿Qué es lo que quieres?

—No lo sé, Gina. No lo sé.

Cierro los ojos y apoyo la cabeza contra el respaldo del sofá.

Ojalá lo supiera.



36. Velada musical

SAMU

Doy vueltas a mi teléfono en la mano con la esperanza de recibir un «yo también te quiero» que, en el fondo, sé que no va a llegar.

El día transcurre entre playa, saltos en el acantilado, cervezas y risas. Risas de los demás, hoy no me esfuerzo en seguirles el rollo. Respetan mi espacio. De vez en cuando me miran con lástima, qué se le va a hacer, supongo que es lo que me toca. Así tratábamos todos a Chus cuando lo dejó su ex.

Ya por la noche, de nuevo en las tumbonas del jardín, los oigo reírse, pero lo cierto es que no les estoy prestando atención. Estoy navegando por Spotify buscando una canción para mandarle a ella. Sí, puede que sea un poco lamentable, y quiero darle el tiempo que me ha pedido, pero necesito que sepa que no me la quito de la cabeza, que esto me está matando, que solo pienso en ella.

Igual es egoísta por mi parte y debería no decirle nada más hasta que fuera ella la que me hablara, pero no lo puedo evitar, necesito hacerle llegar algo. Encuentro una canción[xiv] que me sirve y se la envío. Al momento ella se conecta. Y no me dice nada. Pero creo conocerla lo suficiente como para saber que la estará escuchando. La pongo yo también y me imagino que es algo que estamos haciendo juntos, aunque así de separados.

El día siguiente me parece exactamente igual que el anterior. Por la noche, repito lo mismo. Elijo canción[xv], se la envío y, en cuanto me aparecen los tics que indican que ha leído el mensaje, la reproduzco para sentir que la escucho con ella, que estoy con ella.

Otro día más que se escapa entre playa y cerveza y, cuando llega la noche, de nuevo me pongo a buscar una canción[xvi].

Algo me golpea en la cara cuando estoy absorto en mi tarea. Levanto la cabeza y miro hacia el origen del objeto golpeador no identificado.

—Que te estamos hablando, joder —se queja Marc—. ¿Qué coño haces con el móvil? Llevas

tres días que pareces un puto zombi. ¿Con quién hablas?

Se deja caer de su tumbona y se arrastra hasta la mía. No adivino su intención, por eso me pilla desprevenido cuando me quita el teléfono de la mano.

—¡Eh! —protesto—. ¡Dámelo!

—¿El Spotify? ¿En serio? ¿Nos ignoras para mirar canciones? Que además ni oyes, porque aquí no suena nada… ¿Qué cojones haces?

—Es cosa mía. —Se lo quito de la mano con mala hostia.

—¿Qué pasa, Samu? —pregunta Piero, pero todos me miran con cierta preocupación, así que, aun a riesgo de convertirme en el ser más patético del mundo, decido contarles lo que he hecho las dos últimas noches y que tengo toda intención de repetir.

—A ver si lo entiendo —dice Marc cuando termino mi relato—. Llevas dos noches mandándole una canción a Estrella y ella no te ha contestado ni una vez, ¿no?

—Sí.

—No le mandes más canciones, nano. Ten un poco de dignidad —me dice serio.

—Déjame, la mando si quiero. —Y, tal como lo digo, le doy al botón de enviar.

—Pfff, tío, solo falta que se agobie. Que mi hermana es la hostia…

—Espera, tengo una idea —interviene Chus—. Voy a mandarle yo una a Carina, y tú una a Greta. —Señala a Marc—. Así pensarán que es algo que estamos haciendo todos juntos y lo mismo Estrella no se agobia tanto…

—Qué buena idea, nano. —Marc se entusiasma.

—Igual no la estoy agobiando —me defiendo—. A lo mejor le gusta…

—Mejor no arriesgar —dice Chus—. Venga, voy a buscar.

—¡Yo ya la he mandado! —se descojona Marc—. La tiene que estar escuchando ahora.

—A ver, ponla, que oigamos lo que le has mandado —se ríe Loui—. Te creo capaz de cualquier cosa.

Marc empieza a reproducir una parte de la canción[xvii] en su teléfono.

… tú deberías estar anonadada, suspendida, transportada, extasiada, derretida, ojiplática, pasmada, qué sé yo… Tú deberías estar enajenada, desatada, desvestida, trastornada, embrutecida, desbocada, sin control, fuera de ti… Tú deberías estar loca por mí…

—Es buenísima —se ríe tanto que nos contagia a todos.

—Yo soy Greta y te mando a la mierda —se parte Chus—. Enviada la mía.

El móvil de Marc emite un pitido.

—¡Me manda una de vuelta! A ver qué dice. —Ya se ríe antes de darle al enlace.

El *I-dio-ta*[xviii] de Los Ronaldos inunda el jardín y a todos nos da la risa.

—Si no estuvierais tan lejos, hoy dormías en el sofá… —apunta Piero.

—Qué va, si me ama… ¡Hostia, ya sé la que le voy a mandar ahora!

—¿Cuál has enviado tú, Chus? —Pregunta Loui.

El aludido la empieza a reproducir en su móvil[xix].

Perdone, señorita / Mí necesita hablar con usted / Yo sé que no está bien visto / A las extranjeras no hablarle en inglé' / Pero es que tengo una cosa / Que con los idioma' no puedo describir / No existe ninguna palabra /Que explique las ganas que tengo de ti…

La canción continúa, pero la paramos para escuchar la que acaba de enviar Carina de vuelta[xx]. Solo entendemos «mambo italiano» y todos nos partimos.

—Eso es que quiere mambo, nano. —Marc le da una palmada en la espalda.
—O que le está diciendo que es italiana, que no le hable en inglés —apunta Piero.
—Lo que sea, pero él no dormiría en el sofá —se ríe Loui.
—Ni yo, mira la que le acabo de mandar —interviene Marc y reproduce otra[xxi].

…Y ábreteme bien y ábreme el corazón / No quiero esperar a la boda / No quiero esperar un futuro mejor / Si ya casi estoy en pelotas / Lo quiero ahora / Lo quiero ahora / Lo quiero ahora…

—Qué poca vergüenza tienes —se parte Loui.
Nos volvemos a descojonar todos. Esto me está sirviendo para distraerme, aunque no voy a fingir que no me duele ser el único que no va a recibir una canción de vuelta. Sé que es una tontería, pero es un símbolo, no sé, para mí es importante.
Cuando llega la respuesta[xxii] de Greta, las carcajadas las tienen que oír hasta ellas desde España por fuerza.

Eres tonto, muchacho, tú eres tonto / Y en tu casa lo tienen que saber / Porque aquí estamos hartos de saberlo / Que eres tonto y qué le vas a hacer…

—A ver cómo arreglas esto, chaval —se parte Chus.
—Hostia, hostia, a ver si se va a mosquear de verdad. Voy a mandarle una[xxiii] romántica que te cagas. —Le da a enviar—. A ver qué os parece…

Tengo poco más de tres minutos / Para decirte algo que sabes ya / Sé que siempre te lo digo / Pero es tan grande que lo tengo que contar / Qué jodidamente increíble es quererte / Qué jodidamente increíble es tocarte, besarte, mirarte, abrazarte y poder pensar…

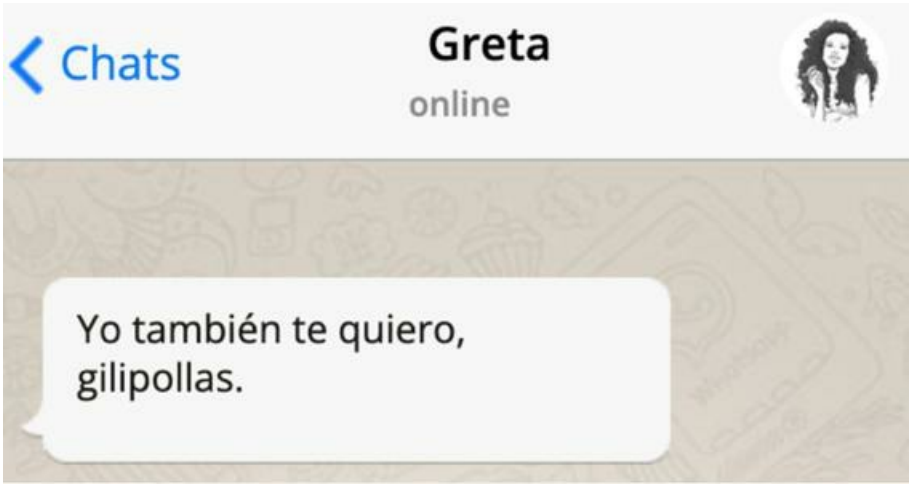
—Esta sí, ¿no? Con esta no me va a mandar ninguna impertinencia, ¿verdad?
—Con ella nunca se sabe —se ríe Piero.
—Bueno, me la juego.
Yo respiro hondo y sigo más pendiente de la canción que de sus voces, porque yo también le dedicaría esa a Estrella. Porque todo lo que dice me representa. Porque era jodidamente increíble quererla y no sé en qué momento dejé de saber hacerlo.



37. Samu toca fondo

MARC

Recibo un mensaje de Greta y lo abro con el culo apretado, aunque no creo que se haya mosqueado en serio, nosotros somos muy de hacernos estas coñas.



Sonrío. Asunto resuelto. Le mando un *gif* un poco obsceno (lo justito) y me vuelvo a guardar el teléfono.

Suena en ese momento el móvil de Samu.

—Hostia, es Estrella. Me manda una canción[xxiv]. —Trastea en su teléfono emocionado como un crío—. Es de Alejandro Sanz, tiene que ser buena señal por cojones, ¿no? No hay nada más

moñas… —Sonríe—. «Viviendo deprisa». Me suena, pero nunca me he parado a escuchar la letra…

—No la pongas ahora, ya la escucharás —interrumpe Loui.

—¿Qué dices? Mi mujer me manda una canción, primer mensaje desde… Bueno, desde cuando sea; la pongo ya mismo… Necesito escucharla ya.

—*No sé cómo decirte que hoy / Me he dado cuenta…* —empieza a sonar en su móvil.

—¿De qué te has dado cuenta, Estrella? —pregunta Samu ilusionado.

—*Del tiempo que perdí contigo / Dando vueltas* —sigue la canción.

—Joder, qué bajón de principio —se ríe el rubio—. Bueno, ahora mejorará.

Loui se pasa una mano por la cara. Yo me estoy temiendo lo peor.

—*A un sueño donde me jurabas ser princesa / Y ha resultado ser tan solo una promesa…*

Nos hemos quedado todos con cara de póker, nadie dice nada.

—Qué mal rollo —suelta Samu con una risilla nerviosa—. ¿No mejora?

Loui y Chus niegan con la cabeza, se ve que la conocen; yo, ni puta idea, la verdad.

—*No sé cómo decirte que hoy / Me he dado cuenta / Que has apurado a fondo mi paciencia / Hoy sé que nunca has entregado nada a cambio / Que he sido yo solo un juguete entre tus manos…*

—Vale, pues ya está claro. —Samu sonríe y empieza a tocar la pantalla de su móvil—. No hace falta escuchar más. Esto es el final, me acaba de dejar, ¿no?

Pero el teléfono no responde y la música sigue sonando.

—*Ya me cansé / De vivir / Improvisando para ti / Ya me cansé / De seguirte, yo me quedo aquí…*

—Cállate, coño —se ríe el rubio mientras sigue intentando parar la reproducción.

—*Y he malgastado mis fuerzas, mira / Viviendo deprisa / Ya no doy más / No me esperes, yo me quedo aquí…*

—Nada, puto móvil, que no se calla. —Baja de la tumbona en la que está y da un par de golpes con el teléfono en una piedra grande que hay en el césped—. Que sí, que se ha terminado, lo he pillado, cállate ya, coño.

—Cuidado, nano, que te lo vas a cargar —intervengo yo por primera vez.

—*No sé cómo decirte que hoy / Me he dado cuenta / Que ya no me enloqueces cara de muñeca…*

—Pues antes le gustaba mi cara de muñeca… —se ríe—. Supongo que ya no, pues nada, ya ves tú… —habla en un tono rarísimo, da un poco de yuyu. Golpea con más fuerza el móvil contra la piedra—. ¡Cállate, coño, ya he pillado la idea!

—*Estoy cansado de vivir de esta manera / Viviendo tan deprisa…*

El nivel de los golpes ha ido aumentando hasta que finalmente en el teléfono deja de sonar la canción. Pero eso no lo detiene, Samu sigue golpeando el móvil contra la piedra hasta que empiezan a desprenderse cristales.

—Para, nano —interviene Piero—, que te vas a hacer daño. Ya no suena la canción, déjalo estar.

—«Déjalo estar» —se ríe Samu mientras sigue dando golpes y le empieza a sangrar la mano. Mierda—. Eso ha hecho ella: dejarlo estar, ¿no? Catorce años y lo deja estar con una canción. De puta madre. Supongo que no merezco más… ¿Qué coño voy a merecer? ¿Una llamada? ¿Una explicación? No, una canción y a tomar por culo.

—Para, Samu, suelta el teléfono. —Loui se ha acercado hasta él y le ha rodeado la muñeca con la mano para hacerle parar.

—¡Déjame, joder! —Samu se zafa del agarre con un gesto muy brusco y Loui se separa de él algo asustado. Al menos eso le ha hecho dejar los golpes. El rubio se pone de pie y lanza lo que queda de su móvil bien lejos—. ¡No todo se soluciona con calma y buena actitud, tío!

—Eh, no lo pagues con Loui, que no tiene la culpa —interviene Piero—. Vamos a curarte esa mano, que estás sangrando.

—Paso de la puta mano, me la suda. Eres afortunado, Loui, date cuenta, tu marido está siempre ahí para dar la cara por ti… Él nunca te dejaría con una canción…

—Bueno —interrumpo—, igual no iba en serio, igual no estaba rompiendo contigo… A mí Greta me ha mandado la de *Idiota* y la de *Eres tonto*… —Sé que no soy nada convincente, no me lo he creído ni yo, pero no se me ocurre qué otra cosa hacer para que Samu no se hunda más, porque lo cierto es que a mi hermana ya le vale, hay que ser muy cabrona para hacer algo así.

—¡Será lo mismo! —grita Samu y me mira con ojos de puto loco.

—No es lo mismo, nano, ya lo sé —murmuro, porque tiene toda la razón y me jode que la tenga.

—Vamos a curarte la mano, estás sangrando mucho, Samu —insiste el italiano.

—¡Me da igual la puta mano! —grita el rubio con la cara roja y las venas del cuello hinchadas. No sé en qué momento ha empezado a llorar, pero tiene toda la cara mojada—. ¡Ya no necesito la mano, no voy a hacerme pajas nunca más! ¡Voy a follar como un cabrón! Me voy ahora mismo a buscar una italiana, seguro que alguna quiere follar conmigo. —Se seca la nariz en la manga y se da media vuelta para ir hacia la puerta del jardín.

Chus tiene más reflejos que yo y se planta delante de él antes de que salga.

—No, nano, no hagas eso, mañana te sentirás fatal…

—¡Es imposible que me sienta peor que ahora mismo!

Antes de que le dé tiempo a apartar a Chus de su camino, lo rodeo por la espalda y lo abrazo con fuerza para retenerlo.

—No te vas, tío, no quieres hacerlo. Sabes que no quieres hacerlo.

Mi móvil vibra en mi bolsillo y emite el pitido de aviso de un nuevo mensaje. Será Greta contestando al *gif* obsceno. Mal momento. Lo ignoro. Varios mensajes más, pero sigo sujetando al rubio con fuerza, esto es lo prioritario ahora.

—No quiero, joder, claro que no quiero, soy un puto pringado. —Se deja caer de rodillas mientras sigue llorando con mocos y lagrimones. Yo lo suelto, pero me quedo a su lado y me agacho para estar a su altura—. Catorce años… Catorce años llevo casi sin ver porno y sin pensar en otras… Hasta cuando me hago pajas, tiro de recuerdos y pienso en ella…

Estoy convencido que con lo de que «casi no ha visto porno» se ha venido muy arriba, pero creo que no es el momento de puntualizarlo. Si él quiere pensar eso, que lo haga.

—¡¿Lo veis normal?! ¡Soy un gilipollas, un pringado de mierda que está obsesionado con una única tía desde hace catorce putos años! ¡¿Y qué ha hecho ella?! ¡Castrarme! ¡Castrarme como a un puto animal de todas las formas posibles!

—Una vasectomía es una esterilización, no una castración, no es lo mismo —matiza Piero.

—¡Me dan igual tus tecnicismos médicos! —grita Samu desatado de nuevo. Apoya las manos en el suelo y arranca dos puñados de césped—. ¡Estrellaaaaaaaaaaaaaa! —chilla hasta que su voz suena rasposa (tiene que haber dolido) y se apaga.

Le paso una mano por la espalda, porque no sé qué decir. Chus se agacha también para estar a nuestra altura.

—Hay que mirarte esa mano —insiste Piero. Lo cierto es que ahora, además de la sangre, está manchada de hierba y tierra, no tiene que ser bueno—. Tenemos que limpiar las heridas o se te

infectará.

—Argh, joder, qué coñazo con la puta mano —se queja Samu y chasquea la lengua. Luego se pasa el brazo por los ojos y la nariz—. Un beso, joder —solloza—, un puto beso… Tendría que haberme tirado a Claudia, así al menos lo entendería. Llámala —me pide—. ¡Llama a Claudia y dile que me la voy a follar!

—No te quieres tirar a Claudia —aseguro con voz calmada mientras coloco con cuidado mis manos sobre sus hombros.

—¡Claro que no, joder! —chilla con todas sus fuerzas y vuelve a arrancar puñados de césped —. ¡Ya le gustaría a esa hija de puta! ¡La quiero matar! ¡Eso es lo que quiero de verdad! ¡¡La quiero matar!!

—Vale, nano, tampoco es eso… —Chus le pasa una mano por la espalda y él se retira con un movimiento brusco y se pone de pie.

Se agarra a la valla del jardín y empieza a zarandearla.

—¡Estrellaaaaaaaaaaaa! —chilla con la cara cada vez más roja y la voz cada vez más ronca. Y se ahoga. Parece que le falte el aire y da un mal rollo que te cagas. Va a sacar la valla del sitio en cualquier momento.

—¡Piero, haz algo, joder! —grita Loui.

—¡Marc, sujétalo e intenta calmarlo! —me ordena el italiano antes de desaparecer dentro de la casa.

Obedezco como puedo, pero la ira desatada del rubio no me lo pone fácil. Chus intenta echar una mano en lo de calmarlo con el mismo éxito. Antes de que me dé cuenta, Piero está de vuelta con una jeringuilla.

—¿Cuánto pesas? —me pregunta a mí—. Supongo que pesarás más o menos lo mismo que él, ¿no? ¿Cuánto?

—Yo qué sé, nano. —Me ha pillado totalmente descolocado—. ¿Ochenta y cinco kilos? ¿Noventa? Ni puta idea.

—Vale, sí, más o menos —murmura el italiano mientras pincha la jeringuilla en un botecito de cristal y la llena de líquido.

—¡Estrellaaaaaaaaaaaaa! —sigue chillando el demente y creo que nos desgarra el corazón a todos.

Lo aprieto con más fuerza y noto que voy venciendo su resistencia hasta que finalmente se calla y tengo que hacer más fuerza de la que me creía capaz para que no se vaya al suelo. No sé en qué momento ni dónde le ha pinchado Piero, pero lo que está claro es que ha funcionado.

—Estrella… —su voz es ahora apenas un murmullo y parece que ni puede abrir los ojos.

—¿Crees que puedes llevarlo hasta la cama? —me pregunta el italiano.

—Despejadme el paso y abridla, necesito que sea rápido —contesto mientras asiento y, no sé ni cómo, lo cojo en brazos y comienzo a caminar hacia el interior de la casa.

Pesa mucho, joder. Hago un esfuerzo sobrehumano mientras llevo al rubio desplomado como un peso muerto en mis brazos y farfullando cosas sin sentido. Tras lo que me parece una eternidad, alcanzo por fin la habitación y lo dejo caer sobre la cama.

Los tres me han seguido hasta aquí. Piero lleva su maletín con movidas de médico y se sienta en el colchón junto a esa mano que está deseando curar.

—Quitadle el pantalón. Que descanse —nos ordena con un murmullo mientras empieza con las curas.

Entre Chus, Loui y yo obedecemos y le quitamos las zapatillas y los vaqueros. Cuando terminamos, el doctor sigue sacando cristalitos de entre la piel y aplicando medicación. Luego le

venda la mano y se la coloca sobre el pecho. Samu tiene la cara hinchada y un poco roja todavía, pero duerme profundamente. Piero saca un cacharro de esos de tomar la tensión y se lo pone al convaleciente. Después de eso, aún controla un par de movidas más.

—¿Qué haces, nano? —pregunta Chus.

—Comprobar que todo está correcto, que le ha sentado bien el sedante. No me molan estas cosas.

—Guay, y ¿todo bien?

El italiano asiente antes de romper a llorar. Loui le pasa una mano por la espalda y Piero se abraza a él. Los demás no lloramos, pero creo que los tres nos morimos de ganas, aunque no lo vayamos a reconocer en voz alta.

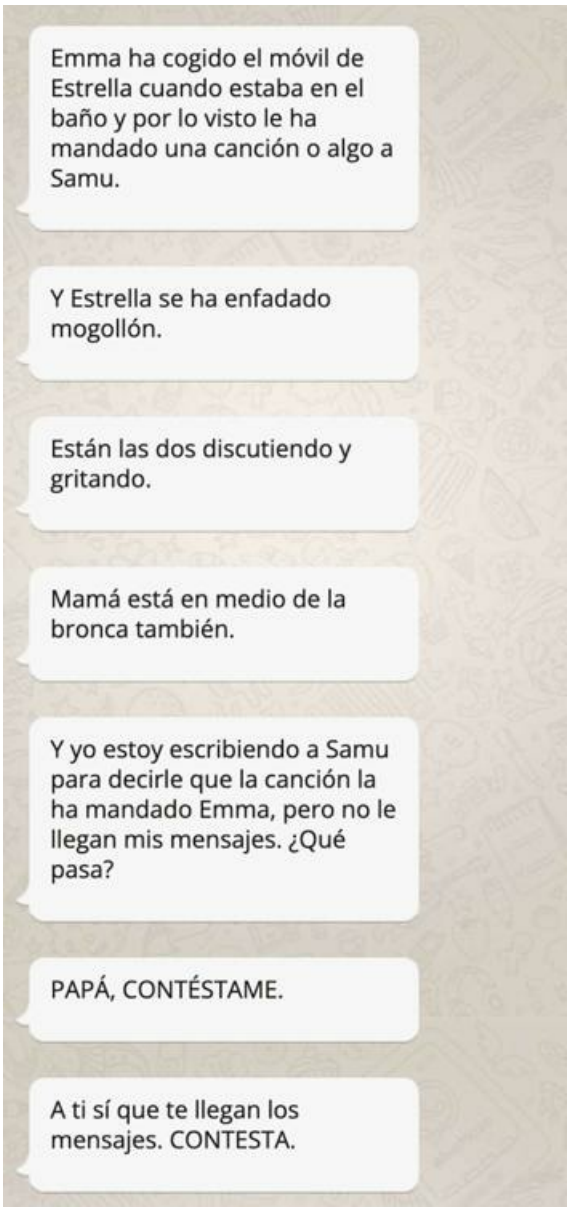
Cuando se calma un poco, salimos a la salita de estar y nos dejamos caer entre el sofá y los sillones. Nadie dice nada, hay un ambiente de funeral que te cagas. Todos respiramos hondo y en silencio, no tenemos nada que decir. Chus saca su móvil y eso me recuerda los mensajes que me han llegado antes. Saco el mío con la certeza de que son de Greta y la esperanza de que me diga algo que me levante un poco el ánimo. Pero no.

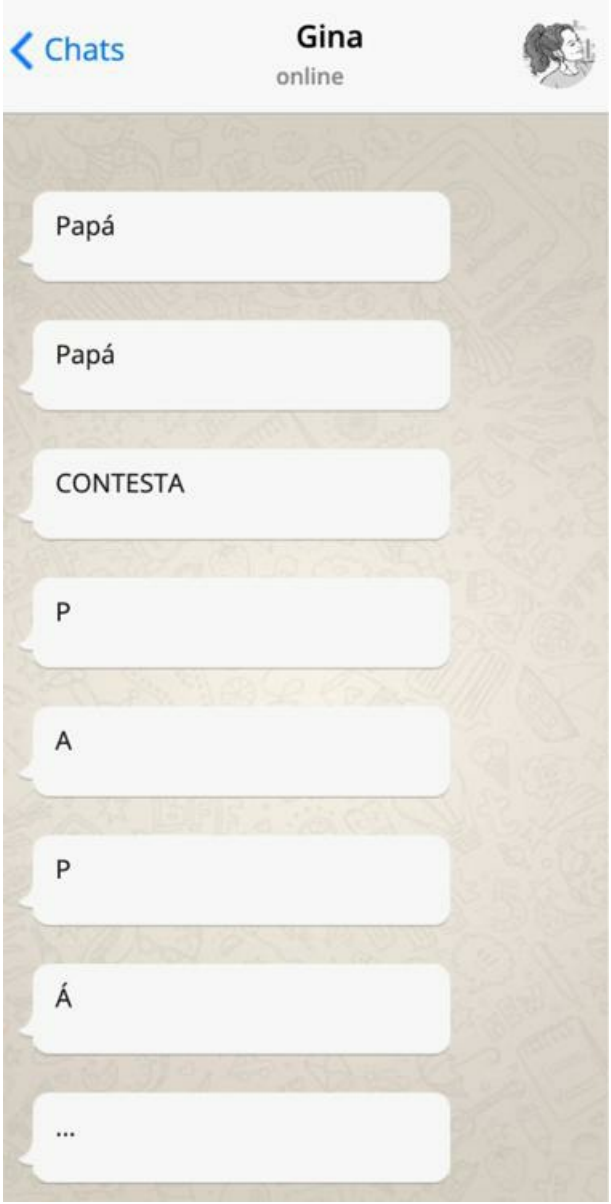
—Joder, me cago en mi puta vida —murmuro tras leerlos todos y resoplo fuerte.

—¿Qué pasa? —me pregunta Loui y los otros dos me prestan también toda su atención al momento.

Les hago un gesto para que se acerquen a verlos ellos mismos y obedecen enseguida.




Emma ha cogido el móvil de Estrella cuando estaba en el baño y por lo visto le ha mandado una canción o algo a Samu.
Y Estrella se ha enfadado mogollón.
Están las dos discutiendo y gritando.
Mamá está en medio de la bronca también.
Y yo estoy escribiendo a Samu para decirle que la canción la ha mandado Emma, pero no le llegan mis mensajes. ¿Qué pasa?
PAPÁ, CONTÉSTAME.
A ti sí que te llegan los mensajes. CONTESTA.


Chats
Gina
online
Papá
Papá
CONTESTA
P
A
P
Á
...


C
O
N
T
E
S
T
A



38. No está bien

ESTRELLA

Llevo llamando a Samu desde hace más de media hora y una locución me dice por enésima vez que el móvil está apagado o fuera de cobertura. No sé muy bien qué voy a decirle, aunque tampoco puedo si no contesta.

—¿Llamo a Marc a ver si él tiene cobertura? ¿O por si sabe algo? —pregunta Greta.

—Lo llamo yo, tranquila —contesto.

—No es para tanto, ya hablarás con él mañana —suelta Emma y yo la fulmino con la mirada —. En fin, me voy a la cama, que ya veo cómo están los ánimos por aquí.

Emma se marcha a su habitación, pero Greta y Gina se quedan. Llamo al teléfono de mi hermano y no tarda nada en contestar.

—¿Qué? —gruñe. Vaya comienzo.

—Tete, ¿está Samu contigo? Me sale que su teléfono está apagado. Supongo que se habrá quedado sin batería, ¿me lo pasas?

—No, su teléfono no se ha quedado sin batería. Lo ha reventado él a golpes contra una piedra para que dejara de sonar la cancioncita de los cojones.

—¿Cóóóómo? ¿En serio?… Pásamelo, que le explico lo que ha ocurrido…

—No te lo puedo pasar porque está dormido. —Su tono de voz me deja claro que está mosqueado. Muy mosqueado—. Miento: no está dormido, está sedado. Piero le ha tenido que pinchar porque estaba fuera de sí, y nos daba miedo que se hiciera daño.

Me da como un mareo y siento el corazón latir en la garganta.

—¿Cómo que sedado? —Me tiemblan la voz y las manos—. ¿Sedado en plan anestesiado?

—Sí, sedado en plan que había perdido la puta cabeza y había que hacer algo. —La voz de Marc me provoca escalofríos, no tengo claro si por el tono, por sus palabras o por imaginarme la escena.

—Pero ¿qué ha pasado? —Siento que me falta el aire y no me puedo creer que en una situación así estemos a tantos kilómetros de distancia y con el Mediterráneo de por medio. Y yo no pueda ir a explicarle lo que ha ocurrido o simplemente a comprobar que está bien.

—¡Que le has jodido vivo, eso ha pasado! —grita mi hermano.

—No he sido yo, tete —me defiendo—. Pero lo importante es si él está bien. ¿Lo está?

—No, joder, claro que no está bien. Está a putos años luz de estar bien. ¡Se cree que le has dejado con una jodida canción!

—Ha sido Emma…

—Ya me lo ha contado Gina, que se ha preocupado más por su tío que tú por tu marido.

—Eso no es justo, tete.

—Estoy cabreado, no quiero hablar ahora —gruñe.

—Vale, dile, cuando se despierte, que me llame. Da igual la hora que sea.

—Bien —bufa—. Te cuelgo.

Y lo hace sin esperar a que yo diga nada más.

Me tiembla el móvil en las manos cuando me siento en el sofá y me quedo mirándolo, aunque ya no está iluminado. Greta y Gina se acercan a sentarse junto a mí y me piden que les cuente. Lo hago, pero a Greta le parece poca información y se va a otra habitación para volver a llamar a Marc.

—Tía —me susurra Gina en cuanto nos quedamos solas—. ¿De verdad no le puedes perdonar? ¿Es tan grave lo que ha hecho? Nadie te va a querer más de lo que te quiere él…

—No lo entiendes, cielo, eres muy joven. No es solo lo que hizo. —Se me quiebra un poco la voz al recordarlo. Pongo mi mano sobre la suya—. Son muchas cosas, no lo puedes entender.

—Nada, no me ha contado mucho más —interrumpe Greta de vuelta—, estaba gruñón. Le he dicho que nos llamen en cuanto se despierte.

—¿Crees que lo hará?

—Lo hará si quiere conservar sus pelotas. Está amenazado.

Sonrío sin ganas.

Decidimos que nos vamos ya todas a dormir. Ha sido un día intenso, y mañana no pinta más ligero.



39. Ya está claro

ESTRELLA

Apenas he dormido en toda la noche. Estoy preocupada por Samu, la verdad. Es normal, me asustó mucho cuando mi hermano me dijo que lo habían tenido que sedar. No ha llamado todavía. Solo son las nueve de la mañana, pero como casi no he dormido esta noche pensando en eso, me da la sensación de que es mucho más tarde.

Vuelvo a llamar a Samu por si ha encendido su teléfono, pero no. Lo mismo lo ha roto del todo. Marc me dijo que lo había reventado, pero mi hermano puede ser muy exagerado a veces.

Llamo a Marc y me vuelve a gruñir y a decirme que no se ha despertado. Y lo mismo las cuatro veces que llamo a lo largo de la mañana. Finalmente, ya por la tarde, su respuesta es diferente.

—Sí, ya está despierto.

—¿Me lo pasas?

—No quiere. No quiere hablar contigo, ni con nadie. Está tumbado en la cama mirando la pared y pasa de todos. No se quiere levantar, no quiere salir de la habitación.

—¿Le has dicho lo que pasó? ¿Que no la mandé yo?

—Sí, se lo he dicho, y le ha dado igual. Escucha. —Lo oigo caminar en silencio—. Samu, tengo a Estrella al teléfono, ¿quieres hablar con ella?

—No —me llega su voz a lo lejos y se me escapa una lágrima.

—¿Quieres algo de comer?

—No.

—¿Te vas a levantar?

—No.

—¿Lo has oído? —Mi hermano vuelve a dirigirse a mí—. Así desde que se ha despertado. Te aviso cuando cambie el rollo.

—Vale, tete, gracias.

Por la noche obtengo el mismo resultado. Y las cuatro veces que lo intento el día siguiente. Y el de después. Y otro más. Cuatro días en los que me subo por las paredes y no se me puede ni

hablar. Pero es que no puedo con esta incertidumbre. He llamado a mi madre y he hablado con los niños, y no sé si ha sido peor porque también los echo de menos. Y no puedo hablar con su padre y eso me está volviendo loca.

Finalmente, la tarde del quinto día, mi suerte cambia.

—Sigue sin levantarse de la cama, pero ha accedido a hablar contigo. Te lo paso —dice mi hermano con voz de funeral.

—¿Qué quieres, Estrella? —me llega la inconfundible y familiar voz de mi marido, pero suena diferente, sin ningún tipo de emoción, ni buena ni mala. Y eso es rarísimo, porque Samu es totalmente transparente al hablar, su tono lo dice todo.

—¿Cómo estás? —pregunto algo nerviosa.

—En la mierda —responde con un tono de lo más neutro.

—Te dijo mi hermano que no te mandé yo la canción, ¿no? Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé. ¿Algo más?

Esa pregunta me provoca un escalofrío de mal rollo por todo el cuerpo y siento ganas de llorar. Pero no puedo hacerlo mientras hablo con él.

—¿Estás enfadado conmigo? —me atrevo a preguntar.

—¿Importa eso?

—¡Claro que importa! —Juro que no entiendo su actitud—. ¿Por qué estás enfadado conmigo? Ya te he dicho que no fui yo…

—No es enfado, Estrella, paso de esto. Y no, ya sé que no mandaste tú la canción, pero tampoco llamaste para decir que no la habías enviado tú. ¿Qué fue lo primero que hiciste al saber que Emma había cogido tu móvil?

—Enfadarme con ella. Me puse furiosa y le eché una bronca —aclaro para que sepa que no me sentó nada bien.

—No se te ocurrió avisarme a mí primero. No te importó cómo pudiera sentirme yo al recibirla, era más importante que Emma supiera lo enfadada que estabas… —Sus palabras llegan a mis oídos como dardos envenenados, no le falta algo de razón, pero yo no lo siento exactamente así.

—Mi primera reacción fue de ira contra Emma, sí, pero te llamé enseguida. No tardé ni cinco minutos en reaccionar… Samu, ni cinco minutos tardé en llamarte, pero tu teléfono ya estaba apagado. Estuve lenta de reflejos, pero reaccioné en menos de cinco minutos… ¿Tan grave te parecen cinco minutos?

—No sé, ¿tú qué piensas? Yo no tardé ni cinco segundos en reaccionar cuando Claudia me metió la lengua en la boca. Comparado con eso, sí, cinco minutos me parecen una puta barbaridad de tiempo.

—Samu, eso no es justo…

—¿No lo es? No sé, ¿me has perdonado tú a mí esos cinco segundos?

Me quedo callada un momento, no sé ni qué decir.

—No fue solo eso, Samu —murmuro—. No estábamos bien desde hacía tiempo… Lo sabes.

—No, no lo sé. Yo no sabía que no estábamos bien. No soy un puto adivino, o a lo mejor es que soy tonto y me tienes que decir las cosas claras, pero yo creía que teníamos una vida feliz. Cansada, porque cuatro críos son agotadores, pero feliz…

—Yo no estaba bien —aseguro con un hilo de voz, luchando por no ponerme a llorar. Porque siento un escalofrío que augura que esta conversación no va a tener un final feliz.

—¿Y ahora? ¿Ya estás bien? ¿Ya has decidido qué quieres hacer?

Un vacío enorme se me instala en el pecho y no sé ni qué responder.

—Necesito tiempo, Samu. Necesito más tiempo…

—No lo tienes. El tiempo acaba de terminar. Si aún no lo tienes claro, es porque en realidad sí que lo tienes. Te lo voy a poner fácil: se ha terminado, Estrella. Hasta aquí. Dile a Emma que puede preparar los papeles, nos divorciamos. De mutuo acuerdo, las condiciones que tú quieras, no voy a pelear por nada. —Y lo dice en un tono como si me estuviera leyendo la lista de la compra.

No sé dónde se ha ido mi sangre, pero tengo claro que en mi cuerpo no está. Si no estuviera sentada, ya me habría caído al suelo.

—No lo estás diciendo en serio —murmuro.

—Claro que sí —asegura.

—¿Por qué? —consigo preguntar.

—Porque la otra noche experimenté lo que sería que me dejaras. Y no quiero volver a pasar por eso. Si existe alguna posibilidad de que eso vuelva a ocurrir, no la quiero. Y si no lo tienes claro después de todos estos días, es porque en realidad no me quieres… No pasa nada, no es tu culpa, pero quedó claro cuando no fui tu prioridad. Y yo no puedo con eso. Porque yo sí que te quiero. Sin dudas y como el primer día. Tú has sido siempre mi prioridad, y yo no me merezco menos.

—Samu, cielo, claro que te quiero…

—No, no me quieres, Estrella. Ya no. Igual no te atreves a reconocértelo, pero ya no me quieres. Yo lo tengo claro. Igual me tienes cariño, eso no lo dudo, pero ya no estás enamorada de mí.

—Samu, no hagas esto. —Me tiembla la voz.

—Ya está hecho. En un par de días estamos de vuelta, dejaremos claros todos los detalles. Piénsate qué quieres hacer con la casa, los niños… Bueno, todo. Me va a parecer bien lo que decidas. Yo solo quiero que seas feliz, Estrella.

—Entonces no hagas esto… —Me tiembla la mano cuando me la llevo al cuello—. Hablamos a la vuelta, cielo, no tomes una decisión precipitada…

—Ya está tomada, Estrella, llevo varios días pensando en esto. Hablamos a la vuelta, sí, pero para decidir los detalles. Va a ser muy fácil, tranquila, va a ser el divorcio más amistoso de la historia.

Y con esas palabras siento que algo me desgarra el pecho y me lo abre por la mitad.

—Samu —sollozo porque ya no puedo contener el nudo que presiona mi garganta.

—Adiós, Estrella, pásatelo bien los días que te quedan allí.

Y cuelga el teléfono. Y a mí me envuelve un frío glaciar que no sé de dónde ha salido. Bueno, claro que lo sé, un frente helado que viene directamente de Sicilia.



40. Mírame, cabrón

SAMU

Abro la mano y dejo que el móvil de Marc resbale por mi cara hasta caer en el colchón. Giro sobre mí mismo y me quedo tumbado bocarriba. Cierro los ojos y respiro hondo. Ya está hecho. Terminado. Dolerá un tiempo. Mucho tiempo, estoy seguro, pero es lo mejor.

Catorce años. Catorce. Ca-tor-ce. Uno detrás de otro. Y me tatuaría en la piel cada puto momento que he vivido con ella para retenerlos todos, para que volvieran, para que nunca se hubieran ido. Dos lagrimones resbalan por mis sienes y me mojan las orejas. Ya no sé ni llorar, cada día más inútil.

—¿Has acabado con mi móvil, nano? —pregunta Marc desde la puerta de la habitación.

—Sí. —Me seco la cara rápidamente antes de incorporarme un poco y palpar el colchón hasta localizar su teléfono.

—Guay. —Se acerca y se sienta en la cama junto a mis piernas—. ¿Qué tal ha ido? ¿Estás mejor?

—Sí —sonrío un poco forzado y le entrego su móvil—. Estoy mejor, ya está todo claro.

—Guay, ¿lo habéis arreglado ya entonces? ¿Ha entrado en razón? ¿Vuelves a casa? —Me da una palmada en la pierna.

—No, no, nos divorciamos. Pero por lo menos ya está claro. —Se me atraganta un poco la última palabra y tengo que sorber los mocos que amenazan con aparecer.

—¡¿Qué?! ¡¿Por qué?! Voy a hablar con ella porque ya me está tocando los coj… —Agarro su brazo cuando intenta ponerse de pie y lo retengo para que vuelva a sentarse. Deja la frase a medias y obedece.

—Ha sido decisión mía —le aclaro.

—¿Por qué? —Me mira con cara de no entender nada—. Pero si estás pilladísimo por ella… ¿Por la canción?

—No me quiere, tío.

—Claro que te quiere, ¿por qué piensas que no?

—No sé si sigue conmigo por costumbre, por los nanos o por qué, pero no por que me quiera.

Bueno, sí me tendrá cariño, pero no está enamorada de mí. Hace tiempo que no me elige, creo que simplemente se conforma. —Suspiro y me rasco la mandíbula. Ya entiendo por qué me picaba, por la barba, hace cinco días que no me afeito, no es normal en mí, yo suelo hacerlo a diario.

—No sé qué decir, nano. —Marc me pone una mano en el hombro.

—No hay nada que decir. —Sonrío un poco forzado y le doy una palmada en la cara. Se me escapa una lágrima y me la seco con la otra mano mientras intento mantener la sonrisa—. Ya está.

—Yo… —Agacha la cabeza hasta que el pelo le tapa la cara y no puedo verla—. Yo sí que te elijo, nano. Esto no cambia nada, para mí sigues siendo mi hermano. —Lo suelta en apenas un murmullo, pero lo he oído claramente, aunque no me peguen nada esas palabras con esa voz.

Lo cojo de la nuca con una colleja previa y me río.

—Mírame, cabrón —le pido con una sonrisa mucho más sincera.

Obedece aguantando la risa.

—No te emociones, julandrón, que no lo voy a repetir.

—Dame un abrazo, gilipollas. —Me río y tiro de él.

No se resiste y me lo devuelve. Y me reconforta, porque, aunque no sea mi Sapena preferido, está conmigo. Siempre está conmigo, y con eso me vale.

—Te quiero, nano —le suelto porque sí, porque me nace así.

—No me digas esas cosas cuando vas en calzoncillos, que no respondo —se ríe y se separa del abrazo—. Y dúchate, anda, que llevas cinco días así.

Se levanta y va hacia la puerta. Me mira desde allí.

—Yo también a ti, imbécil —dice con una sonrisa torcida—. Vístete y vente para fuera, que están todos preocupados por ti. Todos menos yo, ¿eh? A mí me la suda cómo estés.

Asiento y sonrío de verdad.

—Ya lo sé, nano, gracias.



41. El amanecer

SAMU

Salgo al jardín con el pelo todavía mojado y un pantalón corto. Aunque es casi de noche, hace calor. No me he afeitado porque con pelo en la cara me veo raro, y eso encaja mejor con cómo me siento ahora mismo. Y porque me ha dado pereza, la verdad, tenía la energía justita para la ducha.

Todos se levantan cuando me ven aparecer y vienen hacia mí. Loui y Chus me dan una palmada en la espalda y me preguntan cómo estoy, pero Piero me da un abrazo muy fuerte.

—*Cazzo*, qué ganas tenía de verte de pie. —Noto preocupación en su voz y en la mirada de los otros dos.

—Marc nos ha contado lo de la llamada… ¿Quieres hablar de ello? —pregunta Loui.

—La verdad es que no. —Doy una palmada y sonrío—. Lo que quiero, para empezar, es una cerveza.

Nos sentamos en las tumbonas y Loui me pasa una birra.

—Te queda bien la barba —dice Chus—. Pensaba que te afeitabas a diario porque al ser tan rubio te salía poco pelo y muy flojo, pero ¿cuánto hace que no te afeitas? ¿Cinco días? Parece que haga más de una semana.

Yo agradezco mentalmente el cambio de tema y sonrío.

—Pues ya ves. —Me paso una mano por la mandíbula—. La verdad es que nunca había estado tantos días sin afeitarme… ¿Estoy guapo?

—Mucho —asegura Loui con una sonrisa—. Siempre.

—Dime que estoy muy bueno, que me tenéis que subir la moral. Me voy a divorciar, necesito que me digáis cosas bonitas.

—Ya sabes que estás muy bueno —se ríe Piero—. Lo sabes de sobra. Las tías se giran a mirarte por la calle… Y muchos tíos también.

—Ya, todas menos la que quiero que me mire —suelto sin pensar y respiro hondo, porque me da la impresión de que me falta el aire.

—Error de pensamiento —dice Chus mientras se pone de pie—. Chupitos, necesitamos

chupitos, que la birra es muy lenta.

Piero lo acompaña adentro y vuelven al momento con una botella de licor y vasitos congelados.

No sé cuántas horas han pasado, pero sé que han caído varias botellas de *limoncello*. No paro de reírme con esta panda de cafres a los que quiero más que a mi puta vida. Vaya, parece que ya estoy en la fase de «exaltación de la amistad». No voy a mentir y a fingir que no he pensado en Estrella en toda la noche, sería absurdo, creo que me conoces ya lo suficiente como para saber que ya era un pensamiento recurrente antes de toda esta movida. Más todavía después de esto. Cuesta creer que se ha terminado. Cuesta asumir que ya no es nada mío. A ver, que no estamos divorciados, técnicamente es mi mujer. Y la madre de mis hijos, eso lo va a ser siempre… Ya estoy desvariando, puto *limoncello*.

—Deberíamos irnos a dormir, va a amanecer en breve —dice Loui sacándome de mi último atrape mental.

—Noooo, vamos a ver amanecer a la playa —propone Marc.

—¡Hostia, sí! —Me apunto sin dudar.

A los otros tres no parece hacerles mucha gracia, pero nos siguen el rollo.

Marc y yo entramos a ponernos el bañador, pero los demás aseguran que no se van a meter en el agua ni de coña.

Llegamos a la playa y decidimos que mejor el acantilado para ver el amanecer que la arena, demasiado típico. De nuevo los otros tres se dejan llevar sin poner muy mala cara.

Es el acantilado más bajito de todos los que hemos saltado, pero verlo de noche con la luz cambiante del amanecer impresiona un poco. Es precioso. Nos sentamos todos bastante alejados del borde y dirigimos la mirada hacia el lugar por donde está a punto de asomar el sol. El cambio de color del cielo es mágico, y me hace pensar por un momento que ojalá Estrella estuviera aquí conmigo. Pero no está. No solo es que esté a mil doscientos kilómetros, es que ya no voy a volver a ver un amanecer con ella. Ni un anochecer, ni nada. Se ha acabado. A partir de ahora solo la veré para intercambiar niños.

Duele.

Duele.

Joder, duele mucho.

Me levanto y me alejo de ellos. Necesito moverme, caminar, alejarme de mí mismo y mis pensamientos. Camino bordeando el acantilado y Piero me da un grito:

—¡No te acerques tanto, que has bebido mucho! —me advierte.

—¡Ya se me ha pasado! ¡Voy bien! —lo tranquilizo.

—¡Además, que nos hemos tirado por aquí un montón de veces! —grita Marc mientras se pone de pie y me mira con una sonrisa enorme.

—¡¿Ahora?! —Le devuelvo la sonrisa mientras sigo caminando por el filo.

—No hagáis el imbécil —se queja Piero—, que aún no ha amanecido y no se ve bien el agua, no sabemos cómo estará la marea.

—¡El agua está de puta madre, me juego lo que quieras! —grita Marc y empieza a correr hacia mí.

—¡No, joder, por ese lado no! —grita Piero—. ¡Marc, para!

Pero creo que ni le oye, se ha puesto a cantar[xxv] a gritos mientras corre y ya está llegando hasta donde estoy. Me coge de la mano al llegar a mi lado y, sin detenerse, tira de mí para que le adelante. Y lo hago en cuanto nuestros pies dejan de tocar tierra firme.

¿Sabes eso que dicen de que cuando estás a punto de morir el tiempo se ralentiza y ves tu vida pasar ante tus ojos? Pues es cierto. Por lo visto, en una sensación de auténtico peligro, el cerebro se pone tan alerta que aumenta la percepción del entorno y te da la impresión de que el tiempo avanza más lentamente. ¿Me explico? Seguramente no, pero no importa. El caso es que así lo percibo yo.

El impulso con el que me ha lanzado Marc me hace estar más alejado que él de la pared de piedra, pero el agua a nuestros pies está en movimiento. No hay duda, yo voy a caer en el mar, aunque no tengo clara la profundidad, pero Marc… no creo que llegue al agua, da toda la impresión de que va a caer en las rocas. El suelo cada vez está más cerca y no sé qué hacer por mi amigo.

¿Y yo?

¿Y si muero?

¿Y mis hijos?

¿Y Estrella?

La colisión es inminente. No estoy preparado, necesito más tiempo. No lo tengo. Ya está, es el momento.

Oigo el golpe antes de sentirlo. Luego la oscuridad lo envuelve todo.



42. Despertar

SAMU

Un zumbido desagradable me despierta. Lo noto aun con los ojos cerrados. No me apetece abrirlos, me parece demasiado esfuerzo. Una mano suave acaricia la mía; otra, mi mejilla. Un beso en la frente. Estrella.

—Despierta, Samu, vuelve —susurra.

Y hago un esfuerzo enorme por obedecer, pero no puedo abrirlos. Tampoco puedo mover la mano, todo es mucho esfuerzo. Hago un último intento y consigo separar mis párpados. Todo está borroso, no sé si hay demasiada luz o es que he dormido mucho. Estrella está sentada en mi cama. Sonríe al verme abrir los ojos.

—¡Está despierto! —grita hacia la puerta con la voz de Piero antes de volver a girarse hacia mí y apretar mi mano—. No intentes hablar, llevas una mascarilla de oxígeno. —Se inclina hacia mí y libera mi boca. Pienso por un momento que me va a besar, pero ahora se ha puesto también la cara de Piero y no me apetece tanto—. ¿Respiras bien así?

Consigo levantar una mano y tocarle la cara.

—Estrella —susurro. Quiero decirlo más alto, pero no lo consigo.

—Está avisada. Ha llamado un montón de veces preguntando cómo estás. En cuanto puedas hablar, la llamamos, ¿vale?

Asiento y miro a mi alrededor. Vuelvo a mirar a Piero y debo de tener cara de confusión, porque parece que entiende que necesito una explicación.

—Estamos en un hospital de Palermo. ¿Recuerdas lo que pasó?

—Chupitos…, sol…, salto —consigo decir.

—Eso es, genial, te acuerdas de todo —sonríe.

Giro un poco la cara a ambos lados para hacerme una idea de dónde estamos y sin lugar a dudas es una habitación de hospital. Estamos los dos solos. Hay sitio para otra cama y una cortina divide la habitación en dos y me separa de la nada, porque esa parte está vacía. Quiero preguntar, pero no sé si quiero saber la respuesta.

Sí, joder, necesito saberlo.

—¿Mmmarc? —murmuro sin apenas aire.

—Están Loui y Chus con él, es la hora de visita en la UCI, solo se puede entrar a verlo un momento. Lo han operado, ha sido una operación larga y complicada, va a estar hoy en observación. Si pasa bien la noche, mañana lo traerán aquí.

Suspiro aliviado y sonrío.

Entra Estrella por la puerta vestida de blanco, como un ángel, y se pone a hablar en italiano con Piero. Me dice algo que no entiendo y yo solo le sonrío.

—Estrella —murmuro.

Me devuelve la sonrisa antes de ponerse a tocar los cables y tubos a los que estoy conectado. Luego vuelve a hablar en italiano y desaparece.

—Estrella —intento llamarla, pero creo que he vuelto a susurrar, no reconozco ni mi voz.

—Shhh, tienes una laceración pulmonar, no hagas esfuerzos. Estrella está avisada, en cuanto puedas hablar, la llamamos, de verdad, te lo prometo. La enfermera te acaba de subir la medicación para que no te duela. Si te sientes un poco desorientado, no te asustes, es normal.

Asiento como puedo, pero lo cierto es que no me duele nada. Igual es por la medicación que dice.

—Voy un momento a ver a Marc antes de que acabe la hora de visita, no queríamos que te quedaras solo por si te despertabas, pero ahora me puedo acercar un momento, ¿vale? Tardo cinco minutos. Les diré a Loui o a Chus que vengan.

Se levanta y se marcha. Y yo me quedo solo con mis hijos, que se han puesto a jugar con la cortina que hay en medio de la habitación. Quiero decirles que paren, pero no me sale la voz. Nico se ha sentado a los pies de la cama a leerme un cuento y Manu en el suelo a escuchar. Los gemelos juegan a la pelota y me temo que van a romper algo, pero no, solo chutan hacia mí para que la coja. Como no tengo energía ni reflejos para mover los brazos, solo giro la cara temiendo el impacto. Por suerte, el balón desaparece antes de golpearme, y los nanos también. Espero que vuelvan, me apetece estar con ellos. Se me cierran los ojos.

Cuando vuelvo a abrirlos, Estrella se levanta de la butaca en la que está reclinada y viene hacia mí. Para cuando llega a mi lado, ya es Loui.

—Eh, buenos días —susurra—. ¿Cómo te encuentras?

—No lo sé —confieso y me reconforta escuchar una voz muy parecida a la mía casi a un volumen normal.

Me llevo una mano a la nariz porque me pica un poco, pero me parece que tardo media vida en hacer el movimiento.

—Te han quitado la mascarilla, solo llevas el tubo de la nariz, parece que respirabas mejor.

Asiento porque tampoco quiero abusar de hablar. Me canso. Eso era lo que me picaba, el tubo este entre la nariz y el labio. Supongo que es necesario, y tampoco tengo fuerzas para discutir nada.

La puerta se abre de golpe y entra Piero.

—*Buongiorno*, ¿qué tal ha ido la noche por aquí?

—Ha dormido del tirón —le responde su marido, mejor—, han venido las enfermeras cada par de horas a controlarlo todo y, por lo visto, sin problema.

—Genial —sonríe el italiano antes de sentarse en mi cama e inclinarse hacia mí para acariciarme la cara. Qué sobón que es, pero nunca me ha molestado, y lo cierto es que ahora mismo lo agradezco—. Van a traer a Marc, también ha pasado buena noche. Tú solo tienes una pierna rota y el pulmón tocado, él ha salido bastante peor parado, pero, dentro de la gravedad, ha ido bien.

La siguiente vez que se abre la puerta, entra una cama con un anciano. Ah, no es un anciano, es Marc calvo. ¿Por qué es calvo? ¿Y yo? Llevo disimuladamente una mano a mi cabeza y compruebo que no, que mis rizos siguen ahí.

—¿En serio? —Loui me mira desde la butaca—. ¿En serio estás comprobando si a ti también te han afeitado la cabeza? ¿Eso es lo que te preocupa?

Me encojo de hombros con un amago de sonrisa. No es lo que más me preocupa, pero un poco sí, la verdad. Que el pelo rizado tarda mucho más en alcanzar la longitud que quieres y el proceso es largo y antiestético.

Qué más da, tengo demasiado sueño como para pensar en nada más que en volver a dormir un poco.



43. Estoy bien

SAMU

Abro los ojos y reconozco al momento la habitación del hospital. Todo está a oscuras, salvo por la típica luz de ambiente que hay en este tipo de sitios y la rendija que asoma bajo la puerta del baño. Me giro hacia la cama de al lado y se me para el corazón del puto susto que me da ver a Marc con su nuevo *look* «bola de billar», girado hacia mí, y mirándome fijamente sin pestañear.

—Guay, estás despierto —susurra con tono perezoso—. Llevas durmiendo la hostia de rato.

Escuchar su voz hace que su aspecto se vuelva más familiar, pero entre lo raro de su cabeza sin pelo y el colocón que llevo yo, todo es extraño que te cagas.

—¿Cómo estás? —consigo decir en apenas un hilo de voz—. ¿Qué te ha pasado?

—Bien, yo estoy bien. ¿Cómo estás tú?

Le echo un vistazo. Vale que voy un poco pasado de vueltas con la medicación, pero desde aquí le veo las dos piernas escayoladas y un brazo. Aparte de la cabeza afeitada y lo que parecen puntos en uno de los laterales, tras la oreja que queda a mi vista y que se pierden en el cogote. Me echo un vistazo a mí y solo tengo una pierna escayolada y un apósito bastante grande en la zona de las costillas.

—Creo que tú estás peor —farfullo.

Me mira muy serio y me da mal rollo.

—Nano, lo siento —dice por fin—. Casi te mato, estoy muy gilipollas, no sé en qué estaba pensando…

—Quiero creer que no estabas pensando —interrumpe Piero, que sale del baño en ese momento.

Marc se ríe entre dientes, pero parece que al italiano no le hace ni puta gracia. A mí, sí. Solo de pensar en lo que podría haberle pasado, en lo que llegué a imaginar… Pero está aquí y parece que está bien.

—¿Cuánto he dormido? —pregunto porque me suena que la última vez que me desperté era por la mañana.

—Casi un día entero —aclara Piero—, y te despertaste solo un ratito. La medicación que

llevas da muchísimo sueño, pero ya te han bajado la dosis, a partir de ahora estarás más rato despierto.

Asiento, la verdad es que me encuentro algo más despejado que la última vez que me desperté, aunque sigo estando un poco espeso. Podría preguntar qué medicación me están dando, al fin y al cabo, soy farmacéutico, entiendo de drogas; pero, si te digo la verdad, ahora mismo eso me la suda bastante.

El italiano viene hasta mí y se sienta en mi cama. Me acaricia la cara y sonríe.

—¿Cómo te encuentras? Chus pasó a despedirse, pero no te despertaste.

—¿Despedirse?

—Sí, nuestro avión salía ayer. Ha sido el único que lo ha cogido, mañana tenía que volver al instituto por fuerza, algo de que sus alumnos volvían de viaje y se reanudaban las clases o no sé qué. Loui lo llevó al aeropuerto y se fue a casa a descansar un rato. Luego vendrá también.

Asiento. Porque quiero decirle que se vayan todos a descansar, que no se queden aquí por mí, pero no es solo por mí, también está Marc. Además, ¿a quién quiero engañar? Si yo en su lugar haría lo mismo. Y además agradezco que estén conmigo.

Me despiertan los gritos que llegan de fuera de la habitación. Ya es de día. Me suena la voz de una de las enfermeras, pero solo entiendo «*signorina*», repetido varias veces. Joder, la verdad es que ya podríamos haber aprendido italiano con la de años que llevan Piero y Carina en nuestras vidas…

Un último «*signorina*» antes de que la puerta de nuestra habitación se abra de golpe y entre una loca que se les tiene que haber escapado de la planta de psiquiatría, porque va dando gritos y golpes. Se encara hacia la cama de Marc, que es la que está más cerca de la puerta, y yo quiero levantarme y ayudarlo, pero creo que no voy a poder. Entre mi pierna escayolada y mi nube mental, no me veo capaz.

—¡Pero ¿tú eres gilipollas?! —grita la pirada y su voz me tranquiliza al momento. Es Greta, joder—. ¡Te voy a rematar!

Marc se ríe entre dientes con cara de estar hecho polvo y a ella juraría que le sale humo de la nariz.

—Hola, nena, me alegro mucho de verte —murmura él como puede.

Greta se quita el bolso y golpea con él varias veces en el colchón hasta que Piero la abraza por detrás.

—Ya, *bella*, tranquila, solo ha sido un susto, están bien.

—¡¿Dónde le puedo pegar?!

Marc sonríe y tiende el brazo izquierdo, la única extremidad que no tiene escayolada, hacia ella.

—Ven aquí, nena, dame un beso.

—¡Una hostia te voy a dar, imbécil! ¿Qué querías? ¿Dejarme viuda a los treinta y seis, con una niña y una adolescente? —Hace un gesto con las manos como de ir a estrangularlo.

Luego lo señala con el dedo y resopla antes de girarse hacia mí y venir hasta mi cama. Me incorporo un poco, por si voy a pillar yo también, aunque yo no he hecho nada, que recuerde. Se sienta a mi lado.

—¿Tú cómo estás? Aparte de parecer un vagabundo. —Sonríe y me pasa una mano por la barba, yo ni me acordaba. Luego susurra—: Estrella ha venido conmigo, está en el baño, no aguantaba a llegar a la habitación. No le he dejado ir en el aeropuerto porque solo había un taxi y una vieja corría que se las pelaba y nos lo quería quitar. Y ha venido todo el camino amenazando con mearse encima. —Se incorpora y me da un beso en la frente—. ¿Tienes unas últimas

palabras que dirigirle a mi marido antes de que lo mate?

—Huye, nano —digo todo lo alto que me permite mi voz en estas circunstancias.

—¿Ves? —le dice Marc—. Si él es el que tendría que estar cabreado conmigo y ya me ha perdonado…

—Él está drogadísimo —corta Greta, aunque no sé cómo lo sabe, ¿se me nota?

En ese momento, se abre con cuidado la puerta y entra Estrella. Mi Estrella.

—Greta, córtate un pelo, que se oyen los gritos por toda la planta —dice nada más entrar.

Le da dos besos a Piero y luego se dirige a su hermano.

—Luego hablo contigo, que estoy tan enfadada que no quiero ni verte.

Y lo dice literal, porque, tras decirlo, corre de un gesto brusco la cortina que separa mi cama de la de Marc y se queda en mi lado. Se gira y me mira por fin.

—Samu, cielo —susurra mientras se sienta en la cama—. Estás irreconocible. Entre la barba y lo que has adelgazado… —Me acaricia la cara con una mano y la otra la apoya sobre el colchón junto a la mía.

—Estrella —murmuro.

Y esta vez sí, esta vez es ella. Porque suena y huele como ella. No la veía desde la noche antes del viaje, en el balcón de casa de Loui, y ahora está aquí. Ha venido por mí. Vale, y por su hermano, pero un poco por mí también. Le cojo la mano que ha dejado a mi lado y aprieto. Ella se inclina a besarme la mejilla y yo, como el caradura sinvergüenza que aprovecha cada oportunidad que he sido siempre, giro la cabeza y recibo el beso en los labios. Y me sorprende haber tenido reflejos para esto, porque estoy realmente espeso. Supongo que es un movimiento automático de mi cuerpo, porque llevo catorce años haciendo esto cada vez que ella ha intentado besarme la cara. Y me lo devuelve, como me lo devolvió esa última noche. Y yo me olvido de todo y me entrego a eso, a este momento tan intenso que hace que sienta que me falte el aire. Y me falta. Me ahogo. Le aprieto más fuerte la mano y una de las máquinas a las que estoy conectado se pone a pitar. Piero aparece al momento y Estrella se separa de mí.

—No le quites el poco oxígeno que maneja, que aún se está recuperando —le explica el italiano con una sonrisa y ella asiente.

—Ni puto caso —susurro con un resuello extraño—, quítamelo.

Los dos se ríen y Estrella se inclina sobre mí de un modo raro para no aplastarme y me acaricia el pelo.

—¿Cómo estás, cielo? ¿Cómo te encuentras? Qué mal lo he pasado. Estoy nerviosa todavía…

—Estoy bien —aseguro.

—Voy a ver a mi hermano, ¿vale? ¿Necesitas algo antes?

«Que no te vayas, que te quedes conmigo, que todo vuelva a ser como antes, borrar los últimos años…», pienso, pero en su lugar solo niego con la cabeza y digo con una sonrisa bastante falsa:

—Ve con tu hermano, estoy bien.

Ella se levanta y noto su ausencia al instante. Abre la cortina. Hace rato que han parado los gritos de Greta y ahora sabemos por qué. Se ha tumbado junto a Marc, en el lado de su único brazo sano, y está abrazada a él, le da besos y le susurra cosas, intuyo que ya se le ha pasado el susto o el cabreo, lo que fuera. Supongo que un poco de todo. Miro hacia otro lado para que Estrella no adivine mis pensamientos. Que me dan mucha envidia. Que querría eso para mí ahora mismo. Pero no con Greta, obviamente, no empieces tú también como Gina.

Estrella vuelve a mi lado y se sienta de nuevo en la cama.

—Voy a esperar un poco, no les quiero molestar —susurra y yo asiento.

—¿Y los niños? —pregunto para cambiar de tema y porque me apetece saber de ellos. Agotan,

pero les echo muchísimo de menos.

—Siguen con mi madre, pasé a verlos antes de ir al aeropuerto. Les he prometido planazo cuando volvamos, que haremos algo todos juntos. Pero ya sabes que entre mi madre y la de Greta se los manejan bien, estarán pasándoselo genial.

—Claro, seguro —asiento.

Qué raro es esto, quiero hacer y decir muchas cosas que me guardo, porque, después de nuestra última conversación, es todo demasiado raro. Y ninguno de los dos saca el tema, porque no es el momento y, en mi caso, porque duele. Supongo que en el de ella también. Quiero creer que en el de ella también. No porque quiera que sienta dolor, ya me entiendes, sino porque quiero creer que lo que sentía por mí era lo bastante fuerte como para que no haya muerto del todo.

Llega Loui e interrumpe este momento extraño. Saluda a Greta con un movimiento de la cabeza, pero ella ni se baja de la cama de Marc. Le da un beso a Piero y dos a Estrella y luego viene hasta mí. Saca de su bolsa un teléfono y me lo da. Es como el que le compré a Gina, pero negro.

—Toma, tío. Rescaté la tarjeta de lo que quedaba de tu móvil. Aproveché cuando llevé a Chus al aeropuerto para pasar por Palermo y comprarte uno. No puedes estar sin teléfono.

Pestañeo algo confuso. Ni me había acordado yo del móvil.

—Gracias, nano, aunque no hacía falta. Ya me dirás lo que te debo, que aquí no tengo pasta —sonrío.

—Olvídate, es un regalo.

—Demasiado regalo —tercia Estrella y saca su propio teléfono—. Dime cuánto es y te hago una transferencia. —Se gira hacia mí de golpe, como si acabara de darse cuenta de algo—. Perdona, Samu, ni siquiera sé si es asunto mío. Ya os apañáis vosotros.

—He hablado con mis padres —dice Loui en voz alta para que lo oigamos todos los de la habitación, supongo que aprovecha también para cambiar de tema y cortar esta situación incómoda que ha creado el comentario de Estrella—, nos pueden conseguir un avión-ambulancia para cuando os den el alta.

No sé si te lo había contado, pero los padres de Loui están forradísimos y conocen gente forradísima como ellos por todo el mundo. De esas cosas de los millonarios que siempre tienen a alguien que les debe un favor en el sitio y el momento adecuado.

—¿Avión-ambulancia? ¿Eso existe? —pregunta Greta.

—Claro que existe —asegura Piero.

—Mucha movida, ¿no? —dice Marc con voz de cansado—. Mejor nos quedamos aquí hasta que podamos coger un avión normal.

—Claro, gran idea, las vidas de todos paralizadas hasta que al flipado que se cree que sabe volar se le suelden todos los huesos —gruñe Greta mientras pone los ojos en blanco—. Pues si nos ofrecen ambulancia voladora, se coge y punto.

—Claro, claro —asentimos todos los demás, porque creo que nadie tiene ánimo de discutir con Greta… y porque tampoco le falta razón.

—Bueno, ¿cómo hacemos? ¿Queréis quedaros vosotras con ellos? ¿Preferís pasar por casa a descansar o lo que sea y venir luego?

—Yo me quedo —dice Estrella—. Id vosotros a descansar, que lleváis mucho hospital.

Ellos asienten y Greta baja de la cama de Marc.

—Vale, si te quedas tú, me voy yo con ellos. Luego vengo, no tardo, ¿vale?

—Claro, vete tranquila. Yo me quedo con ellos —asegura Estrella.

Todos se marchan y ella se queda sola con los dos lisiados.



44. Como mi culo

ESTRELLA

Un hombre, supongo que un celador, dice algo que no entiendo y se lleva la cama de Samu. Intuyo que irán a hacerle más pruebas o algo. Aprovecho para acercarme a mi hermano, aún no he tenido oportunidad de hablar con él. Me siento en la cama a su lado y le cojo la única mano sana.

—¿Cómo estás?

—¿Estamos solos? —pregunta mirando un poco por la habitación.

Cuando me ve asentir, se pone a llorar, directamente, como cuando era un niño.

—¿Sabes que seguramente tenga que volver a aprender a caminar? —Solloza y yo asiento—. ¿Y que me han operado la muñeca y a lo mejor no puedo volver a dibujar?

—Tete… —murmuro y lo abrazo, porque aunque ahora hace cosas de su trabajo de ilustrador con el ordenador y no dibuja tanto como antes, sé perfectamente lo que supondría para él. Y él llora entre mis brazos como cuando era pequeño.

—Y aun así —se separa de mí y se pasa la mano sana por la cara—, me parece poco para lo que podría haber pasado, para lo que me merezco… —Cuando ve que abro la boca para replicar, me corta—. Que me podría haber matado. Pero es que me llevé por delante a Samu. Que lo podría haber matado a él. Imagínate que me lo llego a cargar, o se queda tonto… ¡Que habría dejado a mis sobrinos sin padre! ¡Por gilipollas!

—Bueno, pero ya está —intento consolarlo—, no te atormentes con eso, que no te hace bien. ¿Por qué lo hiciste?

—Yo qué sé. —Vuelve a sollozar—. Llevábamos días saltando por ahí, pensaba que lo tenía controlado. Y me hacía sentir muy bien. Me hacía sentir como cuando tenía veinte años. Y Samu estaba muy hundido, quería que le diera subidón… Y casi lo mato, joder. Si es que encima habíamos bebido… No demasiado, y hacía ya rato, pero aun así… Imagínate que se muere, yo no habría podido vivir con eso, habría muerto detrás…

—Vale, tete, ya, que me estás dando muy mal rollo, deja el tema.

Se me queda mirando muy serio.

—¿De verdad os vais a divorciar? —murmura mirándome a los ojos.

—Eso parece —suspiro—. Aún no lo hemos hablado en persona, pero él estaba muy convencido la última vez que hablamos por teléfono.

—Pero ¿tú no quieres? Díselo. Si no quieres, díselo. Estoy convencido de que lo hace porque piensa que es lo que quieres tú.

—No es tan fácil. —Le vuelvo a coger la mano—. Yo no sé ni lo que quiero. Y él tiene razón, no puedo seguir mareándolo así, no es justo para él. Yo no quiero volver a lo que teníamos, no estábamos bien. Y te aseguro que he estado pensando posibles soluciones y no encuentro ninguna que me parezca realista. La relación está enrarecida ya, volveríamos a lo de antes y no nos haría bien a ninguno de los dos.

Él asiente con un gesto de la cabeza.

—Si te digo la verdad, de todas las parejas del grupo, sois a los que menos probabilidades de divorciarse veía. Antes hubiera apostado por Chus y la zumbada de Carina. O incluso por Greta y por mí —se ríe entre dientes—, que somos la hostia los dos. Pero vosotros…, ni de coña, no lo habría pensado nunca. Que no sé qué le ves, sigue siendo un crío —sonríe y me aprieta la mano —, aunque hay que reconocerle al chaval que tiene una genética de puta madre; tengo los sobrinos más guapos del mundo.

Le regalo una sonrisa triste, porque ya solo hablar de esto me duele demasiado.

—Ojalá encontréis la manera de arreglarlo, porque por separado moláis mucho, pero juntos sois lo puto mejor.

—Gracias, tete. —Le acaricio la cara y le doy un beso en la mejilla.

Le dejo descansar y me reclino yo en la butaca en la que antes estaba Piero, también lo necesito. Llevo casi tres días, desde que nos llamaron para contarnos lo del accidente, sin apenas dormir, pero ahora que ya sé que los dos están bien, puedo relajarme un poco.

Me despiertan Marc y Samu hablando en susurros.

—¿Qué pasa, chicos? ¿Necesitáis algo? —Me incorporo.

—Estamos bien —asegura Samu—. Yo al menos.

—¿Cómo han ido las pruebas?

—Pues creo que bien, porque solo he entendido «*tutto bene*». Voy a llamar a tu madre, que me apetece hablar con los nanos. Estaba esperando a que te despertaras para no molestar… A ver si me aclaro con el teléfono nuevo.

Se pone a trastear en la pantalla y parece que finalmente lo consigue.

—Samuel, cariño —se oye la voz de mi madre al otro lado del teléfono—. ¿Cómo estás?

—Bien, estoy bien, Reyes. Gracias.

—Cómo me alegro, ¿y mi hijo?

—Bien también. Reyes, escúchame: es una videollamada y solo te veo la oreja. Tienes que ponerte el teléfono delante de la cara.

—Pues no lo entiendo, yo te oigo bien —replica mi madre.

—Reyes, sepárate el teléfono. O pídele ayuda a alguno de los niños. A los gemelos, que se manejan muy bien con las pantallas.

—Guille, cariño, ven aquí, que no sé qué me dice tu padre.

—¡¿Papá?! ¿Es papá? Dame el móvil, yaya. ¡Es papá! ¡Es papá!

—Bonito techo —se ríe Samu—. No corras, que tirarás el teléfono de la yaya al suelo.

—Espera, que están los tetes en la otra habitación, ya voy, ya voy —oigo a Guille a través de la llamada. A continuación, mucho jaleo.

—Ahora sí —se ríe Samu—, así os veo a los cuatro.

Quiero ir hasta allí a verlos, me encantaría formar parte de este momento, pero ahora mismo es algo entre él y los niños. Y a partir de ahora va a haber más momentos de estos, de los que no voy a formar parte. Y eso está bien. Aunque duela, está bien.

—¡Papá! ¡Tienes barba!

Samu se ríe y asiente.

—Pareces *Jesutristo*.

—No, pareces Papá Noel *fiaco*.

—Un *núfrago*.

—Un *vagamundo*.

—Peor es cómo está el tío Marc. ¿Queréis verlo?

—Síííííííí —gritan todos al otro lado de la pantalla.

—Mamón —se ríe Marc—. A mí déjame en paz.

—Vale, ahora voy a girar el teléfono y os lo voy a enseñar. Pero está muy feo. Muy muy muy feo… No sé si estáis preparados para verlo…

—Síííííííí —repiten entusiasmados y su padre se muere de risa.

—¿Preparados? ¿Listos? —Se acerca el teléfono muchísimo a la cara—. Ese es vuestro tío Marc. —Gira el móvil hasta que enfoca a mi hermano.

—¿Qué pasa, chicos? —saluda Marc con una sonrisa torcida. Intuyo que está preparado para lo que se viene.

—Sí que es el tío Marc, es su voz.

—¡Pero es calvo!

Se oyen un montón de risas a través del altavoz.

—¡El tío Marc es calvo!

—¡El tío Marc es calvo!

—¡El tío Marc es muy calvo!

—¡Supercalvo!

—¡Calvísimo!

—Como una bola de jugar a los bolos.

—Como un huevo, así, con la cabeza calva de huevo.

—Como mi culo.

Marc se ríe, pero Samu corre el riesgo de ahogarse de la risa.

—Menos pitorreo… Ya veréis cuando os pille, pequeños delincuentes —dice mi hermano entre carcajadas—. Os voy a dejar calvos también a vosotros cuatro.

Ellos se ponen a chillar y a reír al otro lado y nos contagian la risa a los tres.

—Oye, chicos, ¿no está Maya por ahí? —pregunta Marc cuando se ha calmado un poco el escándalo.

—No, se ha ido con la yaya Maite y con Gina a comprar, pero cuando vuelva se lo voy a contar. Le voy a decir: Maya, tu papá es calvo como mi culo.

Temo que a Samu se le caiga el teléfono nuevo al suelo de la manera en que se ríe. Vuelve a girarlo para que le enfoque a él.

—Bueno, ¿qué os parece ahora mi barba?

—Es supermolona.

—Sí, cuando sea mayor, voy a tener una barba.

—¡Yo, dos!

—Dos no se puede, subnormal.

—Eso no se dice. —Samu intenta aguantar la risa con un resultado bastante cuestionable—. Y

no insultes a tu hermano.

—¿A cuál?

—A ninguno.

—Pfff.

—Y sí que se puede dos barbas, listo, que eres un listo.

—¿Cómo se va a poder tener dos barbas? ¿Dónde?

—Una en mi cara y otra en tu culo.

—Ya, *stop*. —Samu no lo puede soportar y suelta una carcajada—. Se acabaron los culos.

Aprovecho para susurrarle a mi hermano que voy a por un café y me largo de la habitación para dejarle a Samu que hable tranquilamente con sus hijos.

Cuando vuelvo un rato después, mi hermano está dormido y Samu me hace un gesto para que me acerque. Voy hasta él y me siento en su cama.

—¿Qué tal con los niños? —susurro para no despertar a Marc.

—Qué locos están —responde en el mismo tono mientras se ríe entre dientes—. Son los mejores del mundo.

Yo asiento con una sonrisa.

—Me ha escrito Chus hace un momento —me explica—, para contarme que han puesto a la venta el ático que hay encima de nuestro piso. Qué irónico, ¿eh? Justo ahora. Con la de tiempo que llevabas queriendo que lo pusieran a la venta para hacer un dúplex… Y llega tarde.

—Yo no quería ese ático —aclaro—. Es un estudio de una sola habitación, no tiene ni dormitorio, es enano. Es todo terraza. Yo el piso que quería era el de abajo, que es como el nuestro. Así sí que cabríamos todos, con el ático no haríamos nada.

—Ya, pues va a ser verdad lo de que no me entero de lo que me dices —murmura.

No digo nada, porque no quiero discutir ni remover lo que ya no tiene sentido. Pero lo cierto es que sí, que dije mil veces que ojalá pusieran a la venta el piso de abajo del nuestro, que sería una solución estupenda para nuestra familia, esa que ya no somos. Pero ese ático… Jamás me planteé juntar nuestro piso con el ático, es totalmente absurdo.

—¿Cómo verías que me lo pillara yo? —pregunta en voz baja—. ¿Te molestaría tenerme tan cerca, justo arriba, o crees que sería práctico por el tema de los nanos? Aunque le toquen los críos a uno o a otro, estando tan cerca, sería muy cómodo lo de subirlos o bajarlos en un momento. Y menos mareo para ellos, no tendrían que salir del edificio.

Ya está pensando en eso. Yo aún estoy de luto por nuestro matrimonio fracasado y él ya se ve alquilando un nidito de soltero. Porque es lo que son esos áticos: picaderos para solteros. Supongo que ahora le toca desquitarse y recuperar el tiempo perdido. No me vuelve loca la idea de tenerlo arriba y ser testigo de lo que está por venir, pero lo cierto es que sería lo menos traumático para los niños.

—¿Cómo vas a meter a cuatro niños ahí? Si no tendrá más de treinta metros cuadrados… —esgrimo el único argumento que tengo.

—De momento son pequeños, pueden dormir en la cama conmigo. Y luego, pues ya me plantearé mudarme, o pondré futones en el suelo como los japoneses, o haré obra y cerraré parte de la terraza. Ya veremos, es un problema para el Samu del futuro. La cuestión es si tú prefieres que me mude más lejos. Que, a todo esto, estoy dando por hecho todo el rato que quieres quedarte tú en casa, pero que si quieres mudarte tú y que me quede yo en casa, como prefieras. —Me coge la mano—. Iba en serio cuando dije que iba a ser el divorcio más amistoso del mundo. De verdad que solo quiero verte feliz.

—Me quedo yo en casa con los niños, será menos cambio para ellos.

—Claro —asiente—. Bueno, pues entonces, cuando volvamos, iré a ver el piso, pero vaya, que aunque sea una ruina me lo voy a quedar. Antes hago obra que buscar otro piso más lejos de los niños.

—¿Y quién te haría la reforma? ¿Tu amiga Claudia? —pregunto sin pensar, me sale solo.

Se queda blanco y me mira muy serio.

—Eso no es justo, Estrella —susurra y se limpia una lágrima que se le escapa—. Sabes que no fue culpa mía y que yo nunca la he buscado. Estoy intentando comportarme como un adulto y llevar esto de forma madura, pero no puedo si tiras por ese camino.

—Tienes razón, perdona. —Me acerco a él y lo abrazo—. No me puedo creer que vayamos a hacer esto, Samu. Te voy a echar mucho de menos en casa —susurro entre sus brazos.

—Yo llevo muchos meses echándote de menos a ti —murmura de un modo casi inaudible antes de apretarme más fuerte—. Me tendrás en el piso de arriba, puedes subir cuando quieras.

—Claro —suspiro.



45. Un café

SAMU

Un par de semanas después, estoy en casa de mi madre. Lo del pulmón está prácticamente curado y en menos de un mes me quitarán la escayola de la pierna. Es incómodo, pero ya puedo hacer vida más o menos normal, todo lo normal que se puede con una pierna escayolada hasta la ingle. He aprendido a manejarme con las muletas, lo tengo bastante mejor que Marc, que parece un clic de Playmobil y tiene que ir en silla de ruedas a todas partes. Su recuperación va a ser bastante más lenta.

Me compré el ático, soy así de impulsivo. Ahora mismo tengo dos hipotecas, pero una farmacia da dinero de sobra para algo así. No estoy tan forrado como los padres de Loui, está claro, pero el dinero no me falta para el ritmo de vida que llevo.

Tenía razón Estrella, el ático es enano para juntarlo con la que era nuestra casa, de ahí no habríamos sacado las habitaciones para los niños que según ella necesitábamos, pero para mí solo me sobra. Y cuando los niños crezcan… ya me enfrentaré a ese problema. La terraza es una puta pasada, eso sí. Lo mejor que tiene. Estaba estupendo, no he tenido que hacer obra. Solo hacía falta pintar y lo han hecho mis hermanas, porque la verdad es que es tan pequeño que cualquier cosa se hace en un momento. Esta tarde se lo voy a enseñar a Estrella y a los niños, no quería que lo vieran hasta que estuviera aseado y pintadito. No me voy a mudar de momento, al menos no antes de recuperar mi pierna, en casa de mi madre estoy bien.

No queda café. Mierda. Y estoy solo en casa. El *show* de ir al supermercado con las muletas solo a por café me parece un movidón. Decido salir al rellano y llamar a casa del vecino con todo mi morro. Abre al primer timbrazo.

—Hola, Alberto ¿qué tal? Cuánto tiempo…

—Hola, Samu, sabía que habías vuelto a casa de tu madre y escayolado hasta la ingle… Anda que has pasado a saludar…

—No estoy en mi mejor momento —sonrío—. ¿Tienes café? Bajar a comprar se me hace un mundo en estas condiciones. Si me das un paquete, mañana te lo devuelvo.

—Yo a ti te daba todos los paquetes que quieras; pero, por desgracia, mi cafetera es de

cápsulas. Pasa, te invito a uno y me cuentas tu película, que solo con los cotilleos de descansillo no es suficiente.

Me siento en la butaca que parece más firme, de la que menos me va a costar levantarme, y apoyo las muletas al lado. No tarda en volver Alberto con los cafés. Me pasa el mío y se sienta en el sofá.

—Bueno, cuéntame. Aunque te digo ya que seguro que tu versión es más aburrida que lo que se rumorea por los rellanos.

—No sé si quiero saber —sonrío.

—Te has separado de tu mujer, entiendo, ¿no?

Asiento y le doy un trago al café.

—Obvio.

—Qué lástima. Y mira que con ella siempre he tenido esa sensación de amor-odio, pero lo cierto es que hacíais una familia preciosa con esos niños tan cuquis. Que luego seguro que son unos bichos, que los oigo a través de la pared cuando están en casa de tu madre, pero cuando los ves caminando tranquilitos parece que no hayan roto un plato en su vida.

—¿Amor-odio a Estrella? —Me río—. ¿Por qué?

—Ay, chico, por defecto. Si es un encanto y siempre ha sido amable conmigo, entonces no puedo hacer otra cosa que adorarla, pero mi naturaleza me lleva a odiar a toda mujer que nos haya quitado un tío bueno.

Suelto una carcajada.

—Dime, al menos, que os habéis separado porque te has cambiado de acera.

—Qué va, lo siento —sonrío—. Esto empieza a ser acoso ya, ¿eh? Además, que tú ahora estás casado también, ¿no? Y tienes una cría.

—Ay, sí, pero no te preocupes, mi marido lo entendería perfectamente. Venga, en serio, ¿qué os ha pasado?

—Yo qué sé. —Doy otro trago al café—. La vida, supongo. Los nanos. Ella no podía más, y creo que me culpaba de todo. Que yo sé que estar con los niños es cansado, pero yo estaba todo el día fuera de casa currando y cuando llegaba todo eran malas caras y mal rollo. Y aún se mosqueaba si no me ponía a tope con las cosas de la casa y con los críos. Que yo llegaba de currar, que también quería descansar…

—A ver, cari, con la mano en el corazón te lo digo. —Se lleva la mano al pecho en un gesto de lo más teatral—. Que yo he estado en tu situación. Que en mi caso ha sido Jon quien se quedaba en casa con la peque y yo el que me iba a trabajar. Y así —baja la voz—, entre tú y yo, ambos sabemos que con un niño pequeño, el que sale a currar fuera de casa es el que descansa. ¿A que estabas mucho más tranquilo y relajado cuando estabas en el trabajo que los ratos que estabas en casa? ¿Sí o no? —Hace esta última pregunta ya a un volumen normal—. Eso lo viví yo con una. Tú tienes cuatro, chato. Voy a hacer de abogado del diablo y te voy a preguntar: ¿cuándo descansaba ella? ¿Lo has pensado?

Joder con el vecinito, me acaba de amargar el café.



46. El piso nuevo

ESTRELLA

Subo con los niños las escaleras que nos separan de la nueva casa de Samu y todos llaman al timbre a la vez. Mira, eso que me ahorro. Abre solo con una muleta y haciendo equilibrios a la pata coja, pero se le ilumina la cara al vernos.

—¿Y la otra muleta? —pregunto por inercia, preocupaciones de madre a tiempo completo, supongo.

—Se me ha caído en el baño, ahora iba a por ella. —Señala con la mano hacia la única puerta de la habitación, que además está abierta, queda más que claro que es el aseo—. Pasad. —Se aparta a un lado dando saltitos.

—Nico, ve a cogerle la muleta a tu padre —le pido al que tengo más cerca.

—Claro, mami. —Sale corriendo y desaparece en el baño. Vuelve al momento con ella.

—Bueno, ¿qué os parece, chicos?

—Qué pequeño —se queja Dani.

Toda la vivienda es una única habitación. De tamaño será como dos o tres (no creo que llegue a tres, la verdad) veces nuestro dormitorio. Tiene una cama enorme y una mesa muy pequeña con un par de sillas. Y toda una pared de armarios. Ya está, eso es todo.

—¿Por qué el colchón tiene plástico? ¿Te haces pis? —pregunta Manu.

—No, porque me lo acaban de traer —se ríe Samu.

—Qué barbaridad de cama, es la más grande que he visto nunca. Es más grande que la… —me interrumpo antes de decir «nuestra»— de casa.

—Sí —sonríe Samu—, pillé la más grande de la tienda. Como de momento mis chicos van a dormir en la cama conmigo, cuanto más grande, mejor.

—Claro —asiento y un escalofrío me recorre la espalda de pensar en todo lo que va a pasar en esa cama y no precisamente conmigo.

—¿Vamos a dormir aquí?

—¡Bieeeeeeeeeeen!

—Pero no hoy —los corta su padre—. Cuando me quiten la escayola, todavía no vivo aquí. —

Se gira hacia mí—. ¿Qué te parece?

—¿No tienes cocina? —pregunto para salir del paso, bueno, y por curiosidad también.

—Ven. —Sonríe—. Mira cómo mola.

Lo acompaño hasta la armariada que queda más alejada de la cama y más cerca de la mesa minúscula. Hay unas puertas de armario en la parte baja y una persiana de maderita muy mona en la de arriba.

—Aguanta. —Me pasa sus muletas y yo las cojo. Mientras hace equilibrios sobre una pierna, levanta la persiana y deja al descubierto una encimera con su pila, sus fogones, un microondas y poco más. Es como una cocinita en miniatura de esas de las caravanas—. ¿Qué te parece?

—¿No hay nevera?

Abre una de las puertas que quedan debajo de la encimera y es un frigorífico panelado. Diminuto, vacío y triste. Creo que la nevera que tiene en la farmacia para los medicamentos que tienen que estar refrigerados es más grande.

Su sonrisa es contagiosa, así que sonrío por inercia, y también para que no note lo triste que me parece imaginármelo aquí solo estando nosotros justo abajo. Bueno, está desangelado, aún no tiene vida, seguro que cuando lo decore a su gusto cambiará el rollo. Y lo mismo tampoco estará solo tanto tiempo… Se me llevan los demonios, sé que no tengo derecho a tener celos preventivos, y más cuando fui yo la que dejó morir nuestra vida sexual, pero lo cierto es que desde el accidente y el miedo que sentí ante la posibilidad real de perderlo, lo veo todo un poco diferente. Ya está, ya lo he dicho. Que no le voy a pedir que intentemos arreglar las cosas, porque sería muy egoísta por mi parte y sería devastador si volviéramos a caer en lo mismo. Sin embargo, si fuera él el que propusiera parar esta locura y volver a casa…

—Ven, que no has visto la terraza. —Me quita las muletas y lo sigo hasta la cristalera del fondo.

Gigante, enorme, descomunal. La terraza es como tres veces (aquí sí que son tres) la vivienda.

—La voy a dejar preciosa. —Se pasa una muleta a la otra mano y con el brazo que le queda libre me rodea los hombros, pero lo aparta al momento—. Perdona, supongo que no es apropiado. Se me hace raro, no sé dónde puedo tocarte y dónde no. Es difícil tenerte cerca y no cogerte, la costumbre, han sido muchos años… Supongo que lo mejor es que directamente no te toque y así no fallo.

—No pasa nada, cielo. —Le acaricio el brazo para tranquilizarlo porque me da la sensación de que se ha puesto un poco nervioso—. Si te apetece pasarme un brazo sobre los hombros, abrazarme o cogerme la mano, no pasa nada. Es bueno que los niños vean que nos tenemos cariño.

Sonríe y se inclina a abrazarme. Me besa la cabeza y susurra.

—Ojalá algún día sea solo cariño.

Se separa un poco de mí, pero deja un brazo sobre mis hombros. Y nos quedamos los dos en silencio mirando al infinito. Por debajo del infinito se ve el edificio de enfrente. Sí, el de Claudia. Como si me hubiera leído el pensamiento, Samu rompe el silencio.

—Voy a poner unos setos o una celosía o algo tapando el final de la terraza. Para seguridad de los niños y para que no me espíen los vecinos…

—Claro, buena idea —asiento—. Por cierto, se va a pasar Emma ahora a traernos los papeles que tenemos que firmar. —Soy única dando noticiones.

—Mmm, Emma… Qué bien, cuánto me apetece verla. —Él también es único manejando la ironía—. ¡Chicos! —grita dirigiéndose al interior—. ¿Habéis visto la terraza?

Los cuatro diablejos bajan de golpe de la cama, donde estaban saltando, y vienen corriendo

hasta nosotros. Continúan dando saltos a nuestro alrededor mientras se persiguen unos a otros. Van a ser felices aquí. Por suerte, mis niños son felices en todas partes.

Bajamos a la que era nuestra casa cuando Emma nos informa de que ya está en el portal. Samu se sienta en una de las sillas del comedor a esperar a que ella suba y apoya la pierna escayolada en otra. Cuando Emma entra, ni se molesta en levantarse.

—Hola, Emma —saluda—. Cuánto tiempo. Qué asco más inesperado.

—Hola, Samuel. —Le devuelve el saludo en su tono más amable, que no difiere demasiado de su tono formal—. Quería disculparme por aquello, por haberte enviado esa canción. Estábamos de fiesta, habíamos bebido y pensé que sería divertido. No era asunto mío y no debí hacerlo.

—Claro —asiente Samu—, aunque la verdad es que, ahora que lo pienso, fui un poco maleducado y no te mandé nada de vuelta. Aprovecho que estás aquí y te lo mando ahora, así puedes elegir… ¿Prefieres que te mande a la mierda o a tomar por culo?

—¡Papá ha dicho *mierda*!

—¡Y *culo*!

Llegan los gritos de los críos desde su habitación. De verdad que no puedo entender cómo escuchan ciertas cosas y de otras, aunque se las digas directamente y mirándolos a los ojos, no se enteran. Agradezco en mi interior el intento de disculpa de Emma, aunque no me sorprende nada la respuesta de Samu. Yo solo borraría aquella noche.

—Entiendo que estés molesto conmigo, Samuel. Yo ya me he disculpado, seamos profesionales, por favor —dice Emma mientras se sienta en la mesa frente a él. Yo lo hago en la silla que queda al lado de Samu y ella nos pasa unos papeles, que acaba de sacar de una carpeta, y un bolígrafo.

—¿Dónde tengo que firmar? —pregunta él.

—¿No lo vas a leer? Tenemos tiempo —asegura Emma.

—¿Lo has leído tú? —me pregunta y yo asiento—. ¿Y te parece bien?

Vuelvo a asentir y él presiona el botón del bolígrafo antes de dirigirse a Emma de nuevo.

—Pues ya está. Si a ella le parece bien, yo firmo donde me digas.

—Debes saber, Samuel, que esta es la tercera versión que redacto. Estrella me ha hecho cambiarlo dos veces. Yo le sugerí que reclamara la mitad de la farmacia, legalmente está en su derecho, pero ella no ha querido.

—Vale, Emma, ya. Este es el definitivo, eso es lo importante —la corto.

—¿Qué intentas decirme? —Samu se está mosqueando—. ¿Lo buena persona que es Estrella? Eso ya lo sé, no necesito que me lo digas. Y ¿sabes qué? Tampoco es tonta. Si ha estado conmigo tantos años, igual es que tan malo no soy. Siento mucho que tu matrimonio fracasara, Emma. Siento de verdad que Carlos fuera un cerdo y que llevara tanto tiempo engañándote, pero no nos metas a todos en el mismo saco, porque no todos somos así. Dime, por favor, dónde tengo que firmar, porque a Estrella le firmo lo que ella me pida con los ojos cerrados.

Le pongo una mano en el muslo de la pierna sana, porque ha empezado a temblarle mientras hablaba. Está muy nervioso. Ignora mi gesto y firma donde le pide Emma.

—¿Ya está? —pregunta tras devolverle los papeles—. ¿Ya estamos divorciados?

—No —contesta Emma—. Mañana los llevaré al juzgado y revisarán el acuerdo para comprobar que es beneficioso para los menores. Si lo ven todo correcto, os citarán para ratificarlo y entonces será cuando el juez dicte la sentencia de divorcio.

—Guay, ¿cómo nos avisan para eso de ratificar?

—Os avisaré yo.

—Vale, gracias por todo, Emma. Voy a ver a mis hijos.

Se levanta y se aleja con sus muletas hacia la habitación de los niños.

Acompaño a Emma hasta la puerta y ella se detiene justo antes de irse.

—Tiene razón, ¿verdad? —me pregunta—. Lo de Carlos me ha afectado hasta el punto de estar resentida con todos los hombres, ¿no?

—Creo que sí —asiento.

—Dime por favor que la tontería de la canción no es lo que ha desencadenado todo esto, Estrella. Ya no sé cómo pedirte disculpas por aquello.

—Ya está, Emma, no le des más vueltas. Nunca sabremos cómo habrían sido las cosas de no haberla mandado, pero ya no tiene sentido lamentarse. —Abro la puerta invitándola a marcharse —. Ya nos avisas cuando te den la fecha esa que has dicho.

—Claro. Adiós, Estrella.

Voy hasta el dormitorio de los niños. Samu está tirado en el suelo y ellos le están pintando la escayola. Les va diciendo cosas y se ríe con ellos, pero aún le tiembla un poco la voz. Lo conozco lo suficiente como para saber lo nervioso que se ha puesto antes y lo que le está afectando esto. Me arrodillo tras él y lo abrazo por la espalda. Apoyo mi barbilla en su hombro mientras él lleva una mano a mis brazos, entiendo que para que no le suelte.

—Vamos a pedir unas *pizzas* —le cuento casi en un susurro—. ¿Te quedas a cenar con nosotros?

—Claro —acepta con la voz algo temblorosa todavía.

—¡Bieeeeeeeeeeeen! ¡*Pizza*!

—¡*Pizza*! ¡*Pizza*!

—¡Yo quiero de *pepiloni*!

—¡Yo de *carbonata*!

—¡Yo quiero sin *cacachofas*!

—¡Yo quiero picante para tirar fuego por la boca!

—¡Yo voy a dibujar una *pizza* en la escayola!

—¡Yo voy a por el papel de pedir las *pizzas*!

Ignorando la vorágine que se desata en esta casa cada vez que alguien nombra la palabra *pizza*, Samu y yo nos quedamos en la misma posición, supongo que a ambos nos mueve el mismo temor a separarnos.



47. Muerte cerebral

SAMU

Me agacho como cuando mis hijos daban sus primeros pasos y extiendo los brazos.

—Venga, un pasito más, que tú puedes, ven con el tío Samu.

—Que te jodan, cabrón —se ríe Marc y me enseña el dedo corazón de la mano que le operaron. La otra no la suelta de la barra de la que está agarrado ni de coña.

—Muy bien, ya sabes sacar el dedito y todo… Eres un campeón —sonrío y él se descojona. Está sudando, tiene que ser chungo eso. Lleva un arnés que se supone que le ayuda, pero se nota que, aun así, hace mucho esfuerzo.

Viene a rehabilitación a diario. Yo le acompaño los miércoles, que era el día que a los demás les venía peor. Ventajas de ser mi propio jefe, supongo.

Me pongo de pie cuando llega por fin hasta mí. Se agarra a mi brazo y resopla. Le suelto el arnés y lo acompaño hasta el aparato que le toca. Él se sienta con un gruñido. Es una máquina para hacer ejercicio de aspecto como las de los gimnasios, pero de intensidad como las que hay en los parques para los abuelos. Voy a dejar pasar un rato antes de la siguiente coña, sé que le da risa, pero también tiene que ser jodido.

Coloca los pies en el sitio y vuelve a resoplar. No me puedo ni imaginar lo que se siente. Por lo menos, ya le está creciendo el pelo. Ahora mismo lo tiene como cualquier hombre adulto de nuestra edad, pero no tengo dudas de que su intención es la de volver a dejárselo largo, como yo. Si nos preguntan, seguramente diremos que es porque nos gusta salirnos de la norma, porque tenemos nuestra propia personalidad o algo por el estilo, aunque puede que simplemente sea por inercia, por costumbre, porque nos hace sentirnos los mismos que cuando teníamos veinte años o porque, ¿qué coño?, nos sienta de puta madre y estamos muy guapos.

—¿Qué tal en la casa nueva? —me pregunta casi sin resuello antes de empezar los ejercicios.

—Guay, la verdad es que es muy pequeña, pero me apaño bien yo solo. Cuando tengo a los nanos es un poco una locura, pero más o menos lo tenemos ya bajo control.

—Y… ¿qué tal… con los… críos? —interroga a golpes entre sus esfuerzos sobrehumanos.

—Muy bien, tío. A ver, que hay momentos en los que me agobio, que son cuatro y muy

movidos, pero nunca había pasado tanto tiempo con ellos y la verdad es que son muy divertidos. Me descojono con las salidas que tienen… Lo que peor llevo son los marrones del colegio. ¿Estás en algún chat de padres?

—No —se ríe.

—Buah, nano, qué coñazo, he tenido que meterme porque ahora, las semanas que los tengo yo, me tengo que ocupar de todo. Los tengo silenciados, claro, pero aun así, un agobio que te cagas. Hay madres que piensan que los demás no tenemos nada mejor que hacer que estar pendientes de estas movidas todo el día, todos los días. Y nos buscan unos marrones totalmente innecesarios. Y son cuatro. Cuatro chats. El puto infierno. Lo mejor de estar en esos grupos es cuando alguna madre dice una subnormalidad y tu hermana me escribe por privado para comentarlo. Nos tiramos un buen rato hablando del tema y descojonándonos. Tenemos motes para todas ellas, así las diferenciamos. Es divertido…

—¿Qué tal… con… ella? ¿Cómo… lo… llevas? —En serio, me canso solo de verlo.

—Bien, nos llevamos muy bien ahora. Está como más relajada, supongo que le sienta bien estar sin mí —suspiro—. Y le deben de sentar bien las semanas que tengo yo a los críos. Que muchas noches la llamamos para que suba a cenar con nosotros. O me llaman a mí si no es mi semana.

—Eso… está… bien…

—Sí, nano, aunque vivo con pánico a que un día la llamemos y no pueda subir porque ha salido. O que esté en casa acompañada… Que es cierto lo que digo de que solo quiero verla feliz, te lo juro, pero no voy a llevar nada bien verla con otro, lo sé.

—¿Está… con… otro? —pregunta extrañado y haciendo el esfuerzo final. Yo le ayudo a sacar las piernas de los estribos.

—No, no… Bueno, no sé, en realidad. No lo quiero ni pensar…

—Ya —resuella mientras me indica con un gesto que le pase la botella de agua—. No lo creo…, la verdad. —Hace una mueca de dolor.

Voy hasta donde hemos dejado el agua.

—Yo tampoco lo creo —aclaro mientras camino de vuelta hacia él—, pero eso en parte también me da miedo. No esperármelo y de repente verla con otro. —Me siento de nuevo a su lado y le tiendo el botellín.

Él se bebe de un trago más de media botella.

—Pues, nano —dice tras secarse la boca con el dorso de la mano—, o intentas recuperarla o empiezas a asumir que eso puede pasar en cualquier momento.

—¡No jodas! ¿A esa conclusión has llegado tú solito? A ver si vas a ser superdotado como tu hija… —finjo una exagerada sorpresa.

—Entiéndeme, joder —se descojona—. A ver, ¿cuánto tiempo lleváis así de vecinos y de buen rollo?

—Unos tres meses.

—Pues cuidado, que como caigas en la *friendzone*, de ahí no sales —me advierte serio de repente.

—Déjate de *friendzone*, nano. Hemos estado juntos catorce años, le he metido la lengua en todos los rincones…

—¡Argh, joder! —Cierra los ojos—. ¿Qué puta parte de «es mi hermana» no has entendido después de todos estos años?

—¿No decías que lo tenías asumido? —Me río.

—Una cosa es tenerlo asumido y otra muy diferente visualizar los detalles, cerdo —asegura

intentando disimular que está a punto de descojonarse.

—Déjame desahogarme, joder. Es lo que peor llevo, te lo juro. Cada vez que estamos juntos, encerraría a los críos en una habitación y me la follaría en cada superficie de mi casa o de la suya, sin descanso y hasta el amanecer… Estoy seguro de que no voy a volver a follar así con nadie.

—Vale, creo que ya sé lo que se siente al sufrir un aneurisma…

—Es que, tío, en serio, era un grado de complicidad que no he tenido con nadie más, porque nos queríamos tanto…, pero tanto tanto… Y éramos tan cerdos los dos… Antes de que nacieran los nanos, nos pasábamos el día follando…

—Embolia, ictus, trombosis…

—Teníamos de todo. Por cada aniversario, cumpleaños o lo que fuera nos comprábamos algo; íbamos a un *sex-shop* gigante que hay a tomar por culo de lejos, pero nos encantaba y eso compensaba el viaje. Tuvimos un columpio, esposas, disfraces, correas… De todo, nano, y, a pesar de lo que pueda parecer, era muy romántico.

—En serio, ¿puedes mirar si me está chorreando el cerebro por la oreja?

—¿Has follado alguna vez en un columpio? Es lo puto mejor del mundo, nos podíamos tirar horas con eso. Y Estrella se dejaba, tío, me dejaba hacer todo lo que quería…

—Recemos una oración por la muerte del cerebro de Marc Sapena tras treinta y seis años de servicio… Te echaremos de menos, compañero.

—Y sobre todo me encantaba cuando se quedaba dormida desnuda, después de follar durante horas, con su piel tan suave, sus tetas perfectas…

—¡Eso sí que no, nano! —Se levanta de golpe con cara de mosqueo—. Ni de coña aguanto que me hagas visualizar a mi hermana en bolas.

—¡Eh, abuelaco! ¡Que te has puesto de pie tú solo y en un único movimiento!

Me levanto yo también y lo zarandeo un poco. Él se mira a sí mismo sorprendido y sonríe. Se agarra a mí al momento porque vuelven a flaquearle las fuerzas.

—Venga, chaval, se acabó el descanso, otra ronda —indico tirando un poco de él de nuevo hacia el inicio del circuito.

Respira hondo y se apoya en mí para dar pasitos cortos de camino a donde le señalo.

—¿Ya habéis hecho el último trámite ese que os faltaba para el divorcio? —pregunta intuyo que para desviar el tema de lo sexual.

—Pasado mañana. —Niego con la cabeza.

—¿Qué pasa si no vas? —Se detiene y se agarra a mí más fuerte, le duele.

—Por lo visto se paraliza todo, se anula, no hay divorcio. Habría que volver a empezar.

—Pues no vayas. —Arranca a andar otra vez a velocidad de tortuga fumada.

—No, nano, no quiero alargarlo más. Necesitamos cerrarlo. No quiero comenzar todo el proceso de nuevo. Tampoco quiero hacerle eso a ella. Ni ponernos de mal rollo. Se acabó: se asume, se firma, se cierra y se sigue adelante —suspiro.



48. Ni me lo planteo

ESTRELLA

—Qué poco te veo desde que has empezado a trabajar. Has encontrado curro muy rápido, ¿no? —comenta Carina mientras come pipas y no le quita ojo a Andrea. Estamos sentadas en nuestro banco de siempre mientras los niños se desfogan en el parque.

—Sí —confirmo—. Me lo consiguió una amiga que trabaja en una empresa de estas enormes, estoy en Recursos Humanos…

—Mola.

—Mmm, no sé, me gustaba más lo de ser orientadora en un cole o un instituto, la verdad —confieso.

—Bueno, pero igual te sienta bien tratar más con adultos y menos con niños.

—Puede ser, pero una de mis misiones es despedir gente, y te confieso que eso lo llevo francamente mal. O hacer entrevistas de trabajo y decidir a quién se contrata y a quién no… Yo los contrataría a todos, soy así de blanda.

—Claro —sonríe Carina—. Eso a mí se me daría bien, ¿no ves lo que me cuesta empatizar con la gente? No tendría ningún remordimiento en mandarlos a su casa o en decirles: «no nos sirves, inútil».

—Qué bruta —me río.

Ella se encoge de hombros y se ríe también.

—Y con Samu, ¿qué tal? —Me mira de reojo.

—Bien, muy bien —aseguro—. Nuestra relación ha mejorado mucho, y su actitud, ahora que tiene que hacerse cargo de los niños tanto como yo, es muy diferente.

—Eso está bien… —Carina asiente con la cabeza—. Si el rubio perdonavidas tiene buen fondo —sonríe—. Yo creo que lo que os pasaba es que él no se enteraba y tú no le dejabas las cosas claras.

—Puede ser —suspiro—. Ya no importa. Pasado mañana tenemos el último trámite para el divorcio.

—¿Estás segura de querer hacerlo?

—Claro —aseguro.

—Inténtalo otra vez, que no me lo he creído. —Se gira a mirarme de frente.

—Estoy segura, sí. Segurísima, vaya. Es lo mejor para todos —insisto.

—Venga, prueba una más, que esta vez no te lo has creído ni tú —se ríe y sube un pie sobre el asiento.

—Que sí, que es lo mejor —sonrío—. Se terminó, ahora estamos muy bien.

—Ya.

—En serio.

—Vale, vale, te creo… —Levanta las manos—. ¿Te mola alguien del trabajo?

—¿Qué? ¡No!

—Vale, vale —se ríe—. ¿Y de algún otro sitio?

—No, claro que no. Es pronto todavía…

—No es pronto —asegura—. Lleváis más de tres meses separados y, antes de eso, ¿cuánto llevabais sin…? No sé cómo decir *follar* sin que me llames bruta —se ríe.

—Es que eres bruta. —De verdad que intento no reírme yo también.

—Venga, contesta.

—Contesta tú —protesto con una réplica de lo más infantil.

—Ayer. Te toca. Te toca hablar, porque, de lo demás, no te toca nadie. —Se parte de su propio chiste.

—Si te digo la verdad, ni lo sé —suspiro—, pero es muy posible que haga más de un año… o quizá incluso año y medio.

—¡¿Qué?! Pero eso no es posible… Con lo que os iba la marcha a vosotros…

—¿Tú qué sabes si nos iba o no nos iba la marcha a nosotros? —Me río.

—Nadie tiene tantos accesorios y juguetes sexuales si no le va la marcha un montón…—Noto cómo me empieza a subir la sangre a la cara. Yo no soy de avergonzarme de estas cosas, pero me ha pillado totalmente por sorpresa—. ¡Y el columpio! Ya te digo yo que tener un columpio es llegar a otro nivel.

—¿Cómo sabes tú…? —Me interrumpo a mitad de frase porque ella se empieza a descojonar y yo no sé ni cómo terminar la pregunta.

—Nunca dejes a una italiana inepta social y que no conoce los límites de lo correcto a solas en tu casa haciendo de canguro si no quieres que averigüe ese tipo de cosas —se parte la tía.

—Pero…, pero… ¿cuándo? ¿Cómo? —Intento parecer seria, pero lo cierto es que me da más risa que otra cosa.

—Hace años ya. Si no recuerdo mal, creo que estabas de parto. Sería de Nico, porque yo aún no estaba con Chus y era la primera vez que nos quedábamos con los niños, juraría que eran solo los gemelos. El rollo es que nos tumbamos en vuestra cama a descansar y vi el enganche del techo. Me pudo la curiosidad y no paré hasta que lo encontré. —Se ríe—. Y claro, buscando el columpio, encontré el cajón ese que tenéis lleno de cosas. Qué mal lo pasó Chus, también te lo digo. Yo creo que nos pusimos los dos cachondos perdidos, pero él además tenía remordimientos de estar cotilleando el armario de su amigo.

—Ya te vale, y nunca me lo habías dicho —me río.

—No había salido el tema. —Se encoge de hombros—. Pero lo que importa: que nadie tiene todo eso si el sexo no es algo importantísimo en su relación.

—Lo era —suspiro y me reclino en el respaldo del banco—, claro que lo era.

—¿Cómo puede hacer año y medio? ¿Cómo lo dejasteis morir de esa manera? —pregunta abriendo mucho los ojos y levantando las manos. Si ya son teatrales los italianos, esta es máximo

nivel.

—No lo sé. —Me paso una mano por la frente—. Yo estaba siempre muy cansada. Tenía la sensación de que todo lo hacía yo. Y llegaba a la cama y pensaba: «criada de día y puta de noche», no sé, sentía que no tenía control sobre nada, hasta eso se convirtió en una obligación y dejé de querer hacerlo, solo quería descansar…

—Te quiero entender, pero yo no he pasado por eso, la verdad. —Escupe una cáscara de pipa —. ¿En qué punto estás ahora? ¿Sigue sin apetecerte?

—Pues te confieso que desde que paso menos tiempo con los niños y estoy más descansada, estoy volviendo a pensar en eso…

—*Cazzo*, claro, es normal. ¿Y con quién te lo planteas?

—No sé, son solo pensamientos al azar, con nadie en concreto.

—Ya —sonríe con una mueca rara—. Pásame tu teléfono. Vamos a pasar de lo abstracto a lo concreto.

—¿A qué te refieres? —pregunto mientras le paso mi móvil y ella usa mi dedo para desbloquearlo.

—Vamos a ver cómo está el mercado…

—¿Mercado? ¿Qué mercado? ¿De qué hablas? —A veces no puedo seguirle el ritmo, lo juro.

—Voy a instalarte Tinder.

—¿Qué? ¡No! —Intento quitarle el teléfono, pero tiene arte esquivando mis movimientos.

—Venga, no seas exagerada. Lo instalamos, echamos un vistazo a ver cómo está el tema y cuando quieras lo desinstalas. No seas dramática, será divertido.

—Venga, vale —me río—. Pero no me voy a hacer un perfil.

—Vale —dice mientras trastea con la aplicación que ya ha descargado—. *Merda*, si no te haces un perfil, no se puede cotillear. Venga, perfil falso. Nombre: Estrella no… Luna, Luna cachonda…

—Quita lo de «cachonda» —me río.

—¿Lujuriosa? ¿Calenturienta? ¿Libidinosa?

—Nada de eso.

—Está bien —sonríe—. Sí, mejor, que solo atraerías a perturbados. Aunque si lo que quieres es echar un polvo…

—¡Que no quiero echar un polvo!

—Claro, claro, yo tampoco —asiente y sonríe. Yo no puedo evitar soltar una carcajada—. A ver, siguiente pregunta: ¿qué buscas?

—Acabar con esta tontería y recuperar mi teléfono. —Le tiendo la mano.

—No se refieren a eso. —Se parte de risa—. A ver, buscas un hombre, ¿edad?… Te gustan yogurines, ¿de treinta a cuarenta?

—No me gustan yogurines, me gustaba Samu, es muy diferente… ¿Dónde voy yo con uno de treinta?

—A la cama, vaya pregunta.

—Ni hablar —niego rotundamente.

—Vale, de cuarenta a cincuenta entonces. —Resoplo como respuesta—. Mira, de cuarenta a cuarenta y cinco. Así lo dejo. Foto.

—Ni de coña. Por ahí sí que no paso.

—Sin problema. —Baja los pies al suelo y les saca una foto.

—¿Qué haces?

—Había que poner una. Así eres más misteriosa, aunque también cabe la posibilidad de que

piensen que eres un orco y que por eso no enseñas tu cara.

—Bueno, mejor, porque, al fin y al cabo, lo de crear el perfil era para cotillear, ¿no? En ningún momento hemos hablado de interactuar con nadie, porque te digo ya que no pienso hacerlo.

—Que síííííííííí… —Pone los ojos en blanco—. Tranquila, a menos que veas alguno que te ponga cachondísima, vas a seguir con tu castidad autoimpuesta.

Omito decir que sí hay uno que me pone cachondísima, porque es el mismo de siempre y no quiero seguir hablando del tema.

—¡Vamos allá! —Pulsa un botón de la aplicación y aparece la foto de un señor al momento—. ¿Y bien? ¿Qué te parece?

—¡Por favor! Es muy mayor.

—Tiene tu edad —asegura entre risas.

—No sé en qué momento me hice tan vieja, la verdad. —Resoplo—. Fuera.

—Vale, si deslizas hacia este lado es que te gusta y hacia el otro que no te interesa.

—Pues hacia el otro —aseguro mientras deslizo el dedo por la pantalla y al momento sale otra foto—. Por favor, qué feo. —Repito el proceso y sigo con todas las fotos que van saliendo a continuación—: Viejo, feo, mal rollo, sonrisa inquietante, cara de psicópata, ese vive con su madre fijo, ese es virgen a los cuarenta seguro, muy bajito…

—Pues no te gusta ninguno… —sonríe la italiana.

—Es que vaya fauna, tía, no me digas que te ha gustado alguno, no me lo creo.

—No es a mí a quien tiene que gustarme, yo ya tengo a mi Chus… ¿Es por el rubio? ¿Quieres volver con él? —Me pone una mano en el hombro.

—No lo sé —suspiro.

—Pues deberías saberlo, te divorcias pasado mañana.

—Ya, ya, pero ¿cómo lo puedo saber? Sigo teniendo muchas dudas, y no puedo seguir mareándolo. Aparte de que fue él quien rompió definitivamente, es él quien lo tiene clarísimo ahora. No puedo pedirle que volvamos a intentarlo cuando no estoy segura de que sea lo mejor… Estamos tan bien ahora…

—Ya, pues tíratelo, a ver por dónde fluye la cosa.

—¿Qué dices? —Suelto una carcajada—. ¿Cómo voy a hacer eso? No sabría ni cómo plantearlo a estas alturas.

—«Rubio, ¿quieres echar un polvo?». Estoy segura de que antes de que acabes la frase ya está en bolas.

Suelto otra carcajada.

—No puedo decirle eso a Samu.

—¿Por qué no? Seguro que le encanta.

—Porque ya no estamos en ese punto… —suspiro—. Hace más de un año que no tenemos ese tipo de intimidad, y más de tres meses que ni siquiera vivimos juntos.

—Pero ¿quieres?

—¿Echar un polvo con él? Cada vez que lo veo —confieso.

—¿A quién le quieres tirar polvo, mami? —pregunta Manu, que se acaba de materializar frente a nosotras con Andrea.

Me quedo callada y empiezo a boquear como un pez fuera del agua, porque me ha pillado totalmente desprevenida.

—¿Qué hacéis aquí? Venga, a jugar o nos vamos a casa —amenaza Carina.

—Los coches, mami —pide Andrea.

La italiana saca varios cochecitos de su bolso y se los da. Ellos se van a una zona del parque

toda de tierra, donde pueden hacer surcos que simulen las carreteras, y se ponen a su tarea.

—¡Mamá! —me grita Manu desde allí—. Aquí hay mucho polvo. Yo te ayudo, ¿a quién se lo tiramos?



49. Perfectamente puntual

SAMU

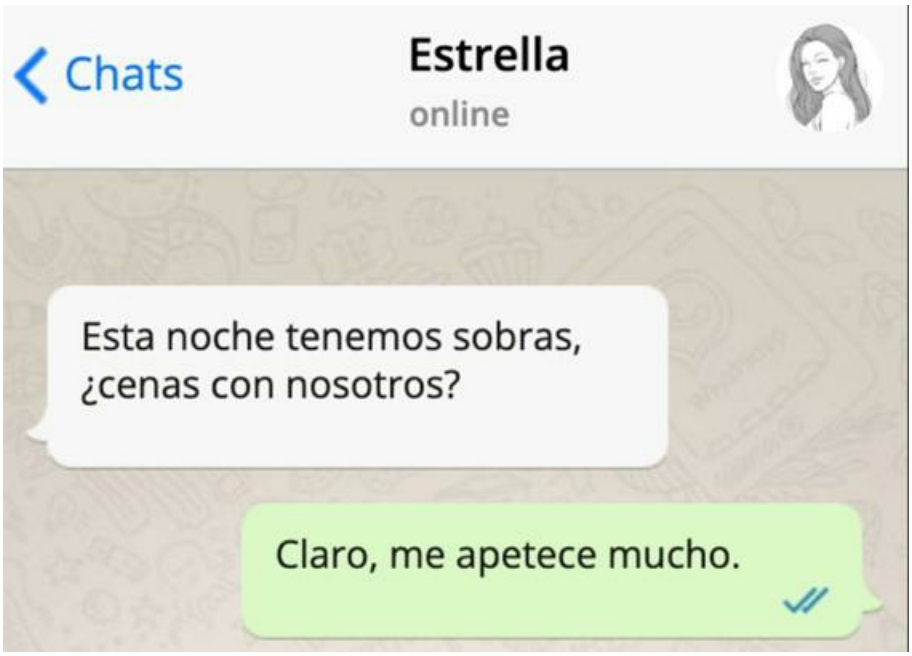
Qué raras se me hacen las tardes en las que estoy solo en casa. Después de la rehabilitación, he ido a comer con Marc y la verdad es que se nos ha complicado un poco la cosa. No valía la pena ir a la farmacia por tan poco rato, así que me he venido directo. Y aquí estoy, sin saber muy bien qué hacer. De repente, la bolsa de deporte de Dani me da una excusa estupenda.



Guay, no solo me ha dado la excusa para poder mandarle un mensaje, sino que además quedo de puta madre. Padre preocupado y que sabe que ese hijo en concreto tiene mañana Educación Física. Me llega su respuesta al momento.



«¿He quedado muy ansias con lo de “perfecto”? Tarde, lo ha leído. Bueno, ya no hay nada que hacer».



Sonrío como un imbécil y lo dejo ahí en el aire. Ni un frío «me apetece mucho estar con los niños» ni un baboso «me apetece mucho verte».

Voy a darme una ducha antes de que llegue y de paso me alivio un poco, así estaré más relajado con ella y no me empalmaré solo con que me dé un beso en la mejilla, como la última vez.

Salgo de la ducha mucho más tranquilo y me paso una toalla por el pelo para quitarme el exceso de humedad, pero no me lo seco del todo, mejor al aire. Ya en la habitación, me pongo los vaqueros y me acerco a la cómoda a buscar una camiseta, pero mi reflejo en el espejo me da una idea mejor. Así le gustaba verme a ella. Bueno, le gustaba de muchas maneras, pero cuando iba solo con vaqueros, sin camiseta y descalzo, se ponía cachondísima.

«¿Es rastrero utilizar esa información tanto tiempo después dadas las circunstancias? Probablemente, pero estoy en mi casa y me parece lo más normal del mundo ir así de cómodo».

Me vuelvo a mirar al espejo y, tras un par de vueltas sobre mí mismo, decido, como complemento final, hacer unas flexiones, para marcar un poquito de músculo y para soltar algo de sudor, las feromonas son mis amigas.

Cuando termino, me miro al espejo y, está feo que lo diga yo, pero estoy tremendo ahora mismo, justo en el momento en que suena el timbre. Perfectamente puntual.

—¡Voy! —advierto bastante alto, pero sin llegar a gritar.

No se oye a mis hijos al otro lado de la puerta. ¿Los traerá amordazados? ¿O estaba con Carina y se los ha llevado a su casa porque Estrella prefería subir sola a verme? Ya me estoy medio empalmando solo de la peli porno que me acabo de montar en un momento.

Abro la puerta con la mejor de mis sonrisas y deseando ver la suya, pero se me para el corazón del puto susto al ver al otro lado a Claudia. No la he vuelto a ver desde…, bueno, ya sabes desde cuándo, no quiero ni recordarlo.

—Hola, Samu, ¿qué tal?

—¿Qué quieres, Clau? ¿Qué haces aquí? —Qué mal momento, coño. No quiero ser borde con ella, pero tampoco es mi persona preferida del mundo, como comprenderás.

—Quería hablar contigo. Solo será un momento. ¿Puedo pasar?

—Ni de coña.

Joder, Estrella a punto de aparecer y yo a medio vestir y hablando con Claudia en la puerta de mi casa, va a parecer lo que no es. Yo quería estar sexi para ella y ahora parece que me acabe de acostar con otra.

—Samu, joder, que solo quiero hablar un momento contigo. No va a pasar nada si me dejas entrar en tu casa.

—Estrella está a punto de llegar con los niños. No quiero que te vea en mi casa y piense algo que no es… De hecho, no me mola ni que estés en el edificio, no quiero que te cruces con ella y se coma la cabeza con teorías extrañas.

—Pero ¿no os habéis separado?

—Sí, joder, claro que nos hemos separado, pero le haría daño igualmente. Dime qué quieres y lárgate, por favor. No quiero ser borde, pero no creo que tengamos nada de qué hablar. —Me paso una mano por la cara como si así pudiera hacerla desaparecer.

—Solo venía a despedirme, y a disculparme. Siento lo que pasó, de verdad. Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo y borrarlo. Pero como no puedo, he decidido que mejor me largo una temporada. Me han ofrecido trabajo en Dubái, no es la primera vez que me lo ofrecen, aunque sí la primera que acepto… No hay kilómetros suficientes para arreglar la cagada, lo sé, pero creo que es lo mejor, que desaparezca durante un tiempo. Espero que cuando vuelva podamos olvidar todos los malos rollos.

Estoy inquieto y solo quiero que se largue, pero estoy siendo injusto con ella, no tiene que ser fácil su situación y siento de verdad que se vea en la necesidad de alejarse de todos. El ascensor sigue en mi planta y no se oye jaleo en las escaleras, con lo que al menos un par de minutos le puedo dedicar. Respiro hondo, le pongo una mano en el hombro y se me escapa un suspiro.

—Lo siento mucho, Claudia. Ojalá las cosas no fueran así. Espero que te vaya muy bien en Dubái, de verdad, y que encuentres la felicidad.

—Y tú también —murmura.

—Yo ya la encontré, Clau. La tengo en el piso de abajo. Lo que tengo que encontrar ahora es la manera de recuperarla.

Le doy un apretón en el hombro y me separo de ella, en una clara invitación a que se marche.

—Buena suerte, Claudia.

—Adiós, Samu.

Se mete en el ascensor y cierro la puerta. No tardo ni dos minutos en oír a mis hijos al otro lado. Abro antes de que llamen y la cara de Estrella es la de haber visto un fantasma. Me mira de arriba abajo, pero no como yo quería que me mirara cuando me viera sin camiseta.

—¡Papi! —grita Nico al verme y se abraza a mí. Manu lo imita a momento.

—Nos hemos cruzado con *Kiaudia* en el ascensor —informa el peque todavía abrazado a mi pierna.

Mierda. Estrella me sonríe.

—Nos ha contado que venía de casa de Chus —explica con un tono de voz de lo más falso.

—Eso no es cierto —confirmo lo que ella ya sabe—. Bueno, no sé si ha pasado por casa de Chus antes, pero bajaba de aquí, ha venido a despedirse. Se va a vivir a Dubái.

—Ajá, muy bien. —Le tiembla hasta la voz.

Por suerte, los niños han entrado en el piso y están haciendo alguna maldad que me preocupa más bien poco ahora mismo.

—No ha pasado nada, no la he dejado ni entrar —aseguro.

—No me tienes que dar explicaciones. —Sonríe y me esquiva la mirada—. No es asunto mío. ¿Dónde está la bolsa de Dani?

Hace el amago de alejarse para ir a buscarla, pero la retengo cogiéndola del brazo.

—Estrella, mírame. Mírame a los ojos, por favor.

Lo hace. Tiembla un poco, pero lo hace.

—No me tienes que d…

La corto poniéndole un dedo sobre los labios.

—Estrella, sabes que no te he mentido nunca, que siempre voy de frente. Te aseguro, te juro por nuestros hijos, que no ha cruzado esa puerta, que no la había vuelto a ver desde aquella noche y que no ha pasado nada entre nosotros. Estoy a medio vestir porque acababa de salir de la ducha —técnicamente esto no es una mentira completa, solo una mentirijilla, no me juzgues— y pensaba que eras tú la que llamaba. Dime que me crees, Estrella, necesito oírtelo decir.

—Te creo, cielo, te creo. —Me pone una mano en la mejilla—. ¿Bajamos?

Yo solo asiento como respuesta.



50. Jugar a la familia feliz

ESTRELLA

Samu se ha ofrecido a bañar a los niños mientras yo termino de preparar lo que vamos a cenar. Me llegan las risas desde el baño y sonrío. Por un momento, da la sensación de que volvemos a ser una familia.

—¡No! ¡No salgáis, que aún lleváis jabón! —lo oigo gritar desesperado justo antes de ver a tres de mis hijos correr desnudos, empapados y llenos de espuma por todo el comedor.

—¿Qué hacéis? —Me río. Aunque lo estén poniendo todo perdido, lo cierto es que es gracioso —. Venga para la bañera los tres.

—¡No! Que Manu ha empezado a tirarse pedos, se va a cagar encima —me informa uno de los gemelos mientras los tres siguen corriendo y gritando por el salón, como si los pedos de su hermano les pudieran perseguir hasta aquí.

—¡Si vuelves a la bañera, me hago caca en tu cara! —oigo gritar al pequeño entre risas desde el baño y al momento aparece su padre en el comedor partiéndose también.

En cuanto Nico pasa cerca de él, intenta cogerlo, pero se le escurre con el agua y el jabón.

—Es que resbalan —me dice mientras se ríe a carcajadas.

Voy hasta la mesa del comedor, sobre la que he dejado la cesta de ropa que he sacado de la secadora y le lanzo la toalla más grande. Yo cojo la que le sigue en tamaño y me coloco en posición para interceptar a Nico en cuanto pasa cerca de mí. Lo consigo a la primera, y no solo porque con la toalla ya no resbale, es que a Nico le gustan tanto los abrazos que me lo pone muy fácil. Samu sale corriendo detrás de los gemelos y los alcanza enseguida. Lógico, no pueden competir en longitud de pierna, de momento.

Conseguimos arrastrar a los tres escapistas hasta el cuarto de baño de nuevo y el que queda en remojo los mira divertido.

—Yo no me meto ahí con él —asegura Guille.

—Ni yo, el agua está contaminada de pedos —corrobora Dani y Samu suelta una carcajada que se traga todo el aire del baño.

—Venga, pues una ducha rápida, pero hay que quitaros la espuma del pelo. Manu, quita el

tapón de la bañera —les digo para dirigir un poco la operación.

—No, mami, que me da miedo por si se me traga el *bujero*.

Samu suelta otra carcajada y se deja caer de rodillas delante de la bañera.

—Venga, yo lo quito.

Lleva la mano hasta donde estaba la cadena que enganchaba el tapón y comprueba que ya no está.

—¿Dónde está? —pregunta extrañado.

—Se rompió la cadenita hace un par de semanas —le explico—. Solo está el tapón, hay que buscarlo a tientas.

Se ríe y mete el brazo en el agua ante los gritos de los tres que están fuera, que le advierten por enésima vez de que el agua está contaminada.

—Cuidado, papi, no lo quites de golpe, que se me traga. —Manu se ha colocado en un extremo de la bañera muerto de miedo.

—¿Lo encuentras? —le pregunto a su padre.

—Búscalo tú, mamá, que siempre lo encuentras todo.

—Ni hablar, lo voy a encontrar yo sin problema —asegura Samu.

—Seguro que mamá lo encuentra antes —le pica Dani.

—Venga, mamá, una carrera, a ver quién gana…

Samu saca el brazo del agua y me mira a los ojos.

—¿Te atreves, forastera? —Me desafía.

—Tsss, no tienes nada que hacer, amigo. —Voy hasta la bañera y me arrodillo junto a él. Como es diestro y yo zurda estamos cara a cara.

—Tres, dos, uno, ¡ya! —grita Dani y los dos metemos el brazo en el agua «contaminada» a la vez.

Los niños gritan y corean mientras palpamos el fondo, pero lo primero con lo que se topan mis dedos no es el tapón, es la mano de Samu. Y un escalofrío del bueno me recorre entera. Él me mira a los ojos y sus dedos se enredan con los míos. Y siento esa caricia en todo el cuerpo. Aprieto mi mano con fuerza y él hace lo mismo sin apartarme la mirada, creo que ni pestañea. Los gritos de los niños han quedado en un segundo plano y solo puedo prestar atención a nuestras manos unidas, enlazadas y aferrándose con fuerza bajo el agua. Creo que se me escapa un jadeo. Samu aprieta los dientes y tensa la mandíbula. En ese momento, Guille me coge la cara con las dos manos y me la gira hacia él, mientras Dani empuja la de su padre para que deje de mirarme a mí y mire hacia la bañera. El contacto visual se corta al momento, pero las manos se dan un último apretón como despedida antes de soltarse definitivamente. Voy directa al tapón y lo saco de un tirón. Los niños corean y me llaman campeona, pero yo solo puedo prestar atención a la sonrisa tonta con la que me mira su padre.

—Venga, todos a la ducha, que hay que quitaros el jabón —los insto a meterse en la bañera y obedecen más o menos a la primera.

—Yo me ocupo —asegura Samu y me da un beso en la mejilla antes de invitarme a salir del cuarto de baño.

Y yo me voy con cara de boba a recoger un poco la maldad que han hecho en el salón.

Durante la cena, los niños están especialmente sembrados y no paran de contar chistes y decir tonterías. Su padre se parte con todas. De vez en cuando, me mira y me sonríe con esa sonrisa de rubio perdonavidas que se gasta. Qué razón tiene Carina con eso. Hasta con barba está guapísimo, ya casi me he acostumbrado a verlo así. En algún momento, se pone un pelín más serio, y no tengo muy claro si es por el incidente de la bañera o por si aún está preocupado por lo

que ha pasado en su casa esta tarde y tiene dudas de si le creo. ¿Y le creo? Le creo, decido que le creo. Necesito creerle.

Soy perfectamente consciente de que este ambiente familiar que tenemos y lo bien que nos manejamos ahora es algo puntual, que no implica necesariamente que todo volviera a ser así si decidiéramos darnos una oportunidad. Pero lo cierto es que da la impresión de que se está forjando otro tipo de relación entre nosotros, y también entre él y los niños. Me asaltan las dudas que me hacen cuestionarme si eso quiere decir que estamos mejor como padres separados que mantienen una relación saludable o si realmente podríamos intentarlo y las cosas serían diferentes.

Estoy pelando la fruta de los pequeños cuando suena una notificación en mi móvil.

—¿Te lo paso? —pregunta Samu inclinando su silla hacia la encimera que tiene detrás, donde lo he dejado mientras preparaba la cena.

—Léemelo, porfa, que tengo las manos pringosas —le pido, dando por sentado que será Carina para decirme a qué hora quedamos mañana—. La contraseña es la de siempre.

Él mira mi móvil y se queda blanco. Levanta la vista hacia mí y no queda ni rastro de la sonrisa que ha lucido toda la noche.

—No puedo, Estrella. —Deja mi móvil sobre la mesa—. De verdad que quiero ser maduro y moderno con esto, pero para mí es demasiado pronto. No puedo leerte las notificaciones de Tinder. Ni de coña.

—Samu, no, yo…

—Por no hablar de lo que puedes encontrar ahí —me corta—, porque te puedes cruzar con cualquier degenerado. No quiero ponerme paternalista, Estrella, ya eres mayorcita, pero no creo que ahí vayas a encontrar al hombre de tu vida. El mejor de ahí buscará echar un polvo y punto.

—No, Samu…

—Eso quiere mami —me corta esta vez Manu—, se lo ha dicho a Carina, quiere tirar polvos.

Él mira primero al niño y luego a mí. Apoya las manos en la mesa y se pone de pie muy despacio.

—Vale, pues ya está claro —dice en un tono de voz bajo y neutro—. El problema no era el cansancio, el desgaste o la situación: era yo. Hubiera sido mucho más sencillo dejarme las cosas claras desde el principio. Me voy para arriba, mañana os veo, chicos.

Cojo mi teléfono de encima de la mesa y salgo corriendo detrás de él.

—Samu, espera, déjame explicártelo. —Lo alcanzo cuando llega a la puerta de casa.

—No tienes nada que explicarme, Estrella, ni siquiera es asunto mío.

—Yo te he dejado explicarte con lo de Claudia, creo que merezco lo mismo.

Resopla y mira al techo.

—Con Claudia no ha pasado nada —dice arrastrando las palabras.

—Y con esta mierda tampoco —murmuro entre dientes para que no me oigan los niños—. Me lo ha instalado Carina esta tarde para hacer el tonto. Luego se me ha olvidado borrarlo, para que veas el caso que le he hecho… Mira. —Entro en la aplicación y le enseño el perfil—. La foto son los pies de Carina, lo ha hecho ella…

—No sé qué decirte, Estrella. Yo no le hubiera dejado a nadie instalar esa mierda en mi teléfono.

—Tenías que haber estado ahí para ver que ha sido todo de lo más inocente…

—Claro, por eso hasta tu hijo pequeño se ha enterado de que quieres echar un polvo.

Resoplo de frustración. Me trago la poca dignidad que me queda para dejar las cosas claras de una vez.

—Hablaba de ti.

—¿Qué?

—Lo que ha oído Manu, estaba hablando de ti.

Suelta una carcajada amarga que me congela la sangre.

—Eso no te lo crees ni tú, Estrella. Hace más de un año que no me tocas ni con un palo. La culpa es mía por haber jugado a la familia feliz pensando que podría llevarlo bien. Y no puedo, no de momento al menos.

Lleva la mano a la manilla de la puerta, pero le freno poniéndome delante.

—Me has pedido que te crea con lo de Claudia, te pido lo mismo. Créeme tú a mí.

—¿En qué?

—En todo.

Resopla.

—¿Has visto en Tinder cómo está el patio y has concluido que soy tu mejor opción? Volvemos a lo mismo, Estrella: no me eliges, te conformas conmigo. Y yo no quiero eso. No merezco eso… Déjame irme, por favor.

Y no sé qué decir, porque no sé hasta qué punto se equivoca. Porque si sigo dudando de si estar con él es lo mejor, igual es porque está en lo cierto y estoy optando por lo conocido. No sé. Ya no sé nada.

—Samu, cielo, no te vayas así.

—No me voy de ninguna manera. —Se inclina y me besa la frente—. Solo me voy.

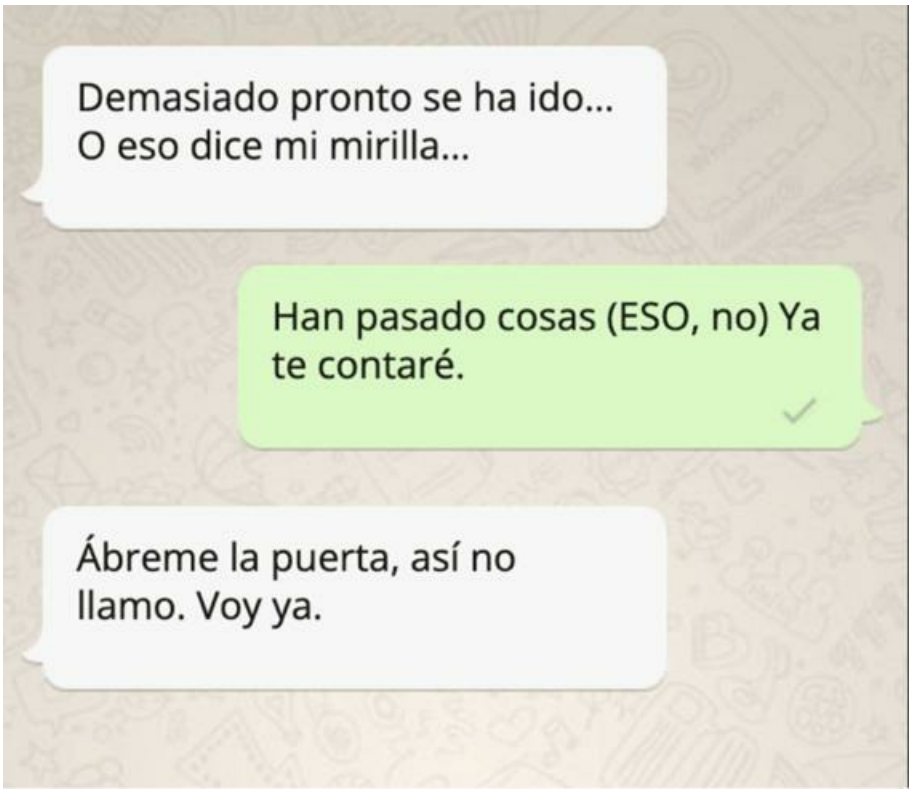


51. Vosotros

ESTRELLA

De vuelta en la cocina, mando a los niños directos a la cama, esta noche no estoy para enredos ni dramitas. Me ven el rollo y obedecen a todo a la primera. Cuando por fin están acostados y me siento en el sofá, leo un mensaje que me ha debido de llegar mientras llevaba a los niños a la cama.





Sonrío y voy hacia la entrada. Cuando abro, ella está saliendo de su casa y Chus la mira flipado desde la puerta.

—¿Dónde vas a estas horas? —susurra.

—Cosas de mujeres, tenemos que hablar de la regla. No tardo, *amore*. Te diría que vinieras, pero alguien tiene que quedarse con Andrea… —Le da un beso en los labios antes de darse la vuelta.

—¿De la regla? —Chus se ríe entre dientes y me mira a mí—. Quiero creer que es de Samu.

—Buenas noches, Chus —susurro yo también—. Gracias por prestármela un ratito, te la devuelvo enseguida.

—A la primera impertinencia, me la mandas —asiente él y esta vez soy yo la que me río.

—Eso sería tenerla muy poco tiempo…

Tiro de Carina hacia dentro de casa y ella va directa a la cocina. Coge dos copas y es entonces cuando me doy cuenta de que trae una botella de vino blanco por la mitad y con pinta de estar muy fría. Lo sirve y me pasa una cuando ya estamos en el salón. Nos sentamos en el sofá casi a la vez.

—Venga, cuéntame —dice tras el primer trago—. ¿Cómo ha ido? ¿Qué ha pasado?

—Ha sido una tarde perfecta. Bueno, primero ha habido ahí un momento tenso. —Le cuento el cruce con Claudia en el ascensor y lo que me ha dicho después Samu.

—*Cazzo*, qué mal me cae la barbie… Lejos, lejos, que se vaya lejos —refunfuña y yo me muero de risa, porque Carina es muy graciosa cuando se altera con esas cosas—. Bueno, ¿qué

más ha pasado? —Da otro trago sin quitarme la vista de encima.

—Pues hemos tenido un momento familiar muy bonito, y luego… Hemos tenido algo, no sé, un instante, nosotros.

Le cuento el incidente de los niños corriendo y luego el momento de las manos en la bañera. Es algo bastante íntimo, pero quiero saber su opinión.

—A ver, me estás diciendo que te ha dado la mano, ¿no?

—Mmm, sí, bueno, me ha «cogido» la mano, bajo el agua, sin que lo vieran los niños…

—Normal, no me extraña, qué atrevido —dice aguantando la risa—. Porque, a ver, te refieres a la mano mano, ¿no? No es una metáfora de nada… ¿correcto?

—Correcto, la mano. —La levanto en el aire.

—Vale, ¿qué ha pasado luego?

—Nada, hemos cenado todos juntos.

—Vale, rebobina —pide tras otro trago. Yo aprovecho y doy uno también—. Os habéis dado la mano dentro de la bañera… ¿Es eso lo que me estás contando? —Intenta aguantar la risa, pero se le escapa de manera nada discreta.

—Sí, eso es. —No sé muy bien por qué se ríe, pero me contagia—. ¿Por qué te ríes?

—*Cazzo*, me muero. —Da unos golpes en el sofá con el pie y empieza a reírse más fuerte—. Vosotros, que lleváis juntos, ¿catorce años dijiste?

Asiento contagiada por su risa.

—Vosotros, los que guardan un columpio sexual al lado de los calcetines —dice con la voz muy ahogada por las carcajadas que se intenta aguantar con un resultado muy mejorable. Se coge la barriga y rueda sobre sí misma hasta que se cae del sofá con la copa en la mano. Por suerte, no se rompe y no hay que lamentar un accidente.

—Venga, no hagas el payaso. —Juro que no puedo parar de reírme solo de verla.

—Vosotros, que podríais montar un *sex-shop* más completo que el que hay en el barrio solo con lo que tenéis en casa, os habéis cogido la mano… ¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Lo sabe la prensa?

—Imbécil. —Suelto una carcajada y le doy un toquecito con el pie—. No te rías de mí.

—No, a ver. —Intenta ponerse seria, pero fracasa. Mucho—. Venga, que para ti ha sido importante. Voy a darte un consejo de amiga. Escúchame con atención.

Se incorpora y viene caminando de rodillas hasta donde estoy. Deja su copa en el suelo y me pone las manos en los hombros.

—Dime. —La miro a los ojos, con ella nunca sé por dónde pueden ir los tiros.

—Fo-lla-te-lo-ya.

Suelto una carcajada porque, no sé muy bien por qué motivo, no lo he visto venir.

—En serio, pero ya de ya. Yo me quedo aquí por si se despierta alguno de tus hijos. Tú sube al piso de arriba y dile: «rubio, dame la manita que vas a ver lo que hago con ella»…

Vuelvo a soltar una carcajada todo lo silenciosa que puedo antes de ponerme seria.

—No puedo hacer eso, luego la cosa se ha enrarecido, y al final creo que se ha ido con mal rollo.

Le cuento lo que ha pasado desde la llegada de la notificación y ella chasquea la lengua.

—Jamás hay que pedirle a un tío que te lea algo de tu móvil. Aunque sea tu pareja y no tengas nada que ocultarle, pueden pasar cosas así de absurdas. Bueno, pues sube igualmente y lo arreglas. Seguro que está dando vueltas en la cama pensando en si te has tirado a alguno de Tinder.

—No —niego con la cabeza—. Esta noche no. Le voy a dar espacio.

Que sí, es cierto, le quiero dar espacio. Pero es que tampoco me voy a plantar en su casa a estas horas. No hay excusa. Y no le voy a volver a explicar a Carina que Samu y yo ya no tenemos esa confianza y esa intimidad como para sugerirle abiertamente algo así. Lo más parecido a eso es lo que le he dicho esta noche y ha salido de aquella manera. No sé qué fue de aquella chica decidida y confiada de veintiséis años que se lo llevó a la cama la primera noche. Hace años que ya no me siento como ella. Además, que llevo más de un año sin sexo, puedo perfectamente aguantar unos días más…

Aunque lo cierto es que dentro de un día y medio estaremos oficialmente divorciados.



52. Última oportunidad

ESTRELLA

Tras un día en el que Samu contestó a mis mensajes con monosílabos y esquivó vernos a los niños y a mí, llegó la noche más larga. Noche que pasé casi en blanco temiendo y dudando sobre qué hacer al día siguiente. Y el día ha llegado. A las doce y media nos ha citado Emma en el juzgado. Bueno, nos ha citado el juez, pero a nosotros nos ha informado ella. Quedé con Samu en subir a su casa e irnos juntos. Bueno, se lo propuse y accedió con un *ok* de lo más soso.

Después de llevar a los niños al colegio, vuelvo directa a casa. Cojo la carpeta que tenemos que llevar a los juzgados y, antes de salir, me miro en el espejo de la entrada. Tengo cara de no haber dormido nada y las pintas horribles que me gasto desde hace tiempo, pero ni siquiera importa. Al menos me he puesto un vestido para ir medio arreglada, no puedo presentarme a firmar el divorcio en chándal.

Subo al piso de Samu, llamo al timbre y espero. Escucho un «voy» medio gruñido y sonrío, porque me imagino su cara de estar todavía dormido. Abre la puerta con el pelo revuelto, los ojos algo hinchados y marcas de las sábanas en la cara.

—Perdona, estaba sobando, he pasado mala noche… —se disculpa mientras se pasa una mano por la cara—. Entra.

Cierra la puerta tras de mí y mira a su alrededor algo desubicado. Solo lleva unos calzoncillos negros con dibujitos de colores chillones, muy diferentes a los que solía utilizar, y su típico empalme mañanero. Me enfoco en mirarle a la cara, no quiero que resulte raro, no es importante de qué sean los dibujos. Parece que se espabila un poco y me mira por fin. Sonríe al verme, siempre sonríe al verme. Esta vez es una sonrisa triste, acorde al ambiente que se respira entre nosotros.

—No te esperaba tan pronto, no tenemos que estar en el juzgado hasta dentro de… —mira su reloj intentando enfocar la vista, qué dormido está— tres horas. Perdona, aún estoy sobadísimo. Debería vestirme, no quiero que te sientas incómoda. Aunque también debería ducharme… Creo que voy a hacer café.

Pero, de todo lo que acaba de decir, no hace nada, solo se queda ahí plantado sin saber muy

bien ni dónde está.

—Es pronto, lo sé, lo siento. No podía estar sola en casa, estoy nerviosa —confieso—. No me puedo creer que vayamos a hacer esto, Samu; no me parece real.

Él se reubica un poco y viene hasta mí. Me envuelve en un abrazo y me besa la cabeza. Y yo siento ganas de llorar, porque esta situación me supera, porque la vida me sigue superando.

—Bonitos calzoncillos —suelto sin querer, porque mi imaginación ha volado libre y ha imaginado todos los escenarios posibles por los que puede necesitar ropa interior nueva y diferente.

—No los elegí yo —sonríe, aunque no le vea la cara, lo noto.

—Ajá, claro, ya tienes quien te elija la ropa interior —murmuro todo lo bajito que puedo, porque algo me encoge el corazón.

Una lágrima resbala por mi mejilla, que está en contacto con su pecho. Y sé que no tengo derecho a disgustarme por esto, pero, cuando se trata de él, mi corazón va por libre.

—Claro, es una decisión demasiado importante para tomarla yo solo —se ríe. Sí, se ríe—. No sé ni cuáles llevo, a ver. —Mira hacia abajo un momento antes de volver a abrazarme—. Sí, los de flamencos, estos, si no recuerdo mal, los eligió… Nico. Manu unos con sandías. Guille unos con balones de fútbol y Dani quería unos con payasos para putear a Nico que le daban miedo, pero, como no le dejé, finalmente cogió otros, ni me acuerdo de qué…

—Samu… ¿Ya has estrenado tu nidito de soltero? ¿Has traído a alguna chica? —pregunto para cambiar de tema y también para saber en qué punto está él, por si me resulta todo más fácil si ha pasado página. Porque necesito dejar las cosas claras, porque no sé cómo gestionar esto, porque me estoy volviendo loca imaginando cosas.

—Claro que no —susurra abrazado a mí todavía—. Y no es mi nidito de soltero. No estoy soltero.

—¿Y en otro sitio? ¿Te has liado ya con alguna, Samu? —Me tiembla la voz, tiemblo toda yo.

—Ni de coña. —Me besa la cabeza—. Sigo casado. No voy a liarme con otra mientras aún esté casado contigo.

Asiento con mi cabeza sobre su pecho y se me escapan un par de lágrimas.

—Te quedan tres horas para la libertad —susurro.

—No tengo prisa —murmura junto a mi oído—. No voy a liarme con nadie mientras siga enamorado de ti. —Suspira—. No voy a acostarme con una chica pensando en otra. Nadie merece eso.

Y una vez más, sus palabras me desarman. Mis manos se mueven sin permiso y acarician su espalda. Y su piel tiene tacto de hogar, de llegar a casa, de quedarse a vivir. Y en este momento me doy cuenta de cuánto hacía que no lo tocaba y de cómo mi cuerpo lo echaba de menos. No lo acaricio con las yemas de los dedos, no, necesito la mano entera, necesito toda mi piel en contacto con la suya. Él sube una mano y acaricia mi cuello de un modo que me provoca un gemido largo y grave.

—Estrella —farfulla soltando todo el aire de los pulmones.

Cierro los ojos y rozo mi mejilla con la suya.

—No pienses, Samu, solo siente. Somos nosotros, somos los de siempre… —Se me quiebra un poco la voz, pero no importa, porque su boca se traga mis últimas palabras.

Sus labios saben a aniversario, a fiestas de cumpleaños, a fines de semana perezosos y a juegos con los niños. Saben a todos los despertares de los últimos catorce años.

—Estrella —murmura sobre mis labios antes de morderlos—. Estrella —susurra por última vez antes de que su lengua encuentre la mía.

Y ese roce de lenguas huele a sexo, a noches sin dormir, a teléfonos desconectados, a los dos solos en el mundo, a años locos… A mi Samu.

Mis manos bordean su cuerpo hasta llegar a su pecho y acarician cada rincón. Jadea. Deja de besarme y me mira. Su respiración es lenta y profunda, tiene la boca entreabierta y los ojos empañados de lágrimas contenidas, lo conozco bien.

—No pienses, cielo, no pienses —susurro.

Respira hondo. Asiente. Vuelve a besarme.

Llevo un vestido cruzado que se ata a la espalda. Mueve hasta allí sus manos y suelta el lazo en cuestión de segundos. Las desliza luego por mis hombros provocando que la prenda caiga al suelo. Sus enormes manos me buscan, cubren cada centímetro de mi piel en el que no hay tela, como si quisiera leerme en braille, como si me quisiera aprender de memoria.

Y a partir de ahí todo se acelera: el beso, sus manos, nuestras ganas…

Sus brazos me rodean por las caderas y me levanta a pulso. Enredo mis piernas en su cintura y me dejo llevar por su boca, que busca desesperada todos los rincones de mi cuello.

—Te tengo tantas ganas —gruñe junto a mi oído mientras sus manos me agarran más fuerte—, que me da miedo morderte o algo. Esto se me puede ir mucho de las manos…

Y yo sonrío, porque por un momento he pensado que íbamos a hacer esto en silencio, y lo cierto es que no reconozco a Samu en un polvo silencioso, sería el primero en catorce años. Miento, los últimos fueron silenciosos y rápidos, y no fueron buenos, los dos lo sabemos.

—Mientras no sangre, tú muerde, cielo.

Me lleva hasta la cama y me sienta en ella. Él se arrodilla en el suelo y desliza las manos y la lengua por una de mis piernas. Comienza a desabrocharme el zapato, llevo unos que se atan al tobillo y le cuesta un pelín más de lo normal.

—Me los puedo dejar si quieres —sugiero más por él que por mí, porque recuerdo que alguna vez lo hicimos con zapatos de tacón, le daba mucho morbo. En realidad, hay pocas cosas en lo referente al sexo que no le den mucho morbo.

—No —susurra con un jadeo ahogado antes de deslizar la lengua por mi pierna y seguir hablando—: hoy ni ropa, ni zapatos, ni juguetes… Hoy solo nosotros.

Y sus palabras me provocan un gemido. Me quito el sujetador antes de dejarme caer hacia atrás en el colchón. Él se deshace del otro zapato y su lengua repite los movimientos de antes, ahora en esa pierna. Jadeo con cada roce y me estremezco de anticipación. Y en este momento no dejo de pensar en cómo había olvidado cuánto me gusta esto, en cómo he podido dejar pasar tanto tiempo. Cierro los ojos y me recreo en la sensación que me provoca su lengua cubriendo cada rincón de mis piernas. Sube hasta el lugar donde se unen y da un mordisco a través de la tela.

—Esto me sobra —gruñe con una sonrisa que no veo, pero no me hace falta. Noto sus dedos aferrando mi ropa interior y deslizándola hacia abajo—. Antes de que pidas permiso, te lo doy ya: grita, Estrella, hoy grita todo lo que quieras. Quiero oírte chillar, quiero verte perder la cabeza.

Y ya solo sus palabras y el significado que tienen me alteran lo suficiente como para querer ponerme a gritar en este preciso momento.

Una vez libre por completo de ropa, mis piernas se abren al contacto del roce de sus labios en la cara interior de mis muslos. Y él sigue subiendo con labios, lengua y dientes. Con prisa, sin delicadeza. Mi espalda se arquea cuando él llega al punto exacto en el que sabe que me vuelve loca, y repite los movimientos que ha hecho tantas veces y que me hacen perder el sentido. Mi respiración se vuelve pesada y el cosquilleo por todo el cuerpo va acompañado de oleadas del

placer más salvaje. Abro la boca porque cada respiración me provoca un jadeo ronco y siento que puede faltarme el aire en cualquier momento. Sus manos se aferran a mí y me agarran y me acarician todo el cuerpo, pero su lengua se concentra en un único punto. No necesito más. No necesito nada más en la vida. Todo va cada vez más y más rápido. Estoy tan cerca del orgasmo que casi puedo tocarlo.

—Samu —gimo entre jadeos cada vez más fuertes, cada vez más rápidos—. Samu…

Él me aferra con fuerza y clava los dedos en mi piel. El roce de su barba es algo nuevo y me encanta. Me encanta lo que siento y lo que imagino, porque aunque ahora mismo tengo los ojos cerrados y no le veo, le imagino y eso es más que suficiente. Qué bueno está con barba también, joder, es injusto y debería ser ilegal ese nivel de belleza.

Abro los ojos y lo miro. Y eso es mi perdición, porque no sé en qué momento se ha recogido el pelo y se ha desnudado, pero la visión no puede ser más sexi. Levanta los ojos lo justo para mirarme y, al ver que estoy haciendo lo mismo, me sonríe, aún con su boca enterrada en mí, y eso lo precipita todo. Mis manos se aferran a su cabeza para aumentar un poquito la presión cuando grito un «¡Joder, Samu!» que me sale de lo más hondo del alma. Él se acelera en ese momento como sabe que me gusta, justo antes de frenar en seco y mantener el contacto. Cómo me conoce y cómo recuerda cada detalle. Me vuelve loca eso también.

Aún estoy intentando recuperar el aliento cuando tira de mis caderas y me coloca sobre él.

—Hoy no te dejo descansar —sonríe y resopla—. No puedo más, Estrella.

Le beso como respuesta mientras intento calmar un poco mi respiración.

—Te juro que no he estado con nadie en todo este tiempo —susurra rozando su nariz en mi cuello—. Por mí podemos seguir haciéndolo a pelo.

—Ni yo, cielo, claro que no —gimo—. Podemos hacerlo como siempre.

Me recoloca un poco sobre sus piernas y, antes de que pueda darme cuenta, está dentro de mí. Él de rodillas en el suelo, yo a horcajadas sobre sus muslos. Empieza a movernos a ambos, con sus manos aferradas a mis caderas marcando el ritmo. Lleva pocas embestidas cuando se le escapa un gesto de dolor.

—¿Qué pasa, cielo? —pregunto con un jadeo.

—Nada, la pierna, pero estoy bien —gruñe.

Aunque hace ya un par de meses o tres que le quitaron la escayola, parece que aún le molesta con según qué movimientos.

—Túmbate, me muevo yo —propongo con un gemido.

Me obedece en silencio, me da la impresión de que le estaba doliendo más de lo que quería aparentar. Ya encima de él, empiezo yo a marcar el ritmo. Y me acelero rápidamente, porque esto me gusta demasiado, porque notarlo dentro de mí es demasiado bueno en todos los sentidos. Me muevo muy deprisa y él se agita debajo de mí, contra la alfombra.

—¿Subimos a la cama? —propongo entre jadeos—. Te vas a hacer polvo la rabadilla.

—Que le den por culo a la rabadilla —gruñe—. No pares.

Ahogo una risa, porque me hace mucha gracia verlo así, pero a la vez estoy en un estado tan similar que no puedo desviar mi atención por mucho tiempo. Me inclino hacia delante, cojo sus manos y las llevo a los lados de su cabeza. Las aprieto con fuerza y empiezo a moverme más rápidamente sobre él.

—Joder, Estrella —farfulla con los ojos cerrados—. Joder. —Los abre y me mira fijamente un momento antes de volver a cerrarlos— . Si te miro, me corro ya —gruñe.

Yo acelero más y más mis movimientos, al ritmo que necesito. Me invaden olas de calor cada vez más seguidas, más constantes, más intensas… Hasta que estallo por segunda vez con otro

grito desgarrado que no puedo controlar. Toda mi piel está en llamas sin que siquiera me esté tocando, solo con cómo me mira es suficiente. Pese a que lo que me pide el cuerpo es parar un momento y recuperarme de este orgasmo, no dejo de moverme, porque sé que es lo que él necesita. Por su cara y sus gestos estoy convencida de que no va a tardar mucho.

—Estrella —farfulla con los ojos cerrados—, Estrella… —Los abre y me mira, y es como si pudiera ver a través de mí.

Repite mi nombre varias veces más hasta que finalmente se deja ir con un grito. Por primera vez en todos estos años, es él el que grita mi nombre, y me encanta oírlo de sus labios y a ese volumen. Continúo moviéndome más despacio, porque no puedo ni quiero parar de golpe. Cuando por fin me detengo y suelto sus manos, él tira de mí y me hace caer sobre su pecho.



53. Nunca va a ser el momento

ESTRELLA

Nos quedamos abrazados en el suelo un buen rato.

—Espera —susurra por fin.

Me aparta un poco y se levanta con dificultad, creo que los dos tenemos todo el cuerpo entumecido. Me coge en brazos y me lleva hasta la cama. Se deja caer en ella abrazado a mí.

—Solo cinco minutos —susurra con la cara en mi cuello—. Nuestros últimos cinco minutos abrazados y desnudos.

Y esas palabras me retuercen algo por dentro. Y por primera vez lo veo claro y no quiero que sean nuestros últimos cinco minutos. No quiero ir al juzgado. No quiero seguir adelante con el divorcio.

—Hoy empezamos una nueva vida —murmura—, y eso no tiene por qué ser malo. Vas a ser feliz, Estrella, estoy convencido. No tardarás nada en encontrar a otro que te dé la vida que te mereces, y no la vida de mierda a la que te condené yo…

—Samu, cielo, no digas eso… —Cómo me arrepiento de haberle dicho aquello, pero en mi defensa diré que no estaba en mi mejor momento.

—No pasa nada, Estrella, es así, es verdad, y no te lo mereces. Te mereces ser muy feliz, porque eres maravillosa… Solo te pido una cosa…

—Dime —murmuro con un sollozo.

—Estoy seguro de que acabarás con un tío culto, elegante, maduro, guapo, divertido y bueno con los niños. Lo veo, estoy segurísimo… Solo te pido que sea calvo, pero no rapado como tu hermano después del accidente, calvo de verdad, calvo calvo.

—¿Por qué? —pregunto debatiéndome entre si reír o llorar.

—Porque ya que va a ocupar mi lugar en mi familia, ya que va a pasar los días con mis hijos y las noches contigo, quiero que él también me envidie algo a mí…

Suelto la carcajada más triste de mi vida, porque me hace reír y llorar a la vez, él es así.

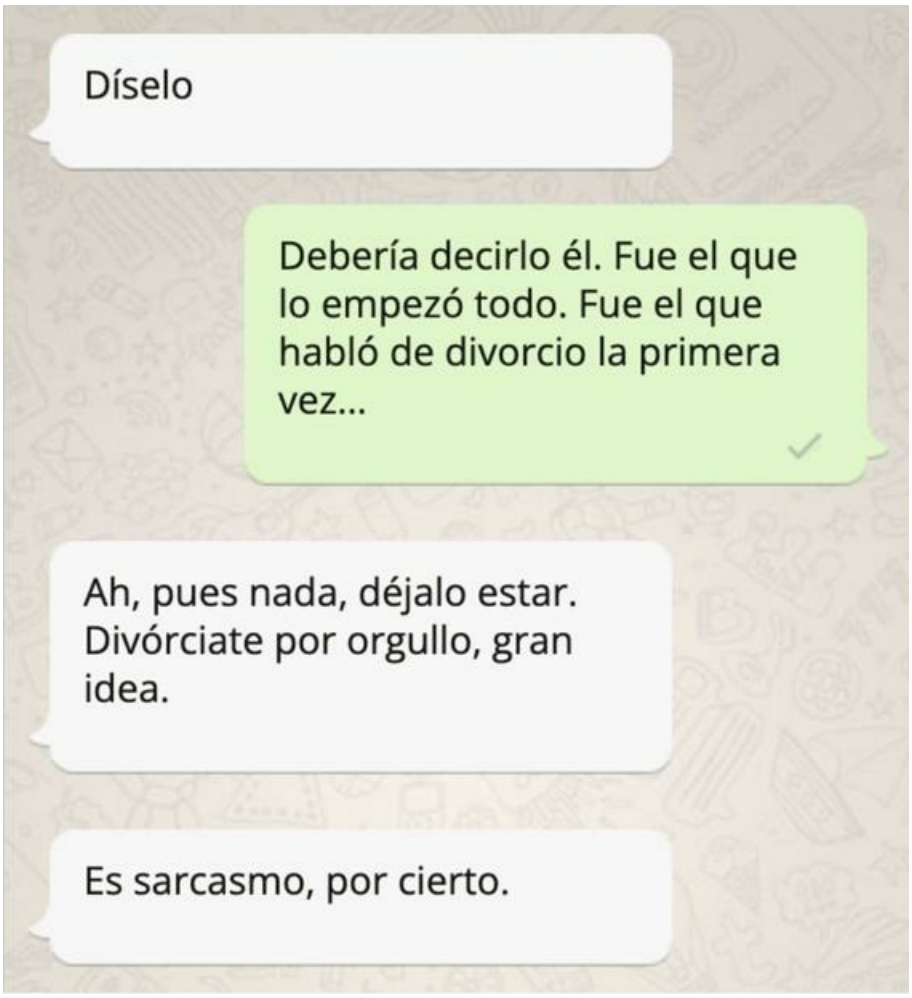
—Samu, cielo, no digas eso… —Me ahogo. Me muero por que me pida que no sigamos adelante con el divorcio, pero no parece tener ninguna intención.

—Gracias por esto, Estrella. —Me besa en los labios—. Lo necesitábamos. Y ahora voy a hacer un esfuerzo sobrehumano y a meterme en la ducha o no me levanto de esta cama jamás, porque creo que separarme de tus brazos por última vez va a ser lo más difícil que haga en la vida.

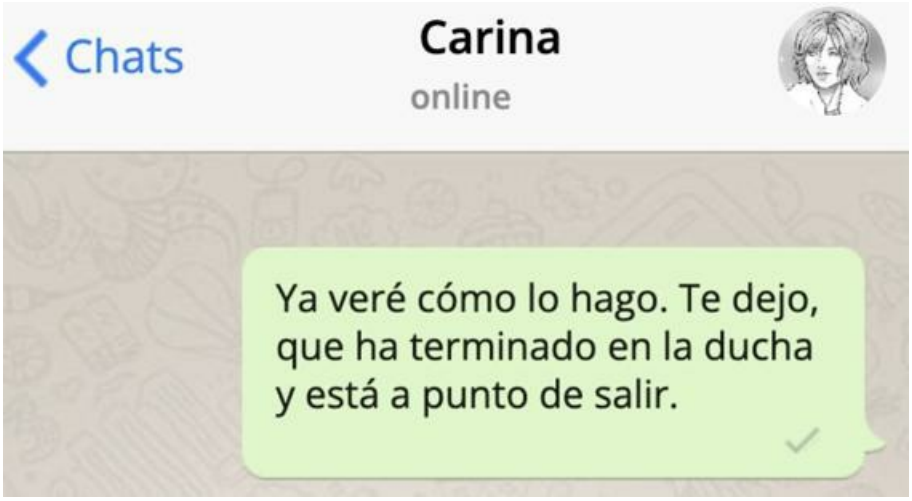
Sin decir nada más, se levanta de la cama y se mete en el baño. Yo no me veo con ánimo de levantarme, así que aprovecho para consultar mi móvil, me ha parecido escuchar el sonido de un mensaje hace un rato. Efectivamente, ahí está.

Sonrío, es fácil después de los orgasmos.





Ahogo una risa y al momento vuelvo a tener esta sensación amarga. Yo sé que no le falta razón, pero no sé cómo plantearle eso a Samu cuando él parece tan convencido.



Han sido tantos años juntos que conozco perfectamente sus tiempos. Efectivamente, apenas tarda unos segundos desde que dejo de oír el sonido del agua hasta que aparece de nuevo en la habitación solo con una toalla. De camino al armario, pasa junto a la cama y aprovecha para inclinarse sobre mí con una sonrisa y besarme.

—Tenerte en mi cama y desnuda es de las mejores cosas que pueden ver mis ojos, pero tenemos que irnos o al final llegaremos tarde —susurra.

Pues sí, parece muy convencido de seguir con esto hasta el final.

—Claro —respondo con un nudo en el estómago y una sonrisa todo lo natural que puedo, dadas las circunstancias.

Él llega hasta el armario y abre un cajón. Empieza a revolver en él un poco desesperado.

—¡Joder! —gruñe—. Putos calzoncillos de dibujitos. ¿Es que no tengo ningunos normales?

—¿Qué pasa, cielo?

Voy hasta él y me abrazo a su espalda.

—Que no tengo unos putos calzoncillos normales para ponerme, eso pasa. —Parece muy enfadado.

—¿Y qué? Pues ponte esos de dibujitos, ¿qué más da?

—Sí que da, Estrella, claro que da. No me voy a poner unos calzoncillos ridículos para firmar mi divorcio. ¿Te parece normal? Mi vida se rompe y yo con unos gayumbos de puta coña.

Y sus palabras me hacen debatirme entre reír o llorar.

—Samu, cielo, no tenemos por qué hacerlo. —Me atrevo a decir por fin—. Si no lo tenemos claro o no es el momento, podemos no acudir. Yo aviso a Emma y seguro que se puede aplazar o lo que sea. Y lo dejamos para cuando sea el momento.

—Nunca va a ser el momento, Estrella. —Le tiembla un poco la voz—. No quiero aplazarlo más, necesito hacerlo ya. Esto me está matando, necesito cerrarlo en mi cabeza. Lo que acabamos de hacer no ha sido una buena idea, me va a doler más, pero también lo necesitaba. Tú y yo no podíamos cerrar nuestra relación de otra manera, no podíamos despedirnos de otro modo.

Yo solo asiento en silencio, porque sus palabras me acaban de matar por dentro, pero no puedo

decírselo. Ya está tomada la decisión, no hay nada que hacer.

—En la última bolsa que te llevaste de casa había calzoncillos normales. Si no la has deshecho, allí estarán.

Me apostaría una mano a que la bolsa sigue tal cual se la entregué, pero prefiero no decirlo en voz alta, no es momento de reproches. Efectivamente, él la saca del fondo del armario tal cual se la di y la abre por primera vez. Encuentra lo que busca y empieza a vestirse.

—Gracias, Estrella. Por todo, siempre. —Me da un beso suave en los labios—. Vístete, voy llamando a un taxi.



54. La firma

ESTRELLA

Durante el viaje en taxi, mi todavía marido me pasa un brazo sobre los hombros y me besa la cabeza de vez en cuando.

Al llegar a los juzgados, Emma nos está esperando fuera. Si le sorprende que lleguemos juntos, no dice nada. La seguimos por donde nos indica y se detiene ante una puerta. Desde que hemos bajado del taxi, caminamos separados. Y ya echo de menos sus brazos rodeándome, la verdad.

—Aquí es. Samuel, tienes que entrar tú primero. ¿Estáis seguros de que queréis hacer esto? —pregunta Emma con su tono profesional.

Samu me pasa de nuevo un brazo sobre los hombros y me besa la cabeza antes de volver a separarse de mí.

Respira hondo y se dirige a Emma.

—Estoy listo, vamos.

«¿De verdad no va a intentar parar esto?».

—¡Espera, Samu! —digo más alto de lo que me gustaría y los dos se giran a mirarme. Le cojo una mano con las mías y tiro de él—. ¿Podemos hablar un momento?

Él asiente con la cabeza y luego mira a Emma.

—Claro —confirma ella—. Os espero dentro. Tenéis que pasar por separado. Primero tú, Samuel, y luego Estrella. Os veo ahí, le diré al juez lo que se me ocurra y que espere un poco.

—Dime —susurra cuando nos quedamos solos.

—No hagamos esto, Samu. Vuelve a casa —le pido sacando valor no sé muy bien de dónde—. Podemos volver a ser una familia, las cosas pueden ir mejor. Te quiero, cielo, te quiero muchísimo. Y sí que te elijo. Igual tienes razón y hubo un tiempo en el que simplemente me conformaba, pero a partir de ahora te elijo, y te quiero elegir cada día. —Llevo mis manos a su cara y él las envuelve con las suyas y sonríe, pero es una sonrisa triste.

—Qué bonito, Estrella. Y ojalá fuera cierto…

—Lo es, cielo, lo es —aseguro.

—Habla el miedo. —Niega con la cabeza, me pasa una mano tras la nuca y se agacha un poco para que su cara quede a la altura de la mía—. Yo también tengo miedo, Estrella, mucho miedo. Es miedo a lo desconocido, es normal. No te quedes con lo malo conocido, te mereces ser feliz, y yo también. Estaré en el piso de arriba y podrás contar conmigo para lo que necesites.

—No eres lo malo conocido, Samu, eres lo mejor que me ha pasado. —Me abrazo a su cintura —. De verdad que te quiero y te elijo. Solo a ti.

—Yo también te quiero, Estrella, muchísimo. Y nunca he dejado de elegirte. Pero necesito hacer esto. —Me separa del abrazo—. Me dueles demasiado. Déjame hacerlo.

Me besa la cabeza antes de separarse de mí y cruzar la puerta de la sala a la que acaba de entrar Emma.

De verdad que no me lo puedo creer.

Sale unos minutos después y me sonríe.

—Te toca. Es superfácil, ya verás. Te espero aquí si quieres y nos vamos juntos.

Yo solo asiento con la cabeza y cruzo esa misma puerta. «¿Me espera y nos vamos juntos? ¿Es pitorreo?».

Emma me indica que me siente a su lado y el juez me pregunta si estoy conforme con los términos del acuerdo y si he firmado libremente. En lugar de contestarle, me giro hacia Emma.

—¿Samu ha firmado? —le pregunto en un susurro.

—Sí, claro —asegura ella.

—Señora Sapena —me interpela el juez—, ¿sería tan amable de contestar? Tras revisar su caso, debo decirle que la ley le permitiría solicitar un acuerdo económicamente más ventajoso para usted. Si es eso lo que le está generando dudas, no tiene por qué firmar este trato. Su abogada puede redactar un acuerdo nuevo y presentárselo al señor… —Revisa un momento los papeles que tiene delante— Andújar. Si, por el contrario, se niega usted a contestar o a firmar por algún tipo de temor hacia su marido, debe saber que este es un espacio seguro y que no tiene nada que temer.

—¿Miedo? ¿De Samu? ¡No, por dios! —Giro la cara para abarcar a toda la gente que hay en la sala—. ¿De verdad que él ha firmado?

Todos asienten y Emma me enseña la firma de Samu en el documento que tengo que firmar yo también. Se me escapa una lágrima y cojo el boli que hay junto a Emma. Una mano invisible me retuerce por dentro y las lágrimas pelean por salir de mis ojos.

—Señora Sapena, insisto —reitera el juez—. ¿Está usted conforme con el acuerdo alcanzado y firma libremente?

—Sí, claro que sí. —Sollozo y garabateo mi firma junto a la de Samu. Es solo un rayajo en un papel, un revoltijo de tinta que me convierte en algo que no quiero ser: su exmujer.

El juez me hace un par de preguntas más y Emma me pasa algún otro papel para firmar.

Finalmente, tras los cinco minutos más largos de mi vida, salgo de la sala para encontrarme con Samu, que me espera donde lo he dejado.

—¿Ya? ¿Verdad que era superfácil?

—No, Samu —sollozo todavía—. Ha sido muy difícil.

Él me abraza al momento y nos quedamos así un rato. No tarda en salir Emma con unos documentos que nos entrega a cada uno, no sin antes mirarnos extrañada al vernos abrazados. Supongo que no es la reacción habitual tras un divorcio, pero nuestra relación nunca ha sido corriente.

—El juez ha dictado sentencia de divorcio —nos informa—. Estáis oficialmente divorciados. Si alguno no está conforme, tenéis diez días para recurrirla.

—¡Qué pesados! —se queja Samu—. ¿Esto no se acaba nunca? La peña necesita pasar página…

Se me escapa un sonoro sollozo tras sus palabras. Él me abraza más fuerte y me susurra:

—Joder, perdona, qué mal ha sonado. No quería decirlo así. Vámonos, Estrella, que este sitio da mal rollo.

Nos despedimos de Emma y caminamos juntos hasta el exterior del edificio.

—Tengo un regalo para ti. —Saca un sobre del bolsillo interior de su cazadora—. Gracias por todo, Estrella. Estos catorce años contigo han sido los mejores de mi puta vida, y los doce que hemos estado casados no los cambio por nada, de verdad. Tenemos los hijos más divertidos del mundo y me quedo con los mejores recuerdos de todo este tiempo a tu lado. Te quiero tanto. —Me besa la frente y deja sus labios ahí durante más tiempo del necesario.

Cuando se separa de mí, me tiende el sobre.

—Es un circuito de *spa* en un balneario de lujo. Para esta tarde. Es para dos, por si quieres ir con Greta o con Carina. Yo me quedo a los nanos, no te preocupes. Los recojo yo esta tarde del cole y me los quedo todo el finde. Tú relájate. Disfruta del primer día de tu nueva vida. —Me coge las manos y las aprieta fuerte—. Y ahora me voy, que me estoy poniendo intenso y solo puedo pensar en repetir lo de esta mañana. —Sonríe—. Te quiero, Estrella, te quiero muchísimo.

Me suelta las manos y se aleja trotando hacia la parada de taxis. Se sube en el primero de la fila y desaparece de mi vista.

Y yo me quedo sola y llorando en la puerta de los juzgados.

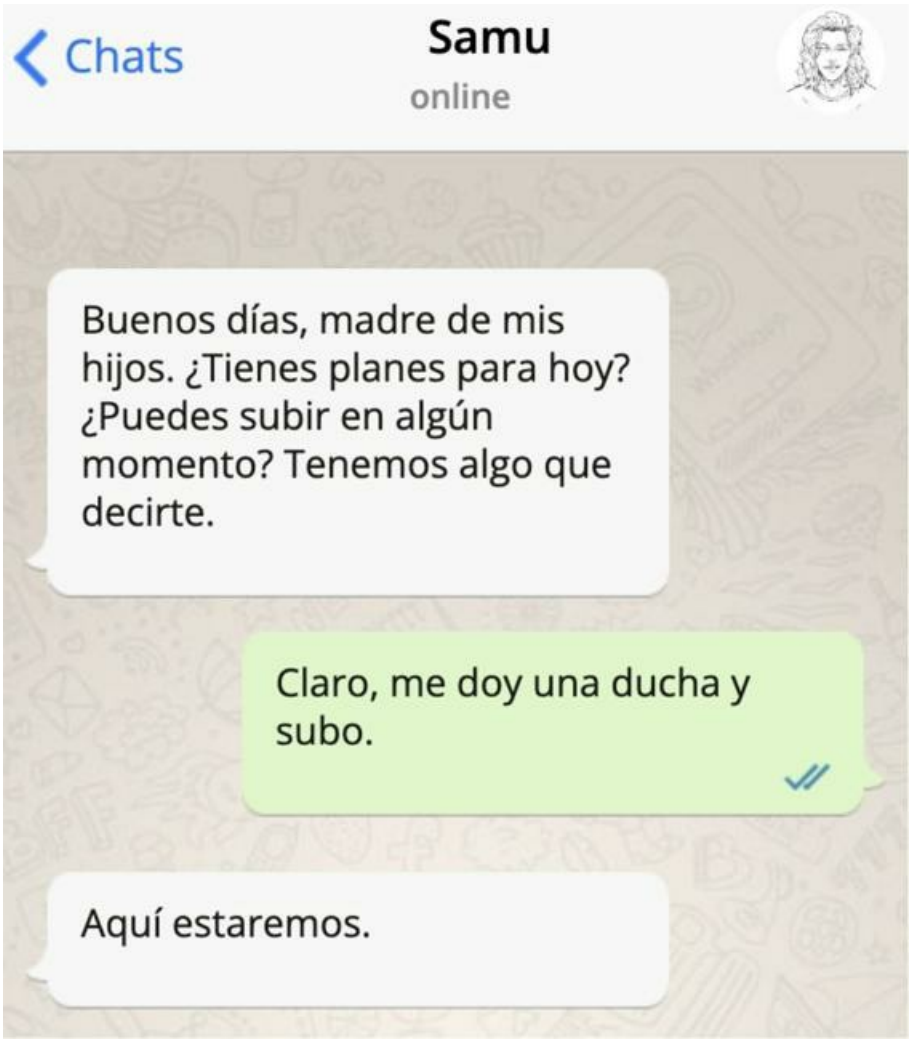


55. Orgasmos

ESTRELLA

Tras una noche interminable, amanezco con el cuerpo relajado todavía de la sesión de *spa* y masajes de la tarde de ayer (y del polvazo de por la mañana un poco también, no nos engañemos), pero mentalmente agotada de casi no haber dormido dándole vueltas a la cabeza. No tardo en oír escándalo en el piso de arriba, los niños ya se han despertado. Me llegan también las risas de su padre. Bien está que uno de los dos tenga ánimo de reírse.

Me arrastro hasta la cocina a por un café y, a pesar de las toneladas de azúcar que le echo, me sabe más amargo que nunca. Me lo bebo despacio, sentada en el sofá y con la vista clavada en el infinito mientras no dejo de escuchar jaleo en el piso de arriba. Me quedo dormitando en el salón porque estoy hecha polvo de no haber dormido nada y porque no tengo tampoco ganas de mucho más. En un momento dado, se detiene el escándalo del piso de arriba y, unos segundos después, me llega un mensaje.



Me meto en la ducha para ver si así consigo quitarme este aspecto de demacrada que me gasto. Me pongo un vestido bonito y me arreglo todo lo que puedo, eso incluye peinarme con secador y cepillo y maquillarme lo suficiente como para tapar las ojeras y la cara de zombi que tengo. Cuando el reflejo en el espejo me confirma que he sacado lo mejor de mí dadas las circunstancias, decido subir a casa de Samu.

Me abre al primer timbrazo. Guapísimo, radiante y… afeitado.

Sin decir ni una palabra, tira de mí hacia dentro y cierra la puerta. Me lleva hasta la cama y me sienta a su lado al borde del colchón. Mi vista se dirige a la cortina que cubre la cristalera que da

a la terraza, bajo la cual asoman ocho pies diminutos que conozco bien. Los señalo con la cabeza y arrugo las cejas. Él se lleva un dedo a los labios pidiéndome silencio con una enorme sonrisa.

—¿Y los niños? ¿No estaban contigo? —pregunto en voz muy alta.

—Sí, pero no sé dónde están, los he perdido. —Me sigue el rollo en el mismo tono.

La cortina se agita un poco y se oyen risas al otro lado.

—¡¿Los has perdido?! ¡¿Has perdido a nuestros hijos?! —sobreactúo.

—Sí, pero ahora los buscamos, no te preocupes, tengo algo que decirte antes.

Me acaricia el muslo y, de forma inconsciente como ha hecho miles de veces, lo coloca sobre el suyo y deja ahí la mano de manera distraída, creo que no se da ni cuenta de lo que acaba de hacer.

—Estás preciosa. —Sonríe, y no es una sonrisa triste como la de ayer—. Puede que nunca hayas estado más bonita.

—Lo dudo. —Le devuelvo el gesto—. Tú también estás muy guapo. Se vuelve a ver tu cara.

—Sí. —Se pasa una mano por la mejilla—. Esta es mi cara. ¿Te gusta?

—Estás guapo de todas las maneras, y lo sabes. ¿Por qué te has afeitado?

—Porque el Samu afeitado es el que se casó contigo, y el Samu con barba el que se divorció de ti… No quiero ser ese tío. —Vuelve a sonreír y yo no sé cómo interpretar ese comentario. Su mano me sigue acariciando del todo ajena a nuestra conversación.

Me abraza, durante un momento, con el brazo que tiene libre e inspira con la nariz sobre mi cabeza.

—Estrella —murmura en voz baja mientras me mira a los ojos y su mano sigue acariciando la parte interior de mi pierna—, lo que dijiste ayer antes de firmar… ¿Lo pensabas de verdad? ¿Todavía lo piensas?

—No, tenías razón, hablaba el miedo —digo para salvaguardar la poca dignidad que me queda.

—Estrella —sonríe—, ¿me acabas de mentir por primera vez en catorce años?

Asiento con la cabeza y lucho para que no se me escape ninguna lágrima, aunque solo sea por lo que he tardado en hacer algo decente con el maquillaje.

—Pues se te da fatal, que lo sepas… No vuelvas a hacerlo.

Respira hondo y me mira con cariño, con amor, como me ha mirado siempre.

—¿De verdad crees que podríamos volver a intentarlo? —susurra mientras su mano sigue acariciándome—. ¿Estás segura de que esta vez saldrá bien? Porque te puedo asegurar que no me gusta nada estar divorciado de ti. Qué veinticuatro horas más horribles, más sosas, más rancias… Estar divorciado de ti no mola nada.

—No estoy segura, Samu, no podemos estarlo, pero creo que vale la pena intentarlo.

Pega su frente a la mía, cierra los ojos y sonríe.

—Estrella —emite un ronroneo tan silencioso que apenas lo oigo.

—Dime.

—¿Cuánto rato más vamos a seguir fingiendo que es normal que mi mano esté donde está?

Se me hincha el pecho con una mezcla de alivio, nervios y felicidad contenida que me hace soltar una carcajada que él se traga con un beso, de esos suyos tan salvajes, que termina conmigo tumbada en la cama y él abrazado a mí.

—Estrella, estoy seguro de que volveremos a tener días malos, pero te juro que haré lo imposible para que sean muchos más los buenos… Prometo intentar hacerte feliz cada día, prometo hacerte reír cada día y prometo darte todos los orgasmos que quieras. Prometo hacer que estés tan despreocupada de todo lo demás que vuelvas a quererlos.

—Papá —oímos susurrar a Dani tras la cortina—, ¿qué son *orgasmos*? Yo también quiero…

Empezamos a reírnos en silencio y nos volvemos a incorporar en la cama. Miro a los pies de mis hijos y reconozco un movimiento al momento.

—Nico se está haciendo pis —le susurro a su padre.

Él se ríe, asiente y se levanta. Se acerca a la cortina y coge la cuerda que se usa para abrirla y cerrarla.

—Estrella, tenemos un montón de cosas que contarte, pero primero… —Da un tirón y descorre la tela. Detrás aparecen mis hijos, los cuatro vestidos con pantalón corto blanco, sin camiseta y… ¿alas? ¿Llevan alas de plumas a la espalda?

—¡Tacháááááán! —gritan los cuatro a la vez levantando los brazos.

—¡Sorpresa, mami! —dice el pequeño claramente emocionado—. Nos hemos *volvido* buenos, ahora somos angelitos.

—Ya lo veo, ya. —Sonrío—. Pero siempre habéis sido mis angelitos, siempre habéis sido buenos. Lo que pasó entre papá y yo no tuvo nada que ver con vosotros, no fue culpa vuestra.

—Pues ahora, ¡más buenos todavía! —insiste Manu.

—Nico, ve a hacer pis —susurra su padre.

—No, que me aguanto.

—Ve, que te esperamos.

—Vale, pero no empecéis sin mí. —Sale corriendo hacia el baño con pasitos cortos pero veloces—. ¡No empecéis sin mí! ¡No empecéis sin mí! ¡No empecéis sin mí!

—¿Qué hacemos, papi? —pregunta Guille—. ¿Le contamos a mamá el plan?

—Vamos a esperar a Nico, ¿no? De momento, la primera parte del plan, como puedes comprobar, es que estos niños se han vuelto buenísimos como ángeles… ¿Lo notas?

—Lo noto, lo noto —aseguro con una sonrisa.

—¿Nico no viene? Qué pesado. —Guille pone los ojos en blanco y Samu se ríe.

—Que empiece haciendo algo Manu —dice Dani—, que es el escupitajo.

—Yo no soy un escupitajo —protesta el peque.

—Papá lo dijo —asegura Dani—. Dijo «Manu es el escupitajo».

—¿Cómo va a decir eso feo papá? —se queja el pequeño—. ¡Papá no dijo *escupitajo*!

—Papá no dijo *escupitajo* —confirma Nico ya de vuelta—, dijo *escupido*. Dijo «Manu es el escupido».

—Entonces será *estúpido* —supone Guille—. ¿Cómo va a ser *escupido*?

—¿Qué es un escupido? Pues un escupitajo —asegura Dani como si llevara toda la razón.

—Papi —lloriquea Manu—, yo no quiero ser el estúpido ni el escupitajo…

Samu se está riendo tanto que temo que se vaya a caer al suelo. Se vuelve a sentar a mi lado en la cama.

—Cupido —me dice entre carcajadas y secándose las lágrimas de risa que se le escapan—, dije «Manu es Cupido».

Intento no soltar una carcajada yo también, pero lo consigo a medias.

—Bueno —pido mientras me limpio una lágrima de la risa que me dan—, ¿me vais a contar todos esos planes?

—Mira, mami. —Guille sale corriendo hacia un lado de la habitación—. Justo aquí vamos a hacer un *bujero*. —Da un par de saltos en el suelo.

—Pero lo harán señores que saben, ¿eh? Nosotros no —me tranquiliza Dani enseñándome las palmas de las manos y su padre se muere de risa—, porque nosotros podríamos hacer el *bujero*, pero ¿quién pondría luego la escalera? Sin escalera, Manu se cae abajo y se abre la cabezota.

El pequeño se enfurruña por las palabras de su hermano y lo mira amenazante.

—Pero es solo una idea, mami —me informa Nico—. Si no quieres *bujero* y escalera, buscamos una casa más grande. Papá lo ha dicho.

—Esto es muy pequeño —le susurro a Samu—, aquí no se pueden sacar habitaciones para todos. ¿Qué has pensado? ¿Cerrar la terraza? Es una pena, y habría que pedir permiso a la comunidad de vecinos…

—Ni pensarlo. —Sonríe Samu—. Ni vamos a darles a los pequeños delincuentes el ático ni vamos a cerrar la terraza. Esto es para ti. Para nosotros, claro. Los niños se quedan en las habitaciones de abajo, que son lo bastante grandes como para que haya dos críos en cada una. De hecho, la de ellos fueron dos habitaciones en un inicio, se podrían volver a separar. Pero, de momento, ellos compartirán habitación de dos en dos. ¿Verdad, chicos?

—Yo con Nico —se pide Manu abrazándose a su hermano. Nico le da un par de palmaditas en la cabeza de un modo muy paternal y a mí me da la risa, porque no se llevan ni diez meses, pero Nico es tan maduro para su edad y Manu tan infantil, que parece que la diferencia sea abismal.

—Pues eso —sigue Samu—, que he pensado en poner una escalera con paredes a los lados, nada de barandilla, y con una puerta en el piso de abajo. Y que se pueda cerrar desde aquí, para que cuando ya no puedas más y estés un poquito agobiada de nosotros…

—¡Eh! —protestan los niños.

—Porque somos chicos, y a veces las chicas se agobian de que seamos tan brutos —les explica su padre para no herir sus sentimientos—. Pues eso, que cuando te agobies un poquitín, te subes aquí, te encierras y nos dejas a nosotros castigados abajo. Y tienes una mini cocina secreta por si te agobias un poquito de más. —Sonríe.

—¿Cómo me voy a encerrar aquí arriba y a dejaros a vosotros abajo? —Me río porque no me puedo creer que lo esté diciendo en serio.

—Shhhh, no lo hagas si no quieres, pero la opción está aquí. Este puede ser tu refugio cuando necesites algo de tiempo para ti. Y para los dos cuando sean adolescentes y queramos huir de ellos. Ah, y la terraza… Tu terraza. Para que puedas tomar el sol, leer un libro o echar la siesta. Todo lo que tú quieras…

Sonrío porque es bonito que haya pensado en todo eso.

—Papá, la emergencia —susurra Nico.

—Cierto —confirma su padre—. Me olvidaba. Tenemos un arma secreta para cuando las cosas lleguen a un límite insostenible. ¿Quién va a por ella?

—¡Nosotros! —Los gemelos salen corriendo hacia el armario y traen algo que por el camino no identifico.

—Toma, mami, tú tienes el poder.

Me entregan lo que parece una maza gigante de gomaespuma, es como de dibujos animados, da mucha risa.

—Esto es para cuando papá no se entere de nada, para que le pegues en la cabezota y se espabile.

Suelto una carcajada y Samu agacha la cabeza.

—¡Estrénalo! —me pide.

Compruebo que efectivamente es muy blandito y le doy un golpe fuerte. Él exagera al máximo y se tira de la cama.

—¡Funciona! —gritan los niños entusiasmados y empiezan a dar saltos.

—Bueno, ¿qué te parece nuestro plan? —pregunta Dani—. ¿Te gusta, mami?

—Me encanta, chicos. —Se me empiezan a escapar las lágrimas—. ¿Qué hacemos entonces?

—le pregunto a Samu—. ¿Recurrimos la sentencia? ¿Le decimos a Emma que la recurra, que ya no queremos divorciarnos?

—¿Qué queremos, chicos? —pregunta Samu—. ¿Queremos recurrir la sentencia?

—Síííííííííííí —corean los cuatro entusiasmadísimos mientras dan saltos.

—¿Qué? ¡No! —grita su padre.

Los niños paran en seco durante un segundo y al momento vuelven a saltar.

—¡Noooooooooooo! —gritan esta vez.

—¿Queremos divorciarnos?

—¡Síííííííííí!

Este cambio de rumbo en la conversación me descoloca por completo.

—No entiendo, cielo. ¿En qué quedamos? —pregunto realmente confusa—. ¿Qué es lo que quieres?

Se arrodilla delante de mí en el suelo. Yo sigo sentada en la cama. Como es tan alto, estamos casi a la misma altura.

—Quiero que vuelvas a casarte conmigo. Quiero que tengas una pedida de mano que le puedas contar a la gente y una boda en la que seas la protagonista…

—Samu, cielo, nunca he necesitado eso, no hace falta…

—Shhhh. —Me calla con un dedo sobre mis labios—. Cupido, el anillo.

El peque sale corriendo y va hasta uno de los pocos cajones que hay en este piso. Vuelve al momento con un estuche de color rosa y se lo da a su padre. Él saca un anillo de dentro y me lo pone en el dedo.

—¿Sin esperar mi respuesta? Estás muy seguro de tus posibilidades, Samuel Andújar. —Sonrío.

—Es que ya te he dicho todo lo que te prometía hace un momento y, con lo que te voy a decir ahora, no vas a poder resistirte a pasar el resto de tu vida conmigo. No ha habido una mayor declaración de amor en la historia de la humanidad. No hay amor más fuerte que esto…

—Dime —sonrío.

—Siéntate bien, que estás muy al borde y te puedes caer de la impresión, que esto es muy fuerte… Estrella, si te vuelves a casar conmigo… prometo… ¿estás lista? Prometo quedarme TODOS los chats de padres y que te salgas tú. De todos, tienes mi palabra.

No puedo evitar una sonora carcajada.

—Podemos quedarnos los dos —sonrío—. Lo más divertido es comentarlo contigo.

—Vale, me parece bien, entonces, mi siguiente oferta es…, prepárate bien…, llevar yo a los niños a todos los cumpleaños en parques de bolas. ¿Qué me dices? No hay naturaleza humana capaz de rechazar eso…

—Me parece cruel, pero, como lo has propuesto tú, te lo voy a aceptar —me río.

Miro el anillo, al que no le había prestado atención hasta el momento y veo que tiene una piedra amarilla bastante grande y cuatro más pequeñas alrededor.

—Tus cinco rubios —susurra Samu—, para que nos lleves siempre contigo.

—¿Son diamantes? ¿Amarillos? ¿Cuánto te ha costado esto?

—No —se ríe—, el anillo sí es de oro blanco, pero las piedras son topacios amarillos. No me iba a gastar tanta pasta, necesitamos ese dinero para la reforma y para irnos en las próximas vacaciones de viaje todos juntos. Nos iremos a uno de esos cruceros en los que te llevan de un sitio a otro y se puede hacer turismo o encerrarse en el camarote, a gusto de cada uno. —Hace un movimiento sugerente con las cejas—. Y tienen monitores y actividades para tener a los niños entretenidos con juegos todo el día…

—¡Síííííí, juegos! —berrean los pequeños muy entusiasmados, estoy segura de que no saben muy bien por qué, pero la energía de su padre es contagiosa.

—Vosotros vais a bajar un ratito a casa de Chus, que mamá y yo aún tenemos que negociar unos términos del acuerdo… —interrumpe Samu su euforia.

Mis hijos se quitan las alas, se ponen rápidamente las camisetas y se dirigen a la puerta.

—No me lo puedo creer —digo asombrada—. A la primera y sin protestar.

—Te lo hemos dicho, mami, nos hemos *volvido* buenos…

—No vamos de farol —asegura Samu con una sonrisa antes de darme un beso en los labios al pasar por mi lado—. Nos hemos «volvido» buenos los cinco.

No sé cuánto van a aguantar los niños con este cambio de actitud, pero decido aprovecharlo y disfrutarlo mientras dure. Abre la puerta de la calle y los nanos salen disparados y bajan las escaleras a toda prisa. Samu y yo los seguimos y nos quedamos a medio camino, desde donde se ve la puerta de casa de Chus y Carina. Abre la italiana y Andrea se asoma tras ella.

—¿Qué quieren estos pequeños delincuentes? —les pregunta a mis hijos.

—¿Podemos entrar a jugar con Andrea? —pregunta Guille.

—Sí, porfa, que mis papás se tienen que ir a comprar orgasmos para que mamá esté contenta… —remata Dani.

La carcajada de Carina se mezcla con la de Chus, que aparece en ese momento tras ella y los dos dirigen la vista hacia nosotros.

—No vamos a andar disimulando a estas alturas, nano —confirma Samu—. Las cosas como son, quiero «comprarle» muchos orgasmos a esta mujer.

Su amigo se ríe entre dientes y abre la puerta completamente.

—Todos para dentro —ordena—. ¿Con cerrar la puerta va a ser suficiente o necesitaremos tapones? —pregunta muerto de risa.

—Si yo fuera tú —contesta Samu—, me los llevaría a todos al parque.

Carina suelta una carcajada.

—¡*Cazzo*, yo quiero de esos! —Le da una palmada a su chico en el brazo.

—Ya he pillado yo, nano —se queja Chus—. Me los voy a llevar a todos por ahí, haced que valga la pena. —Nos guiña un ojo.

Samu y yo murmuramos varios «gracias» entre risas y subimos rápidamente.

Entro delante de él y cojo las alas que uno de los niños ha dejado abandonadas en el suelo mientras él se acerca a poner algo de música[xxvi].

—¿Cuánto llevas preparando esto?

—No sé, unas semanas…

—Y aun así, me hiciste creer ayer que todo se había terminado.

Sonríe.

—Necesitaba que estuvieras muy segura. Necesitaba que creyeras que me perdías de verdad. Tenías que experimentar el miedo —se ríe.

—¿Y si en vez de miedo hubiera experimentado alivio? ¿Te habrías rendido?

Vuelve a reírse y niega con la cabeza.

—Habría pasado al plan B —susurra.

—¿Cuál era el plan B?

Hace un movimiento rápido con las cejas.

—La reconquista.

Suelto una carcajada y le doy un beso rápido antes de volver a dirigir la vista a las alitas de uno de los niños que todavía tengo en la mano.

—¿No había de tu talla? —pregunto con una sonrisa.

—Estaría yo bonico con alitas de ángel —se ríe y me rodea la cintura con sus brazos.

—Alitas no, unas alas de ángel, o de demonio, bien grandes, que lleguen de la cabeza hasta el suelo…

—Ah, ya entiendo —sonríe—, como las de las portadas de esas novelas marranas de fantasía que te gustan…

—Algo así —sonrío yo también.

—Seguro que en nuestra tienda favorita tienen algo parecido y, si no, te juro que pido que me las hagan a medida, pero no te vas a quedar con ninguna fantasía por cumplir… —Me levanta a pulso y me agarro a él con brazos y piernas.

Juro que ahora mismo no puedo ser más feliz. Sé que no va a ser fácil y que habrá momentos en los que querremos mandarlo todo a la mierda, pero asumo el reto de conseguir que sean los mínimos. Contra todo pronóstico, hemos superado la crisis de nuestra puta vida. Te dejo ya, que mi chico ha prometido comprarme muchos orgasmos y no quiero perderme ni uno.



El epílogo de Samu

Si miro fijamente durante el tiempo suficiente, puedo ver cómo el calor del sol evapora la humedad del cuerpo de Estrella. Y yo me quedo embobado con semejante espectáculo. A ver, que solo es mi mujer desnuda en una tumbona de la terraza. Solo eso y tanto a la vez. «Mi mujer», sí, otra vez lo es. Desde aquella proposición, tardamos casi un año en casarnos. ¿Por inseguridades de la novia? ¿Por los preparativos? ¿Por problemas con los niños? Son las preguntas que te estarás haciendo. Y la respuesta a todas ellas es *no*. Si te digo por qué, no te lo crees, te lo juro. Por el padrino. El puto padrino nos hizo esperar a que le creciera el pelo. Tal cual como te lo estoy contando. Y aún quería que esperáramos un año más, pero por ahí sí que no pasamos, le dijimos que nos casábamos en esa fecha con o sin él. Fue con él, por supuesto.

Y ahora estamos de luna de miel. Pillé un camarote de lujo con cubierta privada desde la que no nos pudieran ni ver. Me ha costado una pasta, pero vale cada euro. Follar a cielo abierto con el mar delante de nosotros y música[xxvii] de fondo es algo que todo el mundo debería experimentar al menos una vez en la vida. O no, que lo mismo es un capricho mío y me estoy volviendo muy pijo. No me lo tengas en cuenta, estoy recién casado.

Paso la lengua sobre la piel de Estrella de nuevo y me quedo observando cómo el sol vuelve a hacer su magia. Ella gira la cara para mirarme y me sonríe.

—¿Vas a estar chupándome todo el día?

—¿Te molesta? —le pregunto y ella niega con la cabeza como respuesta—. ¿Tienes un plan mejor?

—Para tu lengua siempre tengo un plan mejor…

No era esa mi pregunta, pero me ha encantado su respuesta. La beso y, sin separarme de ella, me voy colocando entre sus piernas. Mis labios se pierden en su boca un buen rato antes de aventurarse en su cuello y seguir bajando. Sus gemidos me llenan los oídos y el corazón. Porque, después de lo que pasamos, cada beso y cada caricia me sigue sabiendo a victoria, a futuro, a felicidad.

Unos golpes en la puerta nos interrumpen cuando estoy a punto de llegar a la mejor parte.

—¡Tortolitos, ¿vais a venir a cenar o qué?! —Parece que alguien quiere volver a experimentar lo de la calvicie.

Más voces de fondo y más golpes en la puerta. Me pongo de pie con un gruñido y enrollo una toalla alrededor de mi cintura mientras Estrella se pone un batín de seda precioso y supersexi que me vuelve loco.

—¡¿Es tanto pedir tener cinco minutos a solas con mi mujer en mi puta luna de miel?! —berreo al abrir la puerta de mi camarote y fulminarlos a todos con la mirada.

Marc, que es el que ha llamado primero, solo saca la lengua y me enseña el dedo corazón. Es Chus el que habla ahora.

—Tronco, que nos hemos llevado a tus hijos hace doce horas, que no son cinco minutos, no me parece que sea para tanto preguntar si vais a salir para la cena.

—Que si no queréis salir, lo entendemos —interviene Piero—. Os dejamos a los niños y nos vamos. O nos los llevamos y los traemos luego, pero considerad esto una «fe de vida». Para asegurarnos de que no habéis muerto de agotamiento o de inanición.

—Hemos pedido comida al servicio de habitaciones hace unas horas —informa Estrella, que se acaba de colocar a mi lado muerta de risa—, está todo controlado. Nos vestimos y en diez

minutos estamos en el restaurante.

Loui me mira levantando una ceja y yo asiento.

—Que sí, que en diez minutos estamos ahí. ¿Y mis hijos?

—Ya están en el bar con Carina y Greta, y con Andrea y Maya, claro. Si no los alimentábamos, se nos iban a comer a nosotros.

Me río y empiezo a cerrar la puerta.

—Venga, en diez minutos estamos ahí. Id pidiendo, nos da igual, todo nos parece bien.

—Daos prisa.

—No tardéis.

—Os esperamos allí.

Oigo las voces amortiguadas porque ya he cerrado la puerta.

Estrella está sacando ropa del armario y yo se la quito de las manos y la lanzo en una butaca que tengo cerca. La abrazo por la espalda y le susurro al oído.

—No tengas prisa, que tanto ellos como nosotros sabemos que vamos a llegar, mínimo, media hora tarde.

El epílogo de Estrella

Me llegan los gritos de Samu discutiendo con los gemelos en el piso de abajo. Hoy cumplen dieciocho y van a dar una fiesta. No quiero ni pensar en la que pueden liar. Les hemos prohibido invitar a más de veinte personas, ya veremos si hacen caso.

Una cabeza rubia empieza a asomar por las escaleras. En un primer momento, me parece Samu, pero todavía lo oigo discutir abajo, así que tiene que ser uno de mis hijos. Han llegado a un punto en el que de espaldas es difícil distinguir a cualquiera de los cinco. Si están todos juntos, a Nico se le distingue fácil porque es el más alto, un poco más que su padre, pero los otros tres y Samu, igualitos. Mi visitante misterioso llega hasta arriba y se deja caer a mi lado en la cama.

—Mami —suspira Manu—. ¿Me puedo quedar aquí?

Se abraza a mí, pone la cabeza en mi pecho y encoge las piernas, como si así pudiera hacerse pequeño de nuevo y disimular el metro noventa que se gasta, como su padre. A veces, normalmente cuando quiere algo o también cuando está triste, se comporta como cuando era pequeñito. Es el más infantil de los cuatro, pero, cuando le da el ramalazo adolescente, puede ser tan insoportable como cualquiera de sus hermanos.

—¿Por qué, cielo? ¿Qué pasa?

—Nadie me va a querer, me voy a quedar solo para siempre… Nunca voy a tener novia —lloriquea.

—Cielo —intento no reírme, de verdad que lo intento—. Pero si eres muy joven… Vas a tener todas las novias que quieras. Con lo bonito que eres por dentro y por fuera, te las vas a tener que espantar a manotazos…

—Qué va, eso lo dices porque eres mi madre, no le gusto a ninguna…

—Que tú sepas.

Resopla para quitarme la razón y yo lo aprieto más contra mí, convencida como estoy de lo que digo. Se lo van a rifar, no es impresión de madre que adora a sus hijos, es que he visto cómo las niñas de su edad miran a mis chicos, si es que son igualitos que su padre. Y mi Manu es todo amor, es el más dulce y cariñoso de los cuatro.

—Dani y Guille van cada semana con unas, yo no quiero eso, mami. Yo quiero una novia. Nico lleva ya tres meses con su novio, eso es amor verdadero. Seguro que se casa con él. Eso es lo que yo quiero, pero en chica.

—Cielo —sonrío para no soltar una carcajada—, yo sé que a tu edad una relación de tres meses puede parecer una eternidad, pero no lo es y ya veremos lo que dura lo de Nico. Que puede que sí, a veces ocurre, pero no te compares con tus hermanos ni sufras por eso, de verdad que vas a tener novias para aburrir hasta que encuentres a la definitiva.

Oigo claramente cómo la puerta de la escalera se cierra y a continuación los pasos de su padre subiendo en cuatro zancadas mientras me va diciendo cosas antes de que pueda ni verle.

—Listo, ya les he dejado todo claro, podemos olvidarnos de hijos hasta mañ… Mierda, se ha colado uno. —Viene hasta la cama, lo coge del tobillo y empieza a estirar—. Tú, fuera de mi sitio y suelta a mi mujer, que esta noche tenemos planes que no incluyen vástagos.

—Noooo, mamá, déjame quedarme. —Se abraza a mí más fuerte mientras su padre sigue tirando de él.

Samu lo suelta y se sienta a los pies de la cama.

—A ver cómo te lo explico, hijo número cuatro, esta noche le voy a hacer el amor a tu madre pase lo que pase. Ni siquiera una parte de mi descendencia en la misma habitación me va a detener.

—¡Argh, joder, papá, qué cerdo eres!

Yo me río entre dientes y le doy una patadita a Samu. Le hago un gesto con la cabeza mientras acaricio el pelo de su hijo para que se dé cuenta de que al niño le ocurre algo.

—A ver, ¿qué es lo que te pasa, tío? —Le da una palmada en la pierna—. ¿Por qué quieres estar en la habitación de tus viejos y no en la fiesta de tus hermanos?

—No puedo ir a la fiesta, me han dicho que no estoy invitado. —Se enfurruña.

—Ahora mismo hablo con ellos y les digo que o te dejan estar o no hay fiesta…

—Si tampoco quiero ir, no me caen bien sus amigos… Y no les digas nada, no quiero ser el chivato…

—Pues te encierras en tu habitación y pasas de ellos. Ya está, ¿cuál es el problema? —insiste Samu.

—Tampoco puedo estar en mi cuarto —contesta mi hijo con la boca pequeña.

—¿Por qué, cielo?

Chasquea la lengua y mira al techo.

—Es que no quiero ser el chivato…

—¿Qué pasa en tu cuarto? ¿Han planeado usarlo de picadero ese par de delincuentes? —pregunta su padre.

—No, ellos no —susurra Manu.

—¿Nico? ¿Nico no te deja entrar en tu propia habitación?

Él vuelve a chasquear la lengua y mira esta vez hacia abajo. Le levanto la cara para que me mire.

—¿Por qué? ¿Se ha encerrado él ahí con Lucas?

—El de los cojones con pelucas —suelta Samu la rima que hace siempre que alguien nombra al novio de Nico.

Le doy una patadita para que entienda que no es el momento.

—Sí —farfulla Manu—. Me ha dicho que era una noche especial, que era su aniversario, hacen tres meses; y que me buscara la vida, pero que ni se me ocurriera aparecer por nuestro cuarto.

—¿Noche especial? —A Samu se le ilumina la cara, sonríe y emite un gritito hacia dentro.

—Ni se te ocurra, Samuel —lo amenazo—. No vayas a cortarle el rollo a tu hijo.

Él se pone de pie ya poseído por la euforia.

—Un poquito. —Hace el gesto de acercar mucho el dedo pulgar al índice—. Déjame decir algo así como: «¡¿quién osa mancillar el culo de mi hijo?!».

—Ni pensarlo —me río.

—¡Papá, no! —Manu directamente ha entrado en pánico.

—Samu, que tienen diecisiete años, les puedes crear algún trauma…

—Ya está la psicóloga cortabolas… —Samu pone los ojos en blanco—. Déjame aunque sea asegurarme de que tienen condones.

—Todos saben dónde les dejas los preservativos. Olvídate ya de todos ellos y quédate aquí —le pido.

—Oh, ya sé, no van a saber que nos lo has dicho…

Sale corriendo antes de que podamos detenerlo. Baja las escaleras en dos saltos y temo que un día de estos se abra la cabeza, porque ya tiene una edad.

—¡Inspección sorpresa! —lo oímos gritar desde aquí y Manu se tapa la cara avergonzado.

—¡Papá! —se queja Guille—. ¡Que está a punto de empezar la fiesta!

—Y yo tengo ahí arriba a uno de mis hijos cortándome el rollo.

—Ya se ha chivado el enano —protesta Dani—. ¡Manu, llorón, puedes bajar a la fiesta!

—¡No quiero ir a vuestra estúpida fiesta! —grita el pequeño a mi lado y luego vuelve a abrazarse a mí.

—¡¿Dónde está vuestro hermano?! ¡Nico! —grita Samu—. ¡Nicolás Andújar, materialízate ante tu padre!

Llegan hasta mis oídos los pasos teatrales de Samu y cierro los ojos. Por favor, que no se pase mucho. Una puerta se abre con un golpe.

—¡¿Qué está ocurriendo aquí?! —ruge.

Manu y yo nos tapamos la cara con las manos.

—¡Papá! —chilla Nico.

—¡Perdón, perdón! —grita Lucas y a mí me da la risa.

Unos pasos acelerados en la escalera no nos dejan oír cómo sigue lo que sea que esté liando Samu. Guille llega hasta arriba y viene directo a su hermano. Se arrodilla en el suelo junto a la cama.

—Manu, venga, ven a la fiesta.

—Paso de vuestra mierda de fiesta. —Le da la espalda y vuelve a abrazarse a mí.

—Te necesito, enano.

—Ah, ¿ahora me necesitas? Pues paso de ti.

—Escucha a tu hermano —susurro—, a ver qué quiere.

—¿Quéééééééé? —Arrastra la pregunta con desgana.

—Necesito que estés con la hermana de Martina, la obligan a traerla y nos va a cortar el rollo… Es pequeña, tiene quince años, como tú.

—¡Yo tengo dieciséis y medio! —Le da un puñetazo a Guille en el hombro.

—Claro, claro, por eso, seguro que te ve supermayor y la impresionas.

—Pfff —protesta Manu.

—Va, que solo con que esté la mitad de buena que su hermana y sea la mitad de fácil, te la tiras esta noche…

No me da tiempo a decir nada, porque se lleva una colleja de su padre, al que creo que ninguno hemos visto llegar.

—¿Qué os he dicho de hablar así de las chicas? —Suena mosqueado de verdad, ese es un tema serio para él. Para mí también, está claro.

—No, no —se defiende Guille—. La respeto, me gusta mucho, quedaré con ella después. Te lo prometo, papá.

—¿Después de qué? —Samu achina los ojos.

—Después de… de fo…, de ti…, de «hacer el amor» con ella.

—¡Antes, zoquete! —Le vuelve a dar una colleja—. Lo suyo es tener algún tipo de vínculo afectivo con ella ¡antes! Y después, también, claro. El buen sexo es intimidad, amor y respeto.

—Sí, sí, ya he quedado con ella antes. Un día la acompañé a su casa, otro fuimos a una fiesta juntos. Luego allí estuvimos con más gente, pero casi todo el rato estuve con ella…

—Déjate de rollos. Si te gusta, la semana que viene quedas con ella para ir al cine o a cenar o a lo que sea. Y si no te gusta lo suficiente como para eso, no la marees esta noche, ¿está claro?

—Sí, sí —asiente Guille—. ¿Esto es porque es una chica? Porque a Nico no le dices estas cosas. —Entrecierra los ojos—. Eso es machismo, papá.

—A Nico se lo dije en su día, si no se lo digo más es porque tiene una relación. No hace falta que se lo repita…

Suena el timbre del piso de abajo y Guille emite un gritito.

—Ya están llegando… Manu, por favor…

Junta las manos a modo de súplica.

—Pfff… —resopla el pequeño—. No me apetece nada… ¿Harás mis tareas de casa durante una semana?

—¿Qué? Vaya morro, mocoso. Paso.

—Vale. —Se gira hacia mí—. Mamá, me quedo contigo.

—¡Guille, han llegado Martina y su hermana! —grita Dani desde el piso de abajo.

—Vale, vale, está bien. Una semana.

—Y me regalas tu camiseta roja sin mangas.

—Ni de coña, no, eso sí que no.

—Disfruta de la fiesta. —Manu vuelve a darle la espalda y a girarse hacia mí.

—Vale, está bien —gruñe Guille—. Eso es chantaje, qué asco das.

—Los papás están de testigos —insiste el pequeño.

—Que síííííííí —protesta el mayor y chasquea la lengua.

—Vale, ahora bajo —asegura Manu.

—Dos minutos —dice Guille antes de salir corriendo hacia las escaleras.

El peque ha vuelto a girarse hacia mí.

—Voy a la fiesta de los mayores —susurra.

Asiento y sonrío.

—Qué cara tienes, si estabas deseando ir y aun así le has sacado a tu hermano lo que te ha dado la gana.

Se ríe como respuesta el muy gamberro.

—¿Crees que será guapa? —susurra—. ¿Crees que le gustaré?

Su padre lo coge por la camiseta y lo levanta de la cama hasta que se queda de pie a su lado.

—Solo hay una manera de averiguarlo. —Le pasa un brazo sobre los hombros y lo acompaña hacia la escalera—. Sé tú mismo y seguro que le encantas. Eres un Andújar, lo llevas en los genes. No hay chica que se resista a nuestros encantos.

—¿A mí no me dices lo mismo que a Guille?

—Tú estás hecho de otra pasta, hijo. Y ya te lo sabes… Al que se porte mal con una chica, o un chico, eso me da igual, le rapo la cabeza. Ahora, disfrutad de la fiesta y, a menos que veas fuego o que consideres que la vida de alguien corre peligro real, no quiero saber nada de vosotros hasta mañana.

Oigo a Manu reírse entre dientes cuando ya los he perdido de vista en la escalera. No tardo en escuchar la puerta cerrarse y el sonido del pestillo. Al momento está su padre de vuelta ya con la camiseta en la mano.

—¿Qué le has hecho a Nico?

—Nah, he hecho ruido bastante antes, les ha dado tiempo a levantarse de la cama del susto. —Se ríe entre dientes—. Solo iban sin camiseta, estarían besándose nada más.

—Mira que te gusta avergonzarlos.

—Es mi venganza. Si no puedo avergonzar a mis hijos, ¿para qué los tengo? —Sonríe—. Pero vale ya de hablar de ellos.

Termina de desnudarse completamente antes de dejarse caer sobre mí.

—Ya no hay adolescentes hasta mañana —susurra—. Y tú no sé qué haces todavía vestida.

—Te veo muy seguro de tus posibilidades, ¿es eso de los Andújar que le has dicho a tu hijo? A ver si vas a ser tú el que fracasa esta noche. —Sonrío y le paso las manos por la espalda, desde los hombros hasta el culo.

—Im-po-si-ble. Tengo unas alas en el armario que no me han fallado nunca. Si hace falta, voy a por ellas.

Me aprieto contra él con fuerza de las ganas que le tengo.

—Ve a por las alas y el columpio, que esta noche volamos los dos.

Agradecimientos

Como imagino que sabrás a estas alturas, con esta historia cierro una serie de cinco novelas. Pero, si soy sincera, para mí las *Crónicas de aquello* han sido mucho más que eso. En junio de 2021 empecé a escribir el primer borrador de *El final que nos merecemos* y ahora, dos años y más de medio millón de palabras después, toca despedirse de ellos. Y quiero y a la vez no quiero. Siento que algo de mí se queda dentro de estas páginas al cerrar el último libro. Qué intensita me estoy poniendo, me estoy marcando un Piero por todo lo alto, pero ¿qué esperabas? El italiano ha salido de mi cabeza, es normal que yo también sufra algún brote de vez en cuando.

Estos agradecimientos me provocan un mayor respeto que todos los anteriores, porque no quiero olvidarme de nadie, pero tengo la cabeza tan al límite que lo veo más que probable. Que nadie se me ofenda, por favor. Si hay algún olvido, será totalmente involuntario.

En todos los agradecimientos he nombrado la carta del bajón, pero creo que nunca he explicado lo que fue. Yo estaba haciendo un curso de escritura creativa (uno de tantos) y me encargaron un ejercicio en el que tenía que escribir una carta que un personaje a punto de morir le mandaba a su pareja, con la que había pasado toda su vida y en la que debía recordar momentos de la relación. Me pareció una movida demasiado tocha como para inventarme unos personajes y toda una vida, así que cogí a Marc y Greta, dos chavales con una situación familiar peculiar y una amistad fuera de lo común. Su historia llevaba años rondándome la cabeza y tenía muchos momentos claros, me podrían servir perfectamente. Escribí la carta que me pedía el ejercicio (ahora entiendes perfectamente por qué la llamo la carta del bajón), en la que Marc estaba a punto de morir y le escribía una carta a Greta. Sí, ahora lo pienso y es duro. En fin, a lo que iba, que mi amiga **Neus** seguía de cerca mis progresos en el curso de escritura e iba leyendo todos mis relatos. Cuando leyó esa carta, me dijo: «tienes que escribir la historia de estos dos, necesito conocerla». Y, ni más ni menos, algo tan sencillo como eso fue el detonante para que me animara a sacar de mi cabeza esa historia que me rondaba desde hacía años y empezara un borrador que se ha convertido en lo que tienes en tus manos. No he vuelto a leer esa carta y no quiero hacerlo, aunque tengo la memoria que tengo y me acuerdo muchísimo de ella. No la voy a publicar, así que no me la pidáis. Y este es el motivo por el que en todos los libros de las Crónicas de aquello, la primera en los agradecimientos ha sido Neus, porque es probable que, sin ese pequeño empujón, jamás me habría animado a darle vida.

Bastante más tarde en esta historia apareció **Adela**, pero ha sido tan importante que necesito nombrarla a continuación. Porque ella conoció a mis chicos antes que a mí. Y los amó tanto como para dibujarlos por primera vez (igual si hubiera sabido cuántas veces le iba a tocar dibujarlos a partir de entonces, se lo habría pensado mejor). Venga, fuera de coñas. Gracias a Adela mis chicos tienen las caras que tenían en mi imaginación. Y mis novelas tienen unas ilustraciones que las hacen más bonitas de lo que pueden merecer esa pandilla de cafres. Pero no solo por eso estoy encantada de que se cruzara en mi camino. Ha llegado un punto en el que ya es amiga y socia, y no se me ocurre una persona mejor con la que enfrentarme a la locura de emprender un negocio o simplemente con quien reírme del mundo (empezando por nosotras mismas). Libra da por saco y Cáncer pierde la paciencia, pero siempre de buen rollo.

Voy a nombrar ahora a **Jonathan**, **Diana** y **Julia**. Porque son los que están conmigo en el día a día, los que a veces me reprochan el poco tiempo que les dedico y otras veces me animan con todas sus fuerzas. Sé que en ocasiones los abandono por una gente que solo vive en mi imaginación, pero ellos entienden lo importante que es para mí.

Y mis lectoras cero. ¿Qué puedo decir de mis lectoras cero? No sé qué habría hecho sin ellas.

Me encanta la caña que me mete **Sonia** y cómo consigue que le dé vueltas a cosas que ni me había planteado. Gracias a su toque, mis historias mejoran en forma y fondo. Es un gustazo poder contar con ella y que siempre encuentre un hueco para dedicarle a mis pequeños insensatos. Y también que entienda mis prisas y mi ansia viva. Es maravillosa como lectora cero, como escritora y como amiga. Con nadie más que con ella puedo estar una mañana al teléfono discutiendo tanto de una preposición incorrecta como de la posición de la lengua en una mamada si la cabeza está al revés. Simplemente maravillosa.

En esta última historia, me ha encantado poder contar con **Carmen**, mi lectora cero por sorpresa. Con ese «no he pedido permiso, he visto "Samu" y no lo he podido soportar y lo he leído», me ganó por completo Me encantaron los cientos de audios comentando cada pequeño detalle y las risas, sobre todo las risas. También sirvió de inspiración para las «Perversiones Arteaga», la tienda favorita de Samu y Estrella, al fin y al cabo, fue ella quien se empeñó en que contara el momento en el que compran el columpio (y no puedo estar más agradecida por ello, también te digo). Como lectora cero te suelta lo bueno y lo malo con tanta naturalidad que no puedes más que adorarla.

Y luego está **Biribiankis**. ¿Qué puedo deciros de ella como lectora cero y como amiga venenosa? Poco más que +1 Rt AMOOOOOO, SE VIENE SE VIENE. Que me parto con ella, que me encanta el amor incondicional que tiene a mis chicos y sus JAJAJAJAJAA PUTO SAMU LO AMO. La entiendo, yo amo a su Maday, no me escondo.

También está **Lola**, con su manera de comentar a tiempo real, que me ayuda a conocer de primera mano todas las emociones que experimenta el lector en cada capítulo. Es una gozada contar con ella y divertidísimo poder comentar cada escena y cada frase.

Y **Tánit** poniendo un punto de cordura entre tanta lectora cero descerebrada. Con sus comentarios más calmados, más pausados, sus reflexiones y sus conclusiones. Una gozada.

Y finalmente **Bea**, que ha estado ahí desde el principio. Que ha acompañado a mis chicos en cada uno de sus desvaríos y que su amor por Marc ha superado estupideces, desplantes y cabezas rapadas. Mis chicos son ya un poquito tuyos también.

No puedo olvidarme de mis chicas de la UNED que, aunque no sean el tipo de lecturas que les gustan, les han dado apoyo y amor a mis chicos como las que más.

Cristina con su interés y ayuda.

Ali y los audios kilométricos para explicarme cómo funciona un claustro de profesores, total para que Chus entrara fumado…, ya ves tú.

Ruth y aquella tarde inventando una expresión gallega de la nada (procrastinar *is our passion*).

Mara, esa fan incondicional. Gracias, amiga. Te amo fuertemente.

Y al resto del Plan B que, aunque las tenga abandonadas, me acuerdo de ellas a menudo. Perdonadme, chicas, *Shame on me!*

Pero si hay un grupo de amigas que ha seguido con entusiasmo esta saga ha sido sin duda el de mis Jesuitas Girl Friends: **Ana**, **Cris**, **Vane**, **Patri**, **Raquel** y **Clara**. Más bonitas no se puede.

Ana, esa relaciones públicas de mis chicos.

Y **Cris**, esa lectora cero que ayudó a Piero en cada parto.

Lo moláis todo todito.

Y a toda la comunidad de Bookstagram, que es genial y que forma una enorme familia.

Mariki (@las.mariquitas.tambien.leen), que siempre tiene un pensamiento para mis niños casi en cada booktag. Ese amor les da alas y a mí me llena de felicidad.

Y a todos y todas los que han contribuido con una reseña, un story, un comentario o un

mensaje privado. Sois la maravilla más grande:

@_romantic.books
@adela_argn_art
@adela.s.ebook
@adriana_freixa
@aliciaaa_75
@anamazonp_escritora
@aneleamme
@ashura70
@betweenlovebooks
@beyku
@biri.biankis
@brr.leyendo
@conlosbartulosaotraparte
@cristina_d_estanislao
@cuando.los.mios.duermen
@deleyendoyriendo
@devorolibros
@dulce.ando
@el_marcapaginas_de_angy
@elrinconindecris
@emme.costa_letras
@entremiticoylamentable
@evalispm
@gemrafor
@helenduende
@isabelcanovasautora
@isefran.79
@johanamartinez8895
@kphylaso
@ladyromanticbook
@lara_blanc_escritora
@laurelleeyescribe
@leoquemeleo
@libreriasonora
@libros.autopublicados
@librosdelai
@librosdemery
@libroslibresmundos
@librospuntoymas
@lilith_lectora
@loca_de_los_libros48
@mamitai
@manuelamolinaleon
@mariientreletrascomasypontos97
@marlibros

@marta_claus2021
@mayka369
@mentedementa20
@merakbook
@mi.te.con.libros
@miligallardo.325
@missattard
@nayamzgreen
@nesa_san78
@nisarce
@pamssyforever
@paula_lectora_compulsiva
@pilardans
@quebienqueteleo
@rafi_lechuga
@rosebokl
@saguian22
@selva_palacios
@siempreleyendoydesconectando
@sin_parar_de_leer
@soniasalvante
@srtag.adler
@tere_sapelu
@un_libro_en_mi_mesita
@valientegarciamariajose
@vanessa_mcflowers
@vivir_leyendo
@xiomaram.autora

Los he puesto en orden alfabético por si a alguien le hace ilusión buscarse. Espero no haber dejado a nadie por el camino. Sois la maravilla más grande de todo este proceso.

Si has llegado hasta aquí, me voy a atrever a pedirte algo: deja una valoración en Amazon, por favor. No sabes cuánto ayuda ese pequeño gesto. Y, ya puestos a pedir, recuerda que las estrellas son supergratis. Así que, a menos que necesites que el mundo sepa que una historia no te ha gustado (yo nunca lo he necesitado, pero quizá tú sí), no seas tacaña, que a ti te cuesta lo mismo y a la autora le das la vida.

Espero que hayas disfrutado de las *Crónicas de aquello* tanto como yo al escribirlas. Nos vemos en las siguientes aventuras.

Cuento contigo.

Crónicas de aquello

El final que nos merecemos

GRETA: Marc, me dicen que tenemos que contar de qué va esta historia.
MARC: Pero si ya lo hemos contado todo, ¿qué más quieren saber? Que lo lean, así sabrán de qué va… O que no lo lean, me da igual, nena.
GRETA: Hay que hacer como un resumen… Y no me llames «nena», joder.
MARC: Pues cogemos algo de lo que ya hemos contado… ¿Lo de la absenta?
GRETA: Lo de la absenta no es un buen resumen. Puta absenta. Además, parecería que siempre estábamos de juerga…
MARC: Es que casi siempre estábamos de juerga, pero vale, lo de la absenta no… ¿Lo del armario?
GRETA: Demasiado spoiler. ¿Le preguntamos a Loui a ver si a él se le ocurre algo?
MARC: Paso, que es muy moñas y lo contará como si solo fuera una historia de amor… Y contamos muchas más cosas aparte del amorcito… Mejor a Chus, que lo venderá como algo divertido.
GRETA: ¿A Chus? A Chus no le preguntes nada, que irá muy fumado.
MARC: Pues a Samu paso de preguntarle, que lo contará como algo guarro… Se nos acaban las opciones…
GRETA: Pues lo que yo decía: lo tenemos que contar nosotros.
MARC: Pero si ya lo hemos contado todo… Yo he contado lo de la absenta, lo del armario, lo de Nochevieja… ¿Tú qué has contado?
GRETA: Un montón de cosas: lo de la mística, lo de Tato, lo de la azotea, lo de la cabaña…
MARC: Pues ya está todo dicho, ¿qué más quieren?
GRETA: Una sinopsis, como un resumen muy breve…
MARC: Estábamos a finales de los noventa, teníamos diecinueve años y éramos un par de gilipollas. Ahí tienes tu resumen.

El principio que nos debíamos

MARC: ¿Otra vez hay que hacer una sinopsis? ¡¿En serio?!
GRETA: Venga, va, que no tardamos nada… ¿Qué has contado tú esta vez?
MARC: Pues primero todo lo que pasó cuando no estabas… Y luego ya cuando volviste, lo de Marta, lo de Gina, lo de Piero, las despedidas, la boda, el jacuzzi… ¿Y tú?
GRETA: Pues un poco lo mismo, además de lo del curro, lo de Claudia…
MARC: Pues ya tienen más que de sobra…
GINA: Mami, ¿puedo contar yo algo?
GRETA: No, que tiene que ser una sorpresa, y tú eres la reina del spoiler.
GINA: Me encanta ser la reina… ¿Qué es spoiler?
GRETA: Lo contrario a sorpresa.
GINA: Jo, pero yo quiero contar algo…
MARC: Déjala, que cuente lo que quiera, ¿qué más da?
GRETA: Ya contó bastante, que no cuente nada más, que aún nos meterá en otro lío… ¿Qué

querías contar, Gina?
GINA: Lo de Samu desnudo.
MARC: No me acordaba de eso, qué hostia tiene a veces…
GRETA: Bueno, eso ya lo he contado yo, no hace falta volverlo a contar.
GINA: ¿Y qué falta?
GRETA: Un resumen, contarlo todo en pocas palabras.
GINA: Eso no sé, yo tengo muchas palabras.
MARC: Pues el resumen sería que llegasteis de Sicilia cuatro años después y volvisteis mi vida del revés… ¿Te vale así?

El viaje de Loui

LOUI: «Esta es la historia del verano que cambió mi vida».
GRETA: Buf, no pongas eso de sinopsis, que es muy moñas y muy típico.
LOUI: Pero es la verdad.
GRETA: Eso da igual, pon otra cosa, en serio.
LOUI: ¿Qué pondrías tú?
GRETA: «Esta es la historia de cómo mis dos mejores amigos se liaron entre ellos y pasaron de mí un montón».
LOUI: Va, no seas rencorosa, sabes que no fue así.
GRETA: ¿Cómo que no? Os largasteis de viaje por toda Italia y me dejasteis tiradísima… Te recuerdo que venías a verme a mí y a estar conmigo, por si se te ha olvidado…
LOUI: Y yo te recuerdo que fuiste tú la que dijo que tenía al chico perfecto para mí.
GRETA: Pues perdón por acertar, pero, con lo paradito que eres tú, pensé que el intensito te intimidaría un poco y que iríais bastante más despacio.
LOUI: Con lo paradito que era, querrás decir. Sabes que el Loui que llegó a Sicilia no es el mismo que el que se fue de allí cuatro meses después.
GRETA: Pfff ya te estás poniendo intensito tú también. Qué asco dais.

El drama que no vi venir

A ver cómo hago yo ahora una sinopsis de esta historia… Qué movida, nano, yo qué sé. Supongo que te la podría resumir diciendo que mi novia de toda la vida me acababa de dejar y me tocó lidiar con una amiga perturbada, una compañera de curro inestable, una abuela insoportable, una inquilina insufrible y un perro aparecido de la nada. Si a eso le sumas que Samu era mi nuevo vecino (y que se reproducía a más velocidad que un gremlin bajo el grifo), que yo intentaba dejar de fumar cigarritos aliñados y que no paraba de recibir señales confusas del universo, pues tienes un montón de situaciones absurdas de esas que solo me pasan a mí.

Se me amontonaron los marrones y no estaba preparado. Aunque, bueno, ¿quién puede estalo para semejante drama? Yo, desde luego, no lo vi venir.

La crisis de nuestra puta vida

SAMU: Esta es la historia de cómo Estrella y yo nos enamoramos. Y también la de cómo, catorce años y cuatro hijos después, ella se desenamoró de mí.

ESTRELLA: Samu, cielo, eso no es del todo cierto.
SAMU: Shhhh... Déjame echarle un poco de drama.
ESTRELLA: ¿Más drama? ¿De verdad no has tenido bastante?
SAMU: Contigo nunca tengo bastante de nada. ¿Puedo decir algo sexual o las sinopsis tienen que ser aptas para menores?
ESTRELLA: ¿Te queda algo por decir de ese tema? Mira que lo dudo.
SAMU: Es mi tema preferido, siempre tengo cosas nuevas en mente.
ESTRELLA: Ya lo sé, cielo, pero una sinopsis no me parece el lugar.
SAMU: Vale, pues entonces diré que es una historia sobre el amor a largo plazo, la vida en pareja, el desgaste, la paternidad, las segundas oportunidades y la amistad incondicional.
ESTRELLA: Samu, eso es muy bonito y muy profundo.
SAMU: Para bonita, tú, y para profundo, donde quiero llegar yo.

Referencias musicales

[i] «Que yo no lo sabía», Elefantes
[ii] «Noche en vela», Guaraná
[iii] «Me gustas cuando…», Lucas Masciano
[iv] «Antes», Jorge Drexler
[v] «Let it snow!», Frank Sinatra
[vi] «Pero tu lado», Los Secretos
[vii] «Grita», Jarabe de palo
[viii] «Princesas», Pereza
[ix] «Estoy gordo», Luis Prado
[x] «Tonta», Rozalén
[xi] «Estrella», Despistaos
[xii] «Las chicas de las canciones», Circodelia
[xiii] «Las cosas que nunca te dije», Mundo chillón
[xiv] «Era primavera», Duende Josele
[xv] «Quédate conmigo», Javier Ruibal
[xvi] «El último hombre en la tierra», Coque Malla
[xvii] «Loca por mí», Sergio Sanz
[xviii] «Idiota», Los Ronaldos
[xix] «Tes quiero may lof», La Canalla
[xx] «Mambo italiano», Carla Boni
[xxi] «Lo quiero ahora», Boris Larramendi
[xxii] «Eres tonto», Lolita Garrido
[xxiii] «Tralará», Conchita
[xxiv] «Viviendo deprisa», Alejandro Sanz
[xxv] «Como si fueras a morir mañana», Leiva
[xxvi] «Horas», Jorge Drexler
[xxvii] «Contigo», El canto del loco